

El páramo en el alma

Relatos míticos e historias de vida
de los habitantes de Gavidia

HENRIETTE ARREAZA ADAM

INVESTIGACIÓN Y COMPILACIÓN

COLECCIÓN
Inventario
de saberes

Mincyt
Ministerio del Poder Popular
para Ciencia y Tecnología



El páramo en el alma

Relatos míticos e historias de vida
de los habitantes de Gavidia

COLECCIÓN

Inventario
de saberes

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Ministerio del Poder Popular para Ciencia y la Tecnología

Gabriela Jiménez Ramírez

Ministra

Carmen Virginia Liendo

Viceministra de Investigación y Generación del Conocimiento Científico

Raúl Hernández

Viceministro para el Desarrollo de las Tecnologías de la Información y la Comunicación

Danmarys Hernández

Viceministra para la Comunalización de la Ciencia para la Producción

Alberto Quintero

Viceministro para la Aplicación y Generación del Conocimiento Científico

Francy Evelin Rodríguez

Presidenta del Fondo Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación - Fonacit

Fondo Editorial Mincyt

Mercedes Elena Chacín Díaz

Directora

El páramo en el alma

**Relatos míticos e historias de vida
de los habitantes de Gavidia**

HENRIETTE ARREAZA ADAM
INVESTIGACIÓN Y COMPILACIÓN

Con la asistencia de María Vicenta Dávila
y la colaboración especial de Cantalicia Torres

Caracas - 2025

Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología - Mincyt
Colección Inventario de Saberes

El páramo en el alma

© Henriette Arreaza

© Instituto Autónomo de Servicios de Bibliotecas e Información del Estado Bolivariano de Mérida - IBIME, 2020. Primera edición

© Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología (Mincyt), 2025. Segunda edición

Isidro Castillo, Rosalía y Estefanía Castillo, Mario Hernández, Jovino Lobo, Bernardino Moreno, María Julia Moreno de Torres, Carmen Paredes de Torres, José Idulfo Pérez Castillo, María Genarina Rangel, Lino Sulbarán, Luis Torres, Bernabé Torres, Brígida Torres, Cantalicia Torres, Carlos Torres, Gregorio Torres, María Zenaida Torres, María Dominga Villarreal.

Narradores

Henriette Arreaza, María Vicenta Dávila, Luis Daniel Llambí, Antonio Marcano, Julia Smith, Bernabé Torres.

Fotografías

Habitantes de Gavidia

Ilustraciones

Julia Smith

Mapa

Rocío Cazal

Coordinación editorial

José Leal

Diseño de la portada

Clementina Cortés

Diseño y diagramación

Laura Nazoa

Corrección de textos

Hecho el depósito de ley
Depósito legal: DC2025000022
ISBN: 978-980-7755-42-9

Fondo Editorial Mincyt
Esquina El Chorro – Caracas.
Teléfono: 0212-555.8363



SUMARIO

Valle encantado, relato de Cantalicia Torres **15**

Moradores y paisaje del páramo de Gavidia, prólogo de Luis Daniel Llambí **17**

El páramo en el alma, Henriette Arreaza Adam **27**

CAPÍTULO I

Voces del páramo **35**

Bernardino Moreno. María Julia Moreno de Torres. Carmen Paredes de Torres. Luis Torres. Rosalía y Estefanía Castillo. María Genarina Rangel. Lino Sulbarán. Carlos Torres. Bernabé Torres. José Idulfo Pérez Castillo. María Zenaida Torres. Gregorio Torres. Jovino Lobo. Brígida Torres. Cantalicia Torres. Mario Hernández. María Dominga Villarreal. Isidro Castillo.

CAPÍTULO II

Remontando la memoria **67**

Bruno Gavidia y la piedra del Hombre / **Bernardino Moreno**. Sería un encanto ese Bruno Gavidia / **Lino Sulbarán**. Masines, un general de la Guerra Federal / **María Julia de Torres**. El camino de El Masineroz / **Lino Sulbarán**. Las Cuevas. Los primeros de aquí. Velorios. Era crítico vivir aquí. El día que sembraron las truchas. Rezaderos. Médicos y parteras. Padrinos y ahijados / **María Julia de Torres**. Así vivíamos: trajes, comida, siembra, artesanía, juegos, bailes y fiestas / **Cantalicia Torres**. Cómo era la vida. Casas de Micarache / **Luis Torres**. Viajes y caminos a las tierras calientes: El Carrizal, El Tesoro. Médicos, médicas y parteras / **Luis Torres** y **Carmen Paredes**. La escuela, la misa, las fiestas. Autoridades. Cementerio / **Luis Torres**.

CAPÍTULO III

Mitos de lagunas y entidades acuáticas 103

La Vieja Agüera de Las Piñuelas / **Bernardino Moreno**. La Vieja del chorro. La laguna de La Señora. El hombre de la laguna de La Pata. La laguna de Los Muchachos. La laguna de La Vaca. La laguna de El Suero / **Lino Sulbarán**. El hombre, el buey y la laguna / **Jovino Lobo**. El páramo del Santo Cristo / **Cantalcía Torres**. Lagunas, apatuscos, duendes y luceros / **Luis Torres**. La muchacha encantada / **Mario Hernández**. ¡Cuánto ha cambiado el páramo! / **Bernabé Torres**.

CAPÍTULO IV

Terribles espantos 121

La Dientona. Un chiste que le pasó a Gorgonio Paredes / **María Julia de Torres**. Historia del toldo. El puente del diablo / **Lino Sulbarán**. Juan del Josó. El cazador de venados / **Jovino Lobo**. Cuando me perdió la bruja. Una noche muy oscura. Otro caso que me pasó por estar de parrandero / **José Idulfo Pérez Castillo**. No eran gallitos de monte / **Mario Hernández**. El familiar. Domingo de Ramos. José María Moreno / **Cantalcía Torres**. El hombre que viajaba de noche / **Gregorio Torres**.

CAPÍTULO V

Historias de vida 147

Mi abuelo Bernardino / **Mario Hernández**. Mi parto / **Brígida Torres**. Lo que me pasó en un parto / **María Dominga Villarreal**. Otros relatos de mi propia vida: Muros de piedra, casas sin cemento. Los pantaloncitos en el puesto. Cómo me hice paracaidista. Me enamoré de Reina. Esa muchacha no va a aguantar ese frío. Primero nos juntamos. En la creciente se hacen los varones. La Boda / **Mario Hernández**. Tres relatos de **Cantalcía Torres**: Los cocuyos. El aeroplano. La carretera.

CAPÍTULO VI

Picaresca de los páramos: Chon Fósforo 167

Era compadre mío / **María Julia de Torres**. Chon Fósforo era mi abuelo. Él contaba algo y la gente se lo aumentaba. Una vida muy crítica. Mi abuela Lucía. Mi papá y el abuelo Asunción / **Mario Hernández**. Lo llamaban Fósforo porque era locho / **Luis Torres**. El avión de Chon Fósforo. Historia del cochino / **Estefanía Castillo**.

CAPÍTULO VII

El tiempo y la agricultura 181

El páramo no ha cambiado, el que ha cambiado es el hombre. Solo se debe subir hasta donde llega el agua. Lo que le diría a mi hijo. Yo no me dejo morir de hambre en el páramo / **Bernabé Torres**. El dícamo y otras maticas misteriosas / **Lino Sulbarán**. Las reglas del tiempo y la siembra / **María Julia de Torres**. El tiempo y la agricultura / **José Idulfo Pérez Castillo**.

CAPÍTULO VIII

El tejido en Gavidia 195

Entrevista a María Julia de Torres.

CAPÍTULO IX

Tradición de la palabra 205

Recopilación de **Jovino Lobo**: Oración al ángel de la guarda. Adivinanzas. Cuentas. Coplas de Gabriel Pérez. Dichos de mi abuelo / Recopilación de **María Dominga Villarreal**: Adivinanzas / Recopilación y creación de **Brígida Torres**: Adivinanzas. Metáforas / Recopilación de **Mario Hernández**: Adivinanza.

CAPÍTULO X

Pequeño cancionero **215**

Descubriendo al Sacrosanto / **Carlos Torres**. Coplas / **María Dominga Villareal**. Romances de paradura / **Jovino Lobo**. Romance. Romance de Juan Simón / **Mario Hernández**. Costumbres de mi tierra / **Isidro Castillo**.

CAPÍTULO XI

Breve recetario de cocina paramera **225**

Recetas de **María Genarina Rangel de Villareal**: Pan de papa. Buñuelos de papa. Panquecas de papa. Ensalada de micuyes. Mermelada de Curuba. Plantas de Gavidia / Recetas andinas de **Brígida Torres**: Pan de papa. Mermelada de membrillo. Ají de rubas. Nabo. Saní. Vino de chivacú. Mermelada de chivacú.

Galería **237**

Mapa **251**

Glosario **253**

Biografía de la autora **275**

PRESENTACIÓN

*No podemos olvidar que los pasos cotidianos
en el Valle de la Vida
tienen que ver con los pasos del viento
pero también con los del más pequeño insecto
con la mirada del cóndor en alto vuelo,
mas también con la oruga
con el grito de los ríos torrentosos
pero también con el silencio de los lagos.
¿Puede el bosque renegar del árbol solitario?
¿Puede la piedra solitaria renegar de su cantera?*

ELICURA CHIHUAILAF

La historia de una comunidad se construye a partir de los sueños de sus miembros, del trabajo cotidiano, las leyendas locales, los relatos de los fundadores, las anécdotas históricas escuchadas y cantadas con todas sus voces, entre los mitos y las tradiciones culturales.

La vida en comunidad se caracteriza en muchos aspectos, pero pensar en Gavidia pasa por recordar plenamente:

- La cooperación.
- La toma de decisiones compartida.
- El apoyo colectivo, entre familias, niñas, abuelas, madres que tejen todas y hombres que acompañan.

- La construcción de un patrimonio común, protegido, amado entre semillas, raíces, espiritualidad y alimentos.
- La incorporación de una cultura del cuidado entre todos y todas.
- La promoción de la cohesión social entre montañas, senderos y cuerpos de agua.
- La facilitación de las prácticas agrícolas familiares, que bendicen la tierra multiplicando la vida.

La vida en comunidad en Gavidia refleja la importancia de desarrollar un sentido de identidad, que permite aprender sobre valores y creencias compartidas, que ayudan a sentir que se tiene un lugar en el mundo, al que todos y todas pertenecemos. Porque la palabra de nuestros antepasados habita en nosotros.

Por ello, para hablar de Gavidia, es imprescindible tener en cuenta a la colectividad. ¡Allí nuestro arraigo, sueños y esperanzas en esta tierra bendita por sus aguas, sus alimentos y su valiosa e infinita gente!

Gabriela Jiménez Ramírez

*A Maximina Monasterio
y a los pobladores de Gavidia*



Valle encantado.

~Valle encantado~

Cantalicia Torres De Torres

Este pueblito, valle *encantado*, que queda a unos treinta minutos de Mucuchíes, esta larga distancia donde usted encuentra una hermosa experiencia. Este relato es para empezar poniendo en cuenta que cuando lo visite, váyase bien abrigado y despacio porque este valle se encuentra a 3.200 metros de altura.

Pero no se preocupe. Prepárese a disfrutar de una belleza espiritual y de silencio, que lo irá envolviendo. Lo atraparé el canto de la naturaleza, los precipicios, que dejan vacío en el estómago, el verdor de las montañas. Y de repente, el brillo de los trigales tranquilos.

Esto es lo más importante: en la entrada del pueblito hay piedras enormes, de colores negros, blancos y enrojados por la flora que se encuentra en esas laderas en tiempo de invierno. Deténgase un poco y contemple la belleza del valle *encantado*.

¿Alguna vez ha visto un *moayz*, esas figuras enigmáticas como la peña de la Virgen y la peña del Letrero. Frente a ella se levanta una capillita muy pequeña en honor al santo Niño de Atocha, donde es bueno que se detenga para que le dé gracias por haber llegado sano y salvo.

Más adelante se encuentra con la pequeña carretera que pasa por el medio de esas enormes peñas, y se ve la profundidad del río que pasa por el callejón. Usted puede contemplar el agua cristalina y limpia, pero se piensa dos veces para tocarla, porque a esta altura es muy fría.

Continuando el camino, como cerrado de repente, se abre y sale al valle, donde puede ver las casitas a lo lejos. La quebrada que pasa por el medio de todo el valle.

Se encuentra con los agricultores que siembran la papa, el ajo y muchos muchachitos con los ojos muy lindos. Y también con unas bellas mujeres que trabajan para el mantenimiento de su hogar.

Si se detiene un poco puede conversar con algunos de este pueblo. Gente sencilla que le puede contar historias muy bellas, de cómo se fue sembrando, y enseñarle por dónde era el camino viejo que todavía se ve por el alto de Los Encinillos y el alto de Las Cruces. Puede hacer un paseo muy bello al sector Micarache y Las Piñuelas.

Este valle *encantado*, se llama Gavidia.



Niños de Micarache.

~Moradores y paisajes del páramo de Gavidia: un mosaico muy diverso que no se está quieto nunca~

Luis Daniel Llambí

Mérida, 2012

Gavidia es el lugar donde moran las lagunas. Lagunas extensas, de aguas oscuras y misteriosas como El Montón, o más pequeñas y de aguas de un azul turquesa irreal, como El Añil. Son lagunas cuyos lechos fueron excavados en la roca viva de la cordillera por enormes glaciares, gigantes de hielo que señoreaban estos páramos hace más de diez mil años, antes de que se establecieran los primeros pobladores en los altos Andes venezolanos.

En aquellos tiempos, los glaciares descendían desde las crestas que separan los páramos de Gavidia de los de la vertiente que mira a los llanos de Barinas, y formaban varias lenguas enormes que bajaban por las laderas de los valles de Micarache, Las Piñuelas y La Pata. Tanta fue la fuerza y el peso de las moles de hielo, que moldearon estos valles dándoles su característica forma de “U” y dejando evidencias de su paso como estrías o arañazos sobre las rocas y las peñas.

Al finalizar la última glaciación, los hielos se fueron derritiendo y retirando, y en las depresiones u hondonadas que quedaron en los fondos de los valles más altos, se formaron una multitud de lagunas y pantanos, que hoy juegan un papel vital para los habitantes del páramo y las zonas más bajas, al funcionar como tanques y reguladores del agua que baja por las quebradas.

Estas lagunas son también –como veremos en las páginas que siguen– el hogar de duendes y encantos parameros, lagunas bravas y llenas de magia; una magia que sigue viva en la memoria de muchos gavidieros, cargada de un sentido de orgullo y reverencia, y que alimenta el deseo de conservar el patrimonio natural y cultural que estos páramos representan para las generaciones venideras. Y es que en Gavidia moran mucho más que lagunas.

Enclavada en el corazón del Parque Nacional Sierra Nevada –el segundo más antiguo del país, creado en 1952– la experiencia de visitar Gavidia por primera vez es inolvidable.

Serpenteando por la estrecha carretera que parte de Mucuchíes, recorreremos las escarpadas laderas donde la cultura del trigo dejó sus huellas de molinos, antiguas eras para la trilla y suelos desgastados, y nos vamos adentrando en la Sierra Nevada de Mérida. El panorama se va haciendo cada vez más verde en la medida en que nos alejamos del bolsón seco que rodea Mucuchíes, y la carretera se empina para subir por un estrecho pasadizo de rocas negras, pulidas e imponentes, salpicadas de hierbas y piñuelas que se aferran como andinistas expertas en las grietas, mientras al fondo se encabrita, entre espumas, saltos y cavernas, la quebrada que viene de Gavidia.

Y de pronto, como si nos adentráramos en un sueño antiguo, la vía escapa del confinamiento del cañón de rocas y se abre ante nosotros la sorpresiva y sobrecogedora panorámica de los amplios valles glaciares de Gavidia.

Lo primero que salta a la vista es el mosaico intrincado que conforma el paisaje: muros de piedra, casas de tapia y teja, parcelas de cultivo, coexistiendo lado a lado con la vegetación paramera donde reinan el morado intenso del chispeador y el amarillo encendido del *frailejón* de octubre y de su compañero inseparable, el pequeño arbusto conocido como *huesito de páramo*.

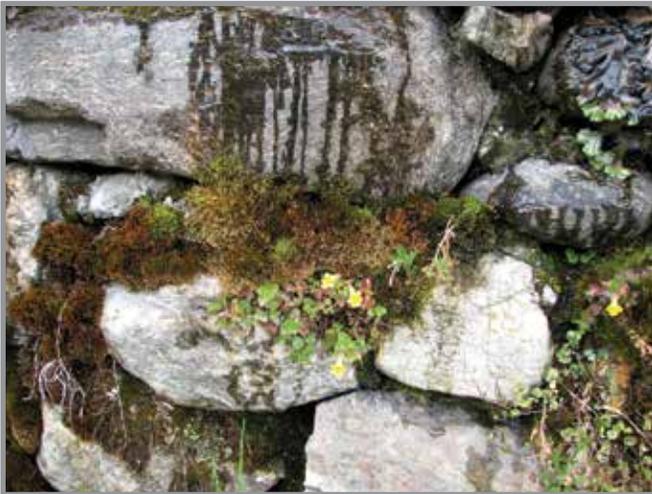
Resulta que Gavidia también es el hogar de una enorme variedad de plantas, ¡más de doscientas especies! Muchas de ellas son únicas en el mundo, incluyendo al menos seis especies diferentes de frailejones, todos ellos exclusivos del páramo venezolano, donde tuvieron su origen hace dos o tres millones de años.

Esta gran diversidad se organiza en varios tipos diferentes de vegetación: arbustales, frailejonales o rosetales, pajonales y pantanos. Los arbustales se encuentran en las partes más bajas de las laderas, como parches y relictos en los bordes de las parcelas de cultivo, y son el tipo de vegetación con más ejemplares diferentes de plantas, incluyendo por supuesto, arbustos altos y arbolitos como el uña de gato, el *borrachero* o el *caciquito*, pero también hermosas orquídeas, musgos y plantas trepadoras que viven sobre sus ramas.

La sombra, flores y frutos de estos arbustos sirven a su vez de refugio y fuente de alimento para muchas aves como el colibrí verde colirrojo o el cachaquito montañero, que a su vez retribuyen a estas plantas polinizando sus flores y dispersando sus semillas.



El cañón de Gavidia, detalles de musgos, líquenes y flores.



Los frailejonales y pajonales se encuentran en los páramos más altos y son el tipo de vegetación que ocupa una mayor extensión en Gavidia. Además de varias especies de frailejones y pajas, estos ecosistemas albergan una gran diversidad de otras plantas que incluyen hierbas como el palmiche y el chocho y arbustos pequeños como el romerito.

Finalmente, los pantanos o humedales, se encuentran en los fondos de valle, y en ellos abundan pastos, hierbas y musgos, pequeños en tamaño, pero gigantes en su importancia para la conservación del agua y por su oferta de alimento para el ganado, que tiende a concentrarse en estas zonas durante la época seca aprovechando la mayor abundancia de forraje verde.

La gente de Gavidia también nos ha contado sobre la gran variedad de animales que viven en estos ambientes únicos, incluyendo a la locha, la lapa, el guache, la comadreja, el tigrillo, el conejo de páramo, el patico de río, el toco, el ciote, el naverito, el gavián pollero y el águila. Algunos de estos animales son personajes importantes de las historias que se narran en este libro, como la del cazador de venados, que terminó *encantado* por los duendes.

O aquel fantástico cuento que el gran narrador que fue Bernardino Moreno le contó a Cantalicia Torres, el cuento del *chorro* de la *Vieja Fara*; una agüera o hechicera que tenía la extraña facultad de conseguir con sus artes ocultas comida de *tierra caliente* (yuca, maíz, topochos y café) y que, para escapar de sus perseguidores, que la acusaban de brujería, se transformó en faro (rabipelado) adentrándose en las aguas de la cascada que ahora todos conocen como el *chorro* de La Vieja.

Por otro lado, algunos lugares de Gavidia, como las cañadas de El Oso y El León, llevan nombres de animales emblemáticos de los Andes, que tristemente se han hecho mucho más difíciles de ver en nuestros días que cuando inspiraron el nombre a estos lugares.

La agricultura es otro hilo esencial del tejido diverso y multicolor del paisaje natural y cultural de Gavidia. A partir de recorridos, entrevistas, documentos de archivo y el análisis de fotos aéreas, Julia Smith, geógrafa que ha dedicado buena parte de su vida a estudiar los cambios en el uso de la tierra en los Andes de Venezuela, nos cuenta la historia de las transformaciones del paisaje y la agricultura en Gavidia.

Para finales del siglo XIX, Gavidia formaba parte de dos haciendas importantes, dedicadas a la cría de ganado y al cultivo de cereales como el trigo y la avena. Las papas solo se cultivaban en



Exposición de arte, comunidades de Mixteque y Gavidia.

pequeñas huertas familiares junto a las casas. Luego, a partir de la segunda mitad del siglo XX, la siembra de papa se hizo más importante, expandiéndose a las laderas, que pasaron a cultivarse utilizando la modalidad de los descansos largos.

Bajo este tipo de agricultura, parcelas no muy grandes se siembran con papa durante dos o tres años –con la inclusión ocasional de un año adicional en que se siembra un cereal– y son luego dejadas en descanso o *barbecho*, de modo de promover la recuperación de la fertilidad de los suelos. Durante el descanso, que puede durar incluso más de 10 años, algunas plantas de los páramos cercanos vuelven a establecerse en las parcelas. Cuando el sitio va a ser cultivado de nuevo, se ara con bueyes y se incorpora al suelo como abono verde la vegetación que había venido recolonizando las parcelas.



Miembros de las comunidades de Gavidia y Mixteque.

El desarrollo de la agricultura con descansos imprimió su sello característico al paisaje gavidiero, generando el mosaico que vemos hoy de áreas bajo cultivo, parcelas en descanso–recuperación y áreas de páramo natural. Sin embargo, el mosaico de los páramos está siempre en flujo, siempre cambiando.

En la última década, la agricultura papera con descansos largos ha ido dando paso progresivamente a otras formas de producción, añadiéndose a los rubros sembrados otros cultivos como el ajo o la zanahoria, reduciéndose o eliminándose en algunos casos los descansos e introduciéndose el uso del gallinazo, el riego y de un paquete más agresivo de químicos (pesticidas y herbicidas de mayor toxicidad).

Estas nuevas formas de producción, que pudieran permitir a los agricultores aumentar sus ingresos, plantean al mismo tiempo retos importantes para que su introducción no resulte en una pérdida de calidad de vida de la población, de la mano de un aumento en los niveles de contaminación y degradación de los páramos.

La inquietud de entender las bases ecológicas del funcionamiento del sistema de agricultura con descansos largos despertó, hacia finales de los años 80, la curiosidad y el interés de Maximina Monasterio, pionera de los estudios ecológicos y agroecológicos en los páramos.

Inspirados por la creatividad, sensibilidad y el enfoque integrador de la dimensión humana y la ambiental de Maximina, un grupo de investigadores y estudiantes del Instituto de Ciencias Ambientales y Ecológicas (ICAE, Universidad de los Andes), liderado por Lina Sarmiento, se ha dedicado durante más de 20 años a estudiar la recuperación de los suelos y la vegetación paramera durante el descanso.

Así, Gavidia se ha convertido en uno de los páramos más estudiados del mundo, un laboratorio al aire libre que ofrece la oportunidad de entender cómo responden y se recuperan los ecosistemas de montaña al ser transformados por la mano del hombre.

Estos estudios nos han enseñado, entre otras cosas, que muchas especies del páramo, como el tabacote morado, el chocho, el *frailejón* de octubre y el huesito, son buenas colonizando las parcelas en *barbecho*, promoviendo la recuperación de la vegetación y de la fertilidad del suelo. Estas plantas tienen en sus raíces hongos beneficiosos (las micorrizas) que los ayudan a atrapar los nutrientes poco a poco y a acumularlos en sus hojas y demás tejidos, contribuyendo así a conservar los nutrientes en la parcela (otro hilo más en la intrincada red de relaciones que forman el tejido de la vida en los páramos).

Por esto, cuando se incorpora la vegetación al suelo con el arado, estas plantas funcionan como un fertilizante natural. Durante esta recuperación, las plantas nativas del páramo logran además ir desplazando a algunas especies invasoras como la *cizaña*, una especie introducida accidentalmente desde España con las semillas del trigo, y que da un color rojizo característico a los *barbechos* recién abandonados.

Esto nos muestra que “si la dejamos quieta” (como dice Bernabé Torres en su testimonio del capítulo VIII), la vegetación paramera es capaz de reclamar de nuevo su espacio. Sin embargo, estos estudios también nos muestran que muchas plantas nativas como el romerito, el chispeador y muchas otras, tienen grandes dificultades para volver a crecer en las áreas que fueron cultivadas, lo que nos sugiere que, para una recuperación más completa, el páramo pudiera necesitar algo de ayuda a través de la restauración ecológica.

El interés por los estudios ecológicos en Gavidia dio paso con el tiempo a la preocupación por trabajar, de la mano con la comunidad, en el cuidado y manejo sustentable de sus páramos. Así nacieron nuevas iniciativas, como la motorizada por Licia Romero, para el rescate del cultivo de las papas nativas; las sabrosas y resistentes papas negras, variedades que habían ido siendo sustituidas por semillas importadas de otras latitudes, pero que fueron mantenidas como tesoros ocultos por unos pocos agricultores gavidieros como Ramón Hernández, José Idulfo Pérez y Bernabé Torres.

Con este mismo enfoque de diálogo de saberes y búsqueda conjunta de soluciones y alternativas entre investigadores, técnicos y parameros, nació el Proyecto Páramo Andino (PPA), que se planteó desarrollar planes de manejo participativo y conservación, en una red de sitios piloto en los páramos desde Perú hasta Venezuela. En nuestro país, los sitios de trabajo seleccionados fueron Gavidia y Mixteque (municipio Rangel, estado Mérida) y Tuñame (municipio Urdaneta, estado Trujillo).

Uno de los componentes clave de esta estrategia fue el desarrollo de un trabajo de revalorización de la cultura y las tradiciones de los habitantes de Gavidia y Mixteque. Un programa al que Henriette Arreaza, investigadora cultural y coordinadora del componente de Educación No Formal del PPA, bautizó con mucho acierto La Vida en el Páramo.

El presente libro es uno de los productos de este esfuerzo. Henriette Arreaza partió de la premisa de que "... muchas de las creencias, leyendas, costumbres, fiestas, rituales y prácticas de las comunidades rurales e indígenas reflejan la herencia de antiguos códigos simbólicos de protección, respeto y cautela ante la vulnerabilidad de sus ecosistemas".

Esta visión profunda no escapa a los habitantes de los páramos, sus narrativas míticas son un canto a sus lagunas, su diversidad y sus paisajes. Así, el promover la conservación de estos ecosistemas, únicos en el mundo, puede tener como uno de sus puntos de anclaje más sólidos una auto-reflexión en torno a estos valores de la cultura paramera, canalizados a través de actividades creativas como la narración y la escritura, la pintura o la creación culinaria.

Con esta iniciativa, se logró, por un lado, evitar usar estrategias de educación ambiental convencionales y que consideramos poco efectivas, como el uso de mensajes trillados del tipo "cuida tu ambiente", que francamente, nos entran por un oído y nos salen por el otro.

Por otro lado, la diversidad y riqueza de los resultados obtenidos por la comunidad de Gavidia, y que se recogen en las páginas que siguen, son simplemente impresionantes y quedarán como testimonio de vida hermosos y llenos de color y honestidad; una tradición oral de cuentos y relatos míticos que nos recuerdan tradiciones milenarias y mucho más cacareadas como las de los celtas europeos o los mayas de Mesoamérica.

La creatividad y picardía de las ocurrencias de personajes como el *finao* Chon Fósforo; un re-cetario delicioso basado en ingredientes tan parameros como las papas negras, el *saní*, el *michiruy* y las curubas; un cancionero de romances, coplas y cantos de *paraduras*; una galería del arte de los chamos de Gavidia.

Y para concluir, introduciéndonos en el lenguaje mágico de las páginas que conforman esta obra, celebremos la memoria de los duendes que resisten, alzados en las peñas altas, los embates del tiempo y el olvido.



Niño de La Toma, visitando la exposición de arte paramero.

~El páramo en el alma~

Henriette Arreaza Adam

Agua Caliente de Tabay, diciembre 2020

Hubiera querido escribir este prólogo escuchando el murmullo de la quebrada que entrelaza el valle de Gavidia. Hubiera querido que el alma del páramo dictara estas palabras. Pero este año, un virus, una amenaza microscópica, nos arrincona confinándonos a nuestras casas y a lo más íntimo de nosotros mismos. Esto no está mal si no fuera por los estragos del virus en las vidas humanas. Y no está mal –ya se ha dicho bastante, pero nunca está demás repetirlo– porque nos obliga a encarar la fragilidad de la vida. Nos detiene, interrumpe el giro de la rueda frenética de una civilización cuyo ser más evolucionado, el *Homo sapiens*, ha sido capaz de moderar muy poco su instinto depredador. Desde hace milenios dejaron de ser las necesidades de supervivencia humana las que movían la rueda de los hombres. Esto hubiera sido lo deseable, y que, una vez superadas las necesidades básicas de todos, nos dedicáramos al ocio creativo y al desarrollo de nuevas ambiciones e inquietudes que surgen de un materialismo básico satisfecho.

Sin embargo, pasando por encima de toda decencia, es cada vez más el anhelo de riqueza y poder de una minoría lo que desorganiza el ritmo natural de la vida para imponer una carrera de obstáculos insalvable para la mayoría de la población e insostenible para la vida del planeta.

Las industrias bélica y farmacéutica mueven el engranaje que se alimenta económicamente de la guerra y la enfermedad. Habría que cotejar, en los países más castigados por la pandemia, el presupuesto destinado a defensa con el destinado a salud. Posiblemente este último estaría en franca desventaja. Por encima del bienestar colectivo rige el ilusorio mundo financiero, el lujo superfluo y el frenesí tecnológico, esa es la oferta ideal de prosperidad que han llamado éxito. Las ficciones se imponen como poderosas verdades y su cuestionamiento se sanciona con sofisticadas o brutales políticas que oprimen o sacan del juego, inmisericordes, a pueblos, gobiernos, dirigentes sociales e instituciones que no vayan en el sentido de la marea neoliberal.

Discúlpenme lectores este desalentador inicio dictado por la circunstancia histórica que vivimos y que nos lleva, inevitablemente, a reflexionar y evaluar por dónde van las cosas y hacia dónde nos pueden llevar.

De la aldea global a un rinconcito del mundo

Saltemos del rumbo incierto de nuestra “aldea global”, como bien la llamó Herbert Marcuse a mediados del siglo pasado, para introducirnos en estas páginas que responden a realidades ecológicas, históricas, culturales y sociales de finales del siglo XIX hasta finales del siglo XX y comienzos del XXI, narradas por los pobladores de un rinconcito del mundo. Si bien Gavidia no está exento de los latigazos de la amenaza global, sobre todo en lo que se refiere a su ecosistema, conserva en su modesta vida comunitaria, lejos del consumismo y el lujo, un nivel de dignidad y creatividad que no puede sino conmovernos. Un desarrollo más cercano al Buen Vivir o Sumak Kawsay de los kechuas que al modelo devorador imperante.

Gavidia es una pequeña aldea de los Andes, enclavada en un valle de origen glaciar y de características únicas por la especialización de formas y relaciones que han tejido a lo largo del tiempo sus seres vivos para sobrevivir en condiciones muy adversas, de frío, cambios extremos de temperatura, hielos y sequías. Este ecosistema, valorado en alto grado por los expertos dada su capacidad de retener carbono, ser reservorio de recursos hídricos y poseer una diversidad botánica y faunística únicas, es así mismo un territorio frágil y amenazado por la corriente neodepredadora que sin piedad avanza.

En las narrativas que siguen podrán encontrar plasmada la huella de esta conciencia de fragilidad y también la herida de esta destructora ambición.

Gavidia es una encrucijada donde se abre una red de caminos que la enlaza en varias direcciones con diferentes lugares y le ha permitido mantener a través de los siglos vínculos de intercambio afectivo, recreativo y comercial. Algunos de estos viejos y empedrados caminos cumplen la importante función de comunicar las tierras bajas de los llanos barinenses con las tierras altas andinas. Muchos de los relatos nacen, mientras que otros van y vienen por esas calzadas legendarias

construidas por los indígenas de uno y otro lado de la cordillera. Hay poblaciones en Barinas que son verdaderos enclaves andinos de parameros que se trasladaron buscando las *tierras calientes* pero que no perdieron nunca el nexo con las *tierras frías*. Luis y Carmen Torres, entre otros, nos narran sobre estos lugares y travesías.

Historias que dan cuenta de sucesos históricos que hicieron del lugar un refugio para personajes, como el mítico Bruno Gavidia, mitad fantasma y mitad hombre. No es tan descabellado suponer que tal vez Bruno sea temprano descendiente de los Gavidia, colonos principales de la Sierra Nevada y beneficiados con encomiendas por el conquistador Juan Rodríguez Suárez, a mediados del siglo XVI. Tal vez el legendario Bruno, inconforme con la repartición, se retiró a este monástico lugar, tan propicio a lo místico, para fundar solitaria vida.

También los desertores de las guerras montoneras acuden a refugiarse en Gavidia, el *general Masini* y sus seguidores, evadidos de las filas del caudillo Gómez, se esconden en una cueva y recorren el legendario camino que junto con la cueva nos recuerda su nombre.

Hechos históricos más recientes, siempre teñidos por el aroma mítico de la leyenda, son algunos de los que nos narran María Julia Moreno de Torres o su hija Cantalicia. Episodios como la introducción del cultivo de la trucha en los años 50, que va a marcar el nacimiento de las truchiculturas en el estado Mérida, hoy en proceso de extinción. La construcción de la carretera que abre a Gavidia las puertas de la modernidad. O los relatos de los agricultores Idulfo Castillo y Bernabé Torres sobre la llegada de la revolución verde a Gavidia, a mediados del pasado siglo, y la consecuente aparición del gusano guatemalteco, que significó el ocaso de una diversidad de papas y cuantiosos tubérculos como la *cuiba*, la *ruiba*, la mashua y otros de los que ya no queda ni tan siquiera el nombre.

No menos significativo en estos tiempos amenazados por todo tipo de destierro y extinción son los testimonios de la vida (y la muerte) cotidiana en la que humanos, animales, plantas y encantos buscaban su acomodo en las difíciles condiciones de aislamiento y precariedad que impone la implacable rudeza de los elementos del paisaje alto andino. Hasta las alturas huyó el oso frontino abandonando su hábitat amazónico para sobrevivir, escondido y amenazado por el hombre, alimentándose de piñuelas y mieles que le proporcionaban los arbustales parameros.

Como la neblina que va y viene, que cubre y devela, que acobija y desnuda, así el hilo de la magia va entretejiendo los relatos que los parameros han sabido mantener vivos a fuerza de recordar y narrar al calor del hogar o en los descansos de los largos caminos. Admirados por el propio heroísmo en condiciones ya superadas, pero no sin cierta nostalgia de los antiguos códigos que signaban el afecto y las relaciones interpersonales, sus historias bordean siempre la leyenda. Y no es de extrañar que así sea porque lo que va de boca en boca siempre lleva algo del aliento y el color que cada voz le imprime.

Cómo escapar de la magia en un paisaje sobrecogido de luminosidades y misterios. Cómo negar la fuerza creadora del viento que da forma a los pequeños y robustos árboles. Cómo no postrarse en reverencia ante las lagunas, verdaderos santuarios de la cosmovisión acuática de los Andes.

En este cuerpo narrativo constituido por las voces de hombres y mujeres del páramo de Gavidia se nos revela la sustancia espiritual que ampara el paisaje de las alturas andinas. Si es un asunto vital el cuidadoso mantenimiento del agua, del aire, de la flora y de la fauna para que los Andes sigan cumpliendo su función ecológica, no menos vital son los decires y saberes de generaciones de andinos que han elegido permanecer allí por encima del encanto que puedan ofrecerles las alucinantes golosinas civilizatorias. Vivir y permanecer creando, sembrando, tejiendo, cantando, *parameando*, es decir, encontrándose con ellos mismos en la intimidad de su paisaje, el paisaje donde crecieron los abuelos de sus abuelos.

Todo canta en la sinfonía de la naturaleza

Emprendimos esta investigación entre los años 2008 y 2011, época de optimismo y empoderamiento popular, debo señalarlo como influencia positiva que se aunó al proceso de creación y autovaloración de los pobladores y su ecosistema.

La investigación de carácter comunitario y participativo surgió como propuesta pedagógica a desarrollar en el marco del Proyecto Páramo Andino (PPA), vislumbrado por la ecóloga Maximina Monasterio y coordinado en Venezuela por el ecólogo Luis Daniel Llambí.

El proyecto, en Mérida, abarcó las comunidades de Mixteque y Gavidia, ambas localidades vecinas y pertenecientes a la misma jurisdicción política, el municipio Rangel del estado Mérida. Ancestralmente estas dos comunidades han estado unidas por vínculos de intercambio y cooperación, lo que nos permitió en ocasiones asumir en conjunto etapas del proceso de investigación. En mi condición de coordinadora del componente de Educación No Formal y, basándome en mi experiencia como recopiladora de la tradición oral de algunos pueblos indígenas y campesinos, fundamenté la investigación en el hecho de que las narrativas míticas son la expresión más antigua de los seres que constituyen un paisaje, sin que prive de antemano la supremacía de la voz humana sobre las voces de otras formas de vida y elementos que constituyen un ecosistema dado. Todo canta en la sinfonía de la naturaleza. El río, las lagunas, el arcoíris, las flores, la planta que sana, la planta que alimenta, la enfermedad o la muerte que se anuncia, el sol, la luna, el misterio, todo tiene voz propia en esa sinfonía.

No solamente los relatos mitológicos sino también las canciones, los poemas, las historias de vida de las personas que no se han desarraigado de su ambiente natural están impregnadas de la voz del paisaje que, más que el escenario donde desarrollan su vida, es parte de ellos mismos y expresión espiritual y psíquica de sus más profundos anhelos.

Recopilar, escuchar y reflexionar colectivamente sobre estas narrativas para luego expresarlas en diferentes lenguajes artísticos fue a grandes rasgos la metodología y el punto de partida que dio como fruto este, y otros libros¹; también generó otros eventos como exposiciones de arte, ferias de culinaria paramera y pintura de murales.

1 Nos referimos a *Un lenguaje de altura* recopilación poética de los pobladores de Mixteque y Gavidia, editado por Siembraviva y publicado por la Imprenta Regional del estado Mérida, Venezuela, 2009; y a *Mixteque, la vida entre las piedras*, edición de Siembraviva con el apoyo del Ministerio del poder Popular para la Cultura, Venezuela 2010, 1ª edición. Una segunda edición fue realizada en Ecuador, por Proyecto Páramo Andino, en 2011.

Los narradores

Cuatro generaciones de narradores confluyen para hablarnos de la vida, la historia, los misterios. También nos regalan cuentos, poemas, refranes, adivinanzas, romances y canciones; oraciones, plegarias, cuentas y recetas de cocina.

La primera generación es la de Bernardino Moreno nacido de finales del siglo XIX, a esta generación pertenecen también Brígido Pérez y su hijo Gabriel; Francisco Moreno, llamado por todos *mano* Chico Cañas. Cañas porque le gustaba contar *cañas*, es decir, cuentos. Aunque sus narraciones no aparecen directamente en este corpus, se les hace mención como fuente de algunos de los relatos de las otras generaciones.

Le sigue la generación de María Julia Moreno de Torres de la tercera década del siglo XX. Hija de Bernardino Moreno y heredera de su gusto por la palabra. María Julia (unas veces llamada Ana Julia) es contemporánea del legendario Chon Fósforo, cuyo verdadero nombre es Asunción Hernández, y quien no aparece en estas páginas como narrador sino como protagonista de muchos de los relatos de la picaresca paramera. Luis y Carmen Torres, las hermanas Estefanía y Rosalía Castillo son también de esta generación. La generación nacida en las dos primeras décadas de la mitad del siglo XX la constituyen María Genarina Rangel, Lino Sulbarán, Carlos Torres, Bernabé Torres, Idulfo Pérez Castillo, María Zenaida Torres, Gregorio Torres, Jovino Lobro, Brígida Torres y Cantalicia Torres.

Finalmente están los narradores nacidos a partir de los años 70 del siglo XX, son Mario Hernández, María Dominga Villarreal e Isidro Castillo.

Quiero hacer mención especial a Cantalicia Torres, hija de María Julia Moreno de Torres y nieta de Bernardino Moreno, ella trae en sus genes la tradición narrativa. Cantalicia recopiló personalmente los relatos de su abuelo Bernardino y algunos de los de su mamá, María Julia. Pero además escribió los suyos, prolijamente y con vocación e interés propios, antes de que comenzáramos esta investigación, sabemos que contó con el estímulo de Luis Daniel Llambí y Maximina Monasterio, esta última registró en archivos de audio los relatos de Bernardino Moreno.

Lino Sulbarán, lamentablemente fallecido, merece atención no solo por la organización y sistematización de sus relatos orales, clasificados temáticamente por él mismo, sino también por

la pasión botánica con la que empapa su descripción de las “maticas mágicas”. Su vocación de narrador estaba arraigada en su emoción de paramero. Lino pasaba meses *parameando*; disfrutando de la soledad de las montañas, las lagunas y sus misterios: “yo no les tengo miedo a los *encantos*, más bien ellos me cuidan y acompañan”, nos decía.

También Jovino Lobo, se da a la tarea de recopilar adivinanzas, refranes, plegarias, versos, chistes y un género desconocido para nosotros que consideramos un aporte especial, es lo que él llama “cuentas”, y consiste en especie de adivinanzas en las que el ingenio reposa en la capacidad de quien escucha para aplicar la lógica y el cálculo.

Ya cerrando estas páginas, ¡espero con impaciencia que las lean!, se me viene a la mente el futuro que pueden proyectar estos relatos. Quedan aquí preguntas, inquietudes, caminos abiertos y líneas de investigación que no puede un solo investigador abarcar. Ojalá sea este libro base para subsiguientes capítulos de la sociología, la historia, la lingüística y la antropología de los páramos. El glosario que anexamos, inacabado, espera ser solo el comienzo de una indagación que está en deuda y que puede constituirse en preciosa joya de una manera de hablar y de decir que hace tiempo está en riesgo de desaparecer, como desaparecieron las lenguas indígenas de nuestros Andes. Allí recogemos unidades y expresiones léxicas que presumimos puedan llamar la atención del lector por su sabor local, por su arcaísmo o en otros casos neologismo. También intentamos identificar los nombres científicos de flora y fauna mencionadas. Y para el lector no venezolano nos hemos esforzado en connotar los usos de ciertas expresiones típicas, bien sea del páramo, de los Andes o del país. Los interesados pueden complementar este glosario con el del tomo anterior *Mixteque, la vida entre las piedras*².

Reconocimientos

No quisiera cerrar estas páginas sin dejar mi agradecimiento enorme a todas aquellas personas que me apoyaron y estimularon. A María Vicenta Dávila, connotada y reconocida paramera, que fue mi guía y compañera en todo este proceso. A María de Jesús Sánchez mi eterna amiga y lectora.

² Op cit.

A Mariela Sánchez Urdaneta quien por pura generosidad y amistad se dio a la tarea de corregir los primeros manuscritos. A María Eugenia Arreaza quien con su taller de culinaria *La papa andina en las mesas del mundo*, inauguró e imprimió de su chispa creativa todo el proceso que hoy culminamos. A Juan Antonio Calzadilla Arreaza y a Mary Luisa Giménez que iniciaron los motores de las áreas de la escritura y las artes plásticas, respectivamente. A Julia Smith que colaboró en el proyecto, de la mano de Bernabé Torres y Lino Sulabarán, con el mapeo participativo de los lugares citados.

Un agradecimiento especial a Bert de Briève y a Susana Ruggiero, coordinadores regionales del PPA y verdaderos entusiastas del resguardo de los páramos del continente. Maximina Monasterio, ya en otra dimensión, pero muy presente en la memoria de los parameros, fue piedra angular en esta investigación pues ella abrió paso al elemento humano en la ecuación tradicional de lo que se consideraba “ambiental”. A Luis Daniel Llambí, también hay mucho que agradecer, por su bello prólogo y porque apostó conmigo desde un primer momento a esta propuesta nada convencional y no exenta de riesgos. Hoy lo que comenzó es un árbol maduro que sigue dando frutos en el páramo.

Agradezco también el apoyo institucional de Pdvsa La Estancia y del Ministerio del Poder Popular para la Cultura.

La primera edición de *El páramo en el alma* fue preparada en digital por el Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo (IBIME), en diciembre de 2020, en Mérida-Venezuela, bajo el cuidado de Ennio Tucci. Cuatro años después, celebramos y agradecemos al Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología (Mincyt) por la publicación, impresa y en digital, de esta segunda edición, dentro de su Colección Inventario de Saberes, en una nueva demostración de su reconocimiento y resuelto apoyo a los saberes populares como parte inalienable del conocimiento científico y tecnológico, así como de su praxis.

A la gente de Gavidia y especialmente a sus niños, les devuelvo lo que les pertenece, el patrimonio de su tradición. Me siento muy feliz por la confianza que me dieron y por haberles servido como facilitadora y partera de esta obra donde quedan asentados valores, principios, recuerdos, esfuerzos, alegrías, penurias y sueños de los antepasados y de ustedes mismos.

CAPÍTULO I

Voces del páramo

Estas son las voces del páramo.
Las que brotan de cada piedra, de cada sombra, de cada brisa, de
cada vestigio de vida que parpadea en el páramo.
Voces misteriosas, profundas, que cuentan cómo pasan los días y
las noches en ese lugar de sueños y de ensueños. Tan duro como
generoso... Tan arisco como dulce... Tan lleno de nada y de tanto.
Son voces de colores, de sonidos, de profundos silencios.
Son voces del tiempo.
Son las voces del páramo.

SUSANA RUGGIERO

Bernardino Moreno †

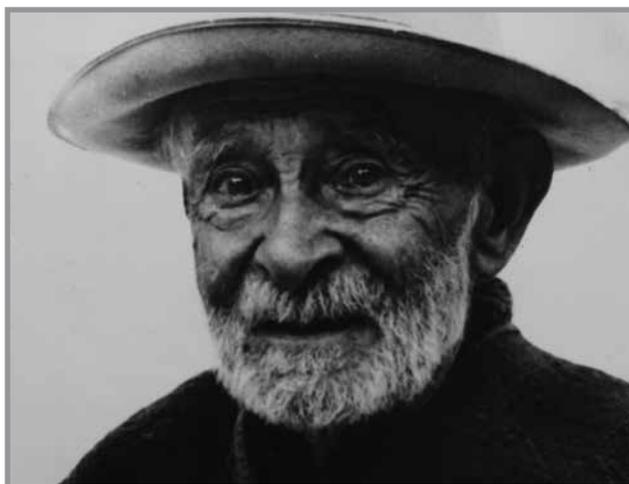
Narración de María Cantalicia Torres

Bernardino Moreno nació en San Rafael de Catalina, municipio Pedraza del estado Barinas, el 24 de mayo de 1891. Cuando niño vivió en el sitio llamado Las Piñuelas de Gavidia. Sus padres eran nativos de El Pantano de Mucurubá. Cuando jóvenes hicieron la casa en el sitio llamado El Zanjón, donde queda ahora la truchicultura.

Bernardino vivía con sus padres y viajaba a San Rafael de Catalina por los caminos de El Masinero y San Juan Bautista. Para esa época, fines del siglo XIX, se practicaba el comercio mediante el trueque. Llevaba papas, trigo, alverjas, habas, *miche*, jabón, *chimó* y otras cosas. De allá traía cacao, maíz, arroz, café, yuca, aguacates, *panela*, miel, *melao*, manteca y *mene* que lo usaban de remedio. Todo eso lo trasladaba en los *mapires de ojo* que fabricaban sus padres, quienes eran fabricantes de *cogollo* y de *bejuco* aunque también tejían sombreros, esterillas y *manares*.

Él llenaba los *mapires* con todo ese mercado y se lo cargaba hasta Gavidia.

Llegó la *mensura* y tuvo miedo, entonces se fue a vivir a Barinas. Allí se estuvo y con



el tiempo regresó a Gavidia. Se casó con Magdalena Torres y tuvieron tres hijos, dos hembras y un varón. Compró el páramo del Parche para criar el ganado que siempre le gustó tener. También echaba el ganado para el páramo *del Fraile* en conjunto con su hermano Francisco a quien llamaban *mano Chico*.

Fue comisario de la comunidad de Gavidia por mucho tiempo. Logró grandes cosechas de trigo y papa. En aquellos tiempos fundó el partido Copei aquí en Gavidia.

El abuelo Bernardino trabajaba, caminaba, conversaba con sus amigos, contaba cuentos y comía *chimó*. Murió faltándole dos meses para cumplir sus cien años. Le recordamos con mucho amor por las enseñanzas que nos dejó.

María Julia Moreno de Torres †

Recopilación de María Cantalicia Torres

Mi abuelo Tomás, de descendencia trujillana, crio los hijos aquí en Gavidia. Yo era hija de una hija de Tomás Torres y Magdalena Torres. Nací un 9 de enero de 1926 a las 6 de la mañana, allí donde hoy está la truchicultura, en un lugar llamado El Zanjón. Mi papá Bernardino Moreno nació en Barinas. Los *papaes* de él se vinieron a vivir aquí desde chiquitos, compraron ahí, y se pusieron a vivir.

Estudié primer grado en la casa del Horno, la primera escuela que hubo en Gavidia. Viví con mis padres hasta que me casé.

Mi papá conoció a mi mamá muchacha, cuando tenía ella treinta años me tuvieron a yo, solteros. Y cuando yo tenía doce años mamá tuvo a Mauricia y cuando tenía yo quince tuvo a Atilio, él murió hace mucho ya. Cuando yo me conocí aquí en Gavidia no había sino seis casas.

El clima de mayo *palante* era muy bravo, puro lloviendo, eso era oscuro *parriba*, se blanqueaban las cordilleras y bajaba la *nevazón* hasta aquí, hasta la mitad de la falda. Teníamos que estar todo el tiempo con una *cobija* puesta, eso sí, sin zapatos, así caminaba uno por todo



eso: en los pies puros. La piel del pie se volvía dura como una suela, andaba uno *apañando* leña así por todo eso. A yo no me gustaban las *cotizas* de tres puntos, porque se reventaban las correas y me parecía muy feo estar añadiendo esas correas.

Las mujeres no se ponían pantalón, eso *es-que* era malo. Los vestidos era una falda de tela azul gruesa que se llamaba holandilla, con una pretina para amarrarse. Arriba puros sacos de una tela que llamaban listado, eran puras listicas. Cada quien hacía su ropa. El sombrero no les podía faltar, las *cobijas* eran de lana de *chivo*,

las hacían blancas, las hacían de lana negra, las pintaban de rojo. Todavía hay *cobijas* de esas. Mi abuelo tenía un telar y él era quien hacía las *cobijas* de todos. Esos telares de ahora son refinados, muy refinados, su telar era de cualquier palo, total que fuera derecho tejía cuando mandaban. Las mujeres *escarmenaban* y *jilaban*. Los hombres eran los que tejían. Yo *jilaba*, todavía tengo un *jusito* por allí. Allá donde Alicia *jilan* todavía. Tengo otro juso de *jilar* algodón, el algodón lo traían de la *tierra caliente*. Ya no puedo *jilar* porque me duelen los dedos.

Aquí se hacía todo, lo que traían de Barinas era el algodón y el *cogollo* para hacer los sombreros. Era que esos hombres viajaban por allá por donde llaman El Masinero y de allá traían el algodón. Mi papá hacía los sombreros, este que tengo yo es de *boroquera*, de la *tierra caliente*. La gente antes no tenía con qué labrar palos, tenían un cuchillito *pa* hacer las cotizas de cuero *pa* ponerse en los pies. Yo es ahora que me he puesto zapatos, las muchachas me hicieron poner zapatos, si no caminara todavía con el puro pie.

Me casé a los veinticuatro años con un primo que se llamaba Domiciano Torres. Era de aquí de Gavidia. Teníamos veinte años los dos cuando nos enamoramos. Tuvimos amores por cuatro años, a escondidas, que no lo sabía la

gente. Antes era así, antes no se podía tener amores al *vulgo* de la gente, al *vulgo* de los *taitas* mucho menos. Hasta que no iba el hombre a pedir la mujer no sabían los *taitas*. Cuando acordé yo, hicimos las agencias del matrimonio y nos casamos, no pudimos hacer nada de fiesta porque ese día murió un señor que vivía por ahí, ¡el velorio fue la fiesta! Tuve catorce hijos, pero no se me criaron sino siete. El primero se me murió muy chiquitico. Cantalicia es la *tuñeca*, aunque la verdadera *tuñeca* se me murió de un año. Les daban unas fiebres a los muchachitos y como no había hospitales se morían los muchachitos.

Mi abuelo Bernardino fue nacido *pal* lado de Barinas, en un sitio que se llamaba San José de Catalina. Cuando tenía como doce años se vinieron los *papaes* a vivir en Gavidia porque compraron ahí donde la truchicultura, el papá de mi mamita Catalina compró una finca por ahí, cuando él se murió repartieron la finca y le quedó a cada hijo un lote de tierra. A su hija Catalina le quedó lo de la truchicultura, se vinieron de Barinas hicieron una casita de paja y se pusieron a vivir ahí. Ahí se crio papá que era el mayor y ahí aprendieron a trabajar el trabajo de acá. Ahí se quedó. A yo me habían tenido ahí, porque yo soy natural. Ellos se fueron *pallá* y mi papá no se quiso ir, más

bien se casó con mi mamá para no irse. Ellos se casaron después que yo estaba grandecita. Yo me acuerdo del día del matrimonio, allá donde llamaban Los Cimientos, allí llegaron esos novios y la gente los recibió, pusieron una fiesta con violines y unos guitarros grandes que usaban, yo tendría como unos cinco años.

Papá siguió sembrando trigo y papa y con eso nos mantenía. ¡Sí le gustaba conversar!, en esa época no había mucha gente, pero siempre llegaba gente de otras partes a preguntarle cosas porque era el viejo, el que sabía, él murió de cien años. Antes la gente no tenía qué contar, porque no salía. Mi papá contaba porque siempre andaba, siempre salía, iba a pie *pa* Pedraza, a pie *pa* Mérida, por allá por Mucaro Alto fue una vez a buscar un médico. Yo no sé quién le contó a papá ese cuento de la *Vieja Fara*, no me acuerdo haberle preguntado. Esa *Vieja Fara* vivió allá donde hizo casa mi papá, después *quesque se pelió* con el marido y se metió en ese pozo y no salió más.

A yo no me daba miedo, esas eran épocas en que estaban abiertos los *encantos*, como les tenían mucha fe, sabían que en esos pozos, en esos *chorros* vivían esos *encantos*, entonces el duende del pozo les hacía el camino para que entraran. Ahora no hay permiso de que salgan los duendes, porque la religión acabó eso,

porque a los duendes no les gusta la religión, le tienen miedo a la religión.

Cuando yo era muchacha salían muchas *listas*, no podía uno salir porque salían las *listas* y eran *arcos* que si lo meaban a uno le caía un sarnero que se moría la gente. *Eso* era como unas cintas de colores, se rodean así, hace un solecito y cae una brisa, esa brisa es la que es dañina, cae un *sarpullido*. Ahora no hay, *eso* se escondieron en las lagunas. Como los sacerdotes vinieron y conjuraron todo eso, se acabaron. Dicen que *pal* fin del mundo volverán a salir los duendes.

Yo de ver duendes no, los *arcos* sí, *eso* pasaban por encima de la casa. Yo me acuerdo cuando era joven que lo que me gustaba era el trabajo de afuera, amarrar trigo, pastorear vacas. Echábamos los animales *pallá*, *pal* páramo, primero con mi papá y después con mi marido.

A mi marido le dio una *enfermedá*, porque una vez estando joven estaba arrancando y fue y se rodó y se cayó y se partió una pierna, se mejoró pero no pudo trabajar como antes. Con el tiempo fue decayendo, decayendo, y fue llegando la *enfermedá* hasta que se murió, ya va a cumplir quince años de muerto, el 17 de agosto de 2008.

Carmen Paredes de Torres (†)

Papá se llama Acevedo Paredes, él está vivo, tiene 89 años. Martina Quintero, mi mamá, está muerta. Fuimos diez hermanos. Papá está bien, está mejor que yo, camina con más energías que uno mismo. Porque yo lo experimenté ahora cuando fuimos a verlo, él está allá en El Tesoro. Ahí yo me iba a caminar hasta donde mi tía y le decía: “¡Vamos papá! ¡Vamos viejito!” Y nos íbamos, pero nos llevaba a monte, camina muy, muy rápido y está vivo, está *avispaíto*. Ahora mi mamá sí murió de cuarenta y ocho años.

Los míos están unos en Barinas y otros en Guanarito. A veces los visito pero es muy caliente. El Tesoro sí es bonito. Lo bravo son los bichos, en El Carrizal también hay bichos, culebras, pero bravas no son. No son venenosas, no pican, son correlonas. Ahora *pallá, pa* Barinas, nooo...

La gente del Carrizal es más andina que llanera. Pero más abajo, donde se llama Santa Gertrudis, de ahí *pabajo* sí le pertenece a Barinas. Ahora aquí en El Carrizal es más andino. Sí es frío, tienen que tener sus *cobijas*, pero



hace frío y a la vez calor. *Pabajo*, pa Barinas, es que es muy brava la calor y esos condenados bichos, me metieron unas *asustonas*, cómo le llaman a eso: las *tutecas*. ¡Ay Virgen santísima! es un bicho, un lagartijo. Y hay unas bichas *tutecas* que son verdes, ¡yo las veo y tengo que salir mandada! Pero ya tengo cuarenta y tres años sin ver una culebra. Desde que vivo aquí en Micarache.

Luis y yo nos conocimos en El Carrizal, allí nació. En la época en que yo viví allá había mucha gente. Hace como cuarenta años que me vine. Mis hijos nacieron aquí, uno es *mucuchicero*, y el otro nació aquí donde mi suegra.

Luis Torres †

Mi papá se llamaba Epifanio Torres y mi mamá María Tadea Torres. Nacieron ocho hijos y una sola mujer. Se llamaba Petra. Los nombres de los varones no los recuerdo todos, solo el de Pablo, el mayor. Yo soy casi de los menores, pero no el menor. El *tuñeco* está en Mucuchíes *horita*, se llama José. Ese vende empanadas ahí por la panadería *parribita*.

Yo nací en el año 1937, el 9 de agosto a las 9 de la noche, en Mucurubá, donde llaman La Molina. A los tres meses de nacido, nos vinimos *pacá*, dijo mamá, que se habían ido *pallá*, *pa* Mucurubá, a *asistile* una finca a un señor Pepe. La finca era *pa* donde llaman La Molina *pallá*, *pa* salir al camino que va a Escagüey. Pero nosotros no nos estuvimos allá sino cuando mamá me tuvo a mí, después nos vinimos los tres *pacá*, *pa* Micarache.

Mamá estaba muy asustada porque se había encontrado una culebra en un pozo, dentro del agua, ella les tenía demasiado miedo. Era una de esas cazadoras que hay. Y se asustó demasiado y se vino, no estaba mi papá, andaba *pa* los *laos* de San Juan Bautista *pallá*, y cuando llegó



no había *naiden* en la casa. Sí, llegó y nada, y que dijo: “Esto fue que se fueron *pallá*”. Entonces se vino hasta donde la casa paterna.

Es que como había hecho negocios con el amo de aquí de la finca que se llamaba Ovidio Rojas, nos mudamos aquí a la casa paterna, en esa casa *deái*, donde Mercedes. Pero no esa casa sino otra, era de pared de tierra, entonces cuando *nojotros* compramos la finca, tenía muchas rajaduras la casa, entonces la *desfaratamos* y después hicimos esa que está ahí. La hicimos de pura piedra.

Rosalía † y Estefanía Castillo †

Nosotras somos Rosalía Castillo y Estefanía Castillo y vivimos con el hijo de nuestra hermana, que era la mamá de él, de Idulfo Pérez Castillo. Somos todos nativos de aquí de Las Mazorcas. Nacimos en esta casa que tendrá sus doscientos años, se la compró mi bisabuelo a Lesmes Volcanes, que fue quien la construyó.

Fuimos nueve hermanos, un solo varón. Y entonces como el varón se casó, se *jue*, y entonces papá pues trajo a este de la hermana de nosotros y se pusieron a criarlo, *taba* chiquitico y él fue el que quedó con nosotros. Él nació el sábado en la madrugada y el domingo lo recogimos. Es que tuvo dos, eran *morochos*. En esa casa fue donde ellos nacieron, esa que está allí al frente. Pero como ella se puso muy mala, enferma, yo no sé quién estuvo ahí, Alfonso como que fue y le dijo: “Papá voy a *quitale* ese muchachito *paque* por lo menos se quede quince días, hasta que ella se recupere y cuando se recupere se lo volvemos a entregar, *¡no jose!*”.

El otro hermano, ese se la pasa trabajando allá, casi no se llega a ver por ahí. Pues con le-

che de una vaca lo alimentamos, con qué más pues, si la mamá estaba enferma. Ella los dio a luz aquí mismo, en esta casa la parteó mamá que se llamaba Catalina Pérez. Papá se llamaba Benito Abad Castillo. Mamá parteó a todas sus hijas y a otras mujeres también. *Le aprendió* a partear Ana Angélica, muy amiga de mi mamá. Y nosotras también *le aprendimos*, pero ya no. Es que antes no había hospital.

En ese tiempo la vida era muy sola. Era bonito en ese tiempo. El día se le iba a uno trabajando. Cuando era de *arrancar* papa, era *arrancar* papa. No *teníamos* tiempo de aburrirnos. Ahora le dan leche de vaca a un recién nacido y de eso se muere. Eran otros tiempos ¡y otra leche!

Los otros hermanos de nosotras están en Mucuchíes. Y *ahorita* no quedan sino cuatro no más. Nos quedamos pues *pa* sembrar aquí, porque *pa* ir a trabajar *pallá*... *pa* ir *pallá* ya no quiero, ya estamos aquí. Aquí no hay que estar comprando, allá todo hay que estarlo comprando.

Aquí el fogón se prende todos los días.

¡*Ajá!* Como *ahorita* está prendido pero ya me tiene brava... Pero es que *pal* día, se *acaloriza*



mucho, porque uno sale a hacer las *arepas* donde no hace calor, ¡ay! pero aquí hace calor, hay que estarse un rato *sentao descalorizándose* para poder salir.

Eso será una bendición de Dios que le puso a uno la comida así. Plantas de aquí, el *nabo*. Él se da así solito. No hay que sembrarlo. El *saní* se hace de la semilla. La raíz tiene algo que le afecta a alguna gente, la prepara alguna gente,

pa comerla así. Antes la gente no se enfermaba y si se enfermaban los veían los médicos *rameros*. Una era la señora Eulalia que vivía en Los Apoyentos. En Los Apios en donde Estefanía, la gente le llevaba *las aguas*. Ellas dos recetaban. Ellas mismas hacían los jarabes.

Ahora sí está prendido el fogón, mire, ¡asómese a ver! Pero da mucho calor cuando uno está de día.

María Genarina Rangel †

Nací el 19 de septiembre de 1951 en Micarache, en la casa del Ángel. Mis padres fueron María Asunción Ramírez de Rangel y Jesús María Rangel, ya fallecido. Cuando tenía cinco años nos mudamos *pa* La *Asomaíta*, fue allí donde empecé a estudiar en la escuela de Gavidia a los siete años. Llegué hasta cuarto grado, a causa de que tenía que trabajar para ayudar a mis papás hasta los diecisiete años. El trabajo era *apañar* leña, arrancar y desherbar papas, amarrar trigo, ordeñar, hacer queso. También trabajé en casa de familia, donde llevé mucho maltrato, lo que ganaba no me alcanzaba para nada.

En este mismo tiempo formé un hogar con José Mercedes Villarreal Sulbarán y tuvimos diez hijos, siete mujeres y tres hombres. Vivimos en El Picadero, de ahí nos mudamos *pal* Pantano que pertenece a Mucurubá, de ahí nos fuimos para Gavidia donde habitamos desde hace *veinticinco* años. Todos mis hijos se casaron.

Tengo veinte nietos.

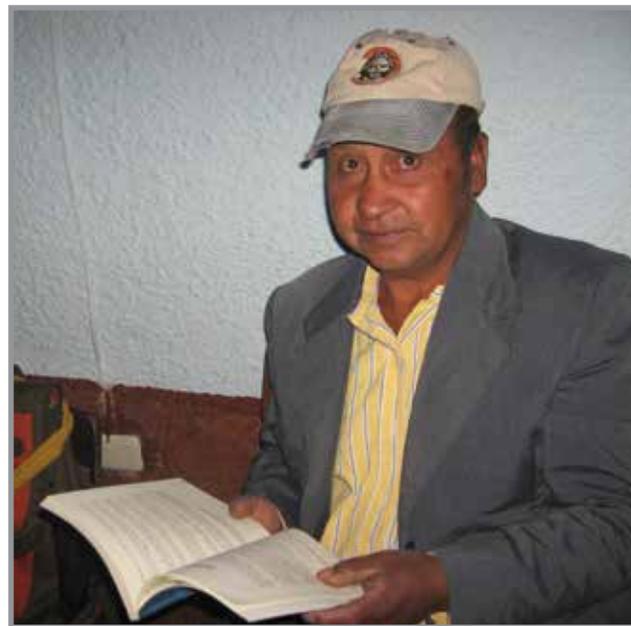


Lino Sulbarán †

Mis *papaes* se llamaban Francisca y Julio, los dos eran de apellido Sulbarán aunque no eran familia. Eran nacidos aquí mismo; mi mamá nació en El Picadero y mi papá nació en San Rafael de Catalina, pero se criaron aquí.

Esta finca de aquí *pallá* era de mi *nono* Manuel. Manuel Sulbarán y mi *nona* Virgilia eran los dueños de aquí de esta finca. Eran agricultores. Cuando muchachos pasaban un tiempo en el páramo *del Fraile*. Ellos vivían entre San Rafael y El Fraile. *Éranos* cuatro hermanos, pero ya se han muerto dos. Sí, por la parte de mamá no queda sino yo y Duardo. Más nada. Por parte de mi papá, está Liborio, Agustín, Eugenio y María del Carmen.

Bernardino y Liborio me enseñaron a preparar jarabes, sí porque antes decían que el jarabe bueno era de cuarenta clases de matas. Veinte de *tierra fría* y veinte de *tierra caliente*, así tenía que ser para hacer un jarabe bueno. Se le echaba brandy y se le echaba miel de abeja, si quería. La miel de abeja era buena *pa* el asma y *pa* endulzar los jarabes y el brandy, pues, es



una cosa *pa* la sangre. Esa miel la traían de San Rafael de Catalina, de la *tierra caliente* eran esas *abejitas angelitas* que *eso* sí son bonitas *pa* sacarles la miel, porque esas no pican. Se mete en unos palos y se *embomban* los palos así. Y unos les taladra por abajo y les pone un tiritito y sale la miel.

A *sobar* me enseñó mi mamá, sí. Sí, ella era muy *sobandera*.

Carlos Torres †

Yo nací aquí en Gavidia, donde llaman El Hatico. Debajo de una peña estaba la casa. Quedé huérfano de madre a los seis años. De mi mamá éranos ocho. Se murieron siete y quedé yo solo. Murieron niños. En esa época cuando más duraban, duraban quince días. La más que duró fue una que se llamaba Ana Julia que duraría como algunos cinco años más o menos. Se morían después que nacían, después que se bautizaban. Se enfermaban y se morían. Y después de eso mi papá se casó con Ana Julia y tuvieron ocho también. *Eso sí* tuvieron hartos. Fueron siete que vivieron y siete que se murieron. Total, que cuando mi papá se murió ya tenía catorce hijos.

Papá se llamaba Alejandro Torres. Se murió joven, pero estaba viejo. Murió de *cincuentiún* años y estaba anciano y *coco pelao*. Papá era músico, tocaba violín y cuatro.

Estudié hasta tercer grado aquí en Gavidia. Mi maestra se llamó Alicia Maldonado. Una buena maestra, sí. Ella me enseñó a escribir bien. Sí, en una oportunidad que estuve en Mérida haciendo un examen para trabajar en la



policía, me reuní como con ochenta estudiantes que queríamos ingresar en la policía y solamente dos salimos sobresalientes, y había muchos bachilleres. Salimos sobresalientes en letras, en historia, en tantas cosas. Bastante le enseñaban a uno la historia de Venezuela.

La escuela quedaba detrás de donde está la escuela *horita*. la casa del Llano, que llaman. Ahí era la escuela, aunque primero fue ahí en la casa de la señora Ilva, en la casita grande. Después pasó a la casa del Llano, a la casa de Nicomedes Castillo. Ahí fue donde estudiamos nosotros. La maestra vivía en La Mucumpate y se quedaba en Gavidia durante la semana. Se iba a su casa todos los viernes, a caballo. Los pocos que *habíanos* en ese tiempo, todos, *estudiábanos*

con ella. Muy buena maestra. De esas maestras, pocas. Los estudios llegaban hasta tercero. El que quería seguir estudiando tenía que irse de aquí. Con ella estudió el padre Castillo. Y él se fue *pa* Mucuchíes y de Mucuchíes se lo llevaron a estudiar en el seminario y de ahí salió sacerdote.

Mi vocación de servicio a la comunidad me viene de la época del Centro de Educación Popular. Que yo recuerde, el Centro de Educación Popular se fundó aquí en Gavidia un 27 de abril de 1986. Antes de eso, vivíamos como adormecidos, vivíamos como ciegos, vendados los ojos.

Fue a través de un hombre que se llama Heriberto Araujo, nosotros pensábamos antes que cuando llegaba gente de otra parte pensábamos que podrían ser evangélicos, que podrían ser gente ajena, que podrían venir a causar daño. Después nosotros nos fuimos acercando, nos fuimos acercando y nos dimos cuenta de que lo que venía era a sembrar una semilla para la formación, y nosotros lo único que teníamos que hacer era preparar el terreno para que esa semilla produjera frutos.

Hoy en día reconocemos que está produciendo los frutos, aunque no en todas las personas,

naturalmente, porque todas no se dejan formar. No se dejan capacitar, no se dejan corregir. No sé si es por egoísmo, por pesimismo, por timidez, lo cierto es que el trabajo está en camino.

Tenemos que luchar, tenemos que ayudar a la gente, tenemos que concientizar al pueblo, con buenas palabras, con amor y con cariño.

Y yo desde ese tiempo *pacá* pues empecé con mis pequeñas ocasiones y fui descubriendo en mí muchos talentos, no solamente para mí, sino que quiero compartirlos y los he compartido con el pueblo. No solamente con mi comunidad, ni con el pueblo al cual pertenezco, quiero compartir a nivel nacional también.

Fui policía diez meses, eso fue cuando entró Domingo Parra. Pero me salí, no sé, no era porque estaba ni aburrido, no sé qué fue lo que me pasó. En Mérida me estuve seis meses de policía y el resto estuve aquí en Mucuchíes.

Yo he hecho muchas cosas. He trabajado en la agricultura. Descubrí en mí la ocasión de tallar madera. Me puse yo mismo, por inspiración propia he tallado nacimientos en madera. He tallado dos Chávez, uno de a caballo y otro de a pie, pero con espada. Es mi manera de agradecerle todo.

Bernabé Torres

Nací en Mixteque el 10 de julio de 1957 a las diez de la mañana. Soy hijo natural de Rubén Villegas y mi madre fue Cándida Rosa Torres. Viví siete años en El Guisital, Las Piñuelas. Después me fui a vivir en La Aguadita en el sector El Picadero y en Los Corrales. Me crié al lado de Asunción Villareal.

Estudié hasta tercer grado en la Escuela Estatal número 218. Mi maestra fue Isabelina Parra. Luego me fui a vivir en Los Yaques, en el sector Las Piñuelas de Gavidia. Soy escultor y agricultor, desde pequeño me gusta ese trabajo.

A los 25 años me casé con Cantalicia Torres, el 23 de diciembre de 1981, en la iglesia Santa Lucía de Mucuchíes con el sacerdote Fidel.

Tenemos cuatro hijos. Vivo en El Puente, Gavidia.



José Idulfo Pérez Castillo

Mi vida y la música

En 1959, un día sábado, el 13 de junio, nacieron dos niños *morochos*. Era la una de la madrugada en la comunidad de Gavidia, sector Las Mazorcas, donde llaman la casa del Plato. En ese parto la *comadrona* fue mi abuela, que se llamaba María Catalina Pérez de Castillo.

Mi abuela se alegró mucho cuando vio que eran dos niños, porque esperaba uno solo. Se fue muy contenta. Le contó a mi abuelo, que se llamaba Benito Abad Castillo, él se fue a conocerlos. Y pensaron adoptar a uno, el más grandecito, porque el otro era más pequeñito y flaquito. Entonces los abuelos hablaron con mi papá y mi mamá, que se llamaban Wenceslao Pérez y María Silvina de Pérez. Al día siguiente, 14 de junio, mis abuelitos me llevaron para la casa de ellos para criarme. Fue allí donde me formé, al lado de ellos y de mis tías que me dieron mucho amor y cariño.

El 28 del mismo mes fuimos bautizados con los nombres de Rodolfo del Carmen Pérez Castillo y José Idulfo Pérez Castillo, que soy yo.

En la casa había un *cuatro* viejo y desde muy pequeño, cuando oía sonar el *cuatro*, me



llamaba mucho la atención. Entonces yo pedía que me dieran el *cuatro* para yo tocar. En *tiempos de parada*, en la fiesta de la Virgen de Fátima y en matrimonios, que eran las fiestas que tocaban con violín y *cuatro*, yo sentía el deseo de estar con los músicos y me acercaba a poner cuidado para aprender a tocar.

A la edad de siete años empecé a tocar en el *cuatrito* viejo. Un primo me enseñó las primeras claves y fui aprendiendo poco a poco. Cuando tenía nueve años toqué la primera *paradura* y desde entonces seguí tocando y le compré un violín a mi padrino y lo aprendí a tocar después. Después compré una guitarra y aprendí a tocarla.

Cuando empecé a oír la *música llanera* me llamaba mucho la atención, pero yo no sabía qué instrumento era el que tocaban. Yo pensaba que eran campanitas que sonaban, unas grandes y otras pequeñas. Entonces le pregunté a un hermano mío:

—¿Cuál es ese instrumento que suena como campanitas?

Y él me dijo:

—Eso es un arpa que tocan los llaneros y tiene muchas cuerdas.

Y entonces me quedé con la idea de conocerla.

Un día que fui *pal* pueblo, y por primera vez vi la televisión, estaban pasando un programa de *música llanera* ¡ahí fue cuando conocí el arpa! Y sentí el deseo de aprender a tocarla. Me dije: “Yo tengo que aprender a tocar arpa”.

Al poco tiempo la compré y me puse a aprender y aprendí sin que nadie me enseñara.

En las tardes nos reuníamos en la casa a tocar con unos amigos. Con el tiempo llegó a Gavidia la organización del Centro de Educación Popular, y en esa organización estaba un señor llamado Heriberto Araujo, y nos invitó a participar en los eventos que él hacía. Fue de

ahí donde se formó el conjunto El Gavilán Serranero. Participamos en festivales, bautizos, cumpleaños y matrimonios.

A mí me gusta mucho la música y siempre estoy tocando en las tardes cuando llego del trabajo, en los ratos libres, en las Fiestas Patronales de la comunidad.

Le doy gracias a Dios y a la Virgen por haberme dado este don de la música, porque me siento feliz, contento. Y le doy también las gracias a mi esposa, a mis hijos, a mis tías y a toda mi familia. A la comunidad de Gavidia y a muchas personas que han venido de otras partes y me han brindado su apoyo.



María Zenaida Torres de Pérez

La niña, el pastoreo y los *arcos*

Por ahí por los años 60 en la comunidad de Gavidia del municipio Rangel, del estado Mérida, en el sector Las Piñuelas, en una casita de piedra y techo de paja, donde llamamos El *Joso*, vivía una pareja de casados que se llamaban Domiciano Torres y María Julia Moreno. Era un día sábado 11 de octubre del año 1962, en la mañana, María Julia le dijo a su esposo:

–Ay, yo estoy mala.

Era porque ella estaba embarazada, iba a tener un hijo. Pero ese día había fiesta abajo en la capilla, era la fiesta de la Virgen de Fátima, entonces él le dijo:

–Si eso es así, yo voy *pabajo* a buscar a la *comadrona* para que venga a *asestirla*.

Y él se fue y ella se quedó con esos dolores, espera y espera, que llegara la *comadrona*. Pero no llegó pronto y se le llegó la hora de dar a luz y a eso de las dos de la tarde nació una niña muy hermosa, era la hija número diez. Cuando la *comadrona* llegó ya había nacido la niña, y le pusieron por nombre María Zenaida.



Bueno, yo crecí ahí, en esa casita, junto a mis otros hermanos. Cuando tenía como por ahí unos cinco años yo empezaba a salir a pastorear las ovejas con mis hermanitos. Como a la edad de siete, ocho y más años mi mamá nos mandaba a pastorear las vacas. A mí no me gustaba pastorear. A veces echábamos las vacas *pallá* pa que comieran en el monte. Y mamá nos mandaba a buscarlas y nos decía:

–Pero no vayan a llorar ni a pelear porque les salen los *arcos* y se los llevan.

Yo les tenía mucho miedo, *eso* salían mucho, todas las tardes, porque en esos tiempos llovía mucho y nos íbamos a buscar las vacas.

Cuando nos salían los *arcos*, eso era que corríamos para que no nos alcanzaran y hacía mucho calor porque hacía sol con lluvia. Y nos llegaban cerquita esas *listas* de colores. Eran muy bonitos, pero yo les tenía miedo. No llovía duro pero sí *gimiaba* y me ponía colorada, era por ahí por donde llaman El *Lion* y El Pantano Grande. Había pozos grandes en la quebrada y también les tenía mucho miedo porque de ahí es que salían los *arcos*. También me llamaba mucho la atención era cuando llovía mucho, mi papá se ponía a mirar la lluvia y decía:

–Mire, están pasando los *largos*.

Yo pensaba que era gente que pasaba y decía:

–¿A dónde?

Y miraba, y no veía a nadie. Era la lluvia cuando pasaba con el viento y la neblina. Era muy bonito.

Vivíamos muy felices, comíamos repollitos, *chulco*, *chivacúes*, *quíboyes*, *membrillos*, *borracheros*... ¡Una vez me emborraché de todo lo que comí!

Cuando ya pasó el tiempo empecé a oír radio, en ese entonces salían unos radiecitos

y unos tocadiscos. Me gustaba mucho la música: rancheras, llaneras, románticas, baladas. Aprendí a cantar toda esa clase de música. Me gustaba mucho la música de cuatro. Mi papá nos enseñaba a cantar y a bailar. Cantaba rancheras con mis hermanas. Mi mamá y mi papá me llevaban a las fiestas como bailes, *paraduras* y fiestas de la Iglesia. De vez en cuando a la misa que había en la capilla de Gavidia y siempre me ha gustado.

En ese tiempo, ya grande, *apañaba* leña para cocinar; trabajaba la agricultura; ordeñaba las vacas; llevaba el almuerzo a los obreros, por allá por El Pantano Grande, para la cañada de El *Joso*.

A la edad de veinticuatro años me enamoré y me casé. De ese matrimonio nacieron dos hijos, un varón y una hembra; es lo más hermoso que Dios me ha regalado en mi vida. Después que me casé me fui a vivir en Las Mazorcas, allí hicimos unas casitas y vivimos felices.

Yo pienso que lo más bonito es vivir en el campo, por eso yo le doy gracias a Dios, por darme la oportunidad de vivir en paz con mi familia. Gracias, Señor.

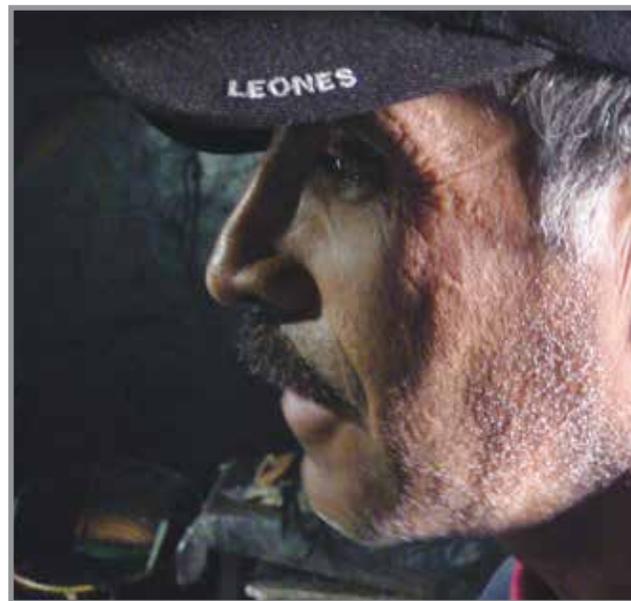
Gregorio Torres

Nací aquí en El *Joso* en 1961. Mi papá se llamó Domiciano Torres y mamá María Julia Moreno de Torres. Tengo seis hermanas, soy el único varón. Todos nativos de aquí de Gavidia.

Yo toda la vida me he dedicado a la agricultura, me gusta la artesanía, el tallado de madera, también trabajo albañilería. Me gusta la música, toco cuatro y guitarra. En veces compongo, pero ahora hace tiempo que no. Cuando estaba más joven sí me gustaba componer. No, no, yo no tengo sentido para eso, las hermanas sí componen.

Soy soltero, vivo con mamá. Aunque todo el tiempo he salido de aquí yo no me *amaño* en otra parte, he ido a Caracas, a Barinas, he hecho excursiones para el páramo por El Carrizal, por el páramo *del Masinero* a salir a Barinas.

De Gavidia todo me gusta, todo lo que se hace aquí. La agricultura, el *conjunto aguinaldero* que se llama Parranda Navideña de Gavidia. Ese conjunto lo hicimos nosotros de muchachos, chiquitos, aquí en la casa, nosotros somos fundadores. Cuando nosotros fundamos ese conjunto, yo y las hermanas mías, ahí se agre-



garon unos muchachos que son primos míos y así la gente se empezó a agregar, *antonces* como le habíamos puesto al conjunto Hermanos Torres ya después que la gente se agregó le cambiamos el nombre por Parranda Navideña. Sí, hemos ganado varios festivales.

Los primeros instrumentos del conjunto los fabricamos nosotros mismos, ¡esos ya se acabaron! Era una *charrasca de cacho*, un *tambor de pote*, de una olla vieja de mamá. Las maracas sí las habíamos comprado, eso era lo que teníamos cuando fundamos el conjunto, ¡y el *cuatro*!

Jovino Lobo

Nací en El Picadero, el 2 de marzo del año 1961. Soy el mayor de mis hermanos. En esa época eran tiempos de más pobreza, de más respeto, lo castigaban más a uno, tanto en la casa como en la escuela.

Fui compañero de mi padre desde pequeño, íbamos al páramo a buscar ganado. Cuando me cansaba de caminar mi padre me cargaba, me dejaba en la casa encerrado mientras él se iba a *paramear*. Yo pasé varias *nevazones* con mi padre.

Una vez, tenía aproximadamente diez años, me *emparamé*, iba llorando detrás de mi padre, de modo que no me oyera y no se diera cuenta. En el momento que se dio cuenta me preguntó:

—¿Y a este muchacho qué le pasa, va *emparamao*?

Y le dije:

—¡No!, lo que tengo es hambre.

El sacó *arepa* y me dio.

Seguimos, yo iba *emparamao* y seguí llorando y se volvió a dar cuenta y me dijo:

—Usted lo que va es *emparamao*.

Y le dije:

—Me atoré con la *arepa*.

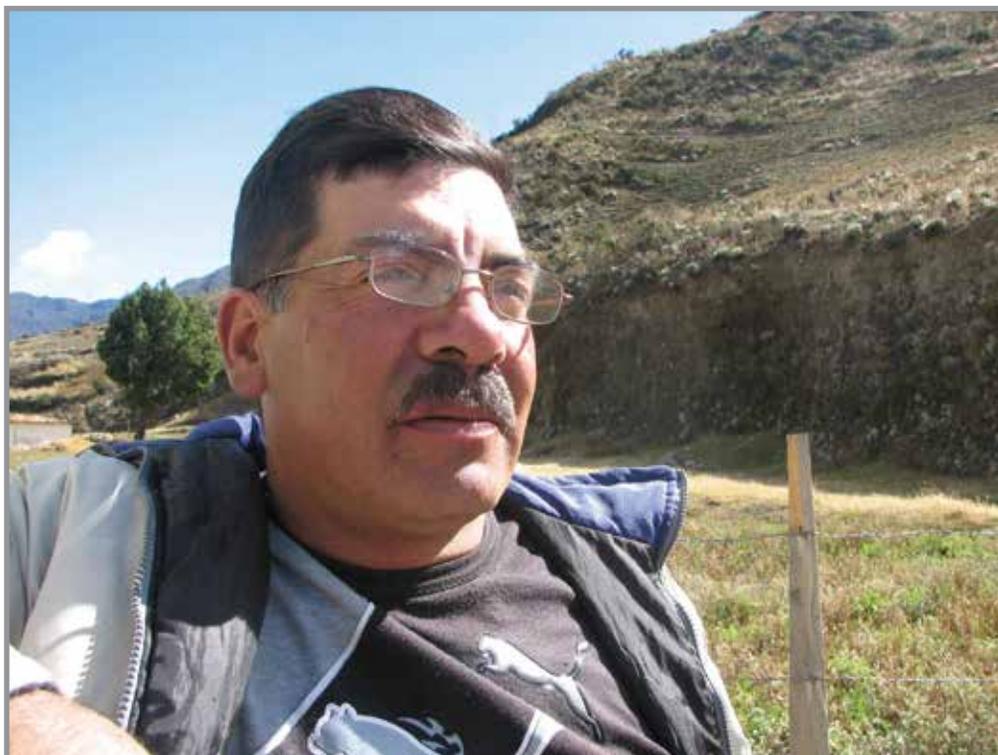
Y me dijo:

—Beba agua.

Seguimos, y la tercera vez sí que no me perdonó, agarró una rama, salí corriendo y lo dejé atrás, ¡hasta ahí me duró la *emparamazón*!

Otra vez me mandaron por un camino con un ganado, se oscureció de neblina y me perdí. Pero yo no me di cuenta de que iba un duende o un *arco*. Estuve perdido como tres horas hasta que subí un filo o una cresta y vi algo redondo en la niebla. En ese momento me di cuenta que era un *arco* el que me tenía perdido. Entonces sí existen duendes y *arcos*, los páramos son mágicos.

Cuando muchacho me gustaba mucho escuchar los cuentos que me echaban mis abuelos: de Pedro Riales, de la princesa del pelo de oro, del hombre que se comió la Sayona en el páramo, de la *Vieja Fara*, del hombre que venía de Santa Catalina y el diablo le ayudó a cargar las maletas, del hombre que se *encantó*, del cazador de venados, del hombre que se fue a buscar los bueyes y los duendes le dieron



una pasada, del fundador de Gavidia. Cuentos de viajeros, leyendas de lagunas, eran muchos cuentos.

Me siento orgulloso de haber nacido en estas tierras porque aquí hay mucha leyenda, talento e historia.

Uno como humano debe sentirse parte de la naturaleza, de lo que Dios creó y debe uno

tener algún santo devoto y tenerle fe, así le concede la petición que uno le haga en hacerle el bien.

Me casé, tengo mi esposa y mis hijos, he pasado hasta ahora una vida plena y feliz. Mi nombre es José Jovino Lobo Torres y mi esposa es María Brígida Torres de Lobo. Mis hijos son ocho y uno muerto de bebé.

Brígida Torres

Yo, Brígida Torres, hija de Ana Julia Torres, tengo 46 años, nací aquí en Gavidia en la casa del Hatico. Atendió mi parto una *comadrona*. Fui criada de mi mamá solamente porque quedé huérfana de papá cuando tenía cinco años. Sufrí mucho porque éramos muy pobres, ¡once hermanos todos pequeños!

Mamá nos daba sopa de pura papa cocinada con sal y *nabo* sancochado. No tenía para comprarnos nada. Caminaba con el puro pie. Mamá no tenía plata porque no trabajaba para ganar, no sabía leer ni escribir y era muy *penosa*. Así éramos todos. Cuando llegaba la gente nos escondíamos, les teníamos miedo.

Me casé a los 16 años, tuve nueve hijos, seis en la casa. Me atendieron los partos varias *comadronas*. Cuando uno no se *espachaba* rápido le empezaban a dar *bebedizo* de manzanilla cada ratico y entre más tomaba, más duros venían los dolores ¡Hasta que al fin tenía el muchacho!

Cuando nacían les amarraban el ombligo con un cordón, luego se lo cortaban con una tijera de cortar ropa. Al niño le ponían pañales



de trapos de la misma ropa de uno. Se fajaban las manitas del niño con un fajero y se le ponía un *cabezal*, que era un pañuelo para que la cabeza no se le moviera. Se le quemaba el ombligo con una vela y con cebo para que se le cayera rápido.

A uno le daban malta hervida bien caliente y preparaban la *mistela* con *miche* y especias, miel de abejas, *mostaza* y otras matas. Le daban una *soba* a uno en todo el cuerpo y luego le mataban un ovejo y unas gallinas para darle de comer.

A los tres días de haber parido le ponían a uno los *vahos*, que se hacían con un *bebedizo* de toda clase de ramas. Las ponían a hervir y cuando lo bajaban del fogón lo metían debajo

de las *cobijas* para que uno agarrara el vapor de ese *bebedizo* hasta sudar. Luego le daban un trago de *mistela*, un *platado* de caldo de gallina criolla y ovejo y se cuidaba cuarenta días de dieta.

Ahorita estoy más contenta porque he aprendido muchas cosas. Gracias a Dios.

Cantalia Torres

Nací el 28 de mayo de 1964. Hija de Domiciano Torres y María Julia Moreno.

Viví en el sector El *Joso*, Las Piñuelas, Gavidia. Mis padrinos fueron Nicomedes Castillo y Susana Pérez.

Estudí hasta tercer grado en la Escuela Estatal número 218, luego saqué el sexto grado por Radiofónica Fe y Alegría, en el Centro Campesino de Mucuchíes, El Convite. El bachillerato lo estudié por la Misión Ribas en el año 2006.

Me desempeño como tejedora de lana de oveja. Tejo en telar horizontal y vertical, también con agujas en mano. Soy compositora de coplas, cuentos, leyendas y canciones. Viví con mis padres hasta los dieciocho años cuando me

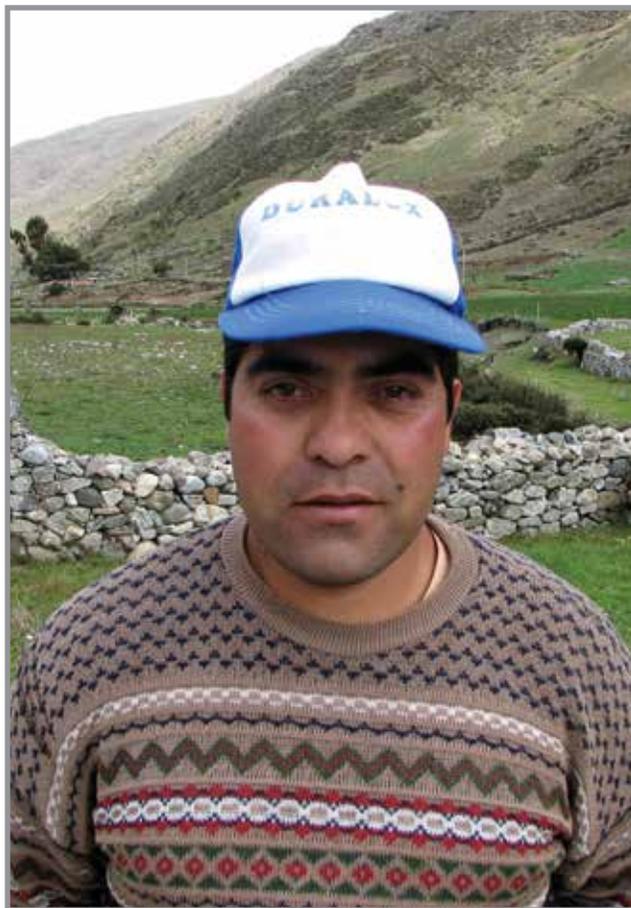


casé con Bernabé Torres, tuvimos cuatro hijos y vivimos en Gavidia, sector El Puente.

Mario Hernández

Mi nombre es Mario de Jesús Hernández Moreno, hijo del señor Ramón Hernández y María Mauricia Moreno. Soy oriundo de Gavidia, me crié y nací en un sitio que se llama El Zanjón. Allí donde está la truchicultura Valle Encantado, esa era la casa que los abuelos cuentan que fue la casa donde vivió la *Vieja Fara*. No la que hay *horita*, hubo una casa ahí antes donde ella vivía con el esposo de ella. Y bueno, esa era la casa paterna de nosotros.

Parte de lo que fue mi infancia la pasé en Mérida donde mis tías, pero la mayoría la pasé aquí en Gavidia. Estudié la primaria y después bueno, me vine a trabajar, no quise seguir estudiando más, ¡no sé por qué! Me estuve seis años allá. Y después volví aquí a Gavidia, me estuve otro tiempo, y a los diecinueve años me fui *pa* Maracay. En Maracay me tuve casi 4 años también, pagué servicio y salí del servicio y me vine. Y bueno, desde entonces pues, he *estao* aquí en Gavidia otra vez. A mí me gustaba mucho que me contaran cuentos los abuelos y que me los contara un tío que se llamaba Francisco Moreno, le decían *mano* Chico



Cañas. Varias veces fue a visitarnos y se estuvo tiempo con nosotros, meses, y él nos contaba. En las noches nos *reuníamos* con él y empezábamos a preguntarle cosas, y él empezaba a contarnos cuentos de los páramos, de cuando él viajaba y cosas así.

María Dominga Villarreal

Nací el 30 de septiembre de 1973, en Los Corrales, en la casa vieja de mi tío Marcelo. Mis padres fueron José Mercedes Villarreal Sulbarán y María Genarina Rangel de Villareal. Pasé mi niñez en Los Corrales, me daba mucho miedo y *pena* ir para la escuela. Me orinaba del miedo. Llegué hasta segundo grado porque no podía aprender a leer y escribir.

Mis hermanos y yo le teníamos *pena* a la gente y los mirábamos por las hendijas de las puertas. Hasta que no se iban no salíamos. Teníamos un vocabulario muy desconocido, que si “puaquí”, “iban dicho”, “escalinatas” y “puallí” “puallá”, entre otros.

Nosotros *estrenábamos* cada tres años. Jugábamos en el *tamo* que quedaba del trigo cuando papá se iba a trillar y también ayudábamos *apañando* la leña. A la edad de ocho años nos mandaron, a un primo y a mí, con una señora para Oriente. Fuimos muy maltratados, no teníamos comunicación. Regresé con mis papás a la edad de trece años. Mi adolescencia la pasé trabajando en casas de familia para poder ayudarme y ayudar a mis papás. La



mayor parte del tiempo la pasé alejada de mis padres.

Me enamoré a los dieciséis años y me escapé con José Darío Villarreal Trejo, el padre de mis tres hijos. Formamos un hogar en la comunidad de Gavidia, en casa de mis suegros.

Compartimos nueve años. Yo trabajaba en la agricultura para ayudarnos. Cuando él abandonó el hogar me fui a vivir a casa de mis padres, vivía en una sala, allí dormía y cocinaba. Me dediqué a mis hijos y al trabajo de agricultora. Me gusta sembrar papas, ajo, zanahoria, trigo, cebollín y cilantro.

Retomé mis estudios en la Misión Robinson, de ahí saqué el sexto grado de educación básica. Me he preparado en talleres. Me gusta ayudar a los ancianos y niños. Aprendí de mis antepasados a sobar el *mal de ojo* en los niños.

A las mujeres cuando están embarazadas y cuando les da el *mal de madre* también las aprendía a ayudar porque yo sufrí mucho de eso.

Luché y soñé con tener una biblioteca hasta que lo logré, esto fue para beneficio de los niños porque llegaban hasta sexto grado y no estudiaban más. Ahora con este medio los muchachos se animan y tienen más facilidad para investigar.

Vivo con mis padres y mis tres hijos en mi propia casa, lucharé por mi comunidad para que salga adelante.



Cerrando el proceso de investigación–reflexión–expresión que dio lugar a casi todo el cuerpo de relatos que componen el libro, propusimos una actividad que se llevó a cabo con mucha dedicación y deleite por parte de los narradores.

Consistió en la elaboración de un libro artesanal donde cada autor recogía sus textos e ilustraciones en un diseño personal y bajo el encanto del mismo flujo creativo que acompañó todo el proceso.

El resultado fue una colección de preciosos manuscritos que han sido expuestos al público en varias ocasiones, causando una conmovedora impresión pues se palpa en estos libros–objetos la sensibilidad y el sentido estético de los habitantes del páramo de Gavidia.

El encuentro con la obra de sus coterráneos inspiró una suerte de contagio creativo en Isidro Castillo, originario de Gavidia pero habitante de Mucuchíes, capital del municipio.

Si bien sus actividades laborales fuera de la comunidad de Gavidia no le permitieron participar de la dinámica de la investigación colectiva que emprendimos, esto no le restó voluntad y empatía al estímulo que en él produjo el contacto con la obra de sus familiares y vecinos.

Isidro Castillo sintió la urgencia de plasmar, él también, la historia de su vida, así como sus narraciones, poemas y canciones que incluimos, capítulo aparte, dada la singularidad de su participación y agradeciendo la espontaneidad y el genuino entusiasmo con los que nos concedió sus creaciones.

Isidro Castillo

De lo bueno y de lo malo que le ocurre a un ser humano

Hoy, cuando son las diez de la mañana del día martes, 18 de mayo de 2010, tomo papel y lápiz en mano para escribirles mi propia historia. Una historia que, puede que sí o puede que no, ocurre a diario, en la cotidianidad de nuestros días. Una historia de lo bueno y de lo malo que le ocurre a un ser humano. Aunque ustedes no lo crean, increíble, pero cierto.

Las historias de Isidro

En un páramo muy lejano, llamado Los Arangures, perteneciente al pueblo de Gavidia, vivía una pareja muy feliz. Ellos trajeron al mundo un niño al que le dieron por nombre José Isidro Castillo Torres, nacido un 3 de febrero del año 1975 a las 2 y 35 de la tarde.

Transcurrieron los días, el tiempo fue pasando y el niño fue creciendo. Y como el tiempo cambia, la felicidad se acaba. La dicha pareja se separó por un corto tiempo y el niño empieza



a pasar trabajo y calamidades por la pobreza y falta de recursos de aquellos tiempos. Cuando la pareja vuelve a unirse vuelve también la felicidad.

A los ocho años el niño empieza la primaria logrando cursar el tercer grado de sus estudios. No pudo continuar porque la pareja era muy pobre y tenía doce hijos, Isidro era el segundo de ellos, tenía que trabajar para ayudar a

la familia. Cuando no había trabajo se iba a recolectar potes de aluminio para vender y llevar *panela* y harina a casa. Cuando no se hacía nada de dinero, llegaba muy triste porque tenían que acostarse sin cenar.

La mamá les cantaba para que se durmieran, y a veces el papá les contaba “historias de caminos”, *espantos*, entierros, duendes y leyendas.

Les contaba también hechos que le pasaban, como por ejemplo este:

“Una vez, cuando yo estaba joven, me fui *pal* pueblo y me dejé estar *puallá* hasta tarde y me regresé *pa* la casa como a media noche y donde era más lóbrego *vide* una luz que se desprendió de arriba del camino y cayó *pal lao* de abajo. A yo en el momento no me dio miedo, pero ya van a ver.

Yo era muy guapo *pa* andar de noche. Cuando pasé en frente a la luz sentí como si se me durmiera la lengua, pero yo seguí *palante*, tuve que agarrarme del *talú* del camino hasta que al fin pasé, no podía decir ni pío, se me *golvió* la cabezota y me fui, y me fui.

Cuando iba de lejos como un kilómetro *voltié* a mirar y estaba esa luz como la luz de una casa, grandota y clarita. Extravié el camino y me

fui *pa onde* Silvino que era mi mejor amigo, porque era mi primo.

Llegué y toqué a puerta, preguntó: “¿Quién es?” Yo seguí tocando, él decía: “¿Quién es? ¡No moleste y láruese de aquí!” Yo no podía contestarle porque como estaba mudo porque tenía la lengua dormida.

¡Qué más! Me tocó dormir en el corredor encima de un poco *e* leña, con todo el frío. Cuando aclaró el día se paró Silvino y me encontró tirado en la leña, me trajo café caliente y me fue pasando aquello y pude contarle lo sucedido. Después al tiempo pasé mismo de noche. Menos mal que yo iba acompañado con un sobrino y le iba echando el cuento de lo que me había pasado con la luz, cuando de repente dice el sobrino: “Mírela tío, mire la luz. Gracias a Dios no nos pasó nada”.

Esto es algo de lo que le contaba el papá a Isidro.

La historia de la gallina

Cuando tenía 16 años se lo llevaron engañado para la capital, diciéndole que iba a estudiar, y no fue así. Lo pusieron a trabajar en casa de

unos señores muy ricos. Era jardinero; limpiaba los pisos; aspiraba las alfombras; limpiaba las rejas, ventanas, vidrios, baños y lavaba la vajilla. Atendía a los animales, les daba de comer a los perros y a los pájaros.

Gracias a eso ahorró un dinero. Cuando cumplió 18 años pudo irse a su casa.

Un domingo que andaba caminando pasó la policía y lo reclutaron para el ejército, pero no pudo prestar el servicio militar porque era operado de *la* apéndice. Esto ocurrió en el estado Barinas, porque se habían mudado a vivir allá.

La mamá le decía:

—Isidro, no se vaya por allá tan lejos, ni se deje estar tan tarde de noche. Mire que en el llano también pasan cosas raras y salen *espantos* por esos caminos.

Él se ponía a reír y abrazaba a su mamá. Una noche se fue a una fiesta, iba montado en una bicicleta y no tenía permiso de la mamá. Como a eso de las doce de la noche se fue de la fiesta, camino a casa, en su bicicleta. Era un sitio muy solo, vio que venían tres personas. Él pensó y dijo:

—Ay, Dios, aquellos locos me va a quitar la bici.

Y se detuvo a pensar qué hacer. Se persignó y dijo:

—Bueno, que sea lo que Dios quiera. Soltó el freno y aceleró el pedal.

Cuando estaba cerca de los tipos cerró los ojos, pero tuvo curiosidad de ver quiénes eran. Miró y vio cómo crecieron alto como los árboles. Se acordó de lo que le decían. Si lo *espantan* no voltee a mirar porque se le cargan los muertos. Entonces frenó y volteó rápidamente, pero no vio a nadie. No tuvo otra que irse rápido para la casa, y no le contó a nadie.

Pasó el tiempo, se compró una moto y seguía yéndose a las fiestas sin permiso de la mamá y sin hacerle caso. Como le gustaba andar solo en la moto, una noche de luna, iba a una fiesta y se encontró una gallina negra en el camino. Paró la moto y dijo:

—¿Una gallina?, ¡qué bueno! Voy a agarrarla para hacer un sancocho en la fiesta. ¿O mejor se la llevo a mi mamá para que la junte con las dos de ella?

La gallina era mansita, cuando ya casi la agarraba la gallina volteó y lo miró con una sonrisa y los ojos como brasas rojas. Isidro se paralizó un momento, dio media vuelta y se

fue para la casa. No salió más a fiestas en las noches, y menos sin permiso de su mamá.

El poeta

El tiempo sigue pasando e Isidro se dedica a trabajar. Cuando tenía veintinueve años lo invitaron unos amigos a trabajar en un aserradero. Solo trabajó media hora, porque tuvo un accidente cuando cayó sobre un disco de cortar madera que le destruyó parte de su cuerpo y lo dejó de por vida con una colostomía. Estuvo cerca de morir, pero como Dios es muy bueno le dio otra oportunidad de vivir.

Las tías, que son de Gavidia, lo trajeron a Mucuchíes para ver de él. Se dedicó a componer canciones y lo llamaron “el poeta”. Compuso: *Mi potro paramero*, *Viaje de montaña por la paz*, *Costumbres de mi tierra*, *Guayabo de semana y media*, entre otros.

Consiguió trabajo en una emisora como operador de audio y cuando se retiró fundó una emisora con unos empresarios que lo nombraron encargado. Al tiempo, el director de la emisora que lleva el nombre que él mismo le dio: Mucuchíes 91.7 FM, única en su estilo. Ahí le dieron el nombre de: “Isidro, el único en

su estilo”. Diseñó el logo que es un águila con un CD en el pico y en las garras un micrófono con el cable. También diseñó el sello de la emisora y de una cooperativa que hizo con sus tías en Gavidia y se llama Vertientes de Agua Viva.

En el año 2009 realizó el primer gran evento de música más alto de Venezuela, motivo fue el segundo aniversario de la emisora, con la elección y coronación de la Chica Mucuchíes como reina. Ya están los preparativos para el segundo evento del tercer aniversario de la emisora.

Hoy, a los treintaicinco años de edad, escribe un libro que lleva por nombre *Isidro el andino y sus cuentos de caminos*.

Y como todo empieza todo termina, con lápiz y papel en mano me despido diciéndoles que ese Isidro soy yo mismo.

Esta historia continuará.



Páramo de El Masinero.

CAPÍTULO II

Remontando la memoria

Bruno Gavidia y la piedra del Hombre

Bernardino Moreno

Narración de Cantalicia Torres

El primer habitante de nuestra comunidad se llamó Simón Bruno Gavidia. Este no se supo de dónde vino, si era español o era indio. Lo que sí se sabe es que llegó y se instaló aquí en este valle a criar vacas y bestias. En aquel tiempo, este era un valle que tenía monte alto donde *asistía* el oso, el león, el venado, la *lapa* y la locha.

Este hombre se puso a vivir en el sitio denominado Gavidia. Hizo una casa al lado de la quebrada de La Pata, donde ahora se llama la casa del Horno. Vivió mucho tiempo y tenía como potrero todo el valle, lo que es Las Piñuelas y Micarache.

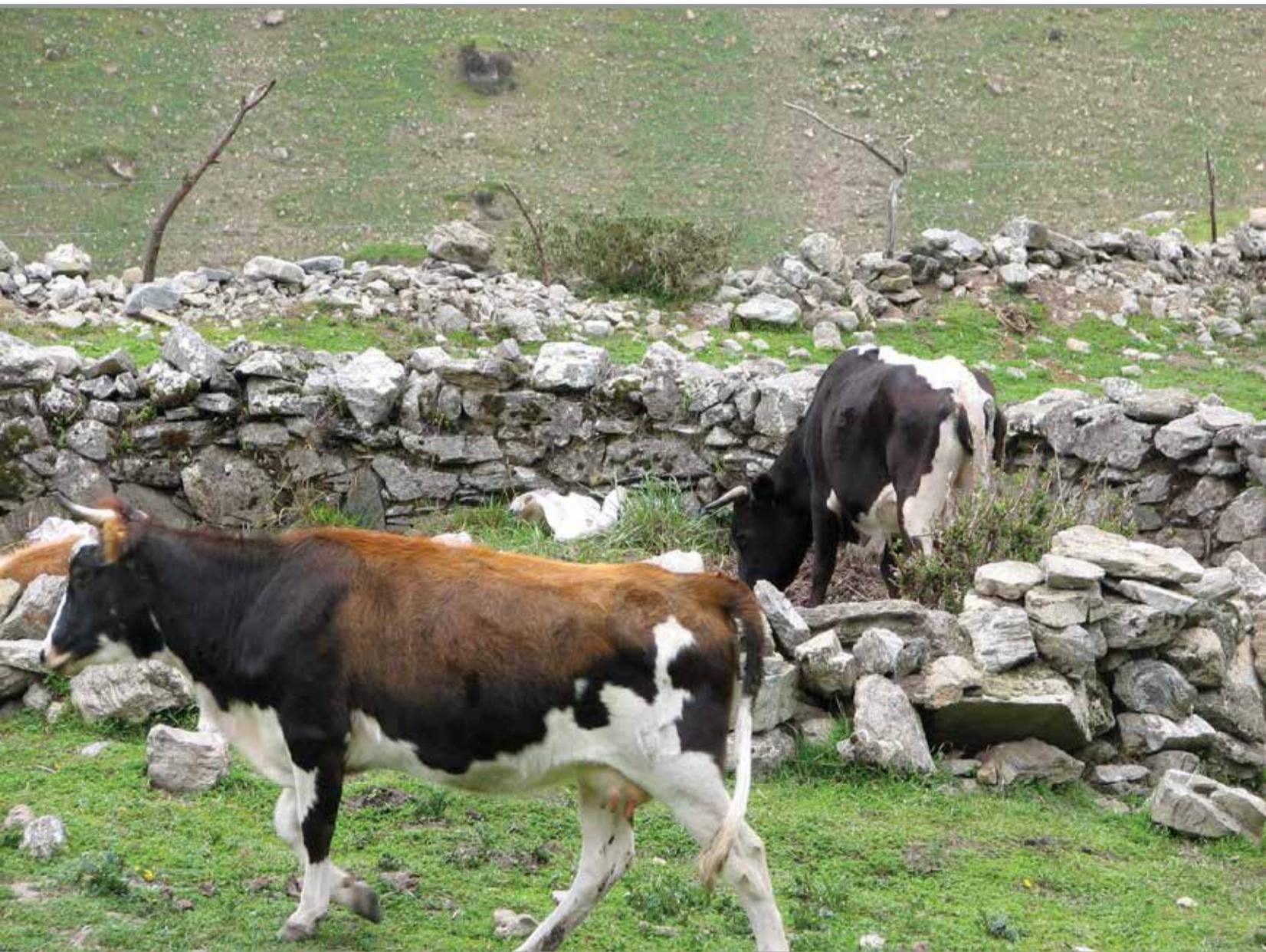
Era un viejo *rústico*. Parecía que era un *agüero*: conversaba con las piedras, tenía contacto con ellas, con la piedra del Hombre, que está situada en la loma del Hombre. Todavía existe ese sitio. Gavidia hablaba con esa piedra y le

comunicaba todo. Le decía que le cuidara el *ganao* y la piedra lo hacía. La piedra hablaba con Gavidia.

Una vez que Gavidia se tardó unos días para ir a *paramiar*, la piedra le avisó que en la quebrada de Mucupiche se le había caído un becerro, que fuera rápido porque se le iba a morir, y Gavidia se fue y salvó al becerro.

Gavidia le hacía ofrendas a la piedra cada vez que paría una vaca: la primera *cuajada*, la primera leche, el primer queso, era para la piedra. Gavidia se comunicaba con *el Hernández*, que queda a unos veinte kilómetros en línea recta y él conversaba con *el Hernández* y también *le daba razón* de los animales y nunca llegó a perdersele ninguna vaca ni ninguna bestia.

Gavidia vivió mucho tiempo aquí, en el valle, hasta que llegaron a explotarlo y él se fue. No se supo su paradero. Lo único que contaban nuestros antepasados, o se imaginaban, *esque* se pudo haber *encantado* en el pozo del *Saqués* de Gavidia.



Simón Bruno Gavidia se instaló a criar vacas.

Sería un *encanto* ese Bruno Gavidia

Lino Sulbarán

Antes esto eran puros *encantos*... Es como el cuento de Gavidia. Era un hombre que vivió ahí. No tenía hijos ni tenía mujer ni nada. Vivía solo. No se sabía si era un guerrero o era un *encanto*, o qué era. No. Pero lo más cierto es que él vivía aquí.

Y otro que era uno que se llamaba Hernández, que vivía allá por el filo de allá. Uno que era el *dueño* del río Chama *pallá* y el otro de ahí *pacá*.

Eso contaban, me contaban mi padrino Florencio y *mano* Grabiél. Le contaba el papá, que se llamaba Brígido, el *finado* Brígido y todos esos que conocieron a ese Gavidia. Porque el papá de ese Brígido, fue el que se adentró aquí, a Las Mazorcas. Ellos cuando conocieron a ese Gavidia *esque* estaban chiquiticos, tendrían como diez años, cuando ellos llegaron. *Antonces*, el papá de estos les contaba que él los había conocido y que era un hombre bajito, pequeño. Según decían que del talón *parriba*

a la corva *esque* medía veinte centímetros. Era pequeño Bruno Gavidia.

Antonces en las historias ellos decían que tenía ganado por aquí y trabajaba con los duendes. Porque de una piedra que llaman la piedra del Hombre, que queda allí, eso *esque* lo gritaba la piedra, cuando estaban las vacas paridas o se le mataban, o alguna cosa. *Antonces* él, *pa* conversar con esa piedra, tenía que darle ofrendas, quesos de la misma vaca.

Antonces los organizaba y le ponía a la piedra las ofrendas y de ahí pues, conversaban y avisaban, pues. Sí, *pa* comunicarse con el otro se comunicaba primero con la piedra de ahí y esa piedra se comunicaba con aquel otro que está en Las Cabrillas, allá en El Morro *parriba*, adonde llaman Las Cabrillas, de Mucupiche *parriba*. De ahí, *antonces*, de ahí se comunicaba con *el Hernández*.

¿No ve una piedra que hay allá *pa* el lado *del Hernández*? También se comunicaba con el otro que vivía *pallá*. Así *quesque* eran las comunicaciones que ellos se hacían, ¿ve?

Lo más cierto es que ellos se comunicaban que cómo estaban y se preguntaban, claro, *ajá*. Hasta que el hombre cuando *vido* llegar gente

y gente y gente y gente aquí a Gavidia. Entre más, más gente llegaron a Las Mazorcas, llegaron aquí mi *nono* Manuel y todos estos aquí, los más viejos. Se adueñaron aquí, se fueron adueñando y vino Ricardo y ya se fue llenando aquí, *antonces* el hombre *espareció* y no supieron *pa* dónde ni nada. Ni supieron *pa* dónde se perdió el hombre. ¿Ve? *Desocupó*.

Y lo más cierto es que el ganado quién sabe qué lo harían, quién sabe qué. Pero lo más cierto es que el hombre no trabajaba ni nada, sino que sembraba aquí abajo en el *saqués*, en una veguita que se llama la vega de Los Apios. Y ahí *quesque* sembraba, sembraba y comía de ahí, en el potrerito, abajo. ¿Usted sabe en la 32? La curva 32, al salir de las peñas allá, donde se ve aquel potrerito, allá abajo, donde se ve aquí aquel piedrón, mejor decir, abajo, a la orilla de la quebrada, donde hay una veguita.

A lo mejor trabajaba con el duende de ahí, del *saqués*, *si al caso* no era él mismo el dueño de

ahí, el dueño del *saqués*. Porque ese hombre no supieron *pa* dónde. Ni de adónde había llegado, ni *pa* dónde se fue.

Ese sería algún *encanto*, también un duende. Porque todo esto era de los duendes, ¿ve? Esto por aquí era lóbrego, esto era pura montaña, puro páramo, puros duendes. Bueno ese es el cuento de Bruno Gavidia.

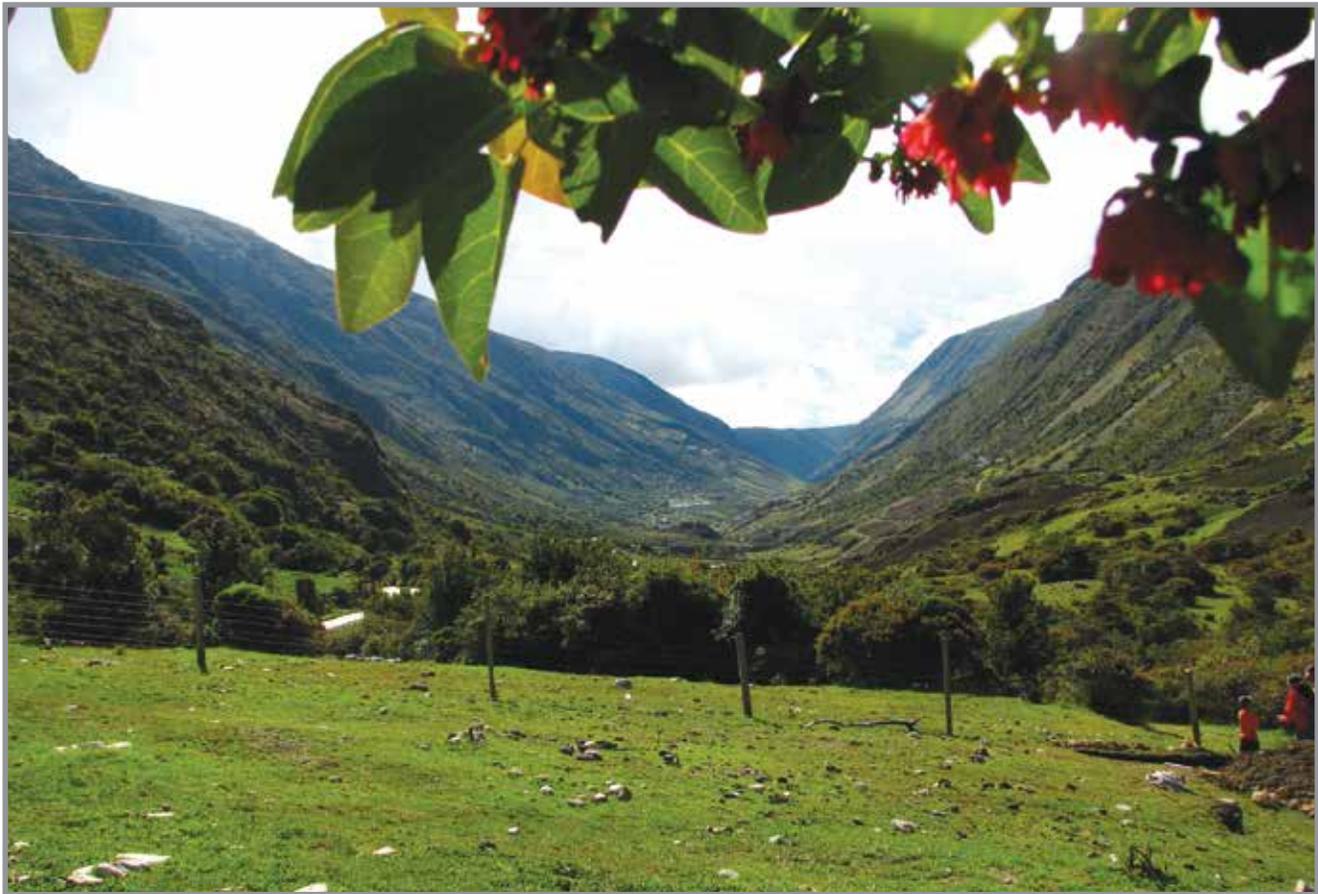
Masines, un general de la Guerra Federal³

María Julia de Torres

Recopilación de Cantalicia Torres

Había una vez un general de la Guerra Federal llamado Masines. Era un hombre guerrero. *Se desertó* de la guerra porque no quiso seguir más en la guerra. De manera que se vino a vivir en una cueva donde llaman La Molina, sector Micatá, Escagüey. Luego se fue al páramo.

³ En realidad no es de la Guerra Federal, Cantalicia Torres se refiere al general Golfredo Masini, desertor de las filas de Castro y luego de las de Juan Vicente Gómez, perseguido por las tropas del caudillo se refugió en el páramo hoy llamado el páramo de El Masinero y, según la leyenda, dormía en la cueva que hoy lleva su nombre. Fue, junto al Dr. Hugo Parra, uno de los fundadores del movimiento Unión Federal Republicana, popularmente llamado el parrismo, en 1946. *Ibidem*.



Vista del páramo de Gavidia.

Donde se *estoló* se llama el páramo *del Masinero*. Compró novillas y se fue a vivir en ese páramo a criar *ganao*.

Cuando *se desertó* de la guerra se llevó con él una carga de baúles con dinero y un par *quesque*

era de oro y armas, y se puso a vivir en El Masinero. Después de mucho tiempo de vivir solo, se consiguió un amigo que se llamaba Adolfo que vivía con una señora que se llamaba Luisa. Se pusieron también a vivir con Masines.

Llegó el tiempo de que los dejó en el páramo para él decir a buscar otra alternativa en el pueblo. Pero cuando de repente vio que el *ganao* se estaba extraviando y le preguntó a Adolfo, este le dijo que se lo comía el oso, cosa que nunca había sucedido en el tiempo que Masines vivió en el páramo.

Siguió el problema de pérdida de *ganao* y Masines volvió a vivir en El Masinero y Adolfo se fue a vivir en la mesa del Castillo, vía a San Rafael de Catalina, del estado Barinas. Se puso a sembrar yuca, caña, café, pero no pudieron vivir porque no hay agua en ese lugar. Se fueron a San José y vivieron mucho tiempo. Ahí vivía también el *cuñao* de Adolfo, llamado Juan y la esposa de Juan, que se llamaba Eustaquia. Donde un día Juan se tomó unos tragos de aguardiente y le buscó pleito a Adolfo y Adolfo sacó un rifle y mató a Juan. Quedaron Luisa y Eustaquia solas, porque a Adolfo se lo llevaron preso a Barinas y Juan se fue al cementerio. Las mujeres agarraron rumbo a Mérida, Mucuchíes.

Eustaquia quedó embarazada de su esposo, en la venida de allá *pacá*, antes de que lo mataran a Juan. Cuando llegó *al* Masinero dio a luz una niña. Del trajín del camino no le dio tiempo de

llegar a Gavidia, que era el pueblo más cercano y se arrimó a una cueva donde llaman la cueva *del* Masinero y tuvo la niña.

Al otro día se vinieron las dos mujeres con la niña en sus brazos recién nacida y llegaron a Gavidia todas cansadas donde la señora Lucía, que vivía en la casa del Horno, donde antes era la propia casa de Gavidia. La señora Lucía las recibió y les *hizo medicina* a la señora Eustaquia y a la niña. Pero todo fue imposible y la niña se murió a los ocho días, y Eustaquia y Luisa estuvieron unos días y después regresaron a Santa Apolonia.

Al tiempo, cuando Adolfo salió de la cárcel, regresó en busca de su mujer, pero no la consiguió. Llegó a Gavidia y preguntó. Todo era imposible porque las señoras se habían ido a su tierra. Y Adolfo regresó a San Rafael de Catalina y allá murió.

El camino de El Masinero

Lino Sulbarán

Los viajeros que trabajaban por aquí por el camino este, el camino *del* Masinero, salían de Mérida, iban a dar a Pedraza, allá en el llano. Porque ese es un camino nacional que se llama así por el *general Masini*. Cuando las batallas él se estuvo por ahí, con las tropas.

Sí, por ese lado hay armas. Yo me conseguí dos *máuses*. Eso es un bicho muy arrecho... un bicho de guerras. *Antonces*, yo y Liborio los conseguimos, pero *antonces* él fue y los escondió. Él era muy esquivo al asunto de las armas. Era igualito a mi papá, así de que le *cacharan* cualquier vaina, antes las escondía y *antonces* no se conseguía más.

Eso fue por Duardo, porque Duardo se puso a echarle el cuento a Eudelino Trejo y Eudelino Trejo estaba por allá, ¡mirá la vaina! Los bichos los teníamos en el páramo y *antonces* Liborio fue y se los escondió. ¡Y en esos pocos días se murió y yo no supe más adónde! Me cansé de buscarlos y no supe adónde.

Los *máuses* son unos bichos largos, como una *báscula*, eso es, como una *báscula*.

Lo que sí tengo es una cápsula de esas, sí. Dispara como una *báscula*, le meten una sola cápsula. Esa bicha tiene largo alcance.

Nosotros la conseguimos fue *pacá*, *pa* el lado de acá. Y tiene que haber más es *pa* ese lado de allá, *pa* el lado de El Gato, por ahí por esos lados, por El Masinero, porque el *general Masini esque* dejó un parque de armas ahí. No se sabe bien dónde. Los que sí *esque* sabían eran esos Quinteros. Unos *esque* vivían aquí en Los Joncitos, por ahí. Pero *eso* eran los viejos, los viejos que habían estado con el general en ese tiempo. Esos sí, porque ellos anduvieron con tropas por ahí por ese lado y *antonces* ellos supieron adónde. Pero no dijeron nada, sino contaban que el general lo había dejado ahí.

Una vez *esque* fue y se sacó una morocha y que lo tenían *ostinao* mucho, que se buscara siquiera una morocha. Y *antonces* los carajos, era *pa* ellos irse atrás *pa* vigilar a ver adónde las tenía. No, *eso* eran muy vivos. La gente antes era muy viva. *Antonces* él malició y *antonces* se fue con un muchachito, un carajito... lo dejó en la cueva y se *espareció*. Y al rato llegó con las morochas y *antonces* cuando se vino, no se vino por el camino, desvió el camino. *Antonces*



Páramo de El Masinero.

llegó al rato y le entregó las morochas ¡Y no supieron el rastro! no supieron por dónde, ni nada. Y le preguntaron al muchachito y que dijo que no, que no había sabido *pa* dónde, *pa* que lado, ¿ve? *Eso* eran muy esquivos.

La gente de antes era muy esquiva *pa* las cosas. *Eso* tenían guardadas sus vainas. Más bien una cosa de esas sí tengo yo. *Eso* sí la guardo yo. Allá en la casa la tengo, una cápsula de esas, de ese bicho. *Eso* eran españolas, antiguas.

Las cuevas

María Julia de Torres

Recopilación de Cantalicia Torres

Éranse los primeros señores que llegaron a vivir a este páramo de Gavidia, antes de las Velásquez. Se llamaron ñor Toribio, ñor José, ñor Balza, ñor Pedro. Ellos llegaron a vivir aquí. No había ninguna casa, ni de paja ni de nada, porque era un páramo. Se encontraron fueron a unas enormes cuevas donde *asistía* el león, el oso también. Había venados que se refugiaban en las cuevas.

Lo primero que encontraron fue la cueva del Toribio que llamamos actualmente. Estas cuevas están situadas vía el valle de Las Piñuelas. La primera está a pocos metros de Gavidia, la cueva del Toribio. Esta es una enorme roca de color blanco y negro, por cierto, muy hermosa. En esa cueva se instaló ñor Toribio a vivir. Más arriba se instaló ñor Pedro, en otra tremenda cueva a vivir también y ñor Balza se fue buscando a ver dónde podía refugiarse.

Subió ñor Balza a la cima de la montaña y se consiguió con una piedra que tenía una cueva y

ahí se puso a vivir, y ñor José se fue más arriba para ver dónde encontraba otra cueva para él. Subió y subió montaña arriba hasta que llegó casi *al* Pantano Grande y vio un *arrecostadero* del león y le gustó mucho y pensó quedarse ahí para vivir, pero siempre pendiente que le llegara el león y hiciera un solo bocado con él. Pero más bien el león le tuvo miedo y se alejó para que no lo matara.

Estos fueron los héroes que vivieron primeramente acá. Eran *desertados* de las guerras, no querían seguir más en las guerras y se venían a vivir por aquí. Se estaban hasta que pasara la guerra y después se volvían al pueblo. Su comida era *michiruy*, *micuyes*, conejos, venados y sus vestidos eran de cueros de ovejas y venados que mataban y hacían sus vestidos.

Estos cuatro hombres eran muy valientes y fuertes. Sus cuentos y sus costumbres eran muy buenos. Cuidaban del páramo. No quisieron hacer casas para que no llegaran más personas a explotar y también para que no los encontraran, porque ellos eran *desertados* de las guerras. Vivieron mucho tiempo así, hasta que se fueron a sus tierras natales y no volvieron a verse más.



Casa en El Picadero.

Dejaron los recuerdos de donde vivieron y por eso llamamos con esos nombres a esas cuevas así. Es muy bueno saber el porqué de tradiciones que se encuentran en nuestros páramos andinos.



Maria Julia calza típicas alpargatas.

Los primeros de aquí

María Julia de Torres

La primera gente que vivió aquí era una tal Carmen Torres de Trujillo. Eran familia Torres y familia Pérez, descendencia de Trujillo.

Contaba mi abuelo Tomás que el día que vinieron a echarle suelo a la casita, él y la señora, que tenía unos muchachos de la tal Carmen que uno se llamaba Brígido, otro Cruz,

otro Danasio, otro Luis. Dizque les cayó un invierno muy recio y creció la quebrada esa y no pudieron dormir. Se tuvieron que quedar sentados toda la noche en el cuerito ese donde se echaba la basura.

Esos fueron los fundadores. Ellos eran todos una misma familia, andaban todos juntos, los Pérez y los Torres. Esta finca era de un señor de debajo de Mucurubá, antes no había reparos, venía gente de otras partes y se adueñaban

de un lote de tierra y hacían una casa y se ponían a vivir, nadie los molestaba. Vivían como en lo propio, criaban ovejas y cabras, se mantenían con eso, con la leche de las ovejas. Sembrar no sembraban. Ese señor Brígido sí había sembrado unas papitas, por allá por la cañada, allí quedó la cerquita, se ve todavía.

Cuando yo me conocí aquí en Gavidia no había sino seis casas. Aquí estaba el puro cimientito que conocí cuando veníamos muchachos a recoger leñita y nos quedábamos jugando con las piedras. Los mismos hijos de Carmen vivían abajo en Gavidia donde vive Julio Monsalve, allí en una casa. Brígido nació en la casa del Horno, allí vivió toda la vida y allí murió.

Los otros muchachos murieron por ahí, ese tal Luis Pérez Torres que le dio esa enfermedad que llamaban *lázaro*, le hicieron un ranchito allá donde vive Eusebia Castillo, arriba en la falda, lo encerraron y una sola gente le llevaba la comidita y se la dejaban allá fuera, *pa* no contagiarse. Un día no retiró la comida, le volvieron a llevar y tampoco, entonces se dieron cuenta de que se había muerto. Y como ahí mismo le habían hecho el hueco antes de morir, en la misma casita, *pa* no sacarlo, allí

quedó. Se taparon la cara para que no les pegara la enfermedad y entraron y lo empujaron pal *joyo* y lo taparon. Allá estaba el *cimientico* e piedras donde era la casita.

La otra casita de paja era la de Francisco Parra *pa* este lado de la quebrada y otra más arriba de la casa del compadre Nicomedes *pallá* en la cabecera del llano que llaman.

Otra casa era en Las Piñuelas, que allí vivía una señora Tulia Arismendi, otra en Los Estanillos, otra en El Hatico, la de la *cabecera* del llano y dos que había en Gavidia. Esas eran todas las casas que había.

Velorios

María Julia de Torres

Cuando se morían los niños se hacía una fiesta. Le cantaban, le ponían velas, le rezaban, tocaban música de violín y cuatro. Vestían bien bonito al niño y lo paraban en una escalerita *pa* velarlo, le ponían alas y corona, bien vestido como un ángel. Toda una noche velando aquel muchachito. Compraban el cajoncito o los hacía

José María Pérez y se lo llevaban a enterrar en Mucuchíes.

A los *finados*, los que no eran niños, los velaban sobre una mesa, en la pura mesa, y se les cantaban rosarios, eso se acabó. La gente de ahora no sabe esas cosas. Después lo echaban en el cajón y lo enterraban en Mucuchíes.

En los velorios se comía sopa de arroz y papas cocinadas, no había más nada. El arroz lo compraban en la *tierra caliente*. El trigo era para la harina, si se hacía sopa había que rasparlo en una piedra. Pero la sopa de trigo era *pa* mantener los obreros y la gente cuando estaba trabajando. Para las fiestas era sopa de arroz y *arepa* de trigo o papas.

Antes criaban muchos animales. Había mucho donde criar. *Chivos*, reses, gallinas, los mataban para comer. Antes la gente comía mucha carne. Se criaba mucho animal, ahora *pa* comerse un pollito hay que ir a comprarlo. Ahora no, ahora le echan veneno a la cosecha y se envenenan las gallinas. Yo hace mucho que no crío gallinas. *Pa podé* recoger cosechita hay que echar veneno. Antes no se usaba veneno, era la tierra muy *alentada* y no le caía gusano a la cosecha.

Era crítico vivir aquí

María Julia de Torres

Antes las mujeres parían con partera. La partera *asestía* a la mujer hasta que nacía el niño, le cortaba el ombligo, bañaba al niño y lo vestía. Le ponían unas *abusiones* que eran unos collaritos de azabache, pero eso no les valía. Mi mamá tenía una niñita que le tenía una cruz de azabache *quesque* era bueno para espantar el *mal de ojo* y un señor la miró, sería que tenía la sangre muy brava o no le caería en gracias, y cuando vino y miró a la niñita se partió la cruz y el *mal de ojo* le cayó, murió la muchachita. Esa era gente que venía de Barinas, bariñeses que venían a llevar mercado. Aquí venía la gente a buscar sal y harina. Esas eran gente de Mucurubá que se fueron a vivir allá en Barinas, hicieron sus casas y formaron familias por donde llaman San Rafael de Catalina.

Antes era crítico *pa* vivir por aquí, no había recurso de nada. Para ir a Mérida había que ir por aquí por el alto del Morro y bajar a Escagüey ¡y a pié por esa carretera! Yo tendría como trece años cuando fuimos por ese camino, salimos de mañanita de la truchicultura y

echamos todito el día por ese camino, bajamos a Escagüey y cogimos esa carretera que era de pura tierra hasta que llegamos a Tabay cerrando la noche, allá teníamos unos primos de mi papá, se llamaban Juan Moreno, José de los Santos Moreno, Eugenio Moreno y Pedro Moreno.

Allá en Tabay había tal cual casitas, eran de tejas y paja, las hacían de *bahareque*. Aquí las casas eran de pura piedra, eran *calorosas*, no les entraba viento por ningún lado, las cubrían con barro en los cimientos y los cuarticos sí los hacían de *bahareque*.

Yo me crié en una casa de cimiento de piedra, todavía está el cimiento ahí en la truchicultura, todavía está allá el cimiento, le quitaron el techo porque se fueron pandeando las maderas.

Las maderas las traían *del Picadero*, había mucha madera. Cortaban el *manteco*, que eran matas grandes de *manteco*, que echaba unas varas bonitas, varas grandes, derechitas, lo cortaban lo dejaban hasta que se secase y les hacían el techo, lo cubrían con *tamo* de trigo, también usaban paja, había mucha, era una paja finita, pero eso se acabó, le cayó como un *aclipse* y se fue secando y secando.

En agosto se blanqueaban esos filos todos. Cuando se formaban llovzones muy duras con viento uno sabía que iba a nevar, pero ¡dígame que yo no aprendí a saber eso!

Antes sí lo sabían, había *pintas* los primeros 12 días de enero, del 12 al 18 son las *repintas* que eran seis días y de ahí *palante* son las *cabañuelas* o *cañuelas*, eran tres días, pero esas cosas no las sé. Por esas cosas era que los viejos de antes se guiaban *pa* saber. Si las *pintas* y las *repintas* eran muy *veranosas* el año iba a ser lluvioso porque no malparieron *repintas*, cuando no llovía en enero era el año lluvioso, cuando llovía en las *pintas* y las *repintas* era el año *veranoso*. Ellos le ponían cuidado al día si estaba toldado, si estaba *veranoso* o lluvioso, por eso era que se guiaban.



El día que sembraron las truchas

María Julia de Torres

Eso vinieron unos *musiúes* y traían unos barriles llenos de semillas y las echaban en las quebradas y en las lagunas y pusieron unos celadores para cuidarlas para que no las sacaran. Tendría yo como diez años, yo estaba pastoreando unas vacas cuando vi a los hombres. Yo conocí al hombre y al caballo, al otro no lo conocía porque tenía una gorra. Yo vi cómo echaron esos pescados en la quebrada, se llamaba Epifanio el hombre. Yo en esa época no sabía de nada. Y se fueron *parriba* y también descargaron.

No supo la gente nada, después cuando acordamos comenzamos a ver esos bichos corriendo en el agua. Nos pusimos a conversar unos con otros, ¿qué serían esos bichos?

Cuando escuchamos las conversas que esos eran pescados pero que no se podían sacar porque al que los sacara lo ponían preso. Y los primeros pescados que sacaron allá abajo en la truchicultura, los sacó uno que llamaban Ramón Torres y Eugenio Torres.

Un día de Nochebuena nos fuimos a pasear y cuando subimos, eso era pura sabana en esa época, llegamos y estaban ellos con dos pescados así de grandes. *Eso* sí eran bonitos esos bichitos.

—¡Cómo será! ¿Será *pa* comérselos?

—*Eso* se abren y se le sacan las tripas y se comen —dijeron.

Esos fueron los primero que vi y comí yo.

En verano se veía la quebrada parejita de bichitos. Pero para sacar un pescado de esos habría que sacar permiso porque si no, preso iba uno.

Rezaderos

María Julia de Torres

Yo no sé si a esa gente que moría en los caminos les harían rezos. A lo mejor en la casa de los Duelos les hacían los recitos.

Aquí, cuando yo me conocí, que conocí rezaderos, rezaba uno que se llamaba Pedro Alejandro Pérez y Benito Castillo, el papá de esas viejitas de Las Mazorcas. Esos eran los rezaderos de aquí. Cantaban para los muertos



Altar Luis Torres.

unos versos, esos tienen que tenerlos esas muchachas de *mano* Benito, el libro pues.

Quién sabe, como la gente de antes era tan descuidada con las cosas, ni anotarían esos versos. Eso estaba en unas *dotrinas* viejas que había, pero quién sabe si tendrán las *dotrinas* esas mujeres o no las tendrán.

Ellos eran los que sabían cantar: Benito Castillo, Pedro Alejandro Pérez, Nicomedes Castillo, Gabriel Pérez, esos eran los que sabían, cantaban rosarios.

Ahora *pa* cantar romances, *eso* eran las mujeres las que sabían, esas viejitas que se murieron ya de viejas, mi mamá, mi tía, mi abuela, esas viejitas era las que sabían eso. Sabían esas cosas de memoria porque esa gente no sabía leer, no sabía leer ninguno, nadie, nadie. *Eso* lo enseñaban los otros viejos más viejos, *eso* estaba en las primeras *dotrinas* que había de antes. Yo tenía una y me la botaron.

Médicos y parteras

Yo me parteaba con mis manos mías

María Julia de Torres

Pa la medicina miraban la orina. Había médicos que iban y llevaban la orina y le recetaban la medicina. Sí, miraban la orina y le conocían la enfermedad a la gente.

Yo conviví con la *finada* María Tecla, para ese entonces no estaba María Vicenta en este mundo. Era muy buena médica. A veces el que recetaba los remedios era Domiciano, *mana* Tecla mandaba hacer las recetas de Domiciano, él sí sabía escribir. Pero ella era partera y venía a hacerme remedios cuando yo tenía esas *chinas*.

Yo me parteaba con mis manos mías. Yo tenía el muchacho, lo agarraba así, le cortaba el ombligo, lo vestía y me acostaba con el muchacho. Después sí venía *mana* Tecla a ponerme los *vahos*, me hacía las *sobas* por todo el cuerpo, me ponía las plantillas. Pero al momento de parir solo estábamos mi marido y yo, los dos solitos.

A Gregorio sí le cortó el ombligo María de los Ángeles, una partera. Eso fue cuando el Gobierno puso parteras en las comunidades.



A Gregorio, de resto todas esas mujeres machotas, grandes, viejas, que están allí parían solas en la casa. Que *antonces* no había nada de médicos, de doctores, de parteras, ni nada.

Cuando uno acordaba, anoche parió fulana, decían. Le cortaban el ombligo la misma mamá y el papá, con una tijera le amarraban el ombligo que era como una tripa larga, le amarraban aquí arriba y aquí abajo y por la



Juguetes de Gregorio Torres.

mitad le *echaban tijera*. El ombligo lo enterraban en las cenizas del fogón.

Dígame la Juana, esa paría por allá en Los Arangures. Allí, en el otro *lao*, tuvo dos muchachitos en una casita, a esos les corté el ombligo yo. Sí, yo también atendí partos a otras

mujeres, ya no me acuerdo cuántos. Al hijo de María Candelaria le corté el ombligo yo, un muchacho llamado Alfonso.

A quien uno le cortaba el ombligo lo enseñaban a decirle mamita.

Padrinos y ahijados

Yo le hacía bendito a toda esa manada de tíos

María Julia de Torres

Los padrinos los buscaban los maridos de las mujeres, hacían unos negocios de esta manera: en el caso de Domiciano y yo, les *sacábamos los óleos* a los muchachos de los Villarreal y, como habíamos hecho el compromiso, el compadre Chon Villarreal les *sacaba los óleos* a los hijos de nosotros. Pero tenían una costumbre que era de siete muchachos, no más.

La obligación del padrino y la madrina con el ahijado era darle la ropita para ir a bautizarlo y el pago del bautizo que el padre les cobraba un fuerte. Si quedaban huérfanos los muchachos los tenían que criar el padrino y la madrina, así era como era.

Los ahijados, cuando se encontraban con los padrinos, tenían que *hacerle bendito*, se hincaban delante de él, se quitaban el sombrero y le decían:

–Buenos días le dé Dios a *su mercé* señor padrino. ¡Bendito! Y el padrino le hacía la cruz mientras le decía:

–Dios lo bendiga y lo *fabruesca*. Alabado sea el Señor y el Santísimo Sacramento del altar...

Yo no me acuerdo ya las otras palabras. Cuando yo nací sí tenían esa moda, yo tenía que *hacerles bendito* a mis padrinos, hincada de rodillas. Cuando esos muchachos nacieron no había esa moda de *bendito* sino *bendición*, si acaso les pedían la *bendición* los muchachos a los padrinos, si no nada.

Antes eran las cosas muy diferentes a las cosas de ahora, uno tenía que *hacerles bendito* a los tíos. Yo le hacía bendito a toda esa manada de tíos que tenía ¡y a los abuelos, más ligero!

Así vivíamos: trajes, siembra, comida, artesanías, juegos, bailes y fiestas

El trabajo se realizaba a *mano vuelta*

Cantalicia Torres

En tiempos remotos, en Gavidia, las tradiciones, el vestuario, los bailes, la comida y las siembras, el modo de vivir, todo era diferente a la actualidad.

El vestido de las damas era tan largo que les tapaba los pies, las mangas también eran

largas. Las mujeres se hacían crinejas en el cabello, usaban peinetas y se ponían *sombreros de cogollo* que ellas mismas fabricaban con gran habilidad. La fibra del cogollo la traían de San Rafael de Catalina, la juventud de *ahorita* no los sabe hacer.

Hombres y mujeres usaban la *cotiza de tres puntos* que fabricaban con el cuero de ganado, le sacaban las correas y las llantas, las organizaban y se las ponían. Si no caminaban con el puro pie.

Los hombres también tenían su *sombrero de cogollo*. El modo de vestirse era con camisa y pantalón de caqui, *cotiza de tres puntos* y de correa una faja y un cordón que tejían con el cabello que les cortaban a los niños cuando cumplían siete años.

Los muchachos varones antes de los 18 años solo usaban pantalones hasta las rodillas. Se usaban también mucho las *ruanas* o *cobijas*, que así les decían en ese tiempo. Las *cobijas* eran hechas de lana de ovejas, la *escarmenaban*, hilaban el *urdiembre* y mandaban a hacerlas.

Las siembras eran de papa y de trigo. Picaban unos pedacitos de tierra dentro del monte, hacían las rozas y sembraban las papas. Para sembrar utilizaban una *coa* porque no había escardillas.



Taburetes artesanales.

Después que recogían la papa, sembraban el trigo, que era solamente para el sustento de las familias.

Cuando recogían el trigo lo amontonaban en corrales que hacían de piedra y después lo trillaban con bestias en las *eras* que hacían al lado del corral. Las papas las guardaban en unos huecos o *joyos* que hacían en el piso y duraban de año a año.

La comida era papas, trigo, *nabo*, *michiruy*, *micuyes*, *saní*. La sal la buscaban en Mucuchíes, la cambiaban por leña. El café lo traían de San Juan Bautista o de San Rafael de Catalina. Lo tostaban y lo molían en piedras que ellos buscaban.

Criaban vacas, cochinos, ovejas, gallinas y también burros y caballos. El *esquilme* era para el sustento de la casa, como la *cuajada*, el queso, la leche.

Cocinaban en fogones de *tuyuyúes* o *topias*. Buscaban unas piedras largas que fueran todas iguales y las enterraban en un rincón de la casita de paja. Era una casita muy pequeña pero ahí vivían dos y tres familias. Dormían en cueros de res y de ovejas que ponían en el puro suelo. Eran personas muy fuertes y sanas.

También hacían unas *cabuyas* de cuero de res. Cortaban el cuero en un cordón largo y después lo torcían con unas *tarabitas* y los ponían a secar enrollados en un palo. Cuando ya estaban secos, los sacaban y los amansaban y los ponían a trabajar, a esos lo llamaban rejos. Los rejos se usaban para amarrar los animales y para *apañar* leña y para hacer los cinchones o sobrecargas de las bestias.

También hacían otras que llamaban cabestros. Las fabricaban con la cerda del ganado y de los caballos cuando les cortaban la cola. *Escarmenaban* la cerda, la hilaban y después la torcían en *tarabitas*. Eran cabestros muy bien hechos que nunca se reventaban y duraban miles de años.

El trabajo se realizaba a *mano vuelta* o en *cayapas*.

El jabón lo preparaban con sebo de ganado y *guaba*, le decían jabón de tierra.

Las fiestas que realizaban eran bailes de San Juan, de San Pedro, *misas de aguinaldos*. El día de San Juan, que era el 24 de junio, preparaban unos bailes y hacían comidas familiares o meriendas. Se reunían en comunidad, todos hablaban, y cada quien llevaba algo para las



Juegos de Semana Santa.

fiestas. Las mujeres llevaban los huevos, el queso y la *panela* para el *ponche* y el *curruchete*. Los hombres llevaban los gallos y el *miche*.

El *ponche* se preparaba con huevos, *miche* y *sagú*. Lo batían con un molinillo de palo en unas *camazas* o *totumas*. Lo dejaban quieto un rato y después se lo tomaban.

En esta fiesta se bailaba el *pato*. Era un baile donde recitaban coplas y enterraban los gallos adornados con coronas de flores. Bailaban alrededor del gallo enterrado con música de violín, guitarrón y cuatro. Cuando terminaba la pieza la dama le decía la copla al galán. Después que se decían las coplas le daban un golpe al gallo por la cabeza y lo mataban y lo tiraban a la parte de debajo de la casa, allí lo esperaban las personas encargadas de arreglarlo para preparar el *sancocho* que era la comida de la fiesta. En total eran como diez gallos porque debía alcanzar para todos los invitados de la comunidad.

La primera *misa de aguinaldos* era el 15 de diciembre, entonces se preparaban bailes muy bien preparados. Apostaban *aguinaldos*: al dar y no recibir; a lo mudo; al sí y al no; al *híncate cotín*; al que hable primero; a *pajita en boca*.

Así pasaban toda la noche, bailando hasta el amanecer con mucho entusiasmo. Bailaban el galerón y el caracol.

Los juegos eran: la *garrampiña*, el paujé, el *joso*, la doñana, el zapallo, la *guacha*. Estos juegos se preparaban más que nada en la Semana Santa. Los domingos se juntaban todas las

personas a jugar y pasaban días agradables, sin ningún problema.

Eran personas muy fuertes, ágiles y sanas, no sufrían de ninguna enfermedad. Viajaban a San Rafael de Catalina por los caminos *del* Masinero y San Juan Bautista. Iban a Mérida caminando, o con unos burritos a buscar *panela* y sal que era lo que necesitaban. Estas eran las tradiciones y costumbres de los primeros habitantes de la comunidad de Gavidia.

Cómo era la vida. La gente comía menos, pero estaban más *alentaos*

Luis Torres

En esa época no se aburría *naiden* aquí porque éramos *nojotros* puro pastoreando ovejas, ¡ovejas y vacas! *Ajá*, había bastantes ovejas, ¡trescientas chivas! Nos gustaba criar, vendíamos los novillos.

Nevaba, es que en ese tiempo sí nevaba duro. A veces que amanecía blanquito todo eso. Blanquito de *nevazón*. De eso hace más o menos como sesenta y cinco años. No se enfermaba casi la gente. Cuando le pegaba tos o *catarrita*,

era una gripecita chiquita, pero no así como le pega a uno, se *jervía* de esta rama, poleo, y se tomaba, eso era todo. No le dolía la barriga a uno, nada.

Aquí lo que comíamos era *nabo, nabo*. *Nabo* con ajo y cebolla porque ni aceite había. Había lo que se sembraba. Y papa y *arepa* de trigo. Sí, en ese tiempo se sembraba trigo, arvejas y habas. Las habas se sancochaban y se les echaba papa y quedaba una sopa tan sabrosa, todavía. También se hacía una sopa de arvejas, trigo, haba y pellejo de cochino, esa era la sopa de trigo.

La cocina era de fogón de leña y el piso era de pura tierra. *Ajá*, se fajaban unos a cargar tierra y otros a *pisotiala*, y *antonces* quedaba como un piso. La luz era una lámpara de kerosene y los colchones puros cueros de *chivos*. Y también se hacían esos colchones del *tamo* de cebada, hasta sanos eran.

En esos tiempos se pasaba uno pastoreando, sí, había que atajar los animales de donde está la cosecha, porque en ese tiempo no había *ancierros*, sino que andaban libres.

¡Libres, *ajá*! Y se sembraba una parte y otra parte más allá, el trigo, y la papa y *antonces* había que pastorear de ahí *pallá*, de ahí *parriba*.

Cuidar que no se metieran en mala cancha. Después de pastorear todo ese *bichero llegábanos* a las seis de la tarde y *amarrábanos* las vacas y todo ese *bichero*. Los dejábamos mismo en la huerta *pa* abonar, porque en ese tiempo no se sembraba con abono de gallina, de ningún abono sino puro estiércol de *ganao* harto para eso.

A las ovejas se les hacía un encierro, *pa echalas* de noche por ahí. Esas sí comen pasto *pa* donde sea y el pasto, lo mismo que *horita*, nunca ha *faltao*. Todo el día la pasábamos pastoreando. No *llevábanos* ni *avío*, porque esos últimos días casi no había harta comida, y *antonces* nos *íbanos* así y a lo que *veníanos*, *cenábanos* un cuarto de *arepa* y una *jarrada e suero* y a dormir. Y suero, porque nosotros nos *cuidábanos*. No les daba hambre a los muchachos, no les daba hambre así porque puro bregando, durmiendo y jugando, corriendo y durmiendo, no le daba hambre a uno.

Las vacas no daban harta leche porque en ese tiempo no había *ganao enrazao* así como hay ahora. Pero el suero no nos faltaba, cuando se moría una vaca, se le sacaba el *cuajo* y lo dejaban con la babaza, no lo lavaban tanto. Y

se echa en una olla y se le echa suero, y se deja quieto. Al otro día va usted y saca el suero y le echa la leche y la bate, y cuando usted lo va a sacar no más se está cuajando la leche, cuaja mejor que con pastillas. Y no es químico. Queso se hacía también. La gente comía menos, pero estaban más *alentaos*.

En ese tiempo no se sembraba con abono de ninguna calidad, se amarraban las vacas en las *juertas* así y, con ese mismo abono, abonaban y se sembraba la papa. Y cuando ya estuvimos grandes nosotros, mozos, *recogíanos* abono desde el hato de Micarache *pacá*. Y las bestias, y la mierda de bestias y de *ganao* y todo eso lo *echábanos* en la era. *Llenábanos* una erada así de pura bosta de animal, cuando se llenaba le *echábanos* las bestias, y le echaban la trillada a toda esa bosta. Y a *trillala*, y a *trillala* hasta que quedaba *finitico*. Y ahí se iban *acostaland* y luego arriando *pa* los lechos *sembraos*. No se compraba abono en ese tiempo, no había abono ni de gallina.

Pero ahora, hoy en día uno es muy perezoso, antes no *descansábanos*. No, con el asunto de la animalera no descansaba uno. Ahora los que estaban grandes sí descansaban el domingo.

Y mire se daban de más de *güenas* las papas. Una vez yo sembré una semilla como por allá donde Manuel, porque aquí sembraba uno donde quería. Cuando miré recogimos treinta cargas de papa. En ese tiempo echaba la papa casi el año, era papa de año, y pura grande así. *Antonces* esa papa estaba demasiado *güena*, porque el abono era echado así, por surcos. En ese tiempo no se sembraba por surcos sino *matiao*. No se hacía una línea sino puro huequitos. *Antonces* a cada mata le busca un plato, y a cada mata le echa es un *platao*.

Ajá y se criaban gente más avispada que el carajo, no había enfermos de nada, *naiden* se quejaba de dolor de barriga. Se morían las personas de viejos.



Carmen y Luis Torres.

Casas de Micarache

Luis Torres

Antes aquí no había sino tres casas de piedra. El techo era de teja una poca y la otra era de paja. Había un horno de hacer tejas, está *toavía* el horno en el terreno, pero lo taparon de piedras. Una casa de paja donde vivía un viejito que se llamaba Quintín. Era hacedor del *finao* José Rosaldes Castillo, abuelo de Noel, el *cuñao* mío. Y la otra de nosotros *ahi* y la otra más allá de las Velázquez.

Ahora la casa del Ángel es más nueva, esa sí me acuerdo yo cuando la casa era más arriba,

una casa de paja. Y por eso es que llaman el Ángel porque bajaba un hombre por aquí que se llamaba Ángel y no le sabían el apelativo.

Antonces, cuando *mano* Quintín ordeñaba vacas allí, bastantes vacas, era que eran del *finao* Ciro Sánchez, y cuando llegó ahí le dio desayunar, le dio leche, *taba* ordeñando y le dio una tomada de leche y se *jue*.

Y en todo el camino por donde era la casa de paja, bien arriba, *antonces* llegó allá y lo mandaron a pasar adelante y le dieron de desayunar y le preguntaron que cómo se llamaba él y él le dijo que se llamaba Ángel. Y cuando se desayunó ya se iba a ir, le pegó un dolor de barriga y un dolor de barriga y murió de eso. ¡*Ajá!* *Ahi* mismo, por eso fue que pusieron la casa del Ángel.

Se murió ahí y tuvieron que avisar al pueblo, al *nono* de Alexander, uno que se llamaba Camilo, él avisó y no sabían cómo *firmalo*, *antonces* le pusieron Ángel Tolete. No ve que no se le conocía el apelativo, no tenía familia. De enterrarlo, sí lo enterraron y se lo llevaron *pal* pueblo *jería*, *pa* Mucuchíes.

Viajes y caminos a las *tierras calientes*: El Carrizal, El Tesoro **Al fin la gente se aburrió y se fueron *pal llano***

Luis torres y Carmen Paredes

Luis Torres:

Yo viajaba mucho por ese camino, en ese tiempo antes de llegar *al* Carrizal había las puras Escaleras. Y de *ahi* se pelaba uno de *ahi* hasta El Carrizal, se echaban doce horas por aquel camino viejo. En esas andanzas era que yo la veía, porque ella vivía allá en El Carrizal.

Ella fue que me dijo que me la *trajiera*. Sí, en ese tiempo *ibanos* y *pedíanos* la mano, ella tenía dieciséis años y yo unos veintisiete. El papá dijo que sí, porque ese nos conocía a *nojotros* que éramos trabajadores. Se llamaba Acevedo Paredes el papá de Carmen. *Antonces* me la traje *pacá*, *pa* Micarache un tiempo, me vine en el 71, yo creo que hace más, hace como treinta y cinco años.

Después nos fuimos *pallá* y nos estuvimos dos años. Yo me amañé, lo que pasaba era que era muy lejos *pa* subir, *antonces* me planté aquí y me vine *pa* la casa esta, sí, y ahí está.



Vía El Carrizal.

Después de *casas* estuvimos viviendo en El Carrizal dos años con tres meses, allá sí se cultivaba de todo. La tierra allá es caliente, casi más caliente que Los Llanitos de Tabay. Se da la caña, la yuca, caraota, papa, todo. En ese tiempo que estaba yo allá había harta gente, casi treinta familias. Las familias eran de apellido Guerrero, apellido Paredes, apellido Mon-

salve, apellido Becerra, apellido Arismendi, ah no, muchos apellidos. Eran nativos de allá.

Poco después se fueron yendo *pal* llano. Porque en ese tiempo estaba la cosa muy crítica *pa* salir a pescar, por el arreglo del puente y los caminos. Y le quedaba lejos *pacá*, pa Mucuchíes le quedaba muy lejos, y *pa* Barinas también le quedaba lejos. Al fin la gente se

aburrió y se fueron *pa* el llano, pal Tesoro más bien. Allá en El Tesoro vive toda esa gente de aquí *del* Carrizal, casi todos los que se fueron de ahí. La mayoría de la gente, vamos a decir, tienen las mismas costumbres, la mayoría son carrizaleños. Sí, había unos enormes *mapirones* de ojo, como así de grandes, y le ponían dos *pretales*, uno se lo ponían por aquí por el pecho, y el otro por la frente aquí y echaban dos o tres muchachos ahí ¡y dele! Los Becerra fueron los primeros en llegar.

Carmen Paredes:

Yo recuerdo aquel viejito, *mano* Anacleto Guerrero. Se llevó recién nacida a Emiliana, estando la señora Blanca recién parida, digamos así, grosero. Le quitó la niña a la señora Blanca y al viejito ese Mario. Se la llevó *mano* Nacla en un *mapire* donde llevaba el mercado ¡hasta un saco de sal llevaba allí! y encima la muchacha. La muchachita se salía más de la cuenta del *mapire*. Pero llegaron la sal y la niña también.

Al Carrizal llegaron, y mi tía Francisca la crio a la niña desde recién nacida. Aprendió a decirles papá y mamá a mi tía y al viejito Anacleto. Y los hijos de Francisca miran esa mu-

chacha por hermanos, porque ellos la quieren como hermana. A mí sí me parece El Carrizal un pueblo muy bonito.

Luis Torres:

Lo que es muy bonito es que se da el cacao más *güeno* y, y lo barren por debajo y lo tienden... Se da el aguacate, se da el higo. Hortalizas también. Uvas y ají dulce. De *totitico* lo que *usté* siembre allá, todo *je* da.

Carmen Paredes:

Naranjas, lechosa, limones, ah, ¡de todo!

Luis Torres:

La época de crisis fue cuando Pérez Jiménez, cuando iban *echao* el camino por donde está *ahorita*, por Los Coloraos. *Antonces* echaron una poca y había una roca y no le echaron más porque era muy dura, muy bravo ese camino. En el cincuenta y ocho. Había bastante comida, comida sí tenían, pero lo que pasaba es que no podían sacar *pacá* ni *pallá*. Los caminos eran muy malos. *Antonces* había comerciantes de aquí *pabajo* y de allá *pacá* y llevaban harinas, papas, chimó, sardinas, cigarros, todas esas

cosas así y que *pa vendelas* allá. Y de ahí *triían* lo más fácil, *triían* café y pollos. Eso era lo que *triían* de allá. Sí, y *antonces* era muy bonito en ese tiempo, la gente era muy educada, allá era la gente muy calidad.

Sí, más debajo *del* Carrizal está Santa Gertrudis, El Cienigo, Las Carmelitas. Y de ahí El Alto, La Aguada, San José y La Pereza, El Parón, El Veladero y Santa María de Canaguá. Hasta ahí sí sube el carro y hasta Curbatí, Algarroba... *cabecera* de la tierra llana. Por ahí *pallá* es pura tierra llana. El río Canaguá que depende de aquí de las lagunas de ahí delante, de La Canoa. Esa es la naciente del río Canaguá. Es un enorme río de aquí *del* Carrizal *pallá* es río. ¡*Úpale!* que si es grande, mucho más grande que el Chama, ya baja grande desde El Carrizal.

Otro pueblo que yo no conocí era San Juan Bautista, eso es de Los Aranguren *pabajo*. Por la cañada Las Piñuelas *parriba* va el camino, por allá. No lo conocí, pero mi papá sí trabajaba por allá y había *comprao* una finca por ahí y se quedó en la finca y listo. Ese camino va a bajar al Caño Grande y de Caño Grande va desembocando *pa* La Acequia, *pallá*. Viene del Santo Cristo *pabajo*. *Cai* a toda La Acequia. Papá decía que era lo más bonito.

Pero a mi mamá no le gustó, no, no quiso ir. Ella le tenía mucho miedo a la *tierra caliente*. Por las culebras y los bichos, las moscas...

Sí, y *antonces* no se *jue* papá, dejó eso *abandonao* y se vino. Y *paquí*, *pa* Miraflores. *Del* Carrizal *pabajo* hay un punto que se llama Miraflores. No tiene nada de agua, en tiempo de verano no tiene agua. Ahí tienen que bajar y cargarse unos *taparos* en esos *mapires de ojos*.

Carmen Paredes:

Los *taparos* se buscaban en El Carrizal. Es que había por ahí matas de *taparos*. Y echaba uno tres o cuatro y dele *parriba* con los *taparos*. Hay *taparos* más grandecitos como de veinte litros. Y *eso* le abrían un *güequito* así redondito y lo *desamalgaban* por dentro de alguna manera, y servían *pa* cargar agua.

Luis Torres:

Aquí más arriba *del* Carrizal había de esas piedras que llaman granates, sí, es una piedrita que va saliendo así en el camino, rojitas y *cuadraítas*, parecen *esque* las han *labrao*, como un *dao*, ¿usted conoce los *daos*?

Pero *horita* no hay camino. Por el camino de Las Escaleras. Pudo haber por el *lao* de Los



Coloraos. Para ese mismo tiempo vivía mucha gente por *ahi*. Pero al fin se vinieron, se fueron yendo de *ahi*, porque cuando iban creciendo las familias, se iban saliendo. *Antonces* los viejos iban quedando solos y hasta que se salían también.

Por *ahi* están los puros escombros de las casas. *Ahorita* no hay casa por *ahí*. Una azul, la de Camilo y la de dos plantas, la de Benjamín. Yendo por Carrizal sí, pero bien abajo. De Las Escaleras *pabajo* se *viían* las *güellas* del oso cuando uno iba pasando *pal* Carrizal, se *viían* así las *güellas* marcadas, así atravesadas por el montecito así. ¡El oso le tendrá miedo a la gente!

Médicos, médicas y parteras

Luis Torres y Carmen paredes

Luis Torres:

El hermano mío sobaba, curaba *mal de ojo*, curaba *culebrina*, sabía curar toda vaina. Como viajaba siempre *pa* el llano, por *ahi* un señor lo enseñó a *sobar* y a curar.

Ese cuando se quebraba alguna gente, se iba por allá y lo sanaba. ¡Sobándolo! Le daban pata e chivo con *mostaza* y... todo eso. La pata e chivo la ponía a quemar así, a *chamuscar*, y la raspaban y ahí sí, le echaban la *mostaza* molida, la semilla de la *mostaza*. Le echaban un litro de *miche* todos los días le daban dos tomas al día, y se curaba con eso.



Pesebre de Luis Torres y familia.

Sí, le ponían unas vendas, unos trapos, *entonces* lo *embojotaban* y al otro día le abrían eso con cuidadito, y le volvía a *sobar*, le daban más de esa bebida y la *soba* era con un ungüento de *sebo de ovejo* que él mismo preparaba. *Ajá*, y le echaba muchas ramas, quedaba el ungüento así verdecito quedaba. Y *blanditico pa sobar*, era blandito no más así y se derretía.

Por aquí había una partera que se llamaba María de los Ángeles. ¡Buena partera! Esa era la partera de por ahí, vivía abajo en Gavidia. Había que *dale* una orden del hospital *pa* que parteara a las mujeres porque en ese tiempo no las llevaban *pal* hospital.

María Tecla era la médica de todo esto, ella miraba era *por las aguas*, sí. Le llevaban las aguas

y conocía. Y le tenía mucha fe la gente. Una vez tenía un *roto*, un *barbecho*. Era un *barbecho* de papas, se lo habían *regalao* por allí...

¡Ah! Es de donde Melquiades *parriba*. Por allí bailaban después de arrancar las papas, allí mismo en esa piedra que queda allí. Tocaban, bailaban y así amanecían. Eso era donde llaman El Albrojal. Eso lo sembró y lo arrancó Noel, el *cuñao* mío. Y se lo regaló a María Tecla porque ella era la que curaba a los muchachos.

Carmen Paredes:

Esa y que se montaba en un caballo y se venía *pacá* a partear. Bonita la señora Tecla. Era también partera. Venía por Mistequia y por aquí por abajo. Machota se ve que era, montada por esos caminos... ¡Y en esa época! Tenía que *hacelo*.

Era puro camino ese tiempo. No había carretera, no había nada, y *antonces* tenía que *hacelo* obligatoriamente. ¡Yo también andaba a caballo! Era *chulo* andar de a caballo.

Aquí es donde yo no *machoteo*. No tengo necesidad, pero lo que era montar una carga en una bestia, montarle a la otra y dele, ¡eso si me encantaba! Sé cargar una carga de leña, sé cargar una carga de comida; de verdura, sé

hasta aserrar madera. Ya *pa* qué más bromas de ponerme a enseñar a los hijos *¿pa* qué?, aquí no hay la manera que aprendan no queriendo, cargan la mala cara ¡eso sí saben cargar!

La escuela, la misa, las fiestas

Luis Torres

Las personas no estudiaron en ese tiempo, no había escuela por aquí ni *na*. Los muchachos, los hermanos míos iban a Los Corrales, iban Francisco y Pablo. Les enseñaba una maestra que no me acuerdo cómo es que se llamaba. Yo no estudié. Yo fui a la escuela cuando estaban los muchachos míos en la escuela que *íbanos* a las reuniones. Un hermano mío, el amo de esta finca, me enseñó a leer y a sumar. Y *antonces* él me enseñó a mí. Y cuando los muchachos míos estuvieron en la escuela me enseñaron a mí a multiplicar.

La misa la hacían en Mucuchíes. La gente se iba a pie, y era camino, puro camino. Se iban aclarandito el día, salía uno a la misa y no podía estar sino un poquito mientras compraba

lo que iba a comprar y se venían. A las tres de la tarde ya estaban por aquí. Ese tiempo sí era bonito por eso porque eran *alentaos* todos. Y ahora la gente de ahora se moja y se enferma, claro, si no andan en carro no andan.

Las *paraduras* eran nuestras fiestas. Igualito que ahora, eso sí no se ha acabado nada. El papá hacía el pesebre. En ese tiempo lo hacían de ramitas, era de ramas y de papeles.

Horita ese existe, yo tengo el pesebritito ahí hecho. Porque mire yo le voy a *dicir*, se levanta el Niño y todo el pesebre y no hay dónde *pone-lo*, los santos y todo eso que no, no cabe en el altar. *Antonces* más bien es *dejalo* quietico así ahí. Y cuando ya sea diciembre, que ya está *pa* eso, se alza y se hace de nuevo y vuelve a quedar el mismo pesebre. ¡Ve! Y el *alumbrao* no le falta. *Antonces* el 3, 4 o 5 de diciembre lo *alevanto*, y lo *desfarato* todo ahí y lo hago de nuevo.

El pesebre antiguo ese *horita* no se hace antiguo, el primero se hacía de ramas, se buscaban ramas, las ramas, los musgos y cosas que había en el páramo y se hacía. Pero *horita* no se puede porque están prohibiendo sacar las matas. No quieren que uno corte matas.

El huerto del Niño pues se hace un corralito así y se le va sembrando triguito, se le siem-

bran cositas así y va creciendo, va naciendo. Sí. Como *pa* el día de San Isidro se empieza a preparar el huertico del Niño, se siembra el trigo, la papa...

Bailes bailaba mi papá, ponía el baile de santa Rosa, todos los años, eso era el 30 de agosto. Y había papas y arrancaban unas papas, mataban un ovejo, y invitaban unos *chiches* que había *jugando cabo* y dele a bailar. Bailaban toda la noche. Era pura música de cuerda y venían los puros *invitaos*, en ese tiempo no llegaban así muchos señores, puros *invitaos*, y amanecían bailando la gente, y bebían *miche cachicamero*.

Mi papá lo sacaba, el *miche*, sí, de caña sí, de *panela*. Y si se emborrachaban doblaban en el camino, *nadien* los molestaba a esos borrachos. *Nadien* les registraba el bolsico, *nadien* los estropeaba, *nadien* les robaba nada, *nadien* nada. Había respeto, no como ahora. Como ahora ven un pobre *pendejo*, un viejito ahí medio *jumo*, de una vez lo matan *pa* robarle hasta la cuchilla.

No, no *naiden* molestaba. Bebían *miche*, y bailaban, y comían hasta que amanecía el día tranquilo, bailaban hasta las 8 de la mañana y al fin se aburrían y cada quien *pa* su casa y

listo. Era bonito, no peleaba *naiden*. El *miche* era sano. María Tecla salía a vender con Narcisana, *miche*, hasta caramelos de esos de coco, *paledonias*. Salían de San Rafael *pabajo*, vendiendo y hasta vendía licor, *carteras de miche*.

Autoridades locales

Mi papá era el comisario. La función del comisario era que, así como hace Brito ahí abajo, él da una orden *pa* que asista gente, *pa* alguna cosa, *pa* los mismos caminos que debe estar pendiente *pa* asfaltar, acanalar el camino, buscar gente *pa* que arreglaran el camino, todo eso.

Cementerio

No había cementerio, los muertos se llevaban a Mucuchíes. A hombro. *Dos varas*, entre cuatro y una por cada *lao*. Buscaban la urna, la traían de Mucuchíes, ahí lo metían y a hombro lo llevaban y lo *echábanos* al *güeco* y listo.



Flores de frailejón.



Laguna La vaca, una de las lagunas Bravas.

CAPÍTULO III

Mitos de lagunas y entidades acuáticas

La Vieja Agüera de Las Piñuelas

Bernardino Moreno

Recopilación de Cantalicia Torres

Era una vieja llamada Sara que convivía con un señor. No se supo el nombre de él, solo se supo el nombre de ella. Solo se sabe que convivía con un señor. Esta antemencionada señora vivía en el sitio llamado La Vega, vía Las Piñuelas. La señora trabajaba en el Buche del Churao, vía el pueblo de Mucuchíes. Ella pasaba todo el día allá. Salía a las seis de la mañana y regresaba a las seis de la tarde a su casa y el hombre la esperaba todas las tardes en la casa sin hacer nada.

Un día la señora Sara llegó temprano y el señor no estaba en casa. Ella entró y se puso a hacer la *comía*. Echó un poquito de maíz –que traía del trabajo– a tostar en un *tiesto*. Mientras eso llegó el hombre y se puso a mirarla por un hueco que tenía la casa. Esta señora se quemaba las manos y arrugaba la cara muy feo, pelaba los dientes y al señor le dio mucha rabia y *dentró* y le pegó a la vieja.

Al otro día, la vieja se fue otra vez a su trabajo. Ella de allá traía comida de *tierra caliente* como es yuca, maíz, *ñame*, café, *panela*, *cam-*

bures. Primero, el señor no quiso contar nada a nadie, pero después, se fue y habló con sus compañeros de lo que sucedía con su mujer y todos se preguntaban: “¿De dónde saca esa comida de *tierra caliente*, lo que es más imposible conseguir en Gavidia?”. Un día le pusieron cuidado cuando regresó la vieja y la gente la persiguió para preguntarle qué llevaba ahí, pero ella no se dejó alcanzar y siguió su camino rumbo a Las Piñuelas. Vio que la gente la perseguía y no *dentró* en su casa, sino que pasó de largo. Los que la seguían se preguntaban: “¿A dónde va, teniendo la posada más cerca?”.

Pero la vieja siguió el camino que la condujo al primer *chorro* que se consigue de Gavidia a Las Piñuelas, y se metió allá. Cuando estos llegaron al sitio lo que vieron en el pozo fue un faro nadando.

La gente se preguntaba: “¿Qué pasó aquí?”. Esa vieja era una vieja *agüera* y se *encantó* en ese *chorro*. Desde ese momento, la vieja no se volvió a ver más nunca y ese *chorro*, desde ese entonces, se llama el *chorro* de La Vieja Fara.

La Vieja del chorro

Lino Sulbarán

Me contaba Bernardino y me contaba *mano* Chico y *mano* Grabiél, que eran gentes conocedoras pues a ellos les contaban los viejos, los *papaes* de ellos.

Antonces que contaban que era que vivía esa señora aquí arriba, aquí donde vive María Julia... *ajá*, por ahí *esque* vivía, *esque* tenía un ranchito ahí. Y *antonces esque* se fueron los *papaes* y tenía ella un niño. *Antonces* se fueron ese día, *esque* se fueron a Mucuchíes a la misa. Un domingo se fueron.

Antonces quedó ella sola. Ella y el niño ahí. *Antonces* ella lo dejó en la cama y se fue a apañar leña por ahí en la quebradita El Ratón. *Ajá* y cuando estaba apañando la leña *esque* pegó a brisar una brisita, una brisita. *Antonces* que dijo ella: "He de arreglar la leña *pa* irme *pa* la casa". Y *antonces* y que se bajó y arregló la leñita, se la cargó y se vino.

Cuando venía en el camino *esque* consiguió un niño que iba por el camino arriba llorando. Y *antonces* que se descargó la leña y se puso a darle de mamar al muchachito. Y *antonces esque* se asustó toda porque el muchachito iba por ahí gateando. Pero ella lo agarró y empezó a



Chorrera.

darle teta y se lo cargó *pa* llevárselo a la casa *pa* volver a llevar la leña.

Y *antonces* nooo... *esque* llegó a la casa y *esque* estaba el carajito en la cama. Y *antonces* ella *esque* sintió cómo le enterró las uñas así, por aquí, por aquí, el que llevaba cargado. Y *antonces* y que le habló y que le dijo que tenía que llevarlo otra vez ahí donde se lo había traído.

Antonces esque dejó al muchachito y se fue a llevar al otro y allí se *encantó*, se la llevó el *encanto*, no volvió más.

Cuando los *papaes* regresaron ya lo que estaba ahí era el carajito. Y en después salió, salió otra vez de ahí, del *encanto*, y llegó a la casa y *esque* les dijo que no la buscaran que ella estaba *encantada* ahí.

Sí, a ella misma le daría permiso el *encanto*, como antes estaban los *encantos* abiertos que salían y conversaban.

Sí, antes los viajeros conversaban y hacían negocios con ellos. Les ponían ofrendas y los ayudaban. Antes la gente por aquí en estos páramos trabajaba era con puro eso. Puros duendes. Les ofrecían queso, les ofrecían café...

Después esa señora *esque* salía de ahí y se iba a trabajar a Mistantí, más allá de Los Corrales, en todo el filo, que llaman el filo de La Cuchilla. *Ajá...* en esa casa estuvo trabajando

mucho ella, por allá, cortando trigo. O sea... se venía, se venía y ellos, los obreros que estaban allá, *antonces* ellos *quesque* trabajaban y que lo único que recibía ella *esque* era comida, la comida era lo que llevaba ella, ni la plata de pago sino solamente recibía café, *café en pepa* y sal como que era, yo no sé.

Antonces ellos que dijeron que quién sabe de dónde salía, porque ella llevaba comida que no era de la que se producía aquí. Pura comida de *tierra caliente*: yuca y mazorca, llevaba cocinada. Y *antonces* que dijo que ellos tenían que saber a ver de *adónde* era que sacaba esa comida, dónde vivía.

Antonces, esque se vinieron a una vista, se vinieron y se vinieron y en la tarde cuando *soltaron*, se vinieron allá... atrás de la mujer, ¿ve?... pero a una vista que no los viera. Y que llegaron allá al *chorro*, allá, a la *cañaíta* esa. *Antonces* invocó al *chorro* ahí, en el pozo.

Y ellos llegaron ahí y los que la vieron dicen que lo que salió ahí fue un montón de *aguateros*, y los picaron, los envainaron, le sacaron los ojos ¡Le sacaron los ojos, los mataron los bichos!

Antonces uno de ellos y *quesque* se había quedado más retirado... acá. Y ese sí *esque* se regresó y que echó el cuento allá en Mistantí



Laguna El Medio.

adonde era que se había *encantado* la mujer. O sea, existía pues.

Y de ahí fue *quesque* quedó el cuento de la mujer del *chorro* de La Vieja, que llaman.

La laguna de La Señora

Lino Sulbarán

Era *esque* había una señora que se salía a asolearse, se salía de la laguna, que la *vían* meterse en la laguna y la *vían* por fuera de la laguna cuando estaba el *sol rayado*.

Contaban José de los Ángeles y todos esos que vivían *pallá*. *Ajá, quesque* cuando ella estaba por allá, así, a la orilla de la laguna, sentada, asoleándose, si alguien la iba a ver se metía a la laguna. No la *vían* más.

Esa es la laguna de La Señora, por aquí por más arriba donde vive Dorilo, arriba, esa que queda aquí mismo, en el filo. Por Micarache. En toda la medianía, entre Micarache y Las Piñuelas.

El hombre de la laguna de La Pata

Lino Sulbarán

Esque ese era un viajero que viajó por aquí. En verdad eran cinco los viajeros. Venían de Pedraza, cada quien con su maleta. Uno de ellos tenía una novia aquí en El Cacique. Había una casa de gente, y que *esque* tenía una novia ahí. El día que se vino pasó por El Cacique y quedó con la mujer que él venía tal día, y que lo esperara ahí en La Pata.

Ellos fueron a Pedraza, como antes llevaban cosas y hacían cambios, llevaban de ahí una cosa *pa* cambiar por sal en Pedraza, que era la única parte donde salía la sal. La *trían* de allá, porque era muy escasa *paquí*.

Antonces ellos fueron a traer la mercancía de allá, llevaron y *trajieron* y se vinieron y se quedaron en El Masinero. En ese camino había una cueva que era la posada de ellos, ¿ve? Se quedaron y al otro día se vinieron. Aja, aquí en Mucumpú *esque* se sentaron a descansar y el hombre no descansó, dijo que él se venía adelante, y no descansaba. Claro, porque había quedado con la mujer que iba a esperarlo ahí, ¿ve?, en la laguna de La Pata. Uno de los que venía *esque* era *agüero*, ¿entiende? ¿Usted no

sabe que es *agüerismo*? Trabajar con duendes. *Ajá*, *antonces* y que dijo el *agüero*:

–Pobrecito de aquel que se fue adelante.

Antonces y que le preguntaron los otros que por qué *dicía* eso. Él y que dijo:

–¡Mire, lo que le está esperando en el alto de La Pata! Verá cuando nosotros lleguemos allá, *pa* que vea usted dónde está –*esque* dijo el hombre.

¿No? Claro, ya había conversado con el duende y sabía que se lo iban a llevar. Ya sabía. Bueno, y ese *esque* le dijo:

–No se vaya, espérenos.

–No, que no, y listo. Se vino. No hizo caso.

En lo que subían la cuestecita, arriba de donde llaman la laguna *del* Parche, una cuestecita que hay en la curvita *pa* subir *parriba*, *ajá*, *antonces* y que dijo:

–Mire dónde va, ya le va a llegar a la vaina. Lo que le está esperando allá.

¡Ay! unos que dijeron, y más nada. Se vinieron. Cuando llegaron al alto de La Pata, *esque* no estaba el hombre ni nada, pues ahí no se veía nadie. *Antonces*, miraron *pabajo* y *esque* estaba allá, en la mitad de la laguna, en el morrito ese que hay ahí. Él solo.

Antonces es que bajaron, ¿ve?, bajaron y le preguntaron que por qué estaba él ahí. *Antonces*



Laguna Brava.

les dijo que era que la mujer estaba esperándolo ahí, con el almuerzo, pero que ella se había puesto a espulgarlo y cuando él había acordado estaba allá solo en el morrito.

Esque, claro, como eso queda cerca de las orillas, pues se comunicaron ahí, ¿ve? *Ajá*, y cuando los otros que llegaron ahí y que vieron una cierva que se metió a la laguna. Esa era el *encanto*.

Antonces, ahí que se amarraron las *cabuyas* de los *pretales* de los *mapires* –como antes viajaban con *mapires*– eran puro maleteros. *Ajá*, *anton-*

ces ahí es que se los *añidieron pa* zumbárselo al hombre *pa* poderlo sacar.

Nooo, *esque* le zumbaban y *esque* se retiraba del morrito *pallá*. Y no. Y *antonces esque* bajaron por aquí, creo que aquí en Gavidia, por aquí bajaron a prestar unas *cabuyas*, unos mecates y se fueron *pallá*. Pusieron uno *pacá* de la laguna el otro *pallá*. *Antonces esque* ni le alcanzaban los de allá ni los de acá tampoco, nada, y eso queda cerquita. Y no les alcanzaba la *cabuya*, nada.

Claro, el *encanto* se las recortaba, pues, se las ponía chiquitica y no pudieron.

Antonces es que les *cerró* la noche, y bajaron para ahí *pa* la cueva, la cueva de La Pata que llaman. Ahí más abajo hay una cueva, y se posaron ahí. Y que dijeron que *pal* otro día, ¿qué más? a ver cómo. Nooo, a media noche *esque* escucharon el estruendo.

Y *esque* dijo el *agüero*:

–Se lo tragó, ya *pa* qué vamos a irlo a buscar. Ahora sí está el caso perdido.

Se lo tragó.

La laguna de Los Muchachos

Lino Sulbarán

Esque estaban mozos el *finado* Antonio y el *finado* Matías, sí.

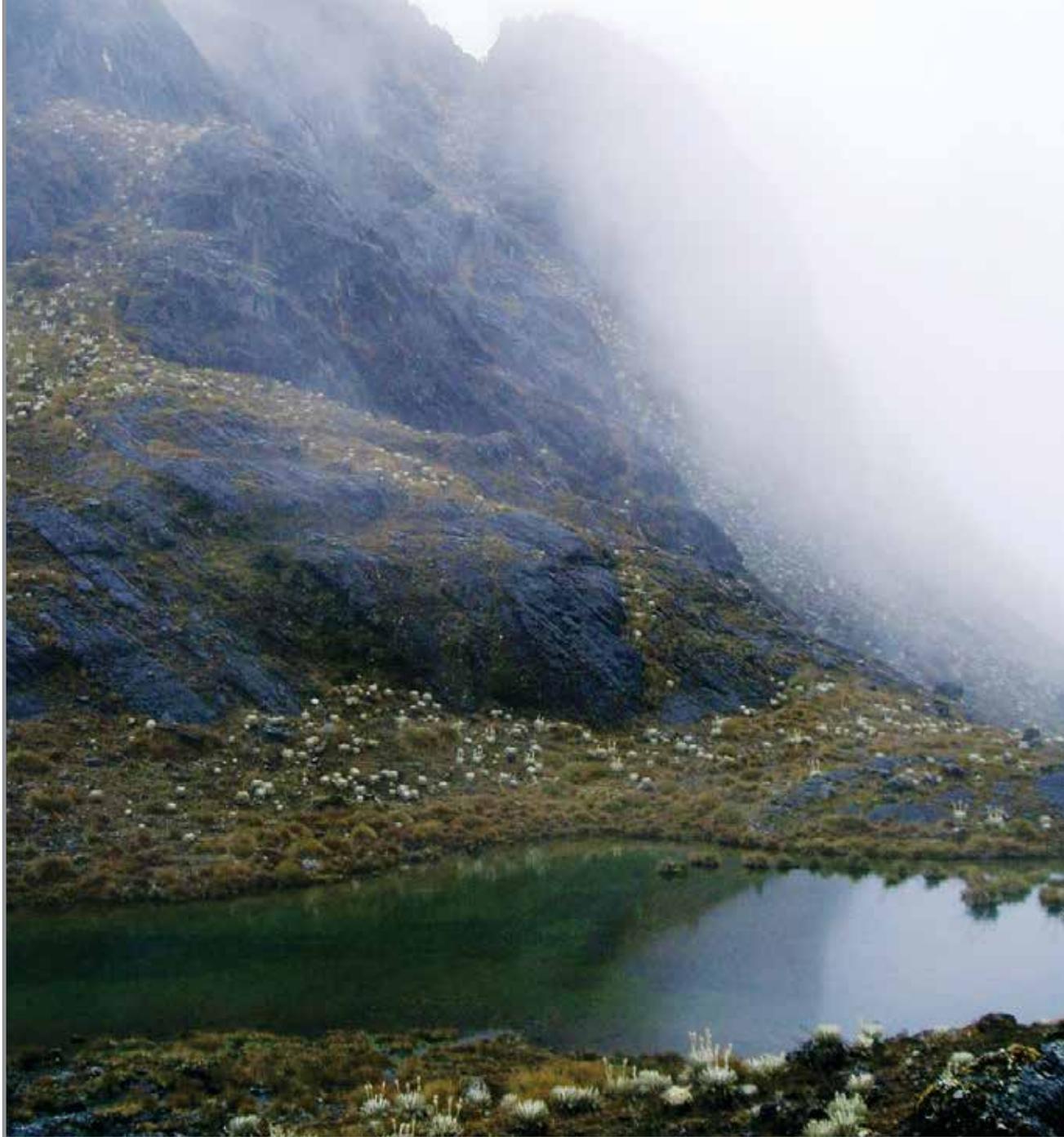
Antonces iban a *paramear* por allá y a traer unos bueyes *pa* *barbechar*. *Antonces* allá en el Santo Cristo hay unas lagunas de *pallá* que quedan en el alto del Santo Cristo, *pallá* se ve *pal* lado de don Alfonso. *Ajá*, allá hay unas lagunitas que quedan solas, *pallá*.

Y por allá *quesque* estaban los bueyes. *Antonces* el *finado* Matías y que se vino por la laguna

y el otro se fue por el lado de allá *pa* arrear los bueyes *pa* conseguirse abajo. Y *quesque* iba pasando y que unos muchachitos sentados así en la orilla de la laguna, muy bonitos que eran los muchachitos, *catiritos*, con los ojitos muy verdicos. Ahí estaban los *pelaítos*, ahí en la orilla de unas *macieguitas* que estaban así entre las lagunas así, *unas maciegas*. *Esque* se subían *parriba* y que se *pelaban* y metían las patitas en el agua y *esque* lloraban ¿ve?

Y él *quesque* le dio mucha lástima que dijo: “¡Ay esos muchachitos quién los botaría por aquí, así como están!”. Y él no hallaba cómo sacarlos ¿ve? Y *esque* él estiraba la mano y nooo, estaban muy lejos, pues. Y *quesque* los llamaba y nooo, esos *esque* volteaban y lo miraban y reventaban a llorar. Y que se *pelaban* de la *macieguita* y que tocaban el lago con los piecitos y volvían a subir *parriba*.

Y él encantado mirando ahí aquello, y tan bonitos, muy bonitos los *chinitos*, *catiritos* muy bonitos, los ojitos azules, muy bonitos que eran. *Antonces* y que gritó el *finado* Antonio, ¿ve? Y nooo, *eso* no escuchaba, porque él iba por allá, por allá, ¿ve? Y es que ese barro allá, *eso pa* meterse... Y *esque* se había arrollado los pantalones de una pierna y de la otra *pa* meterse entre el agua *pa* agarrarlos.



Laguna de La Torre.

En eso *esque* venía el *finado* Antonio. Salió *pallá* porque el hombre nada de salir ni nada. *Esque* dijo: “Pero y bueno, ¿qué le pasaría?” Pues hacía rato que estaba ahí, ¿ve?, en la orilla de la laguna. Claro, ya lo tenían *encantado*, ¿ve?

Y *antonces esque* le dijo:

—¿Qué está haciendo ahí?

Y que le dijo:

—Mira los muchachitos, que se van a ahogar, ayúdeme a sacarlos.

—¿Qué muchachos? —y que dijo—, ahí no se ve muchachos.

Y que lo agarra, le coge de la mano y le dijo:

—Ellos son los duendes, se lo van a llevar. Y dizque bajaron a Las Casitas y que lo *ajumó*, prendió el fogón, lo *ajumó* con humo de la candela y *chimó* y todo eso. Y ese hombre *quesque* se quedaba así mire, ese *quesque* se sentaba y quedaba dormido y que *vía* los muchachitos. Los *vía*, como hipnotizado ya. Ya lo tenían hipnotizado, que si no hubiera llegado el otro con el humo y el *chimó* ya se lo hubieran llevado.

Ese fue el cuento de los muchachos, por eso fue que le pusieron la laguna de Los Muchachos.

La laguna de La Vaca

Lino Sulbarán

Esta era una vaca *esque* salía, *asegún decía* la gente, que salía de la laguna *del Arco*, bajaba y se metía a otra laguna, aquí en Las Bravas, en El Pantano Grande. *Esque* era una vaca *barrina*, con unos cachitos amarillitos, amarillitos que le alumbraban.

Esa *esque* era muy bonita, ¿ve?, y que tenía un lucero resplandeciente en la frente. En la noche alumbraba, y en el día...

En el día siempre *esque* la *vían* al punto de mediodía, que estaba en la orilla de la laguna, por eso le pusieron la laguna de La Vaca.

La laguna de El Suero

Lino Sulbarán

Ahora ya se han amansado mucho las lagunas, como la laguna *del Suero*, que queda en el Santo Cristo también.

La laguna *del Suero* esa ya en veces usted la ve así, blanquita como leche, y ahí sí iba *hueliendo* como a suero, cambiaba de colores.

Y todavía se da, todavía. Yo no sé ahora pronto pero antes, antes no daba colores. Se ponía blanca y al mismo tiempo se volvía como suero, así, turbia, ¿ve? Y helaba.

Ahora yo no sé, eso se ha amansado mucho a lo que les echaron pescado a las lagunas esas, *antonces* las lagunas se han amansado porque la gente ha estado mucho por allá.

El hombre, el buey y la laguna

Jovino Lobo

Érase una vez de un hombre que se fue al páramo a buscar ganado, se estuvo dos días *parameando*. Una noche se quedó en el refugio que allí había, al día siguiente se fue a buscar ganado muy temprano.

Lo consiguió todo menos un buey. Dejó todo el ganado y se fue de nuevo a buscar el buey. El hombre caminó y caminó hasta llegar a una casa grande, esto ya era tarde. El hombre les preguntó a los dueños de la casa que si no le habían visto el buey. Estos le respondieron que no, que no lo habían visto. El hombre al ver que ya era tarde para regresar les pidió posada.

La casa tenía un corredor antes de entrar a la misma. Los dueños le preguntaron que si se

quedaba dentro de la casa o en el corredor. Y el hombre les dijo que era mejor en el corredor para madrugar al día siguiente. Ellos le sacaron una tabla para que durmiera encima, el hombre se acostó a dormir, estaba muy cansado.

A la mañana siguiente, muy temprano, despertó y la sorpresa que se llevó fue que estaba acostado en una piedra laja a la orilla de la laguna. Esta fue la historia y narración de este pequeño cuento.

El páramo del Santo Cristo

Cantalicia Torres

Este es un páramo que queda a cuatro horas de la comunidad de Gavidia. Antes de explotarlo y conocerlo este páramo tiene un misterio y es que cuando empezó a llegar la gente se ponía bravo, empezaba a llover y llover, hasta que caía una enorme *nevazón* y las personas no podían llegar.

Con el tiempo fueron descubriendo más y más hasta que encontraron la laguna del Santo Cristo, y eso fue el señor Brígido cuando se hizo amo de ese páramo.

Un día Brígido llegó hasta la laguna, pero pudo verla desde muy arriba, porque si se



acercaba se suspendía el agua que casi le llegaba donde él estaba.

—Caramba —dijo Brígido— no había visto una laguna tan grande ni tan hermosa. Y se puso a observarla con mucha curiosidad. Se iba acercando más, pero de repente cayó un *palo de agua* y casi no podía caminar.

Se regresó pensando en esa bella laguna.

—No voy a dejar de estar viniendo *pacá pal páramo pa* conocer bien la laguna.

Otro día volvió a ir, pero entonces fue a quedarse, para conocerla bien. Se quedó en una cueva cerca de la laguna. Llovió un poco y luego escampó. La noche se puso clara y él observó cómo era la laguna.

De repente vio una luz muy grande que alumbró todo alrededor de la enorme laguna y salió un enorme venado con un Santo Cristo en la frente. Ese era el que alumbraba. Brígido, sintiendo un poco de miedo, se quedó pensando qué sería eso. Él sin hacer mucha bulla no pudo dormir ni un sueño esa noche.

Al otro día salió y observó un poco más. Y le dio el nombre de Santo Cristo al páramo y a la laguna la llamó del Santo Cristo.

Mucho después fueron llegando más personas a conocer la laguna, pero Brígido era muy

celoso con el páramo y la laguna. El páramo seguía siendo bravo y la gente no podía acercarse mucho porque seguro que llovía mucho y se *emparamaban* con la *nevazón*.

Cuando ya hubo más gente en Gavidia crecieron los hijos de Brígido, criaban ganado y lo llevaban al páramo. Así fue que se explotó ese páramo. De hecho, todavía es bravo y los visitantes a veces se extravían del camino y caminan y caminan por otros lados y ven a alguien que llama y siguen y después llegan al sitio y no hay nadie.

Hay que tener en cuenta esto, cuando se visite, estar pendiente de toda esta historia, porque esa es la realidad y misterio de los páramos.

Para que este páramo se amansara decimos que hubo que llevar el padre para que lo consagrara. Se hicieron comisiones para el arreglo del camino y para hacer un muro en la cueva Blanca para celebrar la misa y así fue el sacerdote y ese día lo acompañó mucha gente. Ese fue el padre Mario Santiago Valero en el año 1954.

Hasta ahora todavía hay que respetar los páramos y cuidarlos.

Lagunas, *apatuscos*, duendes y luceros

Luis Torres

Lagunas hay hartas.

Por aquí las lagunas bravas, ay, no me acuerdo si son cinco, cuatro creo que son, o cinco. Una se llama La Vaca, y la otra se llama Las Galletas, y la otra se llama El Añil. Por ahí son las lagunas demasiado de azulitas. Para ir a El Añil por aquí es más lejitos que por los *laos* de Las Piñuelas. Seguro el caminito está.

Si no conoce La Artesa, tiene que *conocela*. Esa queda antes de subir al alto de Santo Cristo. *Pal Carrizal* no hay lagunas. Por allá por Las Escalares sí se encontraban dos, La Canoa y El Boquerón. Ahora por aquí por Los Coloraos no se encuentra ni una.

Antes sí salían cosas, *espantos* no, sino *apatuscos* o duendes. *Esque* un duende sale o salía. ¡Nooo!

Mi mamá nos echaba cuentos a nosotros que cuando pasaban los duendes, como decir desde la laguna *del* Buche a la laguna de La Señora ahí, cuando estaba tronando mucho y lloviendo, que pasaban los duendes *dando botes* casi como un muchacho *pelao*, así. ¡Ajá! dando

vueltas en el aire y se *mandaban* a la otra laguna caían ahí y se hundían.

Yo sí no los vi, porque en ese tiempo ya estaba más mansa la laguna, antes sí eran más bravas, por eso es que podían ver esos duendes. Por lo mismo que no había gente por ahí *juñendo*.

Y *horita* no, porque *horita* echan *pescao*, se la pasan gritando, *paramiando*, eh... pescando, y quedándose en las orillas de las lagunas y todo eso. Por eso se amansaron las lagunas.

Antes, cuando yo era mozo, *salíanos* a buscar los animales y no podía uno hablar aquí en la laguna La Pailita, porque de una vez se agarraba ese invierno y esa *nevazón*, y casi se *emparamaba* uno y tenía que *venise* a la carrera. Ajá, era más bravo el páramo, y en las lagunas salían duendes. Cuando uno iba a *paramiar*, uno se ponía una *cruz de chimó* en la frente y se iba por ahí y no le sucedía nada.

Platillos voladores nunca vimos, lo que sí salían serían luceros. Hay un lucero que corre así, en la noche, *nojotros* lo llamamos lucero. Algunas veces sale corriendo, es una luz blanca. Pero hay otro que va pasando poco a poco. Ese sí lo he visto muchas veces. Igualito a los luceros, va poco a poco, poco a poco y no *trompica* con los otros y va dando la vuelta, y vuelve



Laguna Brava.

a salir hasta que *trastumba pabajo*. Muchas veces lo hemos visto. Porque va poco a poco, poco a poco, y a donde va a encontrarse con otro lucero voltea así y vuelve a buscar el mismo camino. Y vuelve a pasar y se encuentra con otro y no lo *trompica*, sino que da la vuelta y vuelve a buscar el mismo camino, hasta que *trastumba pallá, pal Morro*. Se asoma ahí *pal lao* de La Pailita y *trastumba pallá, pal Morro*, donde van a poner la antena.

La muchacha encantada

Mario Hernández

Me contó mi tío Chico Cañas de una muchacha que vivía con los *papaes* en Los Pantanos. Él dice que la muchacha salía en las tardes a jugar afuera en un potrero grande que quedaba en una sabana que había ahí.

Una tarde estaba la muchacha jugando, hizo un remolino y se la llevó. Y la muchacha

vino a para aquí, al *saqués* de las peñas. Sí, las peñas estas, la arrastró con todo y la yegua que llevaba. La yegua se *resfaló* y caía ¡eso son como doscientos metros de ahí *pabajo!* El que se caiga ahí no sale más porque eso son unos pozos muy profundos. Sí, que no se les ve fin.

Ese páramo *del Fraile* y el páramo de La Arenosa son páramos muy misteriosos y tienen *encantos*. Esos *encantos* ya no salen, pero anteriormente sí salían. Había una cueva aquí en la entrada de Gavidia, donde está el cañón, ahí está la muchacha *encantada*. Y él asegura porque dice: “¡Yo la vi!” Nosotros la vimos, porque éramos obreros del señor y la vimos cuando el remolino se la trajo. Ellos llegaron hasta ahí, pero ahí no vieron nada, vieron fue el pozo, el agua y más *na*.

Hay una parte ahí que, contaban ellos, que llegaban y le tiraban una piedra, tenía la forma como de un arpa, le tiraban una piedra a esa imagen que hay ahí como un arpa, y *eso* y que sonaba una música muy bonita, él me contaba eso. Eso es saliendo *pacá, pa* Gavidia, que ahí llaman El *Saqués*, es la parte más angosta que hay ahí.

Cuánto ha cambiado el páramo

Bernabé Torres

Cuando yo era muchacho le teníamos un respeto a la naturaleza, eso era peor que *dentrar* a una iglesia *ahorita*. Si uno pasaba al lado de una laguna, uno ni hablaba ni miraba ni tosía, casi ni resollaba porque la laguna se ponía brava. Por eso me gusta ir a pescar solo, para no molestar a la naturaleza. Yo no hago bulla, yo hablo con la naturaleza y las aguas se están quietas y pesco mis buenos pescados.

Yo no he visto sino arcoíris, el páramo tiene sus contras; si yo molesto al páramo, él tiene sus *dueños* espirituales para defenderse. Si usted no molesta al páramo el páramo no le hace nada. Yo puedo andar entre la niebla por ese páramo Arenoso que es muy bravo y *perdedoso*, yo he visto cosas y no me ha pasado nada.

Yo he andado y desandado y he visto gente perdida, batallando con la naturaleza. Si uno ve un bicho, un animal, un pato, algo diferente hay que dejarlo quieto, no hay que tirarle piedras ni correrlo. Si uno los corre o les tira piedras se le viene el mal tiempo encima. Una vez vi una vaca negrita, muy mansitica, negrita, negrita, con los cachitos blanquitos, una

vaquita de otro satélite, al ladito de nosotros. Nosotros comimos tranquilos y la dejamos allá, y eso nos hizo una tarde tan bonita con un sol resplandeciente.

Una vez le caímos a piedras a un pato, era un día que salimos a pescar en El Parche y nos cayó una *nevazón*, que tuvimos que salir y no pescamos nada.

Otra vez iba yo para las lagunas *Pescuezu-das* y se nos salió una laguna con unas olas de a cinco metros, y unos vientos y maremotos, pero íbamos a caballo y no nos alcanzó la laguna, eso fue porque pasamos conversando y plena conversa por la *cabecera* de la laguna, y eso es una que uno respeta mucho, esa se llama la laguna Negra.

Por aquí hay como unas setenta lagunas en estas dos cordilleras. El páramo tiene su magia y tiene a quién darle guerra y a quién no. Los duendes se enamoran de una persona, si es duende hembra o duende macho... y la gente no cree, pero eso lo ha habido en este planeta desde hace mucho tiempo y en esta cordillera lo sigue habiendo. Aunque hay gente que no cree.

Desde que yo era niño a estos tiempos, se han secado muchos manantiales, se ven botellas y latas donde sea, *frailejones* tumbados

donde quiera. A los *frailejones* los tumbaban las heladas o los tumbaba uno para usarlos como arrimaderos en las piedras, pero no así. La vegetación ha cambiado un poquito, ya las plantas han crecido más. En Los Yaques uno ve arbustos que han crecido, yo he sembrado plantas de zona cálida que se me han dado, aquí en el solar tengo caña brava, manzana, níspero que se da en Maracaibo. Eso no se daba antes, aquí el ajo no se daba. Arriba hay una mata de mora que nació sola, antes en lo alto no se veía una mata de mora. Hay una mata de salvia de páramo allí que se están viniendo *pa* lo frío, de lo caliente *pa* lo frío. En Los Yaques usted echa de ver que al *frailejón* le están saliendo las hojas grandísimas, esos son cambios, no sé si será el abono o que lo han dejado quieto. Las plantas de lo caliente se están viniendo *pa* lo frío, buscando el frío.





Dibujo: Mario Hernández.

CAPÍTULO IV

Terribles espantos

La Dientona

María Julia de Torres

Recopilado por Cantalicia Torres

Ese fue un viejito que le gustaba mucho enamorar las muchachas. Él viajaba *pa* Mérida, esos vivían donde llaman El Pantano, en Mucurubá, y *antonces* el viejito se fue *pa* Mérida con un hijo que tenía que llamaba Esteban, a vender quesos y a traer mercado de Mérida porque antes era muy escaso el mercado, tenían que ir a Mérida o a Barinas a comprarlo. Jesús María Moreno tenía un caballo de silla, era muy rico el viejo, era español. Era de España el viejo José María Moreno.

Padre e hijo se fueron y como al viejo le gustaba mucho el trago *antonces esque* llegaron a Escagüey *esque* había un negocito y *antonces* no había carretera, puro camino y se *dentró* él a comprar un trago de *miche*. Allá el muchacho Esteban se vino con la carguita en los burritos, pero caminaban por ahí en el pueblito de Mucurubá, salían a La Cruz, pasaban el puente y cogían *parriba*, *pa* donde llaman El Pantano.

Y estando allá el viejo, comprando el traguito, se le apareció una muchacha muy bonita y en ese tiempo no había muchachas de moda así con la boca pintada y los ojos. Y ella sí estaba así



Dibujo: Cantalicia Torres.

vestida de vestido, muy bonita, zapatos bien bonitos y boca pintada y los ojos también.

Y el viejo *diunavez* se enamoró de la muchacha y le preguntó de dónde era, y ella le dijo que era de La Ranchería, ay, y él *esque* le dijo que qué quería y fue a comprar un pan para ofrecerle y ella le dijo que no comía pan porque no tenía dientes, no le habían salido dientes todavía.

Bueno, y *antonces* le dijo:

–Si va para La Ranchería le *doy la cola* en la anca del caballo. Y le dijo la muchacha que sí venía.

Se montó el viejo y se montó la muchacha en la anca y se vinieron. Más arriba *quesque* le dijo la muchacha:

—Ahora sí como pan porque ahora sí tengo dienticos, jajaja, mire como ahora sí tengo dienticos, le dijo.

Y *voltió* el viejo a mirar y los dientes le pasaban de abajo *parriba* y los de arriba *pabajo*.

¡Ay Virgen del Carmen!, al viejo le dio muchísimo miedo. Eso fue allá en La Ranchería cuando venían pasando el camino para subir *pal* Pantano. Le dio mucho miedo, le remachó las espuelas al caballo y ese sale corriendo por ese camino *parriba*, pero eso que fue una sola carrera.

Arriba donde llaman las tales huertas ahí deben de estar los *cimienticos* todavía, en la *cabecera* del llano, en la *cabecera* de ese plan que está allá, ajá. Allá era donde vivían.

Dicen que era ya de noche, porque el muchacho que venía con los burros, con la carga pues, ya había llegado hacía mucho rato a la casa. Llegó y que la casa estaba encerrada con puros palos, *antonces* no había cercos de alambre, y no podían hacer cerca de piedra porque allí no hay piedra. Habían hecho una cerca de palos tramados, tramados, tramados, para que no se metieran los animales *pa* dentro, *pal* patio.

Y llegó y pegó ese brinco el caballo y cayó acostado adentro en el patio. Y la gente —como lo estaban esperando— cuando escucharon el tropel de la bestia salieron a mirar y estaba el

caballo acostado en el patio, el viejo también, el jinete también ¡acostados los dos!

Antonces salieron a *aguaitar* qué había pasado, y ¡qué *carrizo*! estaba el viejito *privado* allí, el caballo también. No pudieron hacer nada para levantar el caballo, al viejo *esque* lo agarraron y lo llevaron *pa* dentro los hijos pues, ya estaban hombres. Y a la mujer, la de los dientes, no la vieron más, no supieron *pa ónde* había *garrao*.

Papá José contaba eso. Esa es la que llaman la Dientona, un *espanto* que le sale a los hombres *enamoraos*. El pobre caballo se estuvo tres días acostado en el patio, hasta el caballo se espantó ¡Pues claro!, eso me contaba mi mamita Catalina, la *nona* mía, ella era la que estaba casada con el hijo del señor ese, me contaba ella.

Y *antonces* ese caballo no se murió de hambre, no, *ese* le llevaban comida al patio, al caballito le llevaban afrecho, le echaban agua en una *tutumita*. *Esque* tuvieron que hacerle remedios *pa* que se pudiera parar, y al viejo lo llevaron *pa dentro* y lo acostaron en la cama, y se la vieron negra para hacerlo hablar a fuerza de *clamuras* a Dios.

Y tuvieron que bañarlo con agua bendita, y tuvieron que hacerle rezos y oraciones, fue así que volvió a hablar el viejito, mi *bisnono* José María Moreno.

Un chiste que le pasó a Gorgonio Paredes

María Julia de Torres

Gorgonio Paredes, a ese lo conocí yo.

Era cuando caminaban por el camino *del Masinero*, *antonces* el viejito se vino una vez y se trajo un muchacho llanero para que viniera a hacerse baquiano a Mucuchíes. Posaron en la casa de mi papá allí abajo donde llaman Los Estantillos. Estaba yo chiquita cuando los conocí.

Se fueron *pa* Mucuchíes el viejito Gorgonio con el muchacho llanero, y por allá se le perdió el muchacho al viejito y se vino solo y lo dejó. Llegó donde mi papá y mi papá le preguntó:

—¿Y dónde dejó el muchacho?

—Ese se me quedó por allá en Mucuchíes. Yo no me puse a esperar a ese muchacho, yo estoy ligero por irme.

Antonces le dijo mi papá:

—Si de golpe le cobran el muchacho tiene que volver a llevarlo.

—Pues quién sabe —dijo—. Y se fue solo *pallá*, *pa* San Rafael de Catalina.

Al otro día llegó el muchacho allí donde mi papá. Yo me acuerdo bien de todo, y le dijo mi papá que por qué se había quedado allá en el pueblo.

—Porque se me perdió el compañero —dijo el muchacho—, no supe más del compañero.

—Pues *mano* Gollo se fue a San Rafael de Catalina y usted ahora ¿dónde se va estar?

—Pues quién sabe dónde me iré estar.

Dijo el muchacho llanero que había venido a hacerse baquiano a Mucuchíes y a llevar una libra de sal.

Así se estuvo ahí donde mi papá. Gorgonio llegó a San Rafael y tuvo que venir solo a buscar el muchacho por ese camino, nadie quiso acompañarlo. Y se quedó solo allá en la cueva *del Masinero* que Isidro y Gregorio sí son baquianos allá.

En la cueva *del Masinero* se quedó el viejito. Estando allá, como a media noche, acostado, llegaron y le dieron unos cuerazos por encima.

—¡Váyase *pal* carajo, váyase al infierno, váyase *pa* donde les dé la gana, pero no vengán a *echarme vaina* aquí! Les dijo el viejo.

Y se fueron, era el espíritu que estaba *dán-doles cuero*. Se fue ese espíritu y no le hicieron más perjuicios.

Volvió llegar el viejito allá donde Los Estantillos, donde mi papá y echó el cuento. Eso sí no son mentiras esos no son cuentos estudiados. Llegó y allá estaba el tontico del muchacho, se



Dibujo: Cantalicia Torres.

lo llevó, tuvo que llevarlo y presentarlo porque le achacaban haberlo dejado.

Sí, ese jovencito era medio tontón, era llanero y hablaba así como los llaneros: pija camarita.

Es que en esa cueva *del Masinero* hay muchos espíritus, porque allí hay muertos enterrados, viajeros que allí iban quedando.

Historia del *toldo*

Lino Sulbarán

Esque ese era un *toldo* que salía antiguamente, ¿no? Ese sí lo *vide* yo. O sea que la gente de antes contaba de eso, que siempre salía un *toldo*, una cosa blanca. Se levantaba del *saqués* y llegaba y se establecía ahí en el llanito ese. Ahí quedaba, ahí, como una sábana. En el centro se le *vían* unas cosas negras. *Ajá*, *antonces* de ahí que se levantaba también un *arco*.

Contaban que una vez venían mi papá y mi mamá de Mucuchíes y les *cerró la noche* por allá. Y que vieron levantarse como un *arco* pero redondo que iba dando vueltas, y *trastomó* y que *trastomó paquí*, *pa* este lado de aquí de la laguna de La Señora, fijese. Y que se fue levantando. *Ajá*, de ahí mismo salía el *toldo* y también se establecía. Varias gentes lo veían ahí. Tenía una luz en la mitad.

Bueno, una vez venía yo de Mucuchíes y lo *vide*. Lo *vide* fue en la cantina donde llaman La *Proveduría*, pues, donde vive el Elías. En ese tiempo tenía una pulpería el compadre Tulio, ahí. *Ajá*, y *antonces* yo sí vi eso blanquito, blanquito. Claro, que como estaba la luna *rayada*, clarita, así pues, en la noche que alumbraba clarito,

yo dije que sería el agua *cuajada*, ¿ve? Yo no me dio miedo ni nada.

Antonces a lo que yo pasé se *vían* como puras cadenitas colgando, amarillitas, ¿ve? Pero yo dije que sería el *agua cuajada* que con lo que chorreaba ahí pues, se *cuajaría* y quedaba así.

En después fue que yo me puse a pensar y dije: “Pero bueno ¿y cómo va a ser *pa* largo *pabajo* y *estase* mantenido ahí? Y eran amarillitas, ¿ve? Cadenitas amarillitas, como colgando *pabajo*. Eso fue en tiempo de verano.

Bueno, antiguo de eso, me contó Liborio que se había llevado mi papá un susto aquí donde vivo yo. Que había encerrado los becerros y se había estado *porai*. Que le *cerró la noche* y cuando fue a irse –allá había una cerca que bajaba el caminito así–, *ajá*.

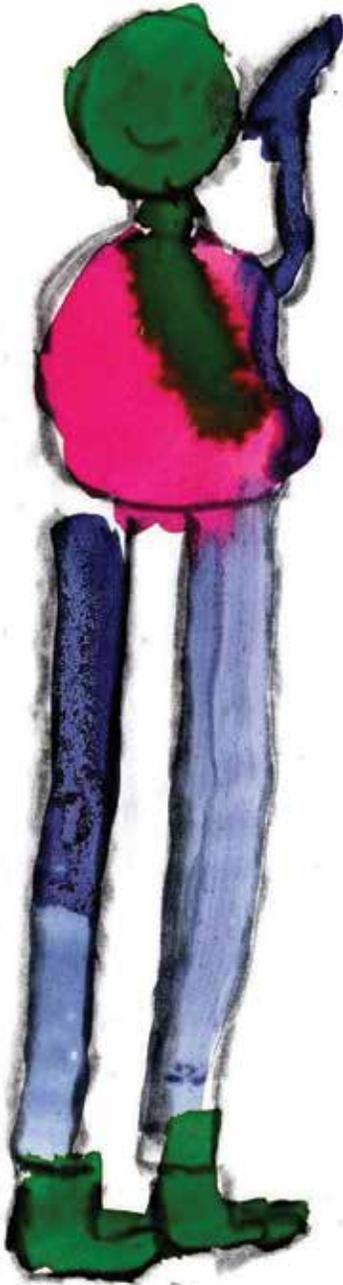
Cuando él llegó al portillo, *pal* lado de abajo así, *esque* estaba un *toldo* ahí. Una vaina blanca, redonda, un *toldo*. Y que tenía una luz en la mitad y que había como cinco personas rodeadas de luz y alumbraba, alumbraba. Los alumbraba pues a ellos. Y las personas y que estaban vestidas de negro, pero en el centro la luz, ¿ve? Y la cosa blanca *esque* estaba así, en el suelo. Y ahí *esque* alumbraba lo que abarcaba todo de blanco. Y ahí *esque* estaban todas así, agachadas así, las cinco personas y la luz.



Dibujo: María Dominga Villareal.

Nooo, *eso esque* se fue derecho por todo eso, pasó y *eso esque* bajaba gritando que el *finado* Pablo que vivía por ahí en La Barranca escuchó la gritazón. Claro, estaba demasiado asustado, le dio mucho miedo. Y *esque* gritó ahí el *finado* Pablo. A lo que gritó el *finado* Pablo le pasó el miedo, así *esque* pudo llegar a la casa.

Sí, la mayoría de gentes de los que había antes lo veían ese *toldo*, que salía del *saqués* y se plantaba, así, abajo en el llano ese. O se levantaba y se iba *pa* otra parte, por allá ¡Cosas de duende!



Dibujo: Franklin Torres.

El puente del diablo

Lino Sulbarán

Eso queda más allá de Los Toritos, esa vía sale a Agua Viva. Estando yo muchacho oía siempre la historia del hombre que había hecho negocio con el diablo en un puente. Que habían contado que no duraba el puente, la gente hacía el puente y se *esfarataba*.

Antonces uno de ellos dijo:

–Yo voy a hacer un negocio con el diablo *pa* ver si nos ayuda a hacer ese puente *pa* que dure.

Antonces él y que fue y *esque* salió en la noche y lo llamó. Y el diablo se le apareció, pues, a ver qué quería. *Antonces* él *esque* le dijo que le hiciera el puente y que él le entregaba el alma, pues. *Antonces* con ese fin hicieron un pacto entre los dos.

El diablo se puso a hacer el puente. *Antonces* el hombre cuando *vido* que sí estaba haciendo el puente de *a* verdad, escuchaba el mero *desesperón* y *antonces* y que fue y *aguaitó* en la noche. A medianoche cogió y *aguaitó*. Ya *esque* no le faltaba sino una piedra, una piedra *pa* tapan un *can*, o sea un ala del puente. ¡Una piedra y ya estaba listo!

Antonces y que llegó a la casa y que dijo que qué haría él, porque sí le iba a ganar el

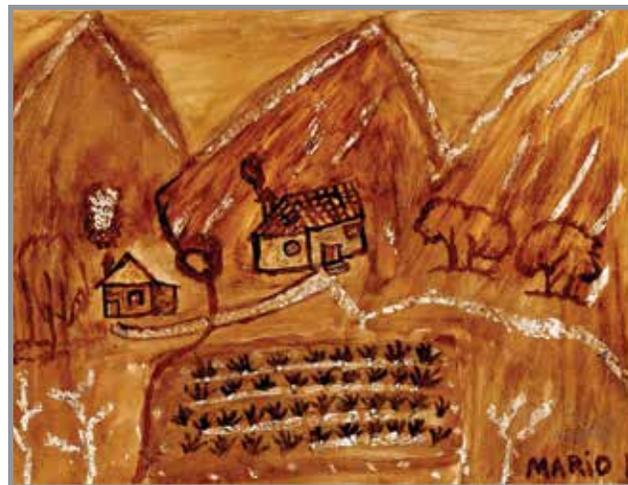
diablo. *Antonces esque* pensó... Como tenía un gallo fino, y que sacó un espejo y se lo puso así, ¿ve? Frente al gallo. Y el gallo al ver el otro gallo canta, *antonces* ahí no hay pele. Así pensó. *Antonces* a lo que puso así el espejo, lo alumbró con la lámpara y se lo puso así al gallo y *esque* aleteó el gallo y cantó. Cantó y *antonces* se *esparecieron*. Se *espareció* la bulla, no hizo más bulla, pues. Como era el primer canto del gallo... si el diablo acababa antes del primer canto del gallo se lo llevaba. Y ya iba a acabar. No le faltaba sino una piedra. Pero ese era el trato y como cantó el gallo hasta ahí llegó.

Antonces, no, no se lo llevó nada. *Antonces* quedó el hueco ahí, el hueco de la piedra. Y eso es un *pedrón* que no lo han podido menear nunca.

Yo estaba muchacho y ya estaba oyendo esa historia del hombre que había hecho el trato con el diablo. Y una vez estuve trabajando *pallá*, *pa* La Azulita, y estaban unos conversando, ¿ve? *Antonces* escuché cuando dijeron que por ahí pasaban *pa* Los Toritos y salían al puente del diablo y salían a Buena Vista, a Agua Viva. *Ajá* y *antonces* les dije yo:

—¿El puente del diablo?

—Sí, me dijeron, es que el diablo hizo un puente, y por ahí pasan carros, no hay más por dónde.



Dibujo: Mario Hernández.

Y les dije yo:

—¿Y el puente del diablo es de hierro o cómo?

Antonces me dice que es una peña, como decir tres peñas, pues.

—Una peña *paquí*, una *paquí* y una atorada, así. Y el agua corre por debajo, y por aquí pasan los carros *pallá* que queda parejo. Y la piedra que dejó el diablo está allá, que esa no la han podido menear ni las máquinas.

Y dije yo:

—En algún tiempo tengo que pasar por ese lado, *pa* conocer el puente del diablo, ¿ve?



Dibujo: Mario Hernández.

Juan del *Joso*

Jovino Lobo

Esto era una vez una señora que se fue a recoger leña al monte y se consiguió al *joso*. El *joso* se la llevó lejos, a la selva, y la metió en una cueva. El *joso* colocó una laja de piedra en la entrada de la cueva y la dejaba encerrada mientras buscaba comida, pescaba truchas para los dos.

En el tiempo que la mantuvo el *joso* la embarazó. La mujer parió, el tiempo pasó y el hijo crecía. Hasta que un día la mamá le contó lo sucedido y el hijo entendió.

Un día la mamá y el hijo planearon escapar del *joso*. Ya el hijo tenía suficiente fuerza para voltear la piedra que tenía bloqueada la cueva. Cuando lo lograron huyeron al pueblo. El *joso*, al llegar a la cueva, supo lo que había ocurrido y se fue al pueblo en busca de ellos. Pero al llegar al pueblo lo mataron.

Juan del *Joso* se llamó el hijo que tuvieron. De la cintura para arriba era humano y de la cintura para abajo tenía piel de *joso*. Juan del *Joso* fue a la escuela y los otros niños se burlaban y lo fastidiaban por la piel de *joso* que tenía. Hasta que un día se molestó y agarró a otro niño y le dio cuero con la fuerza del *joso*.

Desde ese día lo dejaron quieto.

El cazador de venados

Jovino Lobo

Esta era una vez un hombre que le gustaba mucho cazar venados. Un día se fue al páramo a cazar. Tiró un venado y lo dejó herido. El hombre siguió la huella del venado, pero no lo consiguió y se fue a dormir en una cueva.

Al otro día en la mañana se levantó y siguió la huella, cuando de repente vio una casa con un corral donde estaban unas personas ordeñando a unas venadas. Al hombre le causó admiración. En ese momento lo llamaron, él se acercó y le dijeron:

–Usted es quien nos mata el ganado, si nos sigue matando el ganado se va a llevar algo muy sorprendente.

El venado que el hombre tiró estaba en el corral, las personas que estaban allí le dijeron que como ya había herido al venado que se lo llevara. El hombre terminó de matar al venado y se lo llevó, las personas le advirtieron que si miraba hacia atrás le pasaría algo. El hombre se fue sin mirar atrás y cuando iba llegando a un alto, miró a donde estaba la casa, el corral y los venados, ¡y no vio nada!

Lo que vio fue una laguna.

Llegó con el venado a su destino, pero nunca más volvió a salir a cazar venados pues se dio cuenta de que aquellas personas que encontró eran duendes.

Dibujo: Jovino Lobo.





Dibujo: Cantalicia Torres.

Cuando me perdió la bruja

José Idulfo Pérez Castillo

Estaba yo muy joven y salía a tocar fiestas. Me *bía* vuelto muy parrandero. Andaba por los caminos muy tarde en la noche, de Micarache a Gavidia, por Las Piñuelas y Mucuchíes.

Y una noche que venía de una fiesta en Gavidia, subiendo donde llaman la piedra de las Habas, me detuve un poco para echarme un *palo e miche*. Seguí caminando. Caminaba y caminaba. De repente me di cuenta de que no avanzaba nada, estaba en el mismo puesto. Seguí caminando y caminé lo de un cuarto de hora y vi que estaba en el mismo puesto.

Entonces me senté y miré para los lados y vi muchos árboles muy altos y me dije: “¿Adónde estoy yo?” Y me levanté y seguí caminando. Cuando iba caminando me acordé de los escapularios de la Virgen del Carmen, que los cargaba, y me los saqué por fuera de la *cobija* que tenía puesta y ahí fue que se me despejó el camino y vi que había recorrido como dos kilómetros.

Iba subiendo a Llano del Trigo y ahí fue que me di cuenta de que era una bruja que me había perdido. Y desde allá tuve que regresarme *pa* la casa y llegué como a las tres de la mañana.

Una noche muy oscura

José Idulfo Pérez Castillo

Eso fue en tiempos de *paraduras*. Yo subía de Mucuchíes, me encontré con mis amigos en Gavidia y me invitaron a unas *paraduras* que había esa noche. Y cuando terminó la última *paradura* me fui para la casa.

Cuando iba en el puente sentí un miedo muy grande, pero como estaba medio *jumo*, no le hice caso y seguí. Y cuando iba más adelante, me conseguí con un hermano mío y me dijo que me regresara con él y me quedara en su casa, porque la noche estaba muy oscura. Pero yo le dije que no, que yo seguía *pa* la casa.

Seguí el camino. Más adelante, iba de lo más tranquilo, cuando escuché que bajaba un tropel como de muchas bestias, y sentí como que iban encima mío. Yo me aparté *pa* un lado para que pasaran las bestias, pero no era nada. Lo que vi fue una cosa que pasó por el aire volando, era como un *zamuro* o como un cuero de res. Era algo que yo no entendí, como de color negro, y se oía la lluvia a lo que aleteaba. Sentí miedo, pero seguí el camino.

Cuando subía donde se llama La Puerta de la Yegua, escuché que lloraba alguien como un niño en la quebrada. Se me *engrifó* el cuerpo, sentí la cabeza muy grande y las piernas se me



Dibujo: Brígida Torres.

desmayaban. Y el muchacho seguía llorando y llorando. Y yo lo que hice fue darle un insulto, y ahí sí no lloró más.

Y seguí caminando, y sentí como si algo iba atrás mío. Y seguí. Cuando llegué a la entrada *pa* Las Mazorcas todavía traía las piernas desmayadas. Pero más adelante, en la casa del señor Ubaldino, él tenía unos perros que siempre salían a encontrarme cuando pasaba. Esa noche salieron y cuando me vieron se regresaron muy asustados. Y aullaban y llegué a esa casa y le puse el pecho a la puerta y entré hasta la cocina y no podía hablar.

Y me preguntaban qué me había pasado, pero yo no podía decirles nada. Y me dieron un *bebedizo*, y ahí fue que pude hablar y les conté lo que me había pasado. Y ahí fue que me dijeron que mucha gente ha oído llorar ese muchacho.

Otro caso que me pasó por estar de parrandero

José Idulfo Pérez Castillo

Eso fue en el mes de julio. Era la fiesta de la Virgen del Carmen en Mucuchíes. Cuando pasó la fiesta me vine con unos amigos. Veníamos tomando *miche*.

Cuando llegamos a Gavidia mis amigos se quedaron y yo seguí mi camino a la casa. Subía un poco cansado y me acosté a descansar un rato. Y me estaba quedando dormido cuando escuché que bajaba alguien. Levanté la cabeza y vi que era un joven como de diecisiete años, vestido de blanco.

Llegó donde yo estaba y me preguntó que qué hacía allí. Yo le dije:

–Yo estoy aquí muy *rascao*.

Y él me dijo:

–Párese de ahí y váyase para su casa que allá lo están esperando. Allá están muy preocupados por usted.

Pero yo le dije que me iba a estar otro ratico. Pero él me ayudó a parar y me dijo:

–Si quiere yo voy y lo llevo a su casa.

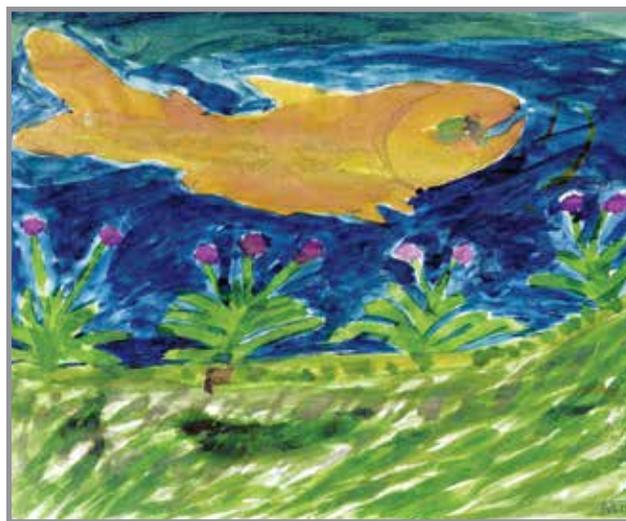
Pero yo le dije:

–No, yo me voy solo. Y el muchacho desapareció.

Y mi sorpresa fue que cuando el muchacho desapareció yo quedé buenecito y sano, se me pasó la *rasca* y me fui tranquilo *pa* la casa.

Yo pienso que sería que algo malo me iría a pasar y ese fue un ángel del cielo que me ayudó a levantar. Ahora yo le doy gracias a Dios que conseguí una persona que me hizo cambiar mi vida y esa persona es mi esposa que la quiero mucho y ahora vivo feliz con ella y los dos hijos que Dios me dio.

Estos son relatos de la vida de Idulfo Pérez Castillo. Todo me sucedió de verdad.



Dibujo: Cantalicia Torres.



Dibujo: Lino Sulbarán.

No eran gallitos de monte

Mario Hernández

Mi tío Francisco me contaba de una vez que se fue *pal* páramo y se estuvo dos meses solo en el páramo *del* Fraile. Eso es por aquí por el camino de La Arenosa, allí hay una parte donde se llama pozo del Gallo y *chorro* del Gallo, porque hay un *chorro* y un pozo abajo, entonces él se fue a vivir allá.

Eran personas que les gustaba vivir a solas, en esos páramos. Él llevó papa, y sembró y se fue a vivir allá en una casa de paja con *soberao*, ¡*ajá!* Abajo cocinaba en un fogoncito de esos de *tuyuyúes* que llaman, y arriba dormía en el *soberaíto*. Un *soberao* que hacían, donde cabían hasta diez personas ¡eran grandes! Y así se estuvo y se estuvo y se estuvo viviendo.

Con el tiempito –ya tenía como un mes y medio por ahí– empezó a sentir bulla y a sentir cosas extrañas. Y *dijo a* llover, eran tiempos de invierno y empezó a crecer la quebrada. Cuenta él que una noche comenzó a llover en la tarde y en la noche él oía que cantaba un gallo, que cantaba un gallo y cantaba. Y él decía: “Pero por aquí no hay gallos, tan solo que sean *gallitos*

de monte, pero esos no cantan como los gallos”.

Entonces empezó a extrañar la cosa, cada noche lo oía más cerca y más cerca. Oía cantos de gallo, oía cantos de personas, músicas muy bonitas, todas esas cosas oía.

“Esto no está bien”, se dijo, “yo creo que me voy a ir más *fien*”. Pero se aguantó otro día. Salió en el día por allá y llegó en la noche, preparó la comida, comió y se acostó a dormir porque como andaba solo se acostaba temprano. Entonces esa noche llovió mucho, y él dice que esa quebrada siempre crece, pero nunca llegaba hasta donde llegó esa noche. Esa noche le llegó el agua a la casa.

Él dice que a lo mejor era que el *encanto* quería *lleváselo*. Pero él tenía *contras*, cosas que lo protegían como los escapularios, cosas así que él cargaba. Sería que por eso el *encanto* no le hizo nada.

En la mañana cuando se paró y vio que el agua había *llegao* hasta la casa, dijo: “¡No!, el que se va de aquí soy yo” y se vino de una vez. Arregló su maletica y se vino ese mismo día. Y no, él dice que no volvió más a quedarse tantos días, y cuando iba, iba acompañado con otros.



Dibujo: María Dominga Villareal.

El familiar

Cantalicia Torres

Cuentan que los antepasados sacaban un familiar para ponerse ricos, lo sacaban de un gato negro.

Ellos calentaban una olla de barro hasta que se ponía bien caliente, hasta que estaba coloradita por dentro. Ahí sí metían algo vivo y tapaban rápido la olla. La dejaban allí quieta hasta que se enfriara y cuando ya estaba fría aprontaban una *cajeta de cacho* y la colocaban en la boca de la olla. Cuando la destapaban salía de la olla un muñequito chiquitico y negrito con la boquita colorada y los ojos y con cachitos. El muñequito caía en la *cajeta* y de una vez la tapaban.

Esa *cajeta* la cargaban todo el tiempo en el bolsillo y era buena para conseguir buenos negocios, tener bastante plata y buena suerte. Doña Pilar vivía en El Picadero. Un día llegó un viajero y le pidió posada. Ella le tendió la cama al lado del fogón. Al otro día el señor se levantó y se fue. Ya hacía rato que se había ido cuando doña Pilar fue a levantar la cama donde él había dormido y ¡encontró una *cajeta de chimó*! Ella se contentó mucho y fue a destapar la *cajeta* cuando salió un muñequito y se fue corriendo por toda la casa.

Doña Pilar toda asustada le decía: “¡Véngase, véngase, vuelva a brincar aquí *pa* la *cajeta*!”.

El bichito se volvió a meter en la *cajeta* y ella lo tapó. Al rato llegó el hombre a buscar la *cajeta* y se la llevó. Dijo que eso tenía que estar siete años con la persona y después de los siete años si no lo vendían se desaparecía la persona que lo tenía.

Eso quiere decir que a lo mejor el diablo se lo lleva porque eso es malo tenerlo en las casas porque es una trampa para hacerse rico. Lo usaban mucho los antepasados en aquellos tiempos que se creía mucho en la brujería, la hechicería.

Hacían todas esas *marramuncias* para ganar plata, pero de nada les servía porque la plata que se gana de esa manera no da buen resultado.

Domingo de Ramos

Cantalicia Torres

Este era un señor al que le gustaba mucho salir a cazar en el monte todos los días domingo. A eso se había dedicado. Salía a cazar pavas, conejos, venados, patas, lochas y *lapas*. Pasa la casualidad que un Domingo de Ramos de Semana Santa agarró su escopeta, su *mochila*, la *cabuya* y se fue a cazar como todos los domingos. Cuando llegó al sitio de costumbre preparó la escopeta con los tiros, ese era el sitio donde llegaban los animalitos y él se preparaba para disparar. De repente escuchó una bulla rara, como un murmullo, entonces pensó que ahí estaba un animal, tal vez fueran las pavas, él quería llevarlas para hacer un buen sancocho.

Pero fue acercándose más y más al murmullo cuando vio aparecer un mono con una palma en la mano. El hombre se quedó inmóvil viendo lo que estaba pasando. De repente llegaron otros monos también con palmas en las manos. El hombre quedó impresionado y se dijo: “¿Por qué habrá tantos monos?”.

Él nunca había visto algo así, miró para otro lado y estaba rodeado de monos. ¡Por donde quiera había muchos monos!

Los monos se repartían las palmas unos a otros. Esto quiere decir que estaban celebrando



Dibujo: Lino Sulbarán.

el Domingo de Ramos como las personas católicas lo celebran: el sacerdote les reparte el ramo en la iglesia a todos los feligreses y estos lo reciben. Los monos hacían era la semejanza del Domingo de Ramos.

El señor, mirando todo lo que hacían aquellos animales inocentes, se dijo: “Esto no puede ser que yo esté aquí en este sitio y no vaya para la misa del Domingo de Ramos”. Se detuvo a pensar y dijo: “Caramba, yo en vez de quedarme en la casa me vine *paquí* a hacer nada y me puede pasar alguna cosa por ser desobediente y no ir para la misa, mejor me voy *pa* la casa” y agarró la escopeta y la *cabuya* se fue a su casa.

Y desde ese día no volvió jamás ni nunca a salir a cazar en el monte. Porque se dice que los domingos es malo salir de la casa a *montiar*, a pescar, a *paramiar*, principalmente los Domingos de Ramos, que es cuando empieza la Cuaresma de Semana Santa y hay que respetarla.



Dibujo: Mario Hernández.

José María Moreno

Cantalicia Torres

Este era un hombre llamado José María que en tiempo de la Colonia se vino de España con sus hermanos. Llegaron a Venezuela y empezaron a buscar y a buscar a ver dónde se podían instalar, no consiguieron por ninguna parte, y se vinieron al estado Mérida.

José María estaba muchacho, como de unos once años. Pasó mucho trabajo al lado de sus

hermanos. Encontraron a un señor llamado Ruiz, este les dijo que podían buscar a ver si les daban para que vivieran en la finca denominada El Pantano, allí llegaron y se instalaron a vivir. Eso queda al noroeste de la comunidad de Gavidia. José María fue creciendo al lado de sus hermanos y sobrinos. Se dedicaron a la siembra y a la crianza de ganado, gallinas, cochinos, caballos, burros y mulas.

Pasó el tiempo y José María creció y se volvió hombre, pero cometió el error más grande:

enamorar de su propia sobrina, con la que vivió desde crianza. Pero cuando fue a hacer la diligencia para casarse con ella, fue a hablar con el sacerdote de Mucuchíes, este le dijo que no lo podía hacer porque tenía mucho parentesco; y le dijo que tenía que traer el permiso del obispo de Mérida.

José María se entristeció un poco, pero hizo todo lo posible de ir para Mérida a buscar el permiso en el Palacio Arzobispal. Fue y habló con el obispo y este le dijo que tenía que tener el permiso del papa para casarlo.

“¿Y ahora qué hago?”, se preguntó. Regresó a su casa, habló con su novia, y en pocos días se fue para Roma a buscar el permiso del papa para poderse casar con su sobrina, que era una joven muy linda y no la podía dejar de ninguna manera.

Un día se fue José María rumbo a Roma, buscó su caballo y lo ensilló y se fue para Caracas a caballo en un *rucio moro*, era un caballo muy bueno, por cierto.

Llegó a Caracas y se embarcó rumbo a tierras lejanas. Se tardó dos años para regresar a Venezuela y a El Pantano a buscar a su querida novia que lo estaba esperando todos los días.

Un día regresó José María. ¡Qué alegría! Traía el permiso del papa para casarse con su

sobrina, fue y le presentó la carta al obispo, el obispo leyó la carta y vio cómo se podía casar. Lo llamó y le dijo:

–Mira hijo, es muy difícil que usted se case con esa muchacha. Las recomendaciones que el papa me mandó a decir son las siguientes: que sí se puede casar, pero para hacerlo tienen que venir en forma de unos bueyes enyugados y comiendo pasto en unas *perolas* y desnudos solo con un guayaquito. Escuchando lo que el obispo le decía, se dijo: “Caramba, ahora qué hago”. Pensó José María entre murmullos, capaz que la muchacha se arrepienta. Y se quedó inmóvil. El obispo de ver a José María todo preocupado le dijo:

–Vaya a su casa, consulte con ella. Si está de acuerdo se viene de una vez para casarlos. Eso sí, se trae los bueyes y el pasto.

El obispo pensó que de esa manera José María no se casaría con su sobrina.

Salió del Palacio Arzobispal con mucho temor y pensando cómo iba a hacer. Se fue a su casa y consultó con la muchacha y ella estuvo de acuerdo, sí, se casarían de esa forma. Él se contentó mucho y se dijo: “No pierdo las esperanzas ni lo que he gastado en mis viajes”.

Ya se llegó el tiempo de los menesteres del matrimonio y se fueron a Mérida a casarse así

como les había dicho el obispo. Llegaron al Palacio Arzobispal con los bueyes, el pasto y los padrinos. Estos hicieron que se quitaran la ropa para enyugarlos y estos accedieron al compromiso. Les colocaron el pasto en las *perolas* para que se lo comieran. El obispo los casó y se dirigió de esta manera:

–Ustedes no sufrirán las consecuencias, la sexta generación será la que sufra.

María y su esposa ya casados muy felices se pusieron a vivir ahí mismo en El Pantano, en el sitio denominado Las Huertas. Se dedicaron a la siembra, a la crianza de vacas, cochinos, ovejas, gallinas, mulas, burros y caballos. José María desde pequeño cuando se vino de España traía una *marramuncia* y tenía un *fuerte bautizado* y con eso podía ser más rico y conseguir todo lo que a él se le venía en ganas de hacer.

Trabajó como comerciante. Llevaba todo lo que sacaba de la cosecha, el esquilme de las vacas, los huevos, las hortalizas, todo esto lo llevaba a Mérida y lo vendía en un mercado que había. Se fueron formando poco a poco, tuvieron muchos hijos, los hijos crecieron y José María fue envejeciendo, pero estaba muy fuerte todavía.

Cuando se iban a vender a Mérida la mercancía, cargaban hasta catorce mulas con todo

lo que sacaban de la finca. Los hijos le ayudaban en el trabajo, llegaban a Mérida, vendían toda la mercancía y José María compraba un poquito de mercado y se lo amarraba a un burrito. Y le decía a su hijo:

–Siga y me espera en la Plaza Bolívar.

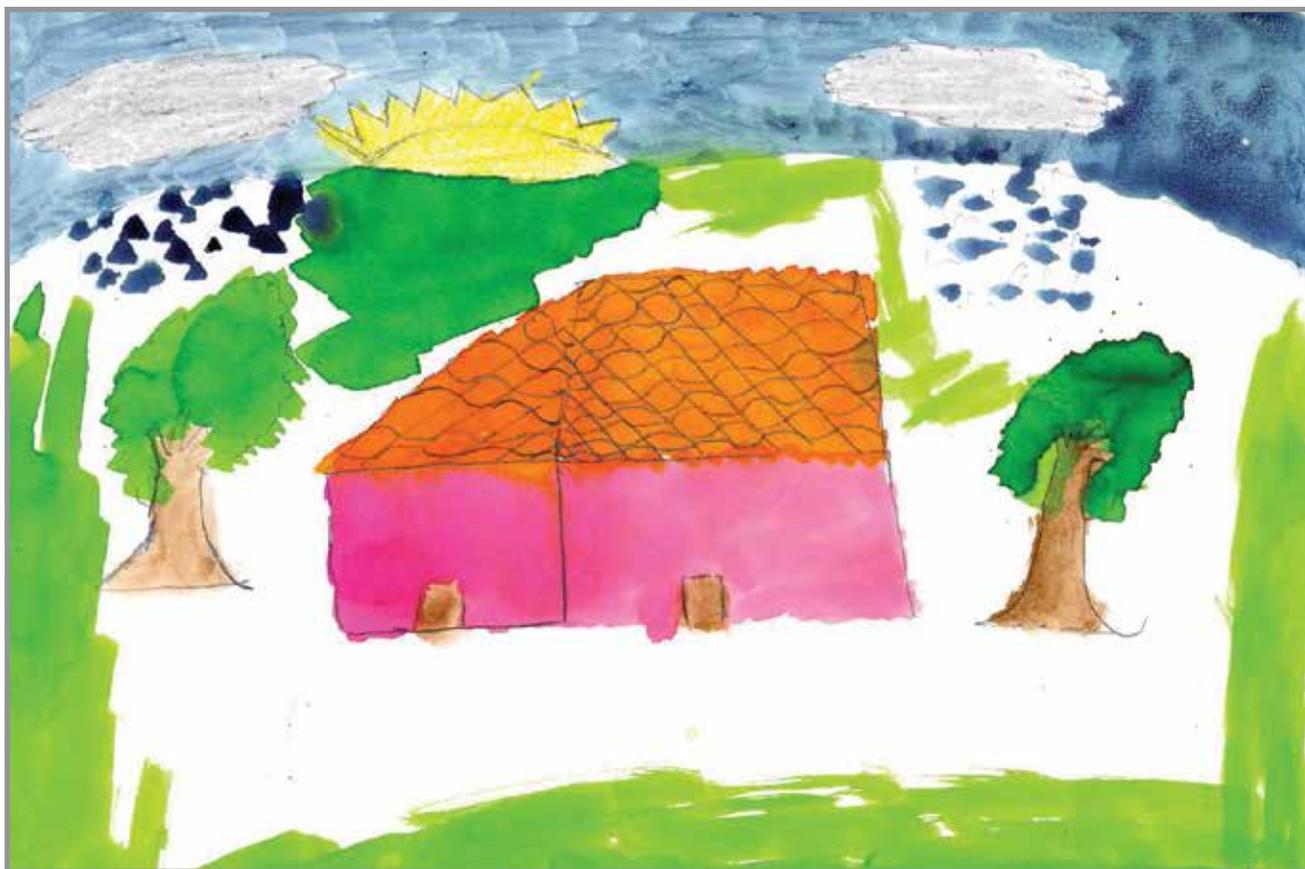
Allí era el sitio de amarrar las bestias.

El muchacho se venía y lo esperaba ahí mientras José María se quedaba en el mercado tomándose una cerveza. Pero como tenía el *fuerte bautizado* y este le hacía tener todo, cuando ya iba a salir a la puerta se paraba y le decía:

–Vámonos pues, José, pero no se vaya puro. Y después de decir estas palabras se le montaba a su caballo y se iba donde estaba el muchacho con las bestias. De repente se le aparecían todas las cosas que tenía que traer a su casa, cargaba las bestias con toda esa mercancía y se iban *al Pantano*.

Pasó que José María agarró los vicios y cuando viajaban a Mérida ya no era igual que antes. De allá *pacá* mandaba los muchachos solos con las bestias, y también se puso enamorado.

Agarró de costumbre a tomar cerveza en el sitio denominado La Cruz de Mucurubá, pasaba días y noches en ese sitio y pedía y pedía cerveza. Brindaba a todo el mundo, malgastaba el dinero. Mientras su mujer estaba en El



Dibujo: Mario Hernández.

Pantano trabajando con sus hijos, llegaba el amo de la bodega y recogía todo el ganado, la cosecha y se la llevaba para pagarse lo que José María pedía en la bodega, quedando ellos sin nada. Pero en pocos días ya tenían ganado y cosecha.

Un día José María y su hijo se fueron a Mérida a vender la mercancía. Como era la costumbre vendieron todo y regresaron como siempre lo hacían. Llegaron a Escagüey donde había una *bodeguita*, también vendían *miche* y

cerveza. José María se quedó tomando mientras su hijo caminaba *alante* con las mulas, José María entretenido.

De repente llegó una muchacha muy bonita, ojos azules, el cabello largo. José María le preguntó que de dónde era ella y la muchacha le dijo:

–Soy de La Cruz de Mucurubá.

–Ah, dijo José María, *pallá* voy yo. Si quiere *le doy la cola* en el caballo.

La muchacha aceptó, y la montó en el anca de su caballo y se vinieron. José María venía comiendo pan y fue a convidarle a la muchacha, y esta le dijo que no comía porque no tenía denticos.

Se vinieron. Y cuando ya iban a llegar a La Cruz de Mucurubá, la muchacha le hizo cosquillas en el cuello a José María y le dijo que le diera pan, porque ya le habían salido los denticos y que tenía hambre. José María *voltió* para darle el pan, pero le vio los dientes demasiado de largos y grandes y las uñas muy largas y botaba candela por la boca. Este le remachó las espuelas al caballo y no supo más de él. Llegó *al Pantano* como pudo, sin sentidos, en *galupería*.

Había que pasar un tranquero para llegar a la casa, el caballo brincó con José María encima y cayó en el patio. Su mujer y sus hijos

salieron a ver qué había pasado y José María estaba casi muerto y el caballo también. Recogieron a José María y lo llevaron *pa* dentro, le hicieron remedios y volvió a vivir y a ponerse bien.

Dicen que el caballo se estuvo tres días sin pararse del sitio donde había caído. Ahí le llevaban la comida y el agua.

Era un *espanto* terrible, era el diablo que se lo quería llevar en cuerpo y alma por todas las *marramuncias* que tenía.

Esto le pasó para que acomodara la vida. Después de eso José María vivió mucho más tiempo y murió a los ciento veinte años. Quedaron sus hijos viviendo en El Pantano, de hecho, todavía vive generación de José María Moreno en Gavidia y en San Rafael de Catalina, teniendo en cuenta todas las consecuencias que pueden pasar con las familias.

El hombre que viajaba de noche

Gregorio Torres

Cuando niño la gente me echaba muchos cuentos. Por allá tenemos un páramo, me decían, que se llama el páramo El Fraile, así me



Dibujo: Franklin Torres.

echaba un cuento un tío mío cuando –en antiguo– empezaron a caminar del Masinero a Barinas.

Era un señor de Mucurubá, a él le gustaba caminar de noche y le decían que no estuviera caminando de noche porque era malo. Pero a él le gustaba viajar de noche por ese camino porque salía a Barinas más ligero, le rendía más caminar de noche.

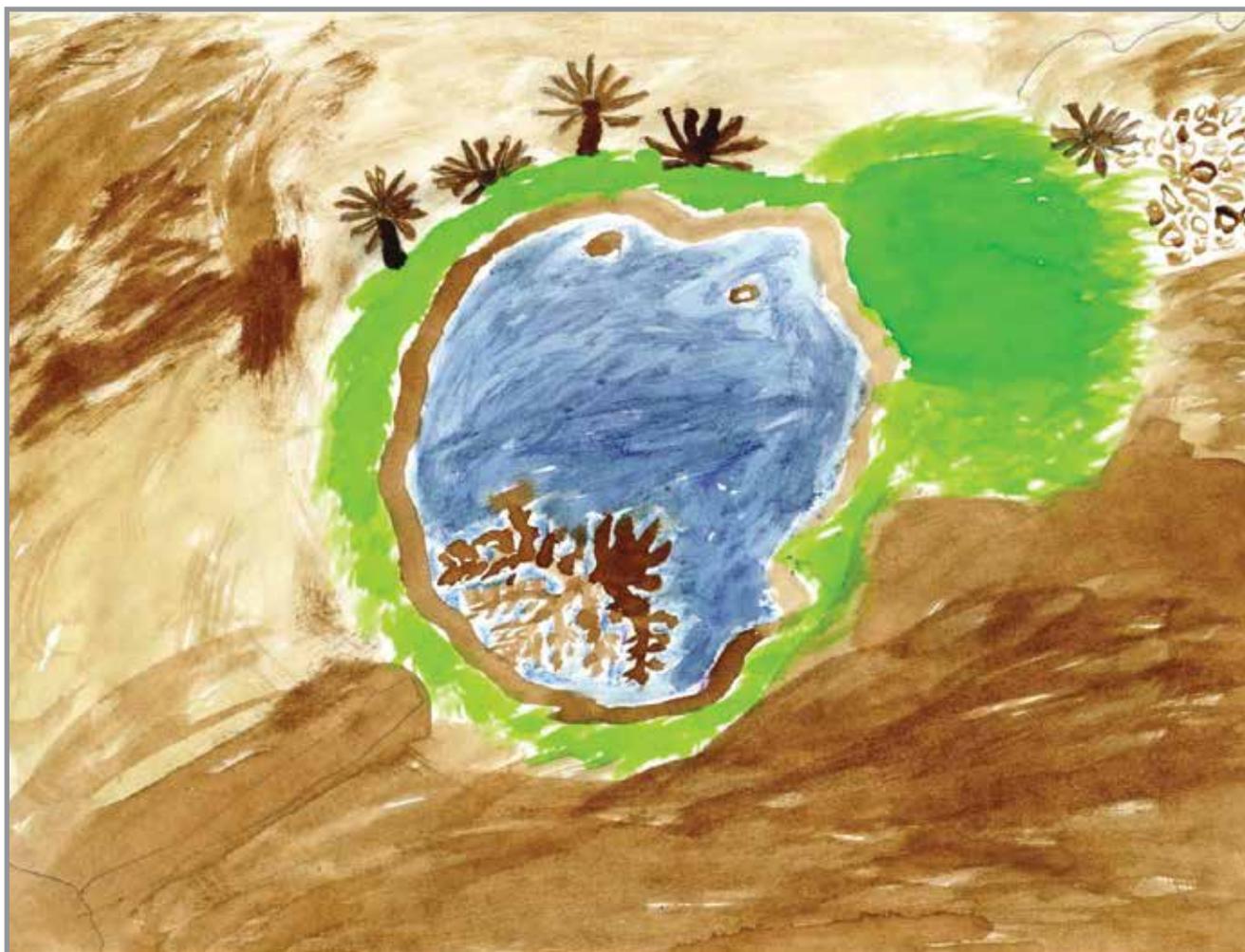
Una noche se fue y bajando del alto de Mucumpú y llegando a una parte que llaman la cueva de la Sarna, gritó un hombre en el alto de Los Indios y le dijo a otro que estaba en la cueva de la Sarna, le dijo:

–Ahí viene un hombre.

El hombre oyó, y siguió, no se detuvo.

–¿Dónde va? –le dijo uno al otro.

–Allí en la cueva de la Sarna viene.



Dibujo: Lino Sulbarán.

Pero el hombre se fue y se fue por una bajada que llaman las dos quebradas. Y el hombre que estaba en el alto de Los Indios preguntó:

—¿Dónde viene el hombre que se me perdió?

—En las dos quebradas va, téngale cuidado, no lo dejemos perder.

Pero el hombre siguió y siguió. Al fin le preguntó el que estaba en la cueva de la Sarna:

—¿Dónde va el hombre que se me perdió?

—En la quebrada de Los Indios viene, vamos a ver si lo rescatamos por el camino.

El que estaba en la cueva de la Sarna se fue atrás de él, y el otro vino del alto de Los Indios. *Antonces* llegó el hombre y vio lejos del camino una cueva, y fue se metió a la cueva *pa* escaparse de los hombres que lo gritaban. Eso era como media noche y *antonces* le preguntó el que iba de aquí para allá:

—¿Dónde está el hombre que no se ve en el camino?

Antonces le dice el otro:

—Cogió para la cueva de Los Indios, allá se metió.

—¡Vamos a ver! —dijeron.

Y se fueron los hombres.

Y le llegaron allá a la cueva y estaba el hombre arrinconadito, ahí en la cueva. *Antonces*, le dijo uno al otro:

—¿Qué hacemos con este señor, nos lo comemos o lo dejamos todavía?

Antonces le contestó el otro:

—No, no nos lo comemos todavía, pero si este señor vuelve pasar por este camino a esta hora de la noche, no lo vamos a perdonar, ahí sí nos lo vamos a comer.

Y así fue, hasta ahí llegó, de ahí *pacá* no caminó más nunca el hombre de noche. Lo dejaron quieto los hombres, se fueron los hombres, él amaneció ahí y al otro día siguió el camino, pero ¡nunca más!

Hasta ahí sé yo el cuento.



Valle de Gavidia.

CAPÍTULO V

Historias de vida

Mi abuelo Bernardino

Mario Hernández

El abuelo Bernardino vivió con nosotros todo el tiempo. Bueno, desde que yo me acuerdo. Siempre lo vi en la casa, vivió y murió en la casa. Tampoco fue al hospital, nunca.

Lo llevaron al final pero la profesora Maximina Monasterio le pagó a una doctora para que lo viera, *pa* que lo asistiera porque ella, ella lo quería mucho. Cuando se dio cuenta que él ya no iba a vivir más porque ya era muy viejo, la enfermedad que tenía era de *viejez*, la profesora Maximina le dijo a mi mamá y a mi tía que le dieran todo lo que él pidiera y que lo dejaran quieto, que él ya no esperaba sino *morise*.

El abuelo Bernardino era un hombre que era muy *callao*, no era nervioso. Yo digo que así es como debe ser uno, sin nervios. Él no tenía apuro de nada. Pero era muy serio en las cosas, muy rígido. Cuando él decía: mañana me voy *pa* San Rafael, que era San Rafael de Catalinas, en Barinas, así estuviera lloviendo, estuviera haciendo sol, estuviera como estuviera, él se cargaba su maleta y se iba. No era otro día, era ese día que se iba y se iba por el páramo de El Masinero.

Ese camino pasa por El Parche, después La Arenosa, después pasa por El Fraile, y pasa por

donde llaman la travesía del Diablo. Y bueno por ahí es, pasa por todo eso y baja a San José y de San José baja a San Rafael de Santa Catalina. Hay personas que han ido y gastan tres días y él gastaba era un día, con una maletica que cargaba.

Él tenía las hermanas y los hermanos allá. Eso es estado Barinas, entrando por Acequia, vía San Cristóbal, está la entrada *pa* subir a San Rafael de Catalina. Entonces él se iba porque tenía allá siembras con los hermanos.

Eran siembras de café y, en el tiempo de la cosecha, era que él se iba y se estaba hasta tres o cuatro meses por allá. Recogía el café y ahí sí se venía. Una parte la vendía allá y otra se la traía *pa* cambiarlo aquí por comida, harina o alguna otra cosa, y dejaba como *pa* tener en la casa.

Él y mi tío Chico eran los únicos que gastaban eso. Un día salían a las siete de la mañana, mi mamá cuenta. Mi mamá dice que ella le daba mucha tristeza cuando él se iba porque ella quedaba sola en la casa, porque ella se casó cuando mamá se murió hasta que se casó la mayoría del tiempo lo pasó sola. Sola porque mi tío, mi tío Otilio, que era el otro hermano, ya se había casado y mi tía Julia fue la mayor y fue la primera que se casó.

Y ella dice que le daba mucha tristeza cuando él se iba porque se estaba hasta cuatro meses por allá y la dejaba sola. Y entonces ella



Líquenes y musgos.

es la que me cuenta que él se iba y gastaba un día porque no le gustaba quedarse por ahí en el camino.

Él sabía cuentos, pero a nosotros casi nunca nos contó. Él hablaba más que todo con los amigos. El *finao* Gabriel Pérez, el *finao* Florencio, el *finao* Julio. Había muchos que eran amigos de él, que eran de las mismas edades de él, entonces ellos a veces se reunían y se contaban. Pero él no le gustaba agarrar y *ponese* a hablar con uno a *decíle* cuentos, así no.

Él lo que nos contaba era de los viajes que él hacía, nos contaba también era de los duendes, de los *encantos*. Él nos decía que cuando saliéramos al páramo teníamos que tener mucho cuidado con los *encantos*. Entonces *nojotros* le *preguntábanos*, ¿Cómo son los *encantos*? Y decía: “Son como unos niños, como unos ni-

ños pequeños, desnudos”. Y dijo que él los había visto en varias partes, pero tampoco nos decía en qué partes.

También decía que él salía con su hermano Francisco, salían a cazar y aquí no cazaban, ellos se iban por esos páramos, por allá, donde ya empezaban a haber montañas. Había *venaos*, había conejos, en esas partes *del* Fraile, más abajo *del* Fraile, empezando a bajar ya *pa* Barinas, que eso ya empieza a haber montañas por ahí, hay aves de cazar, que si *pajuiles*...

Él contaba que una vez se había *conseguío* con el oso, pero él dijo: “Yo no lo maté, porque yo no tenía un arma *pa* *matalo*, yo lo que hice fue *escondémele*, pero yo lo vi”, él dijo, “¡yo lo vi cerquita!”.

Tal vez a otras personas les contaría, pero no, a nosotros no.

Mi parto

Brígida Torres

Me casé a los dieciséis años, tuve nueve hijos, seis en la casa. Me atendieron los partos varias *comadronas*.

Cuando uno no se *espachaba* rápido le empezaban a dar *bebedizo* de manzanilla cada ratito y entre más tomaba más duros venían los dolores ¡Hasta que al fin tenía el muchacho!

Cuando nacían le amarraban el ombligo con un cordón, luego se lo cortaban con una tijera de cortar ropa. Al niño le ponían pañales de tela de trapos de la misma ropa de uno. Se fajaban las manitas del niño con un fajero y se le ponía un *cabezal* que era un pañuelo para que la cabeza no se le moviera. Se le quemaba el ombligo con una vela y con sebo para que se le cayera rápido.

A uno le daban malta hervida bien caliente y preparaban la *mistela* con *miche* y especias, miel de abejas, *mostaza* y otras matas. Le daban una *soba* a uno en todo el cuerpo y luego le mataban un ovejo y unas gallinas para darle de comer.

A los tres días de haber parido le ponían a uno los *vahos*, que se hacían con un *bebedizo*

de toda clase de ramas. Las ponían a hervir y cuando bajaban eso del fogón lo metían debajo de las *cobijas* para que uno agarrara el vapor de ese *bebedizo* hasta sudar. Luego le daban un trago de *mistela*, un *platado* de caldo de gallina criolla y ovejo y se cuidaba cuarenta días de dieta.

Ahorita estoy más contenta porque he aprendido muchas cosas, etcétera, etcétera. Gracias a Dios.

Lo que me pasó en un parto

María Dominga Villarreal

Un día una señora llegó a la casa con dolores de parir, a mí me dio cosita y le dije:

–Tiéndase en esa cama y yo la asisto.

Me enrollé las mangas y entré al cuarto. Cuando vi la cosa en serio salí corriendo y le dije a mi mamá:

–¡Vaya usted y la lleva al hospital, yo no me atrevo a *asistila*!

Y así fue, se fueron en el carro de mi hermano Guede y la señora parió en el potrerito, dentro del carro. Fue una niña, ahora somos comadres.

Otros relatos de mi propia vida

Mario Hernández

Muros de piedra, casas sin cemento

Los muros de piedra se los aprendí a mi papá. Yo tenía unos nueve años, quizás, cuando comenzaron a hacer esta posada y desde entonces yo empecé a trabajar la piedra con mi papá.

Es como armar un rompecabezas. Uno tiene que buscar la piedra que realmente sirve. Al principio es muy tal cual la que no sirve pero después que uno va aprendiendo, todas las piedras le sirven. Sí porque uno le busca allá, uno ve la piedra y dice: “*Cónchale*, esa me sirve y esa ya no me sirve”. Y así va, es un proceso largo siempre *pa* aprender.

Cuando se va hacer una pared de piedra o una cerca que uno llama una cerca normal, uno lo que hace primero es buscar la madrina dura que se llama. Las madrinas primero, que son las primeras de abajo, las que van de base. Y bueno, de ahí *parrriba* seguía uno a la vista y eso quedan unos muros que eso no le pasan ni las balas.

Las terrazas se hacen igual, pero entonces esa piedra es la que la gente va recogiendo y va acomodando cada vez que va a *trabajá* la

tierra. Recoge la piedra que está por encima y la va acomodando ahí. Esas se van haciendo poco a poco.

Ahora, claro, *pa* uno hacer una casa de piedra o un muro de piedra que le quede bien bonito, tiene que tener los hierros. Tiene que tener una porra, una barra, más que todo una porra, *pa* dale. Y cuando son piedras grandes, una palanca grande. También es mejor si se tiene un ayudante, *pa* que le ayude a pasar las piedras y a buscarlas y todo eso. Pero uno solo también lo puede hacer. Yo lo he hecho. Nosotros hemos hecho muros entre yo solo o mi papá solo y a veces entre toda la familia.

Si uno va a hacer el muro sin cemento, eso lleva casi como ochenta centímetros, casi un metro de ancho. ¡Cuando es sin cemento! Ahora cuando es con cemento puede llevar cuarenta, *pa* que quede normal. Y eso queda como una pared de bloque y eso no se cae ni nada porque eso queda con cemento.

Si uno le quiere poner cabillas en las esquinas o *ponele* una viga de corona *pa* que no abra, puede ser, pero a mi hermano le hicimos una casa, tardamos como una semana haciendo la casa, de piedra, *ajá*. Entre todos porque es que mi papá y mis hermanos todos sabemos



Antiguos muros de piedra.

acomodar piedras. Él nos ha *enseñao* a todos. Y eso no le metió nada de cemento.

¡Nada! porque la piedra va quedando trabada. La que va de este *lao* traba la que va de este *lao*, y entonces *eso* queda como una columna, *eso* no se va *pa* ningún *lao*.

Antes no, antes hacían las casas con barro, piedra, les ponían la piedra, les echaban barro, les ponían la otra y les echaban barro y así. Eso era *pa* que los muros no quedaran con *güecos*, *pa* que las casas no fueran frías, *pa* que no entrara tanto aire. Nadie usaba cemento.

La casa donde vivimos nosotros, donde nacimos y nos criamos, esa era así, todavía

quedan algunas paredes, unas paredes que no las quisieron *desfaratar*, pero el resto de la casa la remodelaron y la hicieron nueva, y la agrandaron.

Los pantaloncitos en el puesto

Eso fue cuando yo me fui *pa* Maracay. Yo tenía diecinueve años, trabajaba en la casa, trabajábamos todos en la casa y entonces, un primo mío se fue a vivir a Maracay a trabajar por allá y vino de vacaciones. *Nojotros* nos criamos con ellos desde pequeños y éramos muy como hermanos. Cuando llegó de una vez fue *pa* la

casa a *visitanos*. Y entonces yo le pregunté que cómo es eso por allá, y me dijo:

–Eso es muy bonito, porque por allá hay trabajo, por allá es muy bonito y *caloroso*, es una ciudad.

–Si quiere se va conmigo –me dijo.

Y yo le dije:

–No, pero cómo voy a ir, yo no tengo nada *preparao*.

Y dijo:

–No, eso no es necesario que prepare nada, usted dígame a su mamá y a su papá que usted se va y listo.

Y yo le dije:

–No, pero yo nunca me he ido de la casa así.

Entonces él me dice:

–¡No! ¡Pero vámonos!

Él es de una edad conmigo, yo nací el 2 de febrero y él nació el 3 de febrero.

Yo con toda la *pena* y con el miedo de decirle a mi papá. Le dije fue a mi mamá primero. Le dije:

–*Cónchale* mamá, yo tengo ganas de irme con Alcadío –Alcadío Castillo se llama el muchacho–, él ahora vive en Barinas. Sí.

Entonces dijo mamá:

–¿Cómo es eso?, ¿*pa ónde* je va a ir?

Yo le dije:

–*Pa* Maracay, *pallá*, en donde está Alcadío.

Me dice:

–Pues hable con su papá porque yo no sé.

–Yo no hallaba cómo hacer.

–No, dígame usted –le dije yo–. Dígame que yo primero le dije a usted *pa* ver qué dice él.

En la noche hablaron ellos, pero él no me dijo nada, él esperó que yo le dijera, porque él diría: “Si él está *interesao*, él es el que tiene que *decime*”. Entonces bueno, yo esperé como dos días más y yo *alborotao* y el otro diciéndome:

–¡Vámonos!, ¡vámonos!, eso es muy bonito.

¡*Na jombre*! En la tarde cuando bajé, llegué del trabajo y le dije:

–Mire papá, yo me voy *pa* Maracay. Tengo ganas de irme a pasear por allá, a conocer y si de repente me gusta me quedo por allá.

Y me dijo:

–¿Y usted *je* va a ir con quién?

Y yo le dije:

–Pues yo me voy con Alcadío.

–¿Y a dónde van a llegar ustedes allá? ¿Tienen familia por allá o qué?

Y le dije yo:

–Pues él tiene el tío allá y tiene la familia de él allá, una parte de la familia.

Y dijo:

–Pues yo ya le di la crianza, ya usted tiene sus diecinueve años, vea a ver qué hace, ya se puede amarrar los pantaloncitos en el puesto.

¡Váyase! Si tiene plata y quiere *ise*, ¡váyase! Yo no lo voy a detener porque ustedes tienen que aprender a salir y conocer y a hablar con la gente y a hacer las cosas como es debido, *pué*.

Entonces ya con la orden de mi papá pues sí dije: “Me voy”. Terminé de arrancar unas papas que tenía de arrancar por allá, las vendí y nos fuimos, hicimos el viaje. Llegamos allá, y en menos de una semana ya había conseguido trabajo. A mí me pareció muy bonito el sitio. Y dije: “El que se queda aquí soy yo”, y me quedé. Me puse a trabajar en una fábrica, me estuve trabajando.

Como a los nueve meses me llamó mi mamá y me dijo:

–¡Véngase! Porque su *papacito* está enfermo, y si no viene a verlo, es peligroso que se muera y no lo vea más. Entonces pedí permiso en el trabajo y me vine.

Mi *papacito*, el abuelo Bernardino, había deslucido, el viejito estaba enfermo. Vine y lo visité, pero no me podía quedar mucho tiempo porque tenía que irme a trabajar. Yo le digo a él:

–Bueno yo vine a *visitalo* pero yo me tengo que ir.

Y me dijo:

–No, tranquilo, yo todavía no me voy a morir.

Él calculaba que todavía no se iba a morir. Y no, no se murió nada, se recuperó y después de eso vivió mucho todavía.

–Tranquilo que yo todavía no me voy a morir –así me dijo.

Cómo me hice paracaidista

Entonces me volví y me estuve hasta final de año. Me dieron las vacaciones y me vine a pasar diciembre con mi mamá y con mi papá, con todos ahí en la casa. Y cuando me fui, regresé, con Alcadío, a la semana siguiente, llegamos a Barinas y me agarraron ¡me agarró la recluta!

Me reclutaron y de ahí me *dijieron*:

–¿*Pa* dónde quiere ir usted? –me decían–. Está la Guardia Nacional, están los Paracaidistas, está la Guardia de Honor, están los Cazadores, está la Artillería, todo eso, ¡escoja!

Y yo le dije:

–Yo me voy para los Paracaidistas.

Me gustaba la boína roja y estaba más cerca de los familiares, porque estaba en Maracay, y allá vive una prima mía. Yo estaba en La Victoria, podía salir los fines de semana y visitar a mi prima.

¡Sí! Me fui, hice veinticinco saltos de paracaídas. Salté tres veces de noche, y salté una vez en El Pao en una montaña, en el estado

Bolívar. Nos soltaron por ahí y nos dejaron en esa montaña por allá y tuvimos que salir nosotros solos.

Hice cursos de primeros auxilios, hice cursos de rapel, tengo todos esos cursos.

La primera vez que salté, no supe cómo fue, ¡porque yo salté con los ojos cerrados! Lo que pasa es que uno tiene tres meses de curso y salta de una torre. Primero saltar de una cosa bajita, después una más alta y después una torre de cinco pisos y después, bueno sí, después que ya uno hace los tres saltos de la torre, ahí se va *pa* el avión.

La puerta de la torre es parecida a la del avión, entonces uno lo que tiene que saber es cómo es la salida del avión, porque usted sabe que el avión en el aire lleva una corriente de aire muy fuerte. Entonces uno tiene que saber salir, y eso es lo que hay que aprender. Uno sube, se amarra los arneses y se cuelga de una guaya y entonces uno salta y se va por las guayas, y allá pues se baja por una escalera. Pero no es que se tira *pa* el piso y ya, no. Cuando va a caer al piso, uno tiene que saber caer.

Yo, digo la verdad, el primer salto que hice del avión no supe cómo lo hice, porque yo cerré los ojos y me zumbé. Eso en ese tiempo se llamaba el cuartel Chirino, donde estaba Chávez.

Eso fue en el 94. Pero en esos mismos días le cambiaron el nombre y le pusieron Vicente Campo Elías.

Me estuve dos años pagando servicio y durante esos dos años vine tres veces *pacá* a visitar a mi papá. Me estuve seis meses en la frontera, por aquí por los lados de San Cristóbal.

Estando en el cuartel, cuando salí de permiso de la frontera, se murió la abuela Lucía. El día que yo llegué de vacaciones, de permiso, ese día era el velorio. A mí me habían *estao* llamando, pero no me dieron la razón de que ella estaba enferma, no *je* pudieron comunicar conmigo. Pero cuando salí de allá y llegué aquí a Mérida, ya la estaban velando. Bueno por lo menos llegué al velorio y al entierro.

Pasé los dos años del cuartel y como a los tres días de haber salido me conseguí con el señor del sindicato de la compañía y me dijo:

—Mire, ¿usted ya salió del cuartel? ¡Vámonos *pa* la compañía que lo estamos esperando allá!

Y le dije:

—No, yo no voy más *pallá*, yo me voy es *pa* mi casa.

Y me dijo:

—No, cómo va a ser, usted nos hizo mucha falta porque fue un hombre que rindió mucho en el trabajo.

Entonces yo le dije:

–No, yo no quiero más trabajo *ahorita*, yo lo que quiero es descansar un poco e irme a ver a mi familia.

Y me vine. Llegué a Mérida y mi mamá me dijo:

–Bueno, póngase a descansar unos días, no se ponga a trabajar todavía, ¡descanse unos días!

Me estuve unos días descansando, después empecé a trabajar ahí en Mucuchíes, en esas casas que hicieron en El Pantano, en las colinas. Me puse a trabajar ahí.

Me enamoré de Reina

Es muy gracioso, porque mi papá me dice una noche:

–Yo tengo ganas de ir *pa* San Juan a visitar al señor Andrés porque tengo tiempo que no lo veo.

Y le digo yo:

–¿A dónde vive el señor Andrés?

–Él vive en San Juan.

–¿Y quién es ese señor?

Y ahí empecé a preguntarle, quién es ese señor.

–No, pues, ese es un señor que yo conozco desde que vivía en El Carrizal.

Y yo le dije:

–¿Y ese señor tiene muchachas?

Y me dice:

–¡Sí! Tiene muchachas y bien bonitas son.

Y yo dije:

–Ah, pues, usted no va a ir solo, usted va a ir conmigo. Tiene que llevarme *pallá* porque yo quiero conocer al señor Andrés y a las muchachas también.

Y así fue, nos fuimos. Ese día paseamos y conocí a Reina. Hablamos así como conociéndonos. Que cuál era la novela que a ella le gustaba, cuál era la que yo *viía* en la noche, porque yo en el día no podía ver televisión porque estaba trabajando. Entonces ella me dice:

–Vamos a hacer una cosa, voy a sacar el televisor *pa* que veamos la novela. Entonces había dos novelas, en dos canales, ¿no? Pero entonces ella ya se las sabía. Entonces se *vacilaba* dos novelas cambiando de canal, y así fue la forma en que nos empezamos a conocer.

Ese día fue nada más ir, *visitalos* y nos vinimos ese mismo día. Ella me dice:

–¿Cuándo van a venir?

Y a mi papá le preguntaron y dijo mi papá:

–Yo no sé cuándo será.

Y le dijo el señor Andrés:

–No, pues vengan el Día de las Madres que van hacer una fiesta y las muchachas piensan *hacele* algo a la señora mía.

Y le dije yo:

–Sí papá, vamos a venir.

Y bueno me vine a trabajar y nos estuvimos, y eso, ¡*no jombre!*, esperando que llegara el Día de las Madres y el Día de las Madres, hasta que por fin llegó y nos fuimos. Y como yo dije: “Si mi papá no va, me voy yo solo”. Yo le di el regalo a mi mamá y me fui.

Nos fuimos mi papá, mi hermano y yo. Entonces ya ese día nos conocimos más, porque ya ese día íbamos a *quedanos*, entonces ese día nos enamoramos y nos hicimos novios. Nos empatamos, como se dice ahora.

Y de ahí *pacá*, pues, yo le digo a ella que vengo dentro de un mes. Pero, ¡qué va!, yo no pude volver más, me estuve cuatro meses que no iba, porque estaba haciendo un curso y estaba trabajando.

A los cuatro meses fue que volví y ahí sí salí con ella varias veces. A escondidas del papá, no de la mamá, porque a ella le daba mucho gusto que me casara con su hija, pero el papá era un hombre muy serio. Muy bravo. Entonces ella, *pa* poder salir, tenía que *pediles* a las hermanas

que le inventaran cualquier cuento al papá. Entonces las hermanas decían:

–No, que nosotros vamos *pa* Lagunillas, vamos *pa* tal parte.

Y era que iba a salir conmigo.

Esa muchacha no va a aguantar ese frío

Así fue y así pasó. Y a los nueve meses, sí, a los nueve meses de ser novios nos *ajuntamos*. Fue cuando yo llegué un día y le dije:

–Bueno, yo vine decidido a dos cosas, o a *llevámela* de por las buenas o a *llevámela* de por las malas.

Me dice ella:

–Pero ¿cómo así? No entiendo por qué de por las malas. De por las malas no me voy a ir yo con usted.

Y yo le dije:

–No pero no de por las malas con usted, sino con su papá. Como me dicen que su papá es tan bravo...

Entonces ella me dice:

–¿Usted va ir a *pedime*?

Entonces yo le dije:

–¡Sí!

Y dijo:

–Por mí no hay problema, porque yo quiero que usted me pida, porque yo no me voy a ir

con usted así, me voy y ya, ¡no! Usted tiene que ir a *pedime*.

Y las otras hermanas me decían:

–No, no vaya porque ese lo va sacar a palos.

Y yo le dije:

–No, acaso yo estoy robándome algo, acaso yo estoy haciendo algo malo, ¡no!, yo me voy a *pedila*. Y me fui y la pedí.

Ese señor se puso muy bravo. Se molestó demasiado. Y me dijo:

–¿Usted es novio de la hija mía? Yo no sabía.

Yo le dije:

–Sí, sí señor Andrés, yo soy el novio de su hija y quiero *casame* con ella y vine con intenciones de hablar con usted y *pedila pa casame*. Entonces, señor Andrés, yo quiero que usted me dé una respuesta, yo quiero que usted me diga si me la da *pa casame* o no.

Y ese no me decía nada, lo único que me dijo fue:

–¡Pues con esa mujer no se case! Porque esa es una muchacha que no se le va aguantar allá en ese frío, porque ella no está acostumbrada a tener un montón de ropa puesta encima.

Y entonces la llamaron a ella. Y le dijo:

–¿Fue que usted le dio palabra de matrimonio a este hombre o qué?

Entonces ella le dijo:

–¡Sí!

–¿Y usted quiere *casase* con él?

Y dijo:

–Sí, yo quiero *casame* con él.

Pero ella también es arriesgada porque otra no lo hace, sabiendo cómo era tan bravo. Y entonces él me dijo:

–¡No! Venga otro día *pa* que hablemos, hoy no le doy ninguna razón.

Entonces yo le dije:

–¡No! Deme la razón de una vez y si no, yo me la llevo. Me la llevo porque yo no se la voy a dejar aquí.

Porque la mamá ya me había dicho a mí que no la fuera a dejar, que me la *trajiera* porque el papá era muy bravo y era capaz de *agarrala y dale* una paliza. Entonces me había dicho la mamá:

–Si la pide y él no quiere *dásela*, entonces llévesela, por mi parte llévesela.

Sí, así fue, él no me dio ninguna razón. Me dijo:

–¡Venga mañana! Al otro día se me escondió, se fue, no apareció.

Entonces, yo le dije a ella:

–Bueno usted decide si quiere *ise* conmigo, vámonos, y si no quédese, yo me voy.

Y me dijo:

–¡No! ¡Yo me voy! ¡Yo no me quedo!

Y así fue, así fue como me la traje *pa* la casa de Gavidia. A la casa de mi papá que estaba sola.

Primero nos ajuntamos

Después que la pedí, fue que hablé con papá:

–Bueno papá yo me voy a casar, yo pedí la mujer *pa casame*.

–¿Cómo va hacer eso? ¿Y por qué usted no me dijo a mí? No consultó conmigo.

Y yo le dije:

–No, porque yo no estaba seguro de lo que usted me iba a decir.

Y entonces me dijo:

–Ya usted es un hombrecito, ya yo le di la crianza que le iba a dar y, ya pues, haga lo que usted quiera –dijo–. No pues, si usted ve que es una buena mujer yo no le niego a usted que se case con ella.

Y nos *tuvimos* tres años juntos, a los tres años decidimos *casanos*.

Yo dije a ella:

–Bueno, ya tenemos tres años, ya sabemos qué es lo que vamos hacer y cómo lo vamos hacer, vamos a *casanos*.

El suegro mío se tuvo un año que no nos hablaba. No la dejaba llegar a ella allá ni nada. Ella, *pa pedile* la bendición a la mamá, tenía que *mandala* a llamar con las hermanas, *pa visitala*, porque ella no podía, no podía llegar a la casa. El señor se había puesto tan bravo que le había dicho:

–Si yo los veo aquí a los dos, a los dos les voy a dar una golpiza.

Después le fue pasando, a los tres años nos casamos y hasta *ahorita* pues *tamos* viviendo muy bien, gracias a Dios ya tenemos tres hijos: dos niñas y un niño. Tenemos ya seis años de estar casados prácticamente, y ahí vamos luchando por la vida poco a poco y sacando adelante la familia. *Ahorita* el señor Andrés es suegro mío, a él y a la suegra los quiero mucho y ellos me quieren mucho a mí.

En la creciente se hacen los varones

Reina se estuvo casi cinco años *pa* tener la niña. Nosotros nos cuidamos, yo le dije a ella: “Ya que no nos dejaron casar, entonces no nos pongamos a tener hijos tan pronto. Primero hay que estabilizar una vida, o sea, sí, una vida, un trabajo, algo. Y segundo, porque tenemos que *conocenos* bien”.

Después que nos casamos, sí dijimos ahora sí podemos tener un hijo. Fuimos a unas charlas que me pareció muy bien, porque enseñaban cómo hacer *pa* cuidarse de no tener tantos hijos y *pa* saber en qué época se deben de tener los hijos. Porque yo he visto parejas que se ponen a tener muchachos, uno atrás de otro. Tienen todos los años un muchacho, ¡no! *No-jotros* nos tuvimos cuatro años *pa* tener la primera. A los dos años tuvimos la segunda y eso fue por un descuido, y a los tres años tuvimos el niño, que eso sí fue algo que quisimos porque ella no quedaba embarazada de varones, entonces nos dijeron no, tienen que buscar el tiempo. Yo dije:

—¿Hasta así será eso?

Y es por la luna. Es en la creciente que se hacen los varones y en la menguante las hembras. Tomando eso en cuenta fue que hicimos a Moisés.

¡*Ujú!* Y ahora sí creo yo que sí es porque yo antes no creía. Pero lo que pasa es que el ciclo de la menstruación de las mujeres no es el mismo, o sea, no es el mismo tiempo ni a veces es en la creciente ni a veces es en la menguante. Entonces uno tiene que buscar el tiempo. Bueno, Bernabé fue uno de los que me dijo a mí, nos dijo a los dos:

—¡Háganlo! *pa* que vean que eso es seguro porque yo lo hice.

Sí, bueno esa es la historia de la vida mía desde que salí de la casa por mi cuenta.

La boda

Tengo treinta y cinco años y ahí estamos luchando por la vida. Cada día aprendiendo más uno del otro. Me gusta mucho trabajar con turismo porque cada día aprendo más y cada día conozco más personas y se me quita más el miedo de hablar. Tengo más experiencias, y bueno, tengo la esperanza de hacer un día una posada en mi casa, allá abajo.

También tengo ganas de hacer un conjunto de música porque a María Elena, mi hijita, le encanta la música. Y ya veo que Moisés que tiene un año y cuatro meses, ya él se sienta con su *cuatrío* a tocar y a Reina, mi esposa, le gusta mucho cantar. Ahora, a Marimar, la otra hija, no le gusta ni cantar ni tocar ni bailar. A ella más que todo le gusta es salir, ir a una fiesta, así, no *pa* ella bailar, sino para ver a las personas. Yo no entiendo cómo es ella, no entiendo. Y después, no quiso bailar, no quiso partir la piñata, no quiso partir la torta, pero ella quería que le hicieran la fiesta. No entiendo. Marimar nació el 22 de mayo, y nosotros nos



Reina y Mario Hernández.

casamos un 22 de mayo, creo que fue. ¡Ese fue otro cuento el día del matrimonio!

Yo en la mañana, el día antes de *casame* salí a trabajar. Yo no me paraba por ir a trabajar. Llegó Moncho y me dijo:

–*Cónchale*, Lalo, mañana hay una cosecha por allá arriba.

Y yo:

–¿Dónde?

Y dijo:

–Por aquí mismo arriba en la mesa del Caballo, en la mesa de Albarrán.

Y yo le dije:

–Sí, ¿y eso cómo van a pagar?

–Nos van a pagar a tres mil bolívares el saco, saco *parao sin copete*, o sea, normal.

Y yo le digo:

–Pues, yo no tengo nada que hacer mañana, porque ya lo que iba hacer lo hice el viernes. El [matrimonio] civil es a las 5 de la tarde, después que venga del trabajo me *encivilo* y listo, y mañana en la mañana es el matrimonio por la Iglesia.

Y nos fuimos a trabajar y casi ha pasado por encima de mí un camión de esos que cargan periódicos. Íbamos hablando Moncho y yo por la calle, de repente venía ese carro como loco, iba derecho a pasar por encima mío. Lo que pasó es que yo me di cuenta rápido y brinqué *pa* la parte de abajo de la carretera, y si no, hasta ahí hubiera llegado el matrimonio.

Bueno, trabajamos como hasta las tres de la tarde y me fui yo *pa* la casa y me arreglé y fuimos al civil, nos *encivilamos* y al otro día esperar que... ¡ah!, hablé con el padre y me dijo el padre:

–Yo los voy a casar, pero en el colegio porque la iglesia la están arreglando. El padre Carlos Pavón. Entonces él me dice:

–Pero los caso allá porque la iglesia está vuelta un polvero, y eso está muy feo.

Y yo le dije al padre:

–No padre, yo no me caso allá en el colegio, yo quiero *casame* en la iglesia.

Y dijo:

–Eso sí, yo los caso en la iglesia pero arregléla. Vaya la lava, la limpia, la arregla y le hacen el altar a la Virgen allá porque mañana toca la misa de la Virgen. Aprovechamos de una vez y le hacemos la misa a la Virgen y el matrimonio.

Y yo:

–¡Cómo no!

Fui y hablé con las hermanas mías, con las hermanas de Reina y, ¡ah!, entre todos lo hicimos. Eso fue en un paseo que fuimos y arreglamos. Pusimos todo bien, le arreglamos el altar a la Virgen y cuando llegó el padre a hacer la misa dijo:

–¡*Cónchale*, pero esto está bien bonito!

Y hubo música, música de cuerdas. Yo ni había hablado con los músicos, nada.

Entonces llegó el padre, hicimos la misa, pasó todo, y cuando terminó de dar la misa el padre, se fue la luz, quedamos todos en tinieblas. Un señor que estaba ahí, que él se murió,

cargaba una luz de emergencia que son como unos bichos largos, así con unos bombillos largos y fluorescentes. Y entonces de una vez la prendió y dijo:

–¡*Cónchale*, cómo se van a quedar los novios sin luz!

Mientras esperábamos que llegara la luz y eso, llegó el carro, y habían puesto la camioneta muy bonita, yo en ese tiempo no tenía carro. Primero había que llevar a la gente *pa* la casa, los que iban a arreglar allá, a esperar la llegada de los novios, porque todos habían ido a la misa. Mientras esperábamos que el carro regresara llegó la luz otra vez. Entonces, bueno, nos fuimos, llegamos y los músicos, *pa* no irse a pie, se fueron en la camioneta. Y fueron a trancar a la casa, y les dije yo:

–Ya que llegaron al matrimonio, vamos a tocar. Y yo mismo me puse a tocar con ellos. Y todos a bailar y, ay, bueno, eso fue muy bonito, y yo sin *habeles* dicho nada, sino que ellos de repente llegaron, se tuvieron que ir en el mismo carro porque no había más carros. Todo eso pasó en la camioneta roja.

Tres relatos

Cantalicia Torres

Los cocuyos

En aquellos tiempos de invierno en los meses de junio y julio fue que conocí los *cocuyos* caminando por los senderos del campo. Ya anocheía y era una noche de lluvia y luna llena. Seguí caminando y las estrellas comenzaban a hacerme morisquetas con sus detalles. De pronto, entre los matorrales se desprendía una multitud de luces diminutas. Brillaban tanto, que parecía un enjambre de estrellitas.

Cuando me acerqué más, pensé: ¿Qué era eso que vi, que eran unos animalitos con una carcaza que despedían unos reflejos muy pequeños y eran de colores? Eran los cocuyos, que alumbraban por el alrededor del verdor de las ramas de un pequeño *charrascal* que había en el *caciquital*.

—¡Que hermosas luces! —pensé en ese momento.

Se ponían unos atrás de otros de carrerita. Estaba tan emocionada y de repente oí una voz que me dijo:

—Alicia, estás muy entretenida con los *cocuyos*, pero ya es hora de dormir

Y cuando *voltié*, era mi querida mamá que me hablaba y pensé en ese momento y le dije:

—Mamá, mira que hermosas esas luces

Y me dijo:

—Sí, pero ya es muy tarde y vamos *pa dentro*.

Me seguí pensando en los *cocuyos*. Los llevaba en la mente mientras caminaba. Las luces diminutas me seguían paso a paso hasta nuestra casa y esa noche la pasé soñando con los *cocuyos* que alumbraban mi habitación.

Me desperté y creía que sí era verdad, pero vi que por los huecos de la casita de paja y cinc alumbraba la claridad del día, y me tuve que levantar para irme a sacar las ovejas del nido y a pastorear las vacas.

El aeroplano

Un día soleado, fue el 6 de enero de 1930, se apareció por el aire de nuestros páramos andinos el primer aeroplano. Parecía un águila voladora.

Andaban los decires desde hacía mucho tiempo que vendría una máquina voladora. La gente se preguntaba: “¿Qué será eso?”.

Se estuvo muchos años en ese tren, pero nunca aparecía aquella máquina. Unos decían que hacía un ruido muy grande, pero no se

sabía cuándo llegaba. Iba pasando el tiempo y la gente ya no se acordó de lo que iba a suceder.

Un día menos pensado, cuando el sol salió y estaban todos descuidados, se apareció el famoso aeroplano. ¡Qué bárbaro!

Se oyó un enorme ruido que estremeció los cerros de Gavidia. Casi se *ajuntaban* los cerros con el solo ruido. La gente toda se asustó mucho. Salieron a ver, unos corrían, otros se arrodillaban pidiendo misericordia. Pensaban que el mundo se iba a acabar. Otros dijeron:

—¡Miren el cielo para que vean qué cosa más grande ha sucedido!

Era una enorme máquina que volaba por el aire como un pájaro. Los animales también se asustaron con los acontecimientos. Corrían, se caían. Las vacas y los becerros berreaban. Los perros aullaban. Las ovejas bramaban. Las aves volaban.

Todos pensaban que era el rugido del oso que se los iba a comer. Esto tenía que suceder, así decían, estaba pronosticado desde hacía mucho tiempo que esto sucedería para el fin del mundo.

El aeroplano pasó una sola vez. No volvió a pasar más nunca, pero la gente decía que estaba de vuelo por toda Venezuela y el mundo entero.

Por mucho tiempo los comentarios no cesaron, aquel aeroplano traería cosas muy grandes, esa era la profecía.

Y, por cierto, así sucedió, vinieron los aviones más pequeños, las avionetas, los helicópteros, los carros. Todo esto lo habían anunciado nuestros antepasados, se está cumpliendo la profecía y se cumplirá hasta el final, es el mandato de nuestro Creador.

La carretera

Entre los años sesenta y setenta la comunidad de Gavidia no tenía comunicación con nadie. Para salir de aquí había que hacerlo por los caminos reales, con burros y mulas que las personas criaban. Esos caminos todavía existen, había que pasar por el alto de los Incinillos, Miraflores, por ahí salían a Mucuchíes y por otros caminos salían a Mérida y Barinas. Así pasaron mucho tiempo, viviendo sin carretera. Los niños no conocían los carros, mucho menos la luz eléctrica.

Llegó el día que hicieron la carretera de Mocao al Potrerito, pero de ahí para acá ¿cómo lo hacían?, si había esas enormes peñas para pasar la carretera.

Un día menos pensado cuando la gente acordó se escucharon los rumores:



Hacia Los Corrales.

–Van a hacer la carretera.

–¿Pero por dónde van a pasar, se decían unos, será por el aire?

–Si Dios quiere que se haga la carretera debe estar pronosticado desde hace tiempo.

De repente, un día llegó un ejército de soldados a romper esas peñas. Traían los amaños y las máquinas cómo hacerle.

Comenzó el trabajo y la gente se alarmó, los soldados trabajaban en ese peligro. Hacían huecos con unas enormes barras y los llenaban de dinamita y los explotaban.

Así pasó el tiempo hasta que se fue ese batallón y llegó otro. ¡Un día salió la carretera a la comunidad de Gavidia!

–Qué alegría, ya tenemos carretera, ahora sí podemos conocer los carros.

Se hizo una fiesta muy grande, con mucho entusiasmo trabajó la gente.

Quizás los que hicieron las gestiones para que se cumplieran estas cosas ya no existen. Ya se han muerto. Nicomedes Castillo, Pablo Castillo, Agustín Castillo, Ramón Torres, Bernardino Moreno, Atilio Moreno, Esteban Sánchez, Domiciano Torres y tantos más, quedando la generación y sus recuerdos.

Eso fue en el año 1973. En 1987 pusieron la luz eléctrica y resplandeció Gavidia. Ya tenemos casi todas las comodidades *ahorita* en el 2010.



Caballitos parameros.

CAPÍTULO VI

Picaresca de los páramos: Chon Fósforo

Era compadre mío

María Julia de Torres

¿El compadre Chon?

Yo era madrina de unas muchachas de él, ellas viven en la Virgen del Carmen, eran Felipa, Consuelo, Juanita, Josefina, Guillermina es la ahijada mía y la otra es Felipa que vive *pa* San Jacinto, tiene un hijo casado con una nieta mía.

Ese era igual a yo, le gustaba mucho echar cuentos, pero a veces no se le podía creer porque eran cuentos estudiados de él.

Él se murió aquí abajo, debajo de la peña de Toribio, allí vivía él. Cuando murió las hijas se fueron y se acabó la casita. La esposa se tulló de un lado, le dio esa *enfermedá* que llaman trombosis, la tuvieron mucho allá en Mucuchiés, donde Ramón, que también es ahijado mío. La señora de él, Mauricia, es hermana mía.

El compadre Chon, flojo no era, nooo, no le gustaba trabajar es otra cosa, pero trabajar, trabajaba cuando se ponía a trabajar. A él le gustaba andar por el páramo, recogía ramas y todo eso. Compraba manteca e marrano y cocinaba esas ramas, hacía esas pomadas, bien buenas eran *pa* quitar los dolores, y hacía jarabes. Se llevaba *pa* Mérida una maletada de jarabes de

ramas de páramo y los vendía y se mejoraba la gente de tantas enfermedades. Sí, hasta lo llamaban doctor Asunción allá en Mérida.

Él medio acomodaba los cuentos. Por ahí le grabaron un disco, no ve que la gente es muy necia y agarraron ese cuento del pescado *pa* puro *entretene*. Era el cuento de un pescao *quesque* él había pescado y era más grande que el burro que cargaba él, lo puso en el burro y la cabeza le colgaba por sobre las orejas del burro y la cola le iba arrastrando. Él contaba, pero no contaba tanto como le acumulaban, son cosas acomodadas para hacer los ejemplos. Sí era que él sacó un pescado grande de veras. Esos primeros pescados eran muy grandes. ¿No ve que fueron las primeras semillas? Sería una de esas truchas lo que pescó Chon Fósforo.

Les cuento de Chon Fósforo *esque* una vez llegó allá donde mi papá Bernardino Moreno, se quedó y nos contó que él había hecho una roza en La Arenosa, una roza para sembrar papa. Y que había tres obreros que estaban rozando, pero él iba por un *lao* rozando, iba rozando, de la mitad *pallá* le tocaba a él y de la otra mitad, les tocaba a los otros dos. Pero él rozaba y rozaba y llegaba a la *cabecera* y los otros estaban todavía en el pie, porque los otros no sabían

rozar el monte y él sí sabía. Lo más curioso era que rozaba era pura *pringamosa*, ortiga pues, rozando ese *pringamosal* y él no se *pringaba* las manos ni las canillas y los otros sí. Yo no sé cómo sería la piel de él, porque a él no le pasaba nada en las manos ni en las canillas y a los otros sí, los otros se *pringaban feo*. No ve ese ejemplo que él nos contó allá abajo *onde* mi papá.

Sí, Chon Fósforo era compadre mío, era más viejo que yo. Era compadre porque yo era madrina de dos muchachos de Ramón Hernández, su hijo. Yo era madrina de las dos mayores, una se llama Guillermina. Chon Fósforo era un hombre particular, como todos los hombres.

Él era muy introducido con la gente, él se conseguía con la gente y *diunavez* le contaba un cuento, pero no sé cómo haría él para que le salieran tantas palabras de la cabeza. Y era serio, porque él no se reía, él era serio. Los otros que lo escuchaban tenían que aguantar la risa oyendo la conversa porque todo mundo lo conocía, y aunque los chistes eran de reírse, no se atrevían a reírse delante suyo.

Chon Fósforo era mi abuelo

Mario Hernández

Yo lo conocí, y tengo *afotos* de él. Hoy estaba viendo un *afoto* en la casa, y me lo iba a traer, pero de repente mi papá estaba ahí y yo dije: “¡no me lo llevo!, porque no me va a dejar que me lo lleve”. Esos son recuerdos. Sí, tengo *afotos* del abuelo Bernardino, que yo mismo se los tomé y tengo del abuelo Sunció, que se llamaba era Asunción, Asunción Hernández y lo apodaban Chon Fósforo.

Ah...él era muy *chévere*, pero también tenía su carácter. Una vez nosotros estábamos jugando –porque mi papá nos puso a trabajar con él– y uno cuando es un muchacho, uno es muy *muérgano*, porque se pone, en vez de trabajar, uno se pone es a jugar. Y como éramos cinco hermanos, pues nos poníamos era a jugar, entonces él estaba trabajando con nosotros. El primer día trabajó bien, o sea, trabajó y no nos dijo nada, pero en la tarde llegó y le dijo a mi papá:

–Mire esos muchachos no trabajan, jeso es puro juego y juego!

Mi papá le dijo:

–No, pues si no le hacen caso, *métale unos fajaos*.



Ramas parameras.

Pero mi papá pensaba que el abuelo no lo iba hacer. Y el siguiente día cuando llegamos de la escuela mi mamá nos mandó:

–¡Vayan y le ayudan allá a su *papacito*!

Porque ella nos enseñaba a decir a nosotros el *papacito* Chon, el *papacito* Bernardino, la mamita Lucía, la mamita Madalina, que esos eran los abuelos míos.

Entonces, decía mamá:

–¡Vayan y le ayudan a su *papacito* allá, que está arrancando papa!

Y nos fuimos y nos pusimos a jugar y entonces empezamos a tirarnos papas y en una de esas pasó una papa y se la pegaron a él. No sé quién se la tiró, pero lo más cierto fue que se la pegaron en el sombrero, y ese hombre se ha puesto tan bravo que nos dio, nos pegó unos *fajaos*.

Sí, pero él era muy chévere, nos enseñó a trabajar. Bueno, a mí casi no me enseñó, porque en esa época fue que yo me fui a estudiar y no me pudo enseñar como él quería. Porque yo era el mayor y él quería enseñarme como que si fuera hijo de él. Y sí me enseñó algunas cosas, algunos tipos de ramas porque a él le gustaba hacer jarabes de *ramas parameras*.

Yo lo vi haciendo jarabes. Él buscaba todas las ramas del páramo y ramas también de

la *tierra caliente* y hacía un cocimiento de todas esas ramas, le echaba un pedazo de *yerro* al *perol* donde tenía las ramas. Lo cocinaba era en un *perol*, entonces le echaba un *yerro pa quel yerro* se cocinara junto con las ramas y *eso* iba quedando un jarabe, que era tan, tan espeso, que era como miel de abeja. Después él sacaba las botellas y lo iba echando en las botellas y se iba a venderlas en Mérida. Entonces la gente de la misma comunidad lo llamaba el “doctor Gregorio”. Muchas personas se curaron con esos jarabes.

No me acuerdo de qué edad murió, pero ya era mayor, tenía por ahí como ochenta. Yo tenía como unos trece años. Lo enterraron en Mucuchíes. Y cuando la abuela murió, la enterraron también a ella donde él estaba. Sí, hubo un señor que se llama Jaime Bautista, botánico. Jaime Bautista lo visitó a él cuando vivía en San Martín, cuando vivía en La Negrita. Yo estuve en una charla que dio ese señor y él dijo que Asunción Hernández era un gran botánico, porque conocía todo tipo de ramas que eran *güenas*, medicinales pues.

Era muy caminador mi abuelo, sería como aventurero. Porque, vea, mi papá nació en El Carrizal, mi tía Guillermina que se sigue de mi papá, nació no sé dónde por allá en otro *lao*. Después del Carrizal fueron a trancar *pa*

Mérida, después de Mérida vinieron otra vez *pa* El Carrizal, después de El Carrizal *pallá*, *pa* donde llaman San Martín, después *pa* La Negrita, después de La Negrita, otra vez *pa* Mérida. También vivió por El Escurial, después del Escurial se vino otra vez *pa* Gavidia, vivió en Las Mazorcas, vivió por aquí donde llaman la puerta del Cinc, aquí en Micarache, más arriba de donde vive el señor Luis.

En muchos sitios vivió, hasta que por fin, cuando mi papá creció, dijo: “Bueno, ¡yo me voy a casar!”, *antonces* sí se aquietó y dijo: “¡No camino más!”. Compró un pedazo de terreno y hizo la casa donde vivió hasta que murió.

Él no quiso ir al hospital. Él se enfermó, pero no quiso ir. Le dio una úlcera gástrica, y de eso se murió. Él dijo: “¡No!, yo al hospital no voy, porque en el hospital me van a maltratar y yo no quiero que me corten el cuero”. ¡Sí, así dijo!, “Yo no quiero que me hagan alguna cortadura porque no tengo ninguna cicatriz en el cuerpo y no quiero que me la hagan. Si me muero, bueno”.

Y así fue. Se enfermó y murió.

Él contaba algo y la gente se lo aumentaba

Bueno, de que él me *haiga* dicho cuentos a mí, ¡no!, pero la gente sabe chistes y cuentos de él. Y también le tenían apodos, porque a él lo llamaban Chon Fósforo porque el abuelo de él era *capino*. Sí, tenía el pelo como amarillo, como rojizo, entonces bueno, los llamaron “los Fósforos” y así nos llamaban a nosotros también. También le decían el “doctor Gregorio” por las medicinas que hacía.

Había chistes que él les contaba a otras personas y alguna persona que estaba oyendo le inventaba un chisme. Sí, sí, le aumentaba algo. Porque él una vez tenía una burra y una puerca, entonces él tenía que salir de madrugada del páramo *pa* llegar a Mucuchíes y bajar a Mérida, siempre era lejos. Esas eran personas que les gustaba salir temprano por esos caminos, caminar a veces de noche. Entonces él le contaba a otra persona que él se fue en la madrugada a buscar la burra *pa* *amarrala* *pa* salir a buscar el mercado. Y entonces amarró la mula, la burrita y se fue. Y por ahí por el camino se consiguió con unos guardias y los guardias le preguntaron que *pa* dónde iba y él les respondió y hasta allí.

Pero entonces dijeron que no era así. Que era que él tenía la burra y la puerca y en la ma-

drugada se paró y amarró la puerca pensando que era la burra y se la llevó, se le montó y se fue ¡En la puerca! Y cuando iba pasando la alcabala, los guardias le *dijieron*:

–Bueno ¿y *pa* dónde va usted amigo que lleva esa caballa en *eja* puerca? ¿*Pa* dónde la lleva?
Y que él le dijo:

–¡No, no, yo no voy en la puerca!, yo voy es en la burra.

–¡No! ¡No! ¡*Abájese* que usted va en una puerca!

¿Ve? Le aumentaban. Sí, sí, le inventaban, que entonces él esque se llevó la puerca y la vendió y con la plata *quesque* hizo el *mercao* y no tuvo por qué gastar la otra que llevaba.

También otro chiste de que él... ¡era verdad!, siempre había algo de verdad. Era verdad que él sembraba las *juertecitas* en la casa y sacaba papa muy buena y sana, porque nunca le echaba ningún tipo de químico. Sembraba *papa negra* y de una que se llamaba papa *plancheta concha* gruesa. Entonces él sacaba unas papas muy sabrosas y grandes porque las cuidaba y les echaba abono orgánico.

Entonces la gente decía que él una vez había conseguido una papa tan grande, que se había estado él con el nieto sacándola, ¡ocho días picando por *lao* y *lao pa* poder sacar la

papa! Entonces, bueno, esos son cuentos que la gente contaba, pero él a nosotros nunca nos dijo cuentos así.

Una vida muy crítica

Los cuentos que mi papá sí me ha dicho son sobre lo que ellos vivieron, una vida muy crítica. Sí, vivieron una vida muy crítica. Tal vez sería porque como a él le gustaba caminar tanto de un *lao pa* otro. Nunca se quedó quieto en un solo sitio.

Entonces mi papá dice que tal vez sería por eso y que había días en que se levantaban y se desayunaban y se venían por esos caminos de aquí del páramo, se venían de San Martín, tenían que pasar el páramo de Las Escaleras, el páramo del alto de San Rafael, todos esos altos que hay por ese *lao* que yo no les sé el nombre y llegaban a San Rafael de Mucuchíes.

A veces tenían que subir hasta donde le llaman La Asomada, más abajo *del* Águila, con un timón cada uno. Un timón que es un palo que se usa *pa* parar, *pa* poner los *bueis*. Dos *garrochas* y un timón, cada uno y con el puro desayuno.

Mi papá dice que se llevaban era un pedacito de *arepa* y en el camino lo repartían. A veces el



Variedades de papa.

abuelo no comía *pa dásela* a él, porque él *taba* todavía muchacho y él le daba lástima con el hijo y entonces le decía:

—¡No! ¡Cómase usted la *arepa*!

—Yo no tengo hambre.

Entonces mi papá dice que a raíz de eso fue que a él le dio la úlcera, porque él aguantaba mucha hambre por esos caminos.

Ellos vivieron una vida muy crítica, mi papá a veces se pone a *contanos* y, y se pondrá triste o se pondrá no sé, se pone a acordarse y dice: “No, no, yo no les cuento más *na*”.

También dice mi papá que una vez –a él le gustaba pescar mucho– y entonces se fueron a pescar cuando vivían en La Negrita. Les llovió en el día y en la tarde hizo bonito y se fueron a pescar, cada quién agarró su caña de pescar y se fueron. Y ya en la tardecita estaban pescando, y el abuelo brincó a una islita que había en el medio del río, una islita y se puso a pescar en un pozo y mi papá siguió pescando y pescó, pescó hasta que empezó a *cerrar la noche* a oscurecerse y dijo: ¡Nooo! Yo me voy a devolver porque no veo más al abuelo. Y se vino y se sentó a *esperalo* y el abuelo no, que no salía de allá.

Entonces fue y lo llamó:

–¡Vámonos porque ya *cerró la noche*! No tenemos ni una linterna ni nada, si no nos vamos nos perdemos.

Entonces el abuelo como que se dio cuenta que lo que estaba era como *encantao*. Cuando salió de ahí le dijo:

–¿Pero qué horas son, *pué*?

Y se dio cuenta que estaba oscuro, bien oscuro ya, y donde él estaba no estaba oscuro. El día estaba todavía claro, ¿*ve*? Entonces el abuelo le decía que eso era un *encanto* que lo tenía ahí, y él *quesque viía* cada ratico un *pescac*o que le agarraba el anzuelo y *jalaba* pero no

sacaba nada. Y cuando salió de allá fue porque mi papá fue y lo llamó, pero ya estaba casi prácticamente *encantao*.

Mi abuela Lucía

La familia de mi abuela Lucía vivía por aquí por San Rafael de Mucuchíes, por aquí por La Matica e Rosa, hay gente que todavía vive allí. Ellos eran Castillo, yo no entiendo por qué la abuela era familia Castillo y mi papá es Hernández Cuevas. Algunas de las tías mías son Hernández Castillo, y otras son Hernández Cuevas.

Lo que pasaba es que en ese tiempo había un problema, que cuando nacía un muchacho y como vivían en esos páramos, entonces a una persona que iba a salir al pueblo le decían:

–¡Mire, hágame el favor y me asienta el muchacho!, porque yo no puedo ir, ya que usted va, me hace el favor y lo asienta.

Y allá llegaban y como no se acordaban del apellido le ponían cualquier apellido. Otro problema era con las edades. Porque el abuelo Bernardino, por la cuenta que *nojotros* le llevamos, él tenía cien años, pero las sobrinas de él, que eran hijas de mi tío Francisco, dijeron él tenía como ciento quince años cuando se murió. Pasó que lo presentaron cuando ya estaba grandecito, de quince años y quedó asentado como si

hubiera nacido ese año. Esas cosas pasaban.

Mi abuela Lucía vivió con ellos todo el tiempo. Con él *pa* donde él fuera. Y con sus hijos. Hasta que le dio una parálisis. No se pudo parar más. Estuvo doce años en una cama, o sea, de la cama a la silla de rueda.

Él trató de *hacele medicinas* de un tipo y de otro, pero no, sería que no eran las adecuadas, pues. A él le decían llévela *pa* el hospital que en el hospital se la curan. Que no, en el hospital no, decía.

Mi papá y el abuelo Asunción

Mi abuelo Asunción y mi abuela tuvieron siete hembras y dos varones, pero el primero se les murió. Y entonces quedó papá solo, era el único varón que había.

Él si les puede contar todo lo que ellos vieron, todos los cuentos como eran⁴.

Él vive en Mucuchíes, pero viene *pacá, pa* Gavidia siempre porque él siembra en la finca de mi mamá. Eso es por Las Piñuelas, donde está el *chorro* de la Vieja. Esa era la finca del abuelo Bernardino. Era una finca completa con todo y páramo, entonces repartieron donde está

la quebrada del Oso *pa*llá, les tocó a mi tía, a mi mamá y a mi tío Otilio. O sea, partieron en tres partes la finca, *pa* cada quien su parte.

Papá siembra zanahoria, papa y ajo. Ha sembrado de todo un poco. En esa parte se parece mucho al abuelo porque él siembra de todo, hace negocios y él busca. Él está investigando también la semilla de la *papa nativa* que se ha estado perdiendo.

Papá se está pareciendo al abuelo Asunción, ahora sí se está pareciendo, físicamente, porque ya *ta* viejo. En la forma de ser se parece a la abuela, a la mamá de él, pero al abuelo no. El abuelo era un hombre serio, él no se reía con nadie. El abuelo Asunción hacía reír a la gente con los cuentos y los chistes los hacía reír, pero él era serio en las cosas.

Una vez, como dice la gente, tuvo las grandes *bolas* de entrar a la Gobernación de Mérida con toda la familia, y con un cuchillo fajao en la cintura.

Porque fue y le metió candela a la casa donde vivía y les quemó las pestañas y las cejas a las muchachas y a la señora de él y él también se quemó un poco de pelo. Y le llegó ahí, pero no

4 La historia de Chon Fósforo narrada por su hijo Ramón Hernández aparece en el capítulo IX del libro *Mixteque, la vida entre las piedras* editado por Siembraviva ediciones, Ministerio del Poder Popular para la Cultura; Caracas, 2009.

lo iban a dejar entrar, y dijo no, yo tengo que entrar, porque yo quiero hablar con el gobernador. Y entonces él entro y le dijo al gobernador:

–Mire, ¡yo necesito casa! Porque la casa se me quemó y *de broma* se me quema la familia también, mire como están.

Y, ¡*cónchale!*, el gobernador le dijo:

–Vamos a ver cómo se hace *pa* dale algo a este señor, un cinc, algo *pa* que haga una casa, y ahí fue donde le dieron *pa* que hiciera la casa allá donde vivió y donde murió. Sí, así es la historia.

Junto con el abuelo Bernardino y otros señores, el abuelo Chon trabajó en la carretera *pacá, pa* Gavidia. Fue a la Gobernación a pedir las máquinas, hizo *deligencias*, hizo todos esos trámites junto con las otras personas, y él fue uno de los que empezó a echar pico en esa carretera.

Sí, la gente algunas le tenían rabia, pero otros lo querían mucho porque él era como dice el dicho: a él no *je* le moría el hijo en la barriga. Él a todo le buscaba la solución, él todo el tiempo fue pobre, pero nunca dejó a los hijos sin comida, sin vestido ni nada.

También era artesano, enseñó a mi papá a hacer cucharas de palo, *artesas*, yugos, arados, sillas de madera, mesas, ¡lo enseñó a hacer de

todo! O sea que ellos no tenían que estar comprando esas cosas, *ajá*, y salían a vender esas artesanías cuando vendían leña. Ellos se buscaban la vida de alguna manera, y cuando mi papá creció pues le ayudó mucho.

Mi abuelo tocaba cuatro y cantaba romances. También cantaba *paraduras*, pero él hacía la *paradura* muy *callao*. No le contaba a nadie, rezaban el rosario y cantaban unos versos y unos *romancitos* y bueno, pasaban las *paraduras* y cada quien *pa* su casa.

Pero como se quedaba *prendío* porque se echaba los tragos, empezaba a cantar con el nieto Gregorio. Y cuando la gente empezaba a oír esa cantaduría, empezaban a llegar creyendo que ya era que comenzaba la *paradura*. Se volvió muy famoso, se le han hecho muchos cuentos, murió y no supo eso. Hoy recuerdo este verso de un romance que cantaba mi abuelo:

En una montaña vivo yo,
en una montaña vivo yo,
en una montaña lúbrica.



Eras de trillas y red de muros agrícolas.

Lo llamaban Fósforo porque era *locho*

Luis Torres

Mano Chon sabía hacer jarabes. Sí, hacía *arrechamente*, él vivía de eso. Al papá de *mano* Chon *quesque* lo llamaban Fósforo, porque era muy catire el papá de *mano* Chon, *locho*, *locho*, *locho*. Se llamaba Pablo Emilio Hernández, la mamá se llamaba María del Carmen. Cuando yo los conocí estaban en Gavidia. Sí, estaba yo muchacho, tendría como de diez años *parriba*.

Ese tenía una gata y *antonces*, la gata se iba a pescar, decía él. Se iba a pescar y se metía a los pozos y sacaba los pescados más grandes y los iba *traiendo pa* la casa.

¡*Eso* sí andaba por todas partes! Vivió en La Negrita, por ahí mismo, pero por el *lao* de Las Escaleras que en ese tiempo era el camino *pal* Carrizal. Sí, abajo, al *pie* de la cañada vivió, ya casi se llamaba La Negrita. En El Carrizal también vivió unos días. *Pal* Escurial también vivió mucho. Ese iba con la familia a todas partes.

Hacía cucharas de palo, *artesas* para *arepas*, arados, algoito hacía.

El avión de Chon Fósforo y la historia del cochino

Estefanía Castillo

Quisque era muy embustero, dicen. Lo llamaban por sobrenombre que era el sobrenombre del papá de él, Pablo Emilio Hernández.

Yo casi no me acuerdo de las mentiras. Una vez que vivía por allá en Las Escaleras, se puso a inventar un avión de madera y *esque* lo hizo el avión y de ahí sí *quesque* le puso los tornillos para que el avión *alevantara* y otro para que bajara y otro para que anduviera por el aire. Y *esque* subió. Se metió en el avión y se fue.

Pero *esque* le daba puramente para que subiera y subiera. No se acordaba de los otros tornillos, los que le había puesto para bajar y para andar. La esposa lo quiso ayudar a bajar, le zumbaba *cabuyas* para que se agarrara y bajara. Pero como le daba al tornillo para que subiera lo que hacía era subir y subir en el infinito.

Eso *esque* había *transtumbao* muy arriba, ¡arribota! Cuando se acordó del tornillo que le había puesto para andar y *esque* anduvo, pero no se acordaba del tornillo para bajar.

Andando *esque* fue a aparecer por allá por Ciudad Bolívar. Cuando se acordó del tornillo



Los caminos de Gavidia.

para bajar *esque* bajó y fue a caer allá en la plaza del pueblo. Y *esque* se reunió todita la gente a mirarlo y *esque* se enamoraron mucho del avión.

Y Chon Fósforo tuvo que venderlo. *Esque* lo vendió y hasta le dieron el transporte fijo para que se viniera de Ciudad Bolívar hasta Gavidia.

Historia del cochino

La historia del cochino sucedió cuando todavía vivía en Las Escaleras.

Esque una madrugada se levantó *pa* irse a Mucuchíes. *Esque* se fue a amarrar la mula *pa* irse y *esque* lo que ensilló fue al cochino. Y se fue y no se dio cuenta que andaba cabalgando era el cochino. Iba *pa* Mucuchíes. Cuando *esque* bajaba por el alto de Mixteque, que ya aclaraba el día, fue que vio que era el cochino lo que cargaba.

Y ¿qué más? Tuvo que ir a Mucuchíes y regresar en el cochino.



Espigas de trigo ya trilladas.

CAPÍTULO VII

El tiempo y la agricultura

El páramo no ha cambiado, el que ha cambiado es el hombre

Testimonios de Bernabé Torres

El páramo no ha cambiado, el que ha cambiado es el hombre, con todo y páramo.

Si nosotros los hombres vamos como vamos, los páramos estarán contaminados dentro de cincuenta años, si lo dejamos quieto, el páramo estará quieto, la plantica va subiendo solita, escalando, buscando su ambiente, su naturaleza.

La globalización ha hecho al hombre más aspirante al dinero, antes no, antes la gente aspiraba a trabajar el día para comer en la noche. Ahora quieren cinco gandolas y sembrar cuarenta hectáreas de ajo *pa* venderlas a ochenta mil bolívares el kilo.

En veces yo le explico a mis hijos, pero usted sabe que en casa de herrero, azadón de palo. Aquí en Gavidia respetamos más que en Mixteque, El Royal, San Rafael, por esos lados se han subido demasiado sin respetar la frontera agrícola.

Gracias a Dios que Alexander Quintero nos puso el sistema de riego y así nos hemos dejado de ir *parriba* a sembrar, porque uno estaba acabando con el *frailejón* y con todo.

Ahora el riego está aquí y uno siembra aquí, uno está dejando descansar las tierras altas.

En esas otras partes se sigue yendo cada vez más alto. Aquí la gente ha aprendido mucho de Ligia Parra y de la gente de la universidad también. Por aquí, por Micarache, es que la gente dice ¿van a comer *frailejón* o qué?

Y sí, resulta que el *frailejón* lo protege a uno mucho, hasta el oxígeno lo guarda, y para sobrevivir uno en un momento duro puede servir el *frailejón*.

Solo se debe subir hasta donde llega el agua

En Mocoa *naiden* se ha subido de las tuberías de agua, uno sube hasta donde le llega el agua. Uno como campesino observa, yo no sé los demás organismos o institutos.

Ahora aquellos como son terratenientes, no son agricultores, vienen y compran, se mueve el capitán, traen una máquina, donde ven una naciente hacen un pozo, hacen tanques, cavan, llevan el agua *parriba* y va subiendo la frontera agrícola, sin que nadie diga nada porque se les teme, todos calladitos porque al que diga algo le quemar un cartucho.

Es gente que no piensa en los niños ni en la embarazada ni en el estudiante, no piensa

en nadie, solo piensa en lo que él quiere tener, piensa en hacer real para comprar buenos carros y cosas. Mientras más real más contento, eso es todo.

Lo que le diría a mi hijo

Yo sí quisiera que mi hijo fuera agricultor, porque agricultores buenos ya casi no quedan. Es muy raro el agricultor que sepa tratar la tierra como es debido. Ya no saben hacer una terraza porque la tierra se les *enmanteca*. Ya ven una *ceja* en cualquier lado y si están sembrando ajo, tumban esa vaina. Ya no dejan una *ceja* para atajar la tierra, ya no saben hacer una terraza, una cerca de piedra o un árbol que mantenga el terreno.

Yo les diría a los hombres que aprendan a ser ecológicos y a trabajar, que no usen tanto agroquímico, porque a veces sobrepasan la cosecha, botan plata en agroquímico, donde bastaría con una sola fumigada que va a durar seis meses. Pero es que quieren fumigar cada ocho días, cada quince días. Los seres vivientes estamos manteniéndonos de agroquímicos.

Cuando prohíben un veneno le acaban es el nombre, crean otro con el mismo tóxico y le cambian el nombre. Esa gente estudió *pa* hacer plata. Las plagas, aunque las fabriquen en

otros países, vienen *pa* Venezuela, como otros seres vivos, ellas se mueven de tantas maneras, por el viento, por los pies de uno, por el agua, un animal, los pájaros, una maleta que traiga uno, ¿entonces?

Yo no tuve papá, yo soy hijo robado. Mi papá vivía con otra señora y por ahí se rebuscó y ahí nació yo, por esos caminos. Mi viejo era muy parrandero, le gustaban las fiestas. Yo me crié con mamá y un señor que vivía con ella, mamá se llamaba Cándida Rosa Torres.

Ser agricultor es la universidad de uno, como mamá era agricultora, ella tenía una huertecita y allí había mucha variedad de papas, la llamábamos “la barriga del borracho” porque era muchísima la variedad de papas que mamá cultivaba. Eso es lo que se ha acabado.

Yo no me dejo morir de hambre en el páramo

El *michiruy* es una planta que todavía se da en lo más alto, una planta muy misteriosa que ha sido del consumo humano desde los primeros tiempos de los habitantes del páramo. ¡Cuántas guerras no se sobrevivieron comiendo *michiruy*!

A veces uno va al páramo y no la consigue, otras veces sí y algunas veces uno la busca y

el páramo se pone bravo, llueve, la naturaleza como que cuida esas plantas. Es una planta que tiene varias familias, una que llaman *arañita*, otra que llaman *chicoria*, es una planta muy asimilada al *michiruy*, una planta que ya se ha terminado un poco, por el hielo, y no ha sido investigada.

Nosotros no comíamos la *chicoria* pero esas gentes que se mantienen con ramas la conocen y dicen que es muy sabrosa. Mi hermano Justo también la come, la desagua dos o tres veces y la come frita como la hoja del nabo. No hace tanto fuimos a traer *michiruy*, si está muy *jecho* se pone duro, hay que agarrarlo tierno, si no, se tarda *pa* cocinarlo. Además de alimento es medicina, mamá se tomaba la primera agua del *michiruy*, un agua negra muy amarga que limpiaba la sangre, una planta muy efectiva, por eso antes a los ochenta años todavía los abuelitos hacían hijos, eso es lo que comen los venados.

Los *micuyes* son de zona baja, están en zona preparamera, entre páramo y bosque nublado, zona húmeda, entre Los Arangures, en el bosque alto ya se encuentra. Hay que saberla comer, si se come en flor sirve *pa* emborracharse, y si se come mucho también emborracha, pero eso da una *rasca* boba.

El *chucuyús* es una planta que nacía entre el trigo, *ahorita* con los agroquímicos y la quema de las yerbas se ha acabado mucho y ya la gente ni la conoce. *Eso* tenía su punto de estar, cuando florecía y estaba *jecho* se comía la raicita dulcita, se comía así cruda como comerse una *cuiba*.

Las *cuibas* gastan siete meses *pa* darse, se hace una chicha bien sabrosa, se cocina y se *enfuerta* con guarapo de *concha* de piña, se deja reposar varios días y si la madre está buena, la chicha está de tomarla según como esté “la batería” del *guarapo*.

Yo no me dejo morir de hambre en el páramo. Nosotros cuando éramos muchachos comíamos tallos de *frailejón* que es lo más sabroso, cuando el *cañuto* tiene como un mes, eso se parte y tiene una miel. Mientras más *jecho*, más sabroso.

Yo una vez llevé a un señor y se quedó sin *avío* en el Santo Cristo y ese comía sopa de ortigas, de *pringamosa*. Todas las plantas que tengan raíces se pueden comer mientras están tiernas.

Hay otras que llaman *repollos*, son matas de alto páramo, esa se come mucho, no sé el nombre científico, se come crudo. Hay otra que



Antigua era de trillar.

se encuentra en los *pedregalitos*, la *batatita*. Uno cuando era muchacho no comía piedra porque... ¡bueno!

La *ruba* es un cultivo agrícola que se da con la papa, es muy delicada para los abonos

químicos, la matan completa, por eso se ha acabado mucho.

El *díctamo* y otras maticas misteriosas

Lino Sulbarán

Yo cuando voy pal páramo me llevo es un viaje de matas y ese es el café mío.

No les temo a los duendes, esos lo acompañan a uno más bien. Ahora por molestarlos, allí sí los corren. Yo me estoy solo en el páramo hasta veintidós días, allá donde tengo los animales, al lado *del* Masinero, donde llaman El Granate, a unas seis horas de aquí *e* Gavidia.

Antes, *pa* agarrar el *díctamo real* dicen que había que ponerse cotizas de cuero, otros dicen que no se podía hacer bulla, muchas cosas dicen. Lo que sí es esencial es que no se puede hacer bulla.

Es *verdá* porque yo lo he *agarrao* y yo lo he visto. Lo que se conoce por *díctamo* es una *plantita finitica* que se parece mucho a la *yerba e conejo*, sí porque es compañera de la *yerba e conejo*, pero no es la misma. El *díctamo* es más *huelerosa*, es una planta que *usté* la *trompica* y le queda la mano *huelerosa*.

Solo se encuentra *colando el sol* o cuando está *rayando el sol*, allí sí, porque viene el olor. Ella bota el olor cuando *trastumba* el sol o cuando *raya*.

Allí está al punto. Cuando ya el sol se va entristeciendo, lo que llaman el *sol de los venados*, que el sol está rojito, o cuando está saliendo. Es una planta delicada, cuando uno la va a coger no puede cargar perro ni andar con gente ni nada que pueda estorbarle.

Mejor dicho, usted va *aguaitando* y no la ve, sólo cuando le quede la mano *huelerosa*, esa es. Yo siempre en las mañanas, cuando iba a Mucuchíes, que me aclaraba el día *pallá*, siempre la *jolía* y miraba, pero no la *jallaba*. Como el sol *raya* en la cañada, una mañanita que iba yo pasando por la cañada, me llegó el olor y me puse a *aguaitar* la matica, hasta que la toqué, muy *huelerosa* y la agarré. Esa se la regalé yo a una muchachita que estaba enferma en Mérida, estaba mala del corazón. Y se sanó, se sanó del corazón.

Esa es la mata más medicinal que hay en el mundo, sirve *pa* todas las enfermedades, es la más apropiada para la medicina, pero muy difícil *pa* agarrar, porque es única. La gente la busca amarilla, por eso *naide* la agarra, porque ella es verdecita, verdecita, retinta, una pajita *delgaditica* ella, parecida a la *yerba e conejo*. Sirve *pa* todo ¡dígame *pa* las heridas! *usté* se aporrea y bebe *díctamo* y eso es rapidito que se sana.



Siembras de plantas medicinales.

El *cíncel* es otra matica misteriosa, esa tiene sus horas. El *cíncel* sí se consigue, pero tiene sus horas de salir. Igual que el *díctamo* tiene que ser en la mañanítica o en la tardecita. El *cíncel* cuando no es su hora de abrir, ese se esconde, no lo consigue nadie, se *arrepolla* y se esconde detrás de las maticas. Es una palmita que *asiste* en los barritos. Sale en los pantanitos, siempre *asiste* allí, pero se esconde. Sirve para aumentar

la sangre, para organizar la sangre. Dicen también que cura el asma y varias enfermedades. Es una matica que se *engarruña* y uno no la ve.

La nieblina es chiquitica, *asiste* donde está lo más frío, es blanquita. Por ahí por donde están las dos quebradas, por allí están las maticas.

Hay muchas plantas medicinales en los páramos: la *reïnosa*, la salvia, la *chicoria*, el cuero e venao, el *huesito e páramo*.

Las reglas del tiempo y la siembra

María Julia de Torres

Antes la gente se guiaba por la luna y por el sol, no como ahora que se guían por esos papeles, calendarios. “Hoy está haciendo un poco de sol porque hoy es la llena”, decían. Las reglas del tiempo eran por el sol y por la luna.

Cuando la luna está grande y clarita es tiempo de verano. Si está grande y se ve niebla por el *orillo* de la luna es que va a ser tiempo de invierno. Si el sol tiene *arco* es seña de verano, si el *arco* está más oscuro es seña de invierno.

Pa saber la hora se enterraba un palito en la tierra que estaba el sol bien *rayao* y por la sombra del palito que empezaba a dar vuelta se conocía la hora, cuando la sombra estaba redondita sobre el palito eran las doce, cuando ya estaba más larguita era la una, y así.

Para sembrar la papa, las cebollas y el ajo lo sembraban en la creciente, *pa* sembrar el trigo lo sembraban en menguante. La papa no se desyerbaba porque sembraban en *rotos* nuevos que araban con bueyes y no le nacían yerbas en los *barbechos*, crecían esas matas y no había

que desyerbarlas. Era sabrosa para comer, no le caía plaga de ninguna clase.

La papa de ahora no sabe a papa. Sembraban una papa *reirosa* amarillita tan buena *pa* comer. El veneno les quita el sabor. Las semillas de antes se acabaron, ahora traen de otra clase.

El trigo no era sino arar el *barbecho* con los bueyes, eso se llamaba *barbechar*, regaban el trigo, le dejaban asentar la tierra como dos meses y volvían a arar, echaban la semilla y tapaban y no se volvía a tocar, crecía, espigaba, maduraba, y ahí sí lo cortaban. Era el *trigo marengo*.

La cebada y la avena la sembraban igualito, no la comían, se les daba a las bestias. La arepa de cebada era muy fea, no era nada de *güena*, la utilizaban para engordar los marranos. De avena no se hacía *arepa* porque esa casi no daba harina.

El maíz por aquí no se conocía sino el que traían de Mucurubá. Ahora no sembraron más maíz en Mucurubá, antes sí sembraban mucho maíz y cambiábamos el maíz por las papas de aquí, ellos no sembraban papa. Siempre iba la gente de allá *pacá* y de acá *pallá*. Ahora a veces vienen en carro.

Las moras y las *crubas* eran silvestres, pero no las utilizaban para jugos. En ese entonces

no se vendían, se perdían, ahora es que las venden. Cruba había mucho de las peñas *pabajo*, en El Picadero, en Los Corrales.

Las hortalizas no se conocían. Aquí se comía era papa y trigo. *Michiruy* frito, el *michiruy* lo traían del páramo y *nabo* se comía mucho. Los *micuyes* se los echaban al *ají*. Pero ahora con el veneno no se puede comer nada, tendría uno que sembrar un *barbecho* de *nabo* aparte. La papa es criada con veneno, pero no le dura el veneno sino quince días, le ponen crecerina cuando está madurando y crece esa papa grande, al mes o los quince días la arrancan, por eso es que es tan feo el sabor.

Antes el único abono era la pura tierra y crecían esas papotas grandotas. A veces uno amarraba unas vacas en el *barbecho* para que echaran el abono. Pero ahora ¿*usté* cree que sirve el abono del ganado? Ahora no, si no se les pone veneno las acaba el gusano.



Papas en flor.



Semillas de papa y mashua.

El tiempo y la agricultura

José Idulfo Pérez Castillo

Para sembrar había formas antiguas de predecir el tiempo

Antiguamente la gente se guiaba por las *pintas* y *repintas*, *cabañuelas* y *cabañuelitas*. También estaban los *retoños*. Eran formas de saber cómo iría el tiempo, si se contaba con agua o no, si se podía sembrar esto o lo otro. Más antiguamente sabían cuándo iba a hacer vientos, cuándo iba a temblar. Son saberes que ya no se practican y se van olvidando. Era así:

Las *pintas*

Era para ver los meses del año. Si el primero de enero caía una *brisa* ya se sabía que en ese mes iba a llover. El 2 de enero daba febrero y el 3 daba marzo, hasta llegar al día 12 que representaba el mes de diciembre.

Las *repintas*

Del 12 de enero en adelante, venían las *repintas*, una manera de asegurar el cálculo de las *pintas*. Si el día 12 *brisaba* y el primero había *brisado* es que todo el mes de enero tendríamos agua. Y así el día 13 era para asegurar febrero, hasta llegar al día 18 que aseguraba el mes de diciembre.

Entre la *pinta* y la *repinta* uno iba sacando el cálculo.

Las cabañuelas

Del 19 de enero en adelante se contaban las *cabañuelas* hasta el día 24. Era lo mismo pero cada día agarraba dos meses. Era otra forma de confirmar aquello que habían dicho las *pintas* y *repintas*.

- 19– enero y febrero
- 20– marzo y abril
- 21– mayo y junio
- 22– julio y agosto
- 23– septiembre y octubre
- 24– noviembre y diciembre

Las cabañuelitas

Lo mismo, pero de tres en tres meses comenzando el 25.

- 25– enero, febrero y marzo
- 26– abril, mayo y junio
- 27– julio, agosto y septiembre
- 28– octubre, noviembre y diciembre

Los retoños

Los *retoños* se contaban a partir del 28 de enero los últimos cuatro días del mes. Cada día daba cuatro meses.

Esa cuenta era para predecir los *clipsas*. Ahí ve uno el tiempo de sembrar el trigo, porque si está muy *clipsoso*, es decir que el cielo se pone muy rojizo, no se puede sembrar el trigo porque cuando ya está echando el grano le cae la *clipsa* y se daña. Cuando el sol está naciendo da reflejos rojitos y en las tardes también, ya decía mamá *pa* tal fecha va a caer *clipsa*.

29– enero, febrero, marzo y abril

30– mayo, junio, julio y agosto

31– septiembre, octubre, noviembre y diciembre.

Por las nubes se conocía el tiempo de los temblores

En las *cabañuelitas* también se puede saber el tiempo de los temblores. Uno ve en esos días nubecitas pequeñas como algodón, los *cúmulos*. Si el día 25 había *cúmulos* puede que para febrero o marzo haya que estar preparado porque viene el temblor. Esto es muy tembloroso aquí. Si las nubecitas aparecen el día 26, *pa* abril, mayo puede que tiemble.

Eso me lo decía mi mamá.

Las nevadas

En agosto y septiembre venían las nevadas, la de san Bartolo el 24 de agosto, el día de san Pedro, el 29 también nevaba, el 8 y el 15 de septiembre día de la Virgen también.

Aquí en Las Mazorcas llegaba la nieve.

Sí, la nieve llegaba hasta aquí. Antes allí en esa falda no se sembraba, ahora desde diez años atrás ya se está sembrando aquí en lo alto, ¡es que va subiendo la frontera agrícola!

Ha cambiado mucho el tiempo en los últimos diez años

Mucho. La papa se sembraba en febrero y marzo. Se detectaba que iba a llover porque los primeros días llovía. Aquí casi no se regaba porque casi siempre llovía. Era invierno parejo desde abril hasta noviembre. Ahora casi no. La quebrada era grandísima, *ahorita* casi no baja agua.

Mis comienzos en la agricultura

Yo empecé a trabajar en la agricultura como desde los catorce años. Lo primero que sembré yo fue papa. *Papa negra*. En esa época estaba la *papa negra*, la *rosada*, la *plancheta*, la *morada*, una que llamaban *sangre de toro*, y otra que llamaban *veintisiete*. ¡Eran todas sabrosas!

Sembrábamos en marzo y recogíamos en noviembre, diciembre. Ya en la época cuando yo,

guardábamos las papas dentro de la caja, pero más antes la guardaban en cuevas de piedra.

No había bichos que se las comieran, ahora es por los gusanos que no se pueden guardar en las cuevas. Lo único que le echaba anteriormente al suelo era el abono de las vacas. Se amarraban las vacas donde se iba a sembrar la papita y ya quedaba abonado el terreno. Bueno ese experimento lo hice el año *pasao* aquí y salieron buenas las papas.

Estamos rescatando las *papas nativas*

Son experimentos que estamos realizando con la profesora Licia Romero para rescatar las *papas nativas*. Cuando ella vino nos habíamos encontrado por ahí unas papitas de esas que todavía quedan por ahí, y las rescatamos. Ahí fue donde las sembré con ella, o sea, que ella me habló de la *papa nativa* y yo le conté que tenía ahí unas *poquitas* y me dio consejos así como era antes, de amarrar becerros, las vacas y pues sembrar así como se sembraba antes.

¡Uy, hacía mucho tiempo que yo no sembraba así!

Desde que empezó a venir el abono ese blanco, como veinte años atrás. Cuando cayó la plaga fue que se terminó la semilla esa antigua que había. El gusano guatemalteco, que le dicen el gusano blanco. Eso fue una semilla

que trajeron de allá, de Guatemala, eso fue en el 1987. Dicen que vino cayendo fue por los lados de Mucurubá, como que fue de allá que trajeron esa semilla, y después la trajeron *pa* Apartaderos, y después se fue extendiendo hasta que llegó aquí. Con la mariposa y todo eso.

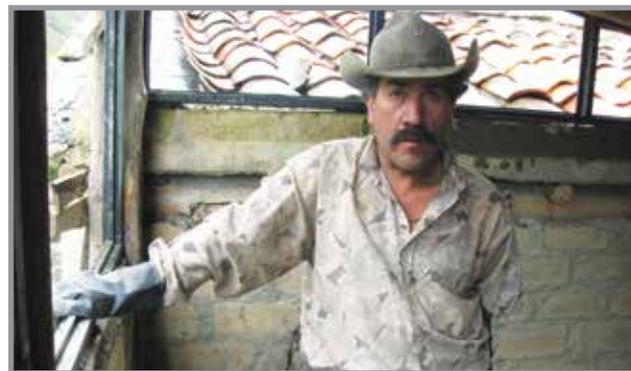
Después de ese año fue mucha la cosecha que se perdió.

Eso nos cambió la vida

Comprábamos el abono y cuando íbamos a cosechar pues la papa no servía porque *nadien* quería comprar.

Tuvimos un tiempo crítico una vez que había sembrado de aquí *pabajo* y no tuve *pa* qué cosechar. No ve que la papa esa era puro gusano. Y gracias a Dios que esa vez andaba un señor por ahí que compraba ramitas y con eso fue que pasé el diciembre, con las ramas que le vendí. Vendí avena, que esa la compraban mucho *pa* pintar, *pa* poner de adorno, y otras florecitas que hay, flor de navajo también.

La avena no se ha sembrado más, no sé por qué la han descuidado. ¡Y la cebada tampoco! La cebada y el trigo también se daban muy bien. No hacía falta abonarlos. Sí, estaba yo chiquito todavía cuando trillaban el trigo allí en esa *era* que está ahí mismo. Yo iba ayudar a las bestias.



Idulfo Torres, recuperador de las antiguas semillas.

Pero siguiendo con la papa, bueno, después cuando empezaron a llegar los venenos, ahí fue donde se recuperó algo de la papa pero entonces se contaminó mucho el ambiente. Y se perdieron todas las semillas, las antiguas semillas. Y ahora es que van entrando nuevamente las viejas semillas. Está la *rosada* y está la roja criolla, y la *papa negra*.

¡Yo tengo tres variedades! Estamos sembrando yo y Bernabé y Ramón Hernández.

Me ha ido bien con la *papa nativa*. Se está dando bien, cada nueve o diez meses. La compran en las casas de familia, porque en el mercado ya no la conocen casi. Una vez subió un señor buscando papa, le ofrecí la *papa negra* y me dijo: ¡No! Yo de esa papa soleada no compro. Le dije: “Lleve una *poquita* para que la pruebe”.

¡Y a los días regresó que quería comprar sesenta sacos!



María Julia de Torres.

CAPÍTULO VIII

El tejido en Gavidia

Entrevista a María Julia de Torres

Por María Vicenta Dávila y Henriette Arreaza

2 de julio de 2011

¿Quiénes tejían en Gavidia cuando usted era niña?

El único que sabía hacer *cobijas* de lana de *chivo* era mi *nono* Tomás Torres. Nunca supe quién lo enseñó, cuando él se murió estaba yo muy pequeñita, no tenía sino ocho años.

¿Cómo eran las *cobijas* que él tejía?

¡Saque una *cobija* de esas, Gregorio, de las que él hacía!

¿Él criaba sus ovejas?

Una gente criaba, otros *jilaban* la lana, las mujeres mandaban a hacer las *cobijas* allá donde él tenía el telar, allá donde llaman Los Estantillos. En la casa de Maximiliano Pérez, allá era donde él vivía, en unos ranchitos de paja que había en esa época.

¿Qué hilanderas recuerda?

Mi mamá y mi tía Juana, la hermana de ella. Esas son las que yo conocí porque antes no había casi nada de gente aquí en Gavidia.

¿A qué hora hilaban, en la mañana, en la tarde?

Esas *jilaban* a toda hora, ¡hasta la media noche se estaban *jilando* lana!

¿Quién fabricaba los husos?

Ellas mismas hacían sus *jusos*.

¿Con qué madera?

Con palos de *manteco* que sacaban ellos mismos. Allá esta un *jusito*, bájelo Gregorio, este lo hice yo. Este era el *jusito* de yo *jilar* lana. Ese otro es de piedra de máquina de moler. ¡Ah, mira qué ingenioso!

¿Y aquí teñían la lana?

No, la lana era ovejas negras y ovejas blancas.

¿No había más colores?

No había más colores.

¿El telar cómo era?

Allá donde Alicia, la hija mía, allá lo puede conocer usted, lo único que no era igual. Pues la similitud sí, pero no tenía eso que tienen esos telares nuevos.



María Julia de Torres.

¿Los de tambor?

Sí, ese tambor, sí, eso no lo tenían aquellos, enrollando iban tejiendo las *cobijas* en eso que llamaban “el *julio*”, así se llama el palo donde iban enrollando la lana y los *lizados* pues son donde metían la lana.

¿Y el peine lo hacían de bloquera?

No, esos peines de ahora no son de aquellos, esos lo hacían ellos mismos con las tablitas y hacían los huequitos y los palitos atravesados de arriba y de abajo y las metían las tablitas

y quedaba así parejito, parejito. Eso lo hacían ellos mismos, los tejedores.

¿Cuánto tiempo tardaban haciendo una *cobija*?

Eso si no sé yo cuanto tardarían, pero sí se gastan unos dos o tres días haciendo una *cobija*.

¿Y las vendían?

Era más que nada para la gente ponerse, porque antes la gente se abrigaba con puras *cobijas* de lana de *chivo*.

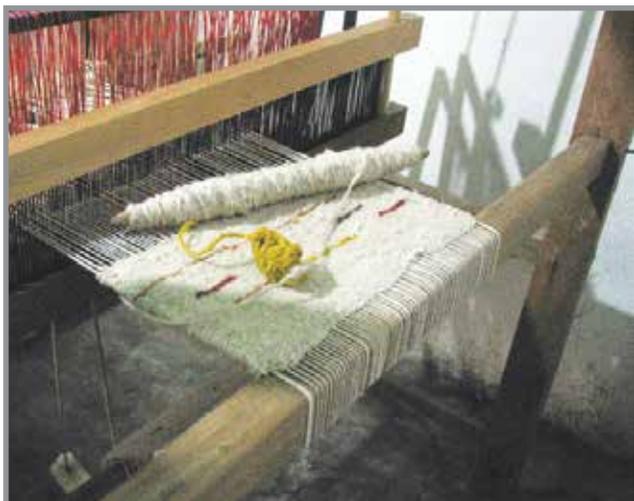


Cantalicia Castillo.



Telar horizontal.

El huso o juso.



¿En cuánto vendían una *cobija*?

¡Ay, eso era muy regalado! *Antonces* no *mentaban* bolívares sino pesos. Por cuatro o tres pesos vendían una *cobija*. Un peso pues eran ocho bolívares de los que había antes, de la plata de antes; ahora no se cuenta por pesos.

Además de *cobijas* ¿qué otras cosas tejían?

Puras *cobijas* que era lo que necesitaban.

¿Había varios tipos de *cobija*?

¡Ah! toodo mundo usaba *cobija*, mujeres, hombres y muchachitos chiquitos, a esos les hacían *cobijitas*.

¿Le ponían nombres al tipo de *cobija*? porque hay una que le dicen “la rucia”.

Esas son estas y aquellas.

¿Y la que era negra como la llamaban?

Negra, *cobija* negra, y *cobijas* coloradas las que son rojas, que dicen ahora rojas.

¿Y de dónde sacarían los tintes para pintarlas?

Sacaban una tal *reicita* que hay *pa* las coloradas. Las negras son de las ovejas que son negras, y con las *reicitas* y unas matas, unos árboles que llaman *ojito* teñían las *cobijas* coloradas.

Señora Julia, ¿aquí no tenían unas que eran negras y con rayas?

Ah, yo tengo una, se la voy a mostrar. Esta es una *chamarreta*, que es las que usaban las mujeres, y esta que estamos viendo la hizo Isael Monsalve.

¿Del Mocao?

Sí, era un tejedor del Mocao.

¿Qué otro tejedor había?, su abuelo Tomás, el señor Isael, ¿quién más?

Tomás era de aquí de Gavidia, él tenía mucho tiempo de muerto cuando Isael nació, ellos eran los que hacían *cobijas*. Mamá también hacía *cobijas*.

¿Cómo se llamaba su mamá?

Maudalena Torres, sí ella también hacía *cobijas*, ella le había aprendido al papá.

Dicen que cuando la mujer se casaba tenía que hacer la *cobija* al esposo. ¿Qué hay de cierto?

Pues cuando las mujeres se casaban tenían que hacerle las *cobijas* al esposo porque en ese tiempo no había otro abrigo sino *cobijas* de lana de *chivo*, con eso era que uno se arropaba de noche. En ese tiempo no había *motas*,

ni sábanas. No había nada de lo que compran ahora. Había que fabricar lo que uno necesitaba.

¿Qué son las *motas*?

Lo que llamamos ahora *cobijas*. De esas que se compran.

¿Y aquella mujer que no sabía tejer, cómo hacía?

Las mandaba a hacer donde sabían tejer.

¿Pero sí era una obligación de la mujer hacerle la *cobija* al marido?

La que sabía tejer la tejía, si no lo único que hacía era *jilar* la lana, *escarmenar* y mandar hacer la *cobija* donde la sabían hacer.

¿Y para tusar la oveja?

¡Ah! Eso las tusaba uno mismo, esas se amarraban, se *maneaban*, se acostaban en el suelo y a echarle *tijera* ja, ja, ja. ¡A cortarle la lana a las ovejas!

Después se ponía a *jervir* el agua en unas ollas grandes, cuando estaba *jirviendo* se echaba la lana y entre el agua *jirviendo* se cocinaba la lana. Se sacaba la lana después y se lavaba en la quebrada bien lavada.

¡Ay, eso sí se maltrataba uno! sentado allá uno, *escarmenando* esa lana para lavarla y ex-



Antigua cobija de lana cruda y teñida con tintes vegetales.

tenderla en el sereno. Allá en la sabana se extendía y luego de secar a *escarmenar* ¡a punta de dedo! Hasta que se hacían los *copos* y se ponían en el *burro* para poder *jilar*.

¿Cómo era el burro?

Era *pa* poner la lana, un palo de cuatro patas o tres patas le hacían orejas así, ponía uno el *copo* de *lana* ahí y con el *juso* uno iba *jilando*, *jilando*, *jilando*.

¿Y preparaba usted también la lana? porque hay dos tipos de lana hilada, la de hacer la *cobija* y la de hacer la *trenza*.

Para hacer la *trenza* se *jilaba* la lana bien torcida, parejita, parejita, que quedara la hebra parejita y ahí la doblaba uno, la torcía doblada y ahí sí

se hacían las *trenzas*. Yo sabía hacer esas *trenzas*, esa se le hacen cinco *gazas*.

¿Qué son *gazas*?

Cinco *gazas* de hilo, de lana. Se mete en los dedos y va uno tejiendo y se va pasando de una mano a otra, eso se hace entre dos. Una está aquí con sus manos pasando las *gazas* con los dedos y otra allá. La que está allá está tramando para que quede apretada la *trenza*.

¿Qué se les pone en las orillas?

Se les ponía ese *orillo* para que no se acabaran; porque al no ponerle esa *trenza* se rompían por el *orillo* y se acaba la *cobija*, se iban *desjilando* y se acababan.

¿Usted hilaba o tejía también?

No, yo lo que tejía eran trenzas y también *jilaba*.

¿Y hasta cuándo tejió?

Hasta que tuve como setenta años, ya tengo *ochenticinco*.

¿Quedan aquí telares viejitos, los telares propios de la comunidad?

Nooo, no hay ninguno. Porque aquí había un solo telar, el de mi *nono* mío, mi *nono* Tomás, pero ese telar se lo vendió Juana, la hija de él, cuando se murió él. Ese se lo vendió a un señor de por allá de Las Mazorcas, yo no sé, ese telar lo acabarían.

Yo estuve batallando, preguntando por ese telar *pa* yo compralo, pero nadie me dio razón. Ese tienen que tenerlo las hijas del *dijunto* Pedro Alejandro. ¿Usted no conoce esas muchachas, las del *finao* Pedro Alejandro Pérez? Una se llama Matilde casualmente. Esas viven allá en Mucuchíes, en la casa de Dorilo, esas viejitas que viven en la casa de Dorilo, una es la hija del *finao* Emilio, que ellos tienen ese telar.

Ya sé, ella teje todavía.

El otro día, *hace hartico*, yo le pregunté si ellas tenían el telar, me salieron con un atajo de



Gregorio Torres vistiendo una cobija de tradición familiar.



Ovillos de lana cruda.



Isidro Castillo y Gregorio Torres portando cobijas parameras.

mentiras y no me dijeron nada, quién sabe si lo acabarían *u* lo venderían *u* lo tendrán. La Matilde debe saber.

Entonces la única persona aquí en Gavidia, en todo el sector, ¿el único que tejía era su *nono*?

Sí señora, era mi *nono*. Era el único telar que había y se acabó el tejido porque la hija de él que se llamaba Juana le vendió el telar a Pedro Alejandro Pérez, de allá de Las Mazorcas. Ese señor sabía tejer y hacía muchas *cobijas*.

¿Hace cuánto tiempo más o menos que se empezó el rescate del tejido en telar?

Eso se lo dirá mejor Cantalicia que es la que teje, porque la gente se había olvidado de eso, *antonces* un día nos pusimos a conversar yo con las hijas mías que por qué uno no volvió a reformar ese tejido de lana *pa* hacer *cobijas*, que por qué sería.

Antonces las muchachas se pusieron a pensar y dijeron que iban a buscar la manera de poner un telar para aprender, porque esas no sabían ni *escarmenar* lana, esas no sabían nada.



Manare.

Entonces hablaron de aprender a *escarmenar* y que yo tenía que ir a enseñarlas.

Hicieron una junta, se recogieron unas pocas mujeres, allá abajo en Gavidia, unas de allá y las hijas mías, y fui y me puse a enseñarlas a *escarmenar*.

Qué importante, para no perder el oficio.

Se pusieron a *escarmenar* y yo las enseñé a *jilar*, les llevé el *juso* que tenía yo aquí, no este, uno más grandecito. Les llevé el *juso* que ahora lo tiene Dulce María. ¿Lo botaría, lo acabaría? ¡No, esa no lo ha acabado! Todavía *jilan* lana y aprendieron a *jilar* y a *escarmenar*. Se habían anotado muchas mujeres, pero se salieron.



Husos o jusos.

¿Usted fue la maestra que les enseñó el proceso de preparar la lana?

Pues ellas mismas aprendieron, como yo les estoy diciendo. Compraron el telar, ese lo tienen donde Cantalicia, ahí es donde hacen las *cobijas*. Eusebia Moreno, la mujer de Mario Castillo, tienen un telar en la casa de ella, pero como se fue a Mucuchíes no tejió más.

Con decirle que se pusieron a ver cómo harían para aprender a tejer y aprendieron.

Esas no necesitaron maestros ni *bían* visto dónde tejían ni nada eso. Ahora hacen *cobijas* y venden *cobijas*. Sí, otra vez.



Rememorando y escribiendo.

CAPÍTULO IX

Tradicón de la palabra



El taller de escritura creativa.

Recopilación de Jovino Lobo Oración al Ángel de la guarda

Ángel de mi guarda, dulce compañía
no me desampares, Señor,
ni de noche ni de día
hasta que me ponga en paz y alegría
con todos los santos, Jesús y María.

Ángel de mi guarda
semejanza del Señor,
para mí fuiste enviado,
para ser mi guardador.

Te suplico, Ángel glorioso,
por tu gracia y tu saber,
de los lazos del Maldito
tú me has de defender,
de día, de noche
despierto o dormido,
a todas horas del día y de la noche,
hasta la hora de mi muerte.
Amén

Adivinanzas

¿En qué se parece un guardia a una casa?

En lo armado.

¿En qué se parece un soldado a una vela?

En que los dos llegan a cabo.

¿Cuál es el animal que se parece más al pato?

La pata.

Cien monjitas en un convento todas mean al mismo tiempo.

Las goteras.

Le quito la cabeza y queda igual, le pongo la cabeza y queda igual.

La almohada.

¿Cuántas cabezas tiene la gallina?

Una y pico.

Una vieja larga y seca, le chorrea la manteca.

La vela.

Ponete patas arriba que te quiero jurubiar, para darle gusto al cuerpo y a este feroz animal.

Una res, mi cuerpo y el cuchillo.

En el monte florea y en la casa culea.

La escoba.

¿En qué se parece el peine al azúcar?

En que no es *pa* pelón.

¿Cuál es la media que no tiene hora?

La media hora.

¿Cuáles son los santos que no van al cielo?

Sancocho, zancudo y *sanjón*.

Primero fue hombre y después mujer. Al paso de Dios ¿puede ser?

El trigo y la harina.

¿Qué diferencia hay entre un borracho y un árbol?

El borracho comienza en las copas y termina en el suelo.

El árbol comienza en el suelo y termina en las copas.

Ayer tarde comí conejo cazado de esta mañana.
El perro se llamaba “Esta Mañana”.

¿Qué es lo que se hace de noche que de día
no se puede hacer?

Trasnocharse.

Cañadita arriba, cañadita abajo, una boca
arriba, y otra boca abajo.

La teja.

¿Por qué lado tiene la oreja el jarro?

Por el lado de afuera.

Largo, largo, como un camino. Josa, josa,
como un cochino.

El río.

¿Por qué el perro mueve el rabo?

Porque el rabo no mueve al perro.

¿Por qué el perro lleva siempre el hueso en la
boca?

Porque no tiene bolsillo.

Aúlla y no es perro. Llama y no es gente.

La auyama.

Chiquito como una uña, como una uña no es,
come más en una hora que una mula en un
mes.

El fósforo.

¿Cuál es el animal que camina con las patas
en la cabeza?

El piojo.

¿Quién es el que come con los dientes de los
demás?

El odontólogo.

Piedra blanca,
piedra lisa,
no me la adivinarás
aunque te mueras de risa.

Los dientes.

Tela sobre tela,
pañó sobre pañó,
no me la adivinarás
aunque te estés un año.

La cebolla.



Lino, José Manuel y Jovino en el taller de escritura.

Cuentas

Iba volando un gavián y estaban unas palomas. El gavián les dijo: ¡Adiós mis cien palomas! Las palomas le contestaron: No, señor gavián, nosotras, un tanto más de la mitad y un cuarto. Y con usted señor gavián completamos los cien.

¿Cuántas palomas había?

Había 36 palomas, más 36 y la mitad que son 18, más un cuarto que son 9 y el gavián, son 100.

Con veinte *arepas* le di de comer a veinte personas. Hombres de a arepa y media, mujeres de a media y muchachas de a cuarto de *arepa*. ¿Cuántas personas comieron? Eran once hombres, cinco mujeres y cuatro muchachas.

Con veinte reales compré veinte aves: gallos a cuatro reales, gallinas a medio y pollos a *locha*.
¿Cuántos gallos, gallinas y pollos compré?
Tres gallos, quince gallinas y dos pollos.

Saque esta cuenta: con ocho ochos que sumen mil.

$$\begin{array}{r} 8 + \\ 8 \\ 8 \\ 88 \\ \underline{888} \\ \underline{1000} \end{array}$$

Coplas de Gabriel Pérez

De las peñas sale el agua
de los páramos el viento
y de una mujer ingrata
un mal agradecimiento.

Al hombre que botó la marusa

El señor Wenseslao
de *cobija* rucia
le robaron el pájaro
con todo y *marusa*.

El hombre que tumbó la casa

El señor Wenseslao
de barba descasa
por una rabiada
fue y tumbó la casa.

Dichos de mi abuelo

Deje que la mar serene
y el pájaro llegue al nido,
pa que veas como cumplo
lo que te tenía ofrecido.
-El tiempo llega a su tiempo,
hay que saber esperar.

¡Pa qué le digo que es *panela* si son *boronas*!

-Las *boronas* son migajas, el dicho se usa para no crear falsas expectativas.

La pistola no es revólver, ni el máuser es carabina.

-Cada cosa es lo que es.

¿Qué piensa usted? ¿Que el sol es queso y la luna *arepa*?

-Las cosas no son tan fáciles, hay que saber luchar para conseguirlas.

Amigo el ratón del queso y los reales de mi bolsillo.

-Hay que desconfiar y no irse a las primeras.

Mis amigos son de vidrio y por no quebrarse no llegan.

-No hay que esperar que los demás le hagan las cosas a uno.

El cuatro.



Recopilación de María Dominga Villarreal

Adivinanzas

Ayer maté una pava
y esta mañana murió,
treinta años tenía de muerto
el hombre que la mató.

La *pava* que tenía el hombre.

Papá tenía mucha plata
y no la pudo contar,
mamá tenía un pañuelo
y no lo pudo doblar.

El cielo y las estrellas.

Tengo cabeza
y un solo pie,
me golpean bien duro
y no sé por qué.

El clavo.



Dibujo: Nerymar Hernández.



Recopilación y creación de Brígida Torres

Adivinanzas

Lo amarro porque se vaya
lo suelto porque se quede
¿qué será?

El zapato.

Qué es lo que
entre más se cocina
más duro está.

El huevo.

Metáforas de mi autoría

Padre de la *arepa*
árbol de la esperanza
pan de vida.

El trigo.

Copo de algodón que trae la brisa
humo que sale de la boca.

La niebla.

Es refugio de las truchas
espada de la esperanza
tierra de los patos.

La laguna.

Recopilación de Mario Hernández

Adivinanza

Tres negros teniendo
un negro y un negro
teniendo un blanco.

Los tres *tuyuyúes*, el *budare* y la *arepa*.



Idulfo, agricultor y músico.

CAPÍTULO X

Pequeño cancionero

Descubriendo el sacrosanto

Autor: Carlos Torres

Las Mazorcas

2008

Descubriendo el sacrosanto
vide un jardín florecido
un día que andaba viajando
con siembras muy productivas
y unos viveros brotando.
Me dije qué maravillas,
son obras de mi Dios santo,
admirando sus bellezas
mientras afinaba el cuatro.

Susurrando entre mis labios
las notas de un viejo nato
muy cauteloso, por cierto,
al jardín me fui acercando.
Cuál grande fue mi sorpresa
descubriendo un sacrosanto
con sus grandiosas riquezas
perdurable con los años.

Coro:

Desmonté de mi caballo,
rasgué las cuerdas de un cuatro,
aclaré pecho y garganta
inspirándome en mi canto.
Pasajes de inspiración
que aprendía de muchacho,
para cantarle a mi tierra
como buen venezolano.

Orgullosa yo me siento
de ser campesino nato,
nacido en estas riberas,
al *pie* del cerro en un rancho
de piedra y techo de paja
de nuestros antepasados,
dejando siempre sus huellas
como recuerdos nostálgicos.

Voy a continuar cantando
al pie del arpa sonando
acompañada del cuatro,
del bajo y viejos *capachos*,
un compositor criollito
como la papa y el *nabo*
como la *arepa* de trigo,

la *cuajada* y el guarapo.
Este jardín florecido
agradeceré en mi canto,
son las vivencias de un pueblo
que lucha sin menoscabo,
demostrando su alegría,
su valor y su entusiasmo,
su anhelo por la justicia
para sentirse [...]

Este sacro descubierto
yo quiero representarlo
por la geografía grandiosa
de mi pueblo soberano,
por esta patria querida,
por este terruño amado
que con amor y cariño
siempre debemos cuidarlo.

Rescatemos los valores
como principios humanos,
para vivir dignamente
unidos y solidarios,
compartiendo sentimientos
vivamos organizados,
para optar por la experiencia
de un pueblo resucitado.

Coplas

Autora: María Dominga Villareal

Gavidia

Eche coplas compañero
no se quede pensativo,
que eso no es con la cuchara
eso es con el platillo.

Treinta cuerdas tiene el arpa,
ocho tiene la bandola,
cuatro mil pesares tiene
la mujer que se enamora.

La anillo que usted me dio
no me lo puedo poner
porque me lo ve la gente
y me lo puede conocer.

El anillo que me diste
en el dedo no me vino,
pero te tengo guardado
en el corazón divino.

Qué bonita la mejorana,
qué bonita la que la sembró,



Moisés y su cuatro.

los amores son con otro
la fama la cargo yo.

Me puse a sembrar cilantro
donde el agua no corría,
me puse a tener amores
donde no los merecías.
Tengo de pasar el río,

sea por baho o por *cabuya*,
a ver unos ojos negros
que tengo en la casa tuya.

Al otro lado del río
mataron un pavo real
y del buche le sacaron
la bandera nacional.
De Micarache me he venido

a caballo en un palito
solo por venirte a ver
canillas de pajarito.

Esa copla no es así,
esa copla es al revés,
bájeme la voz María,
súbame la voz Inés.

Subiendo mi cuesta arriba
di una vuelta y me senté,
le pregunté a mis cotizas
¡qué trabajo andar a pie!

Al otro lado del río
mataron una torcaza,
en el tiro le dijeron
pendejo es el que se casa.

Romances de paradura

Recopilador: Jovino Lobo

El Picadero

En un adornado altar,
en un pesebre de flores
se paseaba Jesucristo
vestido de resplandores.

En un adornado altar
y en un hermoso pesebre
se paseaba Jesucristo
vestido de rosa verde.
En un adornado altar,
en un pesebre divino
se paseaba Jesucristo
vestido de raso fino.

Arriba en una ribera
y abajo en un entablado
se paseaba Jesucristo
vestido de colorado.

Abajo en un entablado
y arriba en una ribera
tiene cama Jesucristo
los pies y la cabecera.

Por ser cama tan angosta,
es cama de cuatro esquinas
y de cabecera tiene
una corona de espinas.
Por ser cama tan angosta
que ni remover se puede
y para poderse hallar
un pie sobre el otro tiene.

Romance

Autor: Mario Hernández

Micarache

Yo tenía mi palomita
que en los hombros
yo la crié,
que en los hombros
yo la crié...Alay lalay alay lalay,
que en los hombros yo la crié,
¡pero ay qué tórtola!

Cuando le salieron plumas,
armó bólido y se fue... ala lalay alalay,
armó bólido y se fue... alalalalay,
¡pero ay qué tórtola!

Yo tenía mi palomita
que la traje de Valera,
que la traje de Valera
ayay yayay ayayayay ayay yayay
que la traje de Valera,
¡pero ay qué tórtola!

Armó bólido y se fue
y adiós paloma palmera,

y adiós paloma palmera
ayay ayay ayayayay
armó bólido y se fue,
¡pero ay qué tórtola!

Yo tenía mi palomita
que la traje de Barinas,
que la traje de Barinas
ayayayay ayayayay
que la traje de Barinas,
¡pero ay qué tórtola!

Armó bólido y se fue
y adiós paloma divina,
adiós paloma divina
ayayayay ayayayay
adiós paloma divina,
¡pero ay qué tórtola!

Yo tenía mi palomita
que la traje de Pedraza,
que la traje de Pedraza
ayayayay ayayayay
que la traje de Pedraza,
¡pero ay qué tórtola!
Armó bólido y se fue

y adiós paloma torcaza,
y adiós paloma torcaza
ayayayay ayayayay
adiós paloma torcaza,
¡pero ay qué tórtola!

Romance de Juan Simón

Juan Simón era del pueblo
y era único enterrador,
Juan Simón era del pueblo
y era único enterrador.
Lleva la pala en la mano
y en el hombro el barretón,
y en el hombro el barretón.

Del camposanto he salido
de enterrar mi corazón,
del camposanto he salido
de enterrar mi corazón.
Llevo la pala en la mano
y en el hombro el barretón,
y en el hombro el barretón.

Amigos les aconsejo
dejen de tanta hermosura,
amigos les aconsejo
dejen de tanta hermosura
que eso nos viene quedando
al pie de la sepultura,
al pie de la sepultura.

Amigos les aconsejo
dejen de tanto llorar,
amigos les aconsejo
dejen de tanto llorar,
eso se nos va acabando
cuando nos van a enterrar.

Canciones de Isidro Castillo

Costumbres de mi tierra I

(canción)

Gavidia, pueblo querido
con encantos y leyendas,
el turista o visitante
de seguro, allí se queda.

Admirando lo bonito,
disfrutando su belleza,
con su gente muy sencilla,
de buen trato y muy sincera.

Todo mundo allí trabaja,
no conocen la flojera,
los hombres somos bien machos,
las hembras son las más bellas.

Ellas están allá adentro,
ellos están allá afuera,
ellas con la artesanía,
ellos labrando tierra.

Pastoreamos los rebaños,
las vacas y las ovejas,
no se metan a hacer daño
ni al cultivo ni a la siembra.

Ni al trigo ni a las papas
ni a la cebada y la avena,
no pierdan las tradiciones
y costumbres de mi tierra.

Costumbres de mi tierra II

Gavidia, pueblo querido,
tierra linda paramera,
un rinconcito escondido
en tierra *mucuchicera*.

Soy un hijo de este sitio
y lo digo con grandeza,
aquí tengo mis amigos
y también tengo mi herencia.

Una bonita familia
que todo el mundo quisiera,
allí nacieron mis padres
y los *taitas* de mi abuela.



Isidro Castillo.

Arriba viene mi abuelo
con su blanca cabellera
jopeando su arreo de mulas,
cargándose un tercio *e* leña.

Mamita haga el café,
se lo digo yo a mi abuela
que está tostando el *saní*
pa molerlo en una piedra.

Y comer con papas rojas,
y comer con papas negras,
que vivan las tradiciones
y canciones de mi tierra.



En el taller de culinaria.

CAPÍTULO XI

Breve recetario de cocina paramera

La mayoría de recetas de este breve recetario fueron el punto de partida de un proceso de experimentación cuya propuesta consistió en recordar los antiguos platos que mantuvieron durante mucho tiempo el aliento y la fuerza de la gente del páramo. Tema obligado de reflexión fue el protagónico papel de la papa, originaria de los Andes, en la nutrición de los diferentes pueblos del planeta.

La tradicional papa y sus variaciones nativas, además de ramas, raíces y otros tubérculos parameros ya olvidados del calor del fogón, como el *chivacú*, el *muchiruy* o los *micuyes*, revivieron en la reconstrucción, paso a paso, de la receta tradicional. Una vez realizado el recuento y la reelaboración de muchas comidas ya en desuso, se pasó a la siguiente etapa.

Ahora el reto consistía en la recreación libre de aquellas viejas recetas nacidas de la voluntad creativa del pueblo gavidiero para responder a la necesidad vital de alimentar el cuerpo y alegrar el espíritu, en condiciones de aislamiento y extrema escasez. En nuevos tiempos y diferentes condiciones, la experimentación colectiva también responde a una necesidad vital y no menos perentoria, la de diversificar y enriquecer nutritivamente el menú de la ingesta habitual.

La búsqueda de sabores, la incorporación de los más recientes descubrimientos en el campo de la nutrición y el placer de alimentar y cocinar se aliaron en un proceso magistralmente estimulado por María Eugenia Arreaza en su taller: *La papa andina en las mesas del mundo*. Así nacieron nuevos platos, combinaciones e introducción de ingredientes nunca imaginados, fusionando nuevas y viejas formas de tratamiento culinario a los rubros tradicionales del páramo de Gavidia.

Recetas de Genarina Rangel de Villareal

Gavidia

PAN DE PAPA

Ingredientes:

- 1 kilo de papa cocida
- 1 kilo de harina integral
- 2 cucharaditas de levadura
- 2 cucharaditas de sal
- 2 cucharaditas de azúcar
- 1 taza de aceite o 2 panelas de mantequilla (240 gramos)
- 3 tazas de agua o de leche

Preparación:

En una taza de agua tibia disuelva la levadura con el azúcar y añada media taza de harina integral de trigo. Deje reposar hasta que levante. Con las otras dos tazas de leche se licúa la papa cocida.

Ponga la harina en un recipiente, haga la forma de un volcán y eche en el centro la levadura ya mezclada y la papa licuada. Puede añadir 2 o 3 huevos. Y a amasar por un buen rato. Cubra la masa con un paño húmedo y déjelo reposar dos horas hasta que crezca.

Ponga el horno a 350 grados y cocine el pan por 40 minutos; cuando ya casi esté listo, le pasa una brochita con una mezcla de yema de huevo con azúcar o *papelón* para dorarlo.





BUÑUELOS DE PAPA

Ingredientes:

- 1 kilo de papa cocida
- 1 *panela*
- canela, clavito y guayabita al gusto
- 3 huevos
- 2 cucharaditas de aceite
- 2 barras de mantequilla

Preparación:

Se cocinan las papas y se trituran. En un recipiente se coloca la *panela* con media taza de agua y se le agrega la canela, el clavito y la guayabita, para preparar la miel de *panela*. Se mezclan los huevos con la papa triturada, la mantequilla, el aceite y la sal. Se amasa y se hace un rollo que se corta en trocitos para hacer los buñuelos. Se sofríen y se van colocando en la miel de *panela*. Se comen fríos o calientes.

PANQUECAS DE PAPA

Ingredientes:

4 papas harinosas
1 taza de leche
2 huevos
15 gramos de levadura compacta
100 gramos de harina
50 gramos de mantequilla
sal y pimienta al gusto

Procedimiento:

Cocine con su piel las papas hasta ablandarlas. Escurrirlas, pelarlas y hacerlas puré. Colocar el puré en una olla a fuego medio, agregar la leche y mezclar hasta formar una pasta semilíquida. Bajar del fuego, dejar templar, agregar a esta pasta, de una en una, las yemas de huevo hasta integrarla completamente.

Deshacer la levadura con los dedos y mezclarla con la pasta. Agregar la harina y dejar reposar durante 15 minutos. Batir las claras a punto de nieve e incorporarlas con movimientos envolventes.

Untar con aceite y un toque de mantequilla el sartén y poner a fuego medio. Verter por cucharadas en el sartén la mezcla y dorar por las dos caras. Se sirven calientes y se pueden cubrir con *cuajada* y una yerba de su gusto.

ENSALADA DE MICUYES

Ingredientes:

1 kilo de *micuyes*
1 cucharadita de aceite
1 cucharadita de vinagre
sal al gusto
cebollín

Procedimiento:

Se cocinan los *micuyes*, se pican, se les agrega la sal y el vinagre, el aceite, y una ramita de cebollín.

MERMELADA DE CURUBA

Ingredientes:

2 kilos de *curuba*
1 kilo de azúcar

Preparación:

Poner dos 2 kilos de *curuba* en una licuadora. Darle un toque de licuadora y vaciar en una olla con colador para sacar las semillas. Se pone a fuego lento la olla con la *curuba* y un kilo de azúcar y se deja espesar. Se remueve hasta que se vea el fondo de la olla. Se guarda en un frasco previamente esterilizado. Para el esterilizado final hervir el envase de mermelada en baño de María por doce minutos. Se puede comer con *arepa*, pan o con galleta.



Plantas de Gavidia

La señora Genarina Rangel recuerda con justificado dramatismo estas plantas que antes eran comunes en el páramo y que en la actualidad se van extinguiendo:

ajo pata de perro

borrachero

cizaña

cuibas

cilantrón

col

uchuva o cuchuva

chivacú

chulco

membrillo

michiruy blanco

michiruy morado

mostaza

nabo gacho

nabo tierno

oreganón

piñuela brava

remolacha de monte

rubas

sinigiús

Recetas andinas de Brígida Torres

Gavidia

PAN DE PAPA

Ingredientes:

1 kilo de papa cocida
1 taza de harina
2 cucharadas de levadura instantánea
1 pizca de sal
1 cucharada de mantequilla
2 cucharadas de aceite
2 huevos
semillas de nabo
azúcar al gusto.

Preparación:

Se amasan las papas peladas y cocidas con la harina y la mantequilla; se les coloca la levadura. Se deja reposar un rato. Se amasa agregando el aceite, la sal y los huevos, que no quede muy blanda. Si queda blanda, añada más harina y amase hasta que quede en su punto para formar el pan y llevar al horno.



MERMELADA DE MEMBRILLO

Ingredientes:

1 kilo de fruta de *membrillo*
½ kilo de azúcar
1 limón

Preparación:

Se machaca el *membrillo*, se agrega el azúcar y se cocina hasta que quede espeso y al final se agregan unas gotas de limón. Se guarda en un frasco previamente esterilizado.

Para el esterilizado final hervir el envase de mermelada en baño de María por doce minutos.



AJÍ DE RUBAS

La *ruba* es una semilla como la papa, pero más pequeña y de color amarillo, no tiene *concha*, solo se lava y ya.

Ingredientes

Ají, *rubas*, vinagre y sal

Preparación:

Se cortan las *rubas* en rueda, se cocinan con sal y una pizca de vinagre. Se cuelan y se vuelven a cocer con agua, sal y vinagre, repitiendo este proceso durante 5 días, hasta que dejen de estar babosas. Uno lo sabe porque el agua sale sin baba.

Después se le colocan al ají.



NABO

Es una planta de raíces gruesas y finas, de color verde y flor amarilla. Cuando se seca se ven sus semillas como las arvejas.

Ingredientes:

Manteca, sal, ajo, cebolla y aliños de su gusto.

Preparación:

Se recogen las hojas y se lavan muy bien no vayan a tener algún animalito. Luego se pica muy fino y se ponen a cocinar en agua hasta que quede con un verde más oscuro y suave. Se desagua y se vuelve a lavar para quitarle el amargo que les queda. Se sofríen con aceite o manteca, sal al gusto y aliños como ajo y cebolla, entre otros.





Con la profe Mariú en el taller de culinaria.

SANÍ

El *saní* es la semilla del *nabo*, una pepita muy pequeña de color negro, como un granito de *mostaza*.

Ingredientes:

Sal, cebolla, ajo, adobo.

Preparación:

Se recogen las semillas con algo grande porque son tan pequeñas que se caen y no se recoge nada. Se limpia, se tuesta, se muele y se vuelve a tostar con sal, cebolla, ajo, adobo. Se sirve con las papas.

VINO DE CHIVACÚ

Ingrediente:

Chivacú

Preparación:

El *chivacú* se pone a cocinar hasta que ablande. Colar sin machucar para sacar el líquido que se convertirá en vino sin que quede amargo.

Apartar el *chivacú* que queda en el colador para hacer la mermelada. Envasar en una botella esterilizada y dejar fermentar.



MERMELADA DE CHIVACÚ

Ingredientes:

3 tazas de *chivacú*

1 ½ tazas de azúcar o *papelón*

limón al gusto.

Preparación:

Cocinar a fuego lento el *chivacú* y el azúcar o *papelón*. Remover con cuchara de palo hasta que espese. Añadirle unas gotitas de limón. Al enfriar envasar en un frasco esterilizado. Para el esterilizado final hervir el envase de mermelada en baño de María por doce minutos.





Dominga

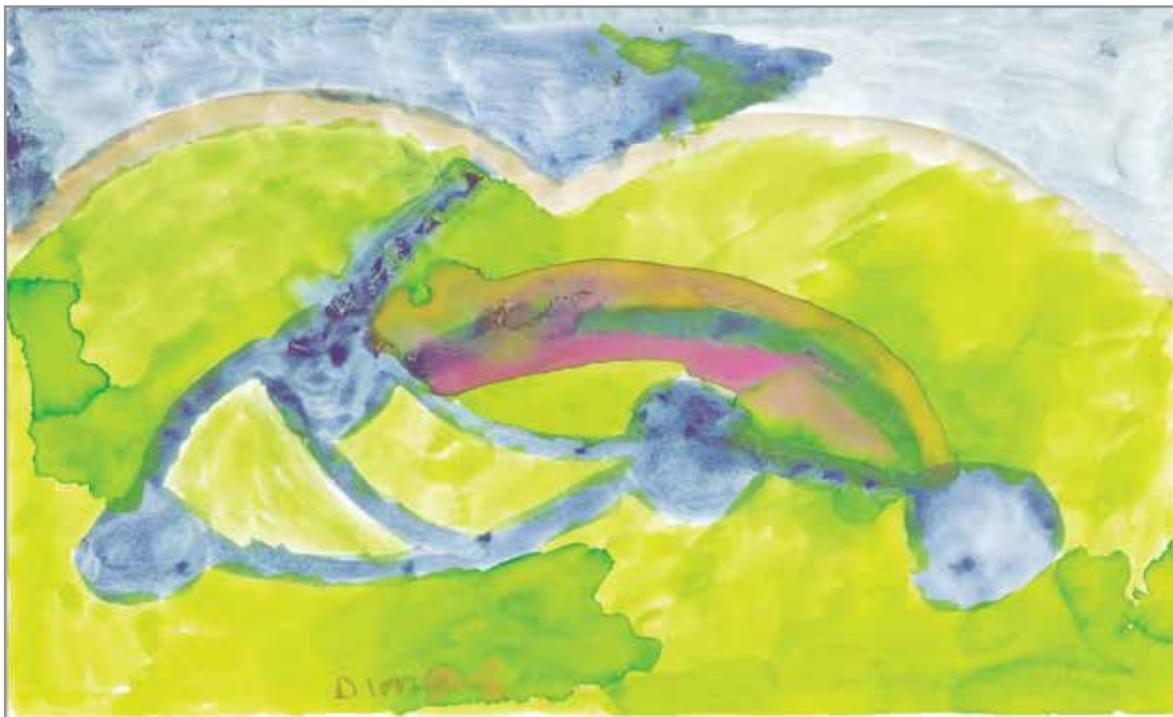
GALERÍA



Brígida Torres



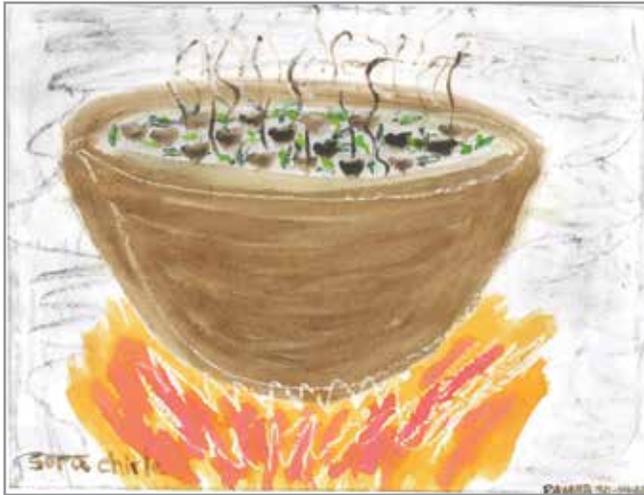
Dimas Castillo



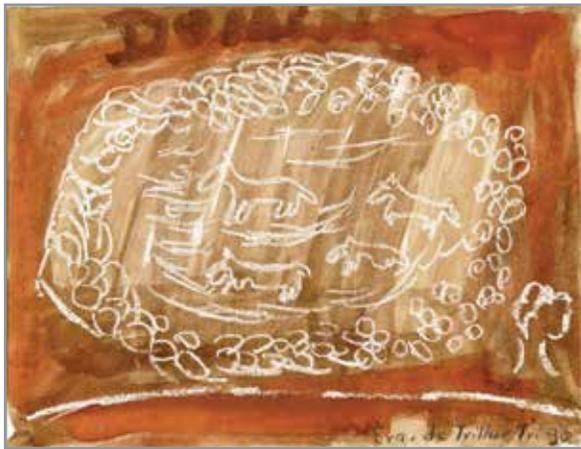
Dimas Castillo



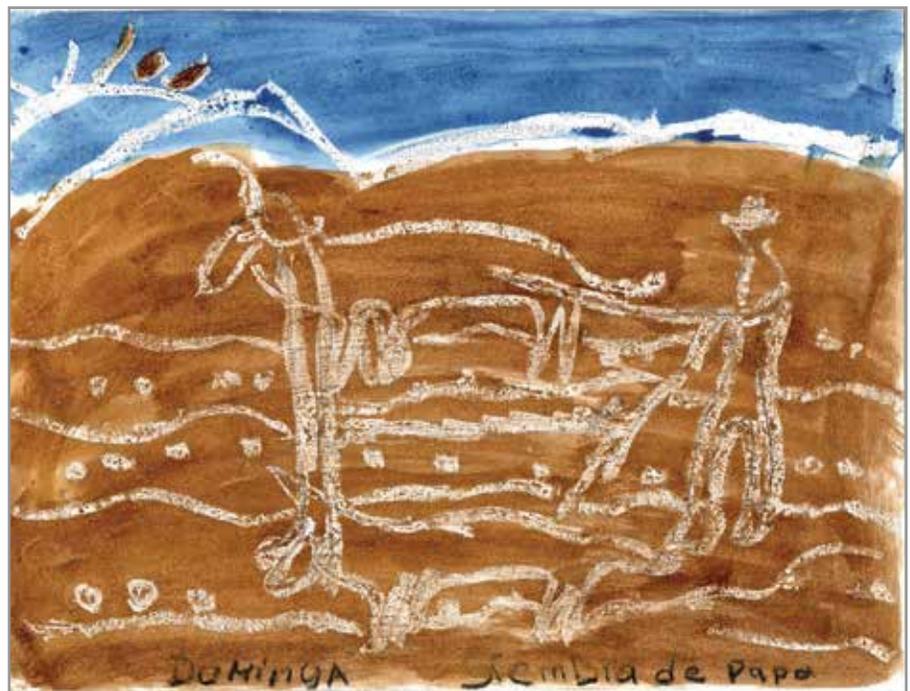
Brígida Torres



Dayana



Dominga Villareal



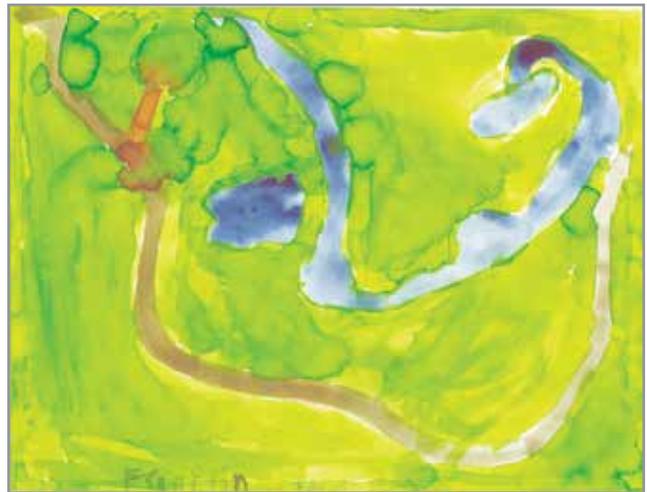


Dominga Villareal

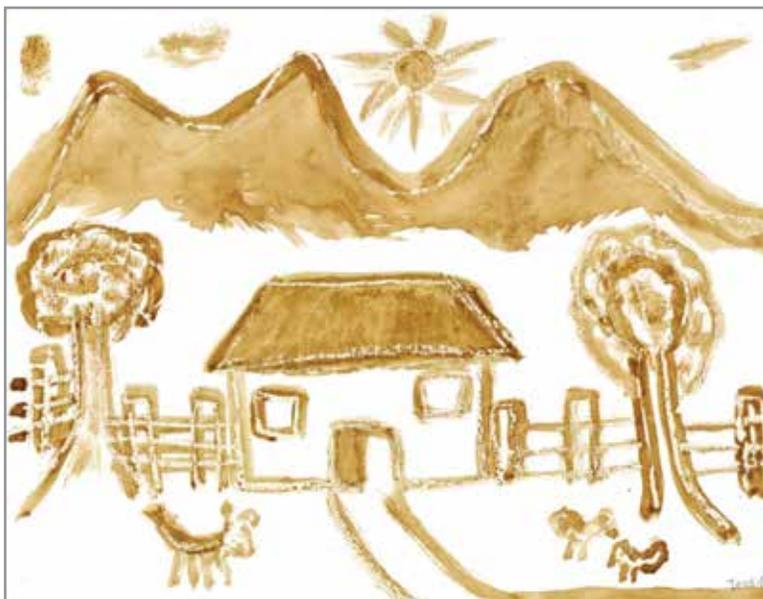


Franklin Torres





Brígida Torres

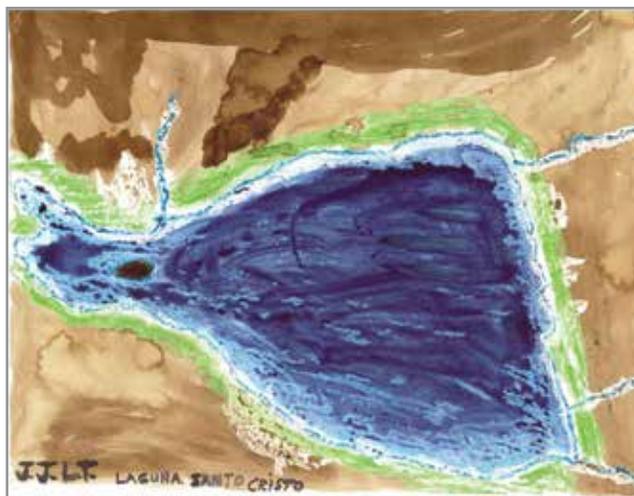


Zenaida Torres

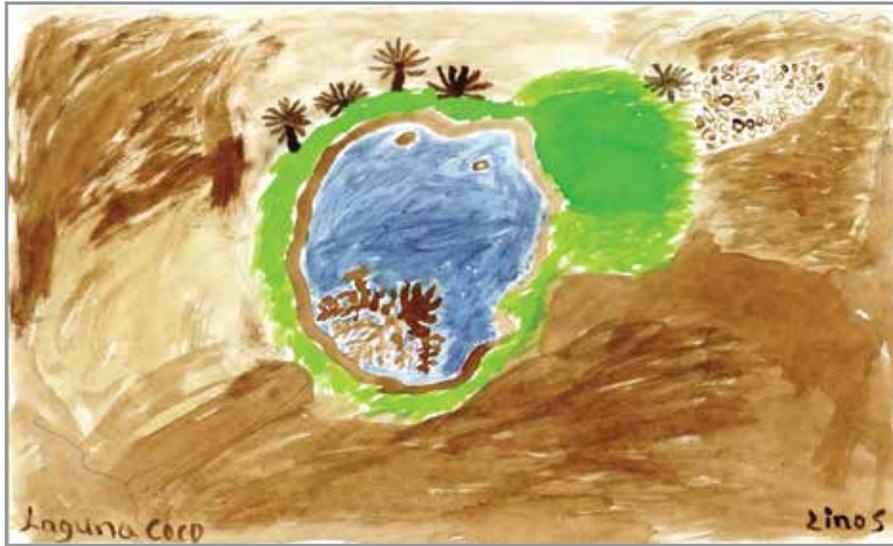




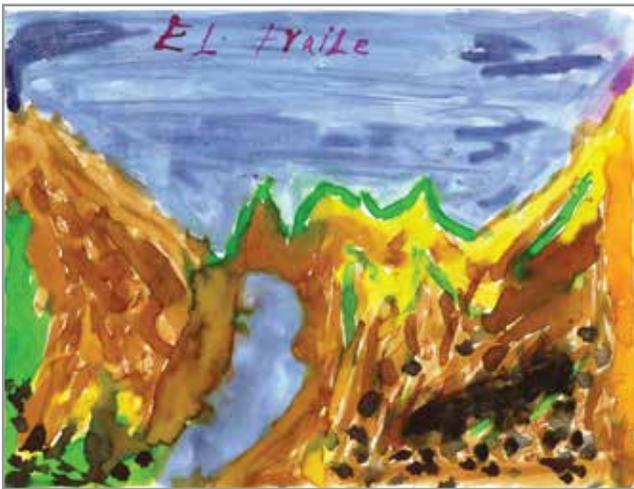
Jovino Lobo

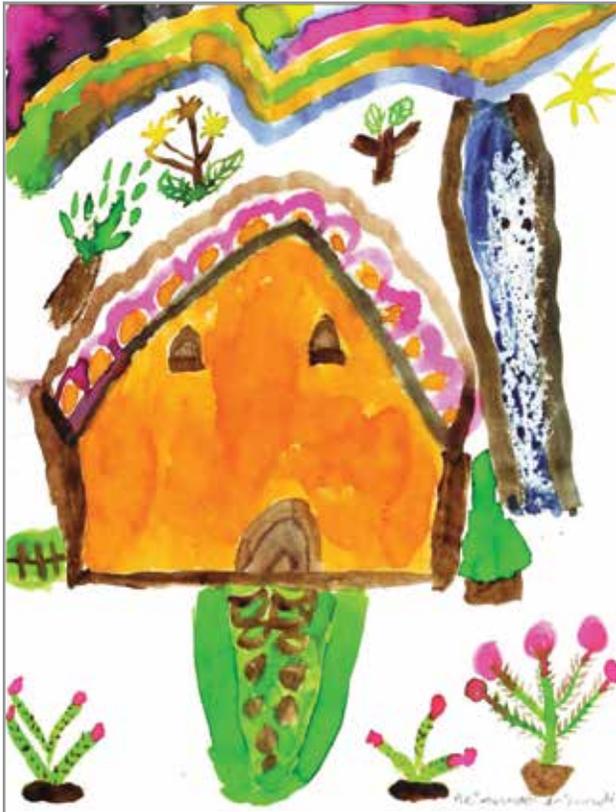


Mario Hernández

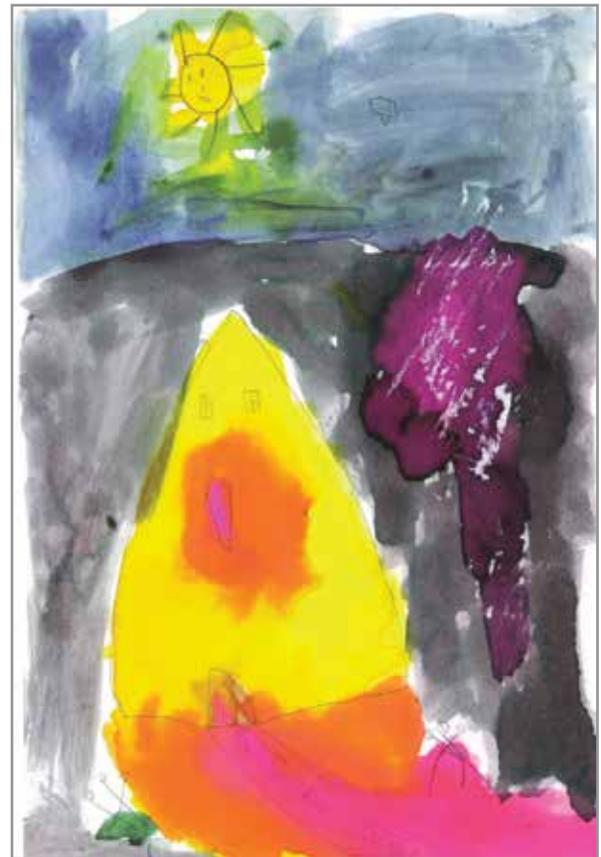


Lino





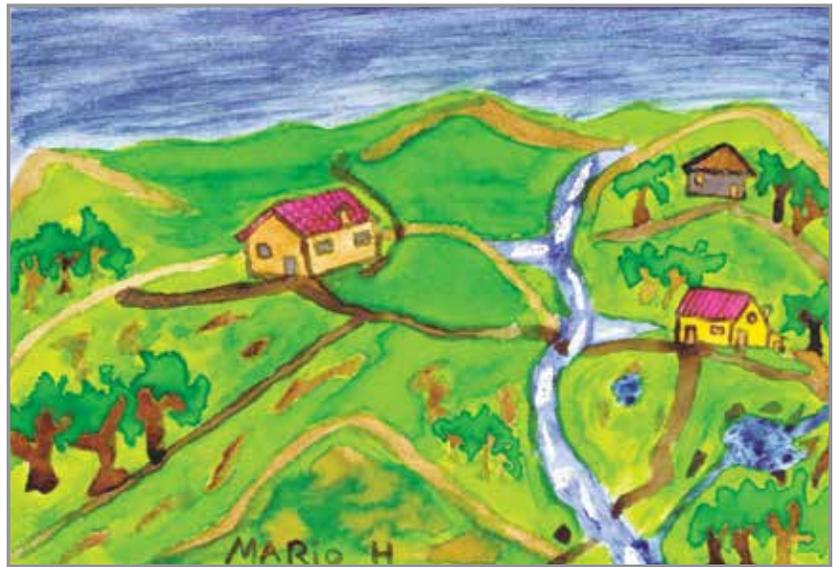
Jovino Lobo



Nerymar Hernández

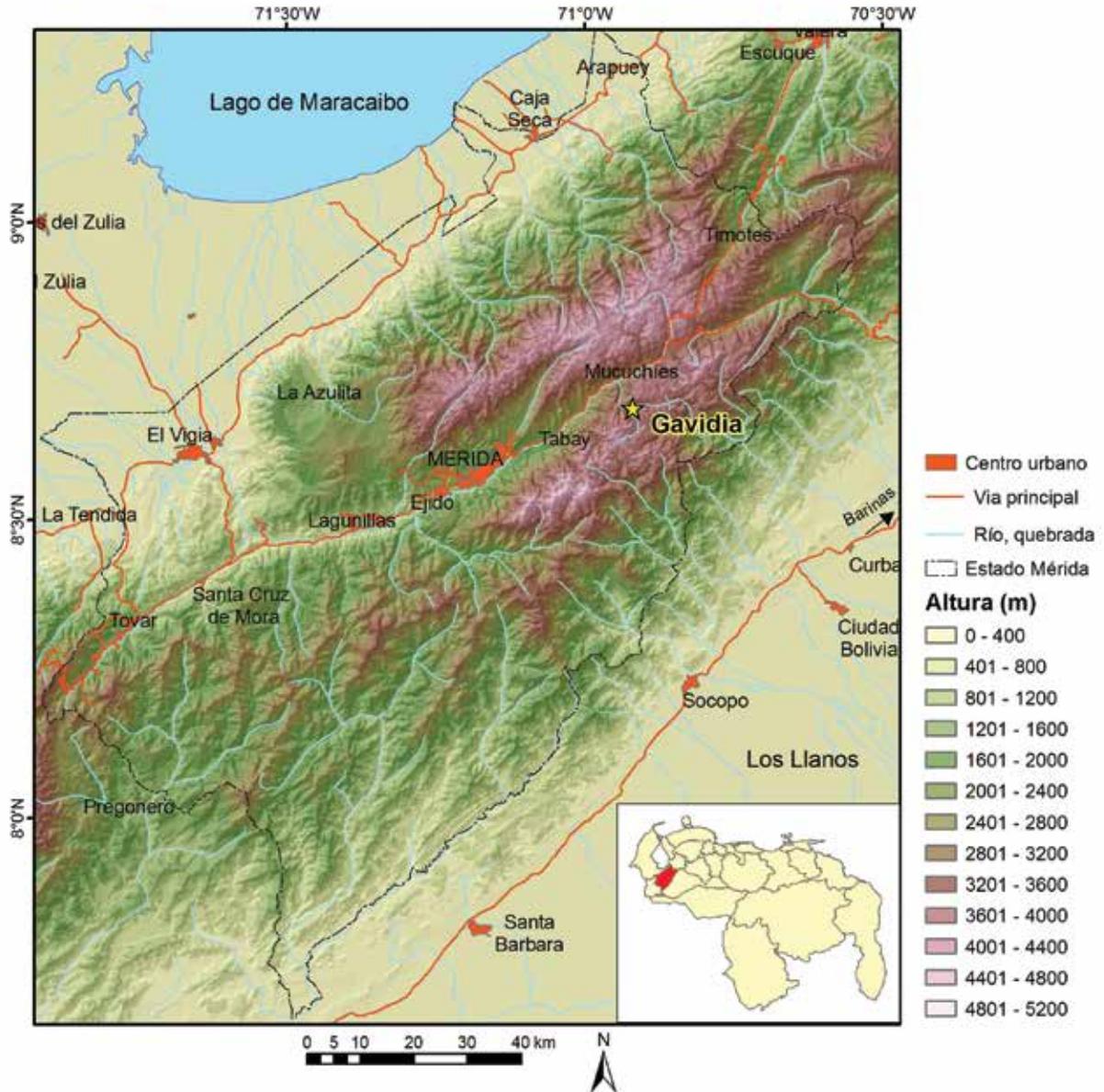


Lino



Mario Hernández

Gavidia en la cordillera de Mérida Venezuela





Una de las rutas del páramo de Gavidia.

GLOSARIO

Abájese: bájese.

Abejita angelita: (*Tetagonica angustula*) abeja muy pequeña, amarilla, su miel se considera especialmente medicinal para los ojos.

Abusiones: objetos o prácticas rituales contra el mal de ojo.

Acaloriza: sube la temperatura del cuerpo, después de una caminata, una faena o por estar mucho tiempo cerca del fogón.

Acostalando, acostalar: guardando, guardar en costales los productos.

Aclipse: cierta luminosidad del atardecer o del amanecer de los páramos que trae augurios y enfermedades.

Afoto: foto.

Agarrar la tarde: llegar el atardecer.

Agua cuajada: agua congelada.

Aguas, las aguas: orina de un paciente que usan los médicos populares para diagnosticar una enfermedad.

Aguardiente gorro e tusa: Bebida tradicional. Aguardiente artesanal especiado con una combinación de diferentes hierbas.

Aguatero: (*Nycticryphes semicollaris*) aves negras con gargantilla blanca, se les ve en abril, anidan en las partes bajas del páramo.

Aguaitando, aguaitó: mirando, buscando con la vista, vigilando.

Agüero, agüera, agüerismo: persona que por hechizo o encanto de entidades mágicas del páramo adquiere poderes mágicos; ejercer poderes mágicos.

Aguinaldo: variante musical de los villancicos en ritmo 3 x 4, que cantan en Navidad conjuntos organizados de niños, jóvenes y adultos, de casa en casa, acompañados de cuatro, maracas, charrasca y furruco; regalos que se hacen en la época de Navidad.

Ahorita, horita: ahora mismo, ya, actualmente.

Ají: preparado de ajíes o pimientos picantes al que se le añaden aliños, hojas, raíces y tubérculos del páramo; usado para comer y calentar el cuerpo.

Ajo pata de perro: (*Allium porrum*) ajoporro, también le dicen ajo puerro.

Ajumó, ajumar: ahumar.

Ajuntar: juntar, reunir.

Alborotao: contento, alegre, fiestero.

Alentarse, alentada, alentao: restablecerse o mejorarse de una enfermedad; el paciente o la paciente que mejora.

Alevantar: levantar.

Alumbrao: alumbrado.

Al vulgo: *vox populi*, que todo el mundo sepa.

Amañarse: acostumbrarse.

Amaños: herramientas de trabajo agrícola.

Ancierro: cercas de piedra o alambre para que no pase el ganado.

Antonces: entonces.

Añedían: añadían.

Apañar: juntar, acumular, cosechar, recoger y guardar los frutos.

Apatusco: espanto, fantasma.

Aprenderle: aprender de alguien.

Arco, arca, arco caté: entidad mágica asociada al arcoíris.

Arañita: planta comestible que nace silvestre en las partes más altas del páramo; familia del michiruy, es amarga y su flor es amarilla.

Arepa: pan de maíz; en los Andes venezolanos también las hacen de trigo.

Artesa: batea de madera para amasar.

Arrancar: cosechar, sacar los tubérculos.

Arrecostadero: lugar donde se descansa.

Arrecho, arrechamente: bravo, fuerte; fuertemente.

Arrepolla: se recoge sobre sí mismo.

Arropar: abrigar.

Asegún: según.

Asestir: ayudar o asistir, a una parturienta, a un moribundo, a una persona enferma.

Asiste, asistía: vive, existe; vivía, existía.

Asustona: susto.

Avío: ración de comida para el viaje o la jornada de trabajo.

Baba, babosa: plaga que ataca las hortalizas, es un molusco sin concha que deja una baba al arrastrarse.

Bahareque: técnica de construcción tradicional, mezcla de barro y paja sobre estructura de caña.

Bailanta, bailantera: fiesta con música y bailes que se realizaban para celebrar las siembras o las cosechas, después de las jornadas de trabajo.

Barbechar: arar o romper con bueyes un pedazo de tierra para sembrarlo.

Barbecho: antiguamente era un terreno en descanso o recuperación para volver a ser sembrado; actualmente se le dice también a un terreno sembrado.

Barrina: color de la piel de un ganado, “pintado entre amarillo y negro”, “rayado como tigre”.

Báscula: arma de fuego.

Batatita: planta de páramo, echa raíces como batatas pequeñas, comestibles.

Bebedizo: infusión de plantas medicinales.

Bejuco: variedad de plantas trepadoras de tallo dúctil y resistente, se usa en la cestería tradicional.

Bendición, pedir la: saludo ritual de origen cristiano; los ahijados piden la bendición a los padrinos, los hijos a los padres, los sobrinos a los tíos, los nietos a los abuelos.

Bendito, hacerle el: recitación ritual del padrino al encuentro con el ahijado que la recibe de rodillas.

Bichero: conjunto de animales, animalero.

Bisnono: bisabuelo.

Blandítico: muy blando.

Bodeguita: lugar donde se expende variedad de víveres.

Bolas, tener bolas, qué bolas: testículos; se dice de alguien que es osado, atrevido, valiente; interjección de asombro o de desaprobación.

Boronas: migas de arepa o de pan; dulce hecho de harina, panela y manteca.

Boroquera: fibra de un bejuco que subían al páramo desde las tierras llanas para tejer sombreros y cestas.

Borracheros: (*Pernetia sp.*) arbustos silvestres que producen una fruta tóxica.

Bravo, estar o ponerse: molestarse.

Brisar: lloviznar leve y persistentemente.

Budare: tiesto de arcilla o hierro colado utilizado para asar las arepas.

Burro: especie de trípode, hecho de un tronco con ramas, que apoyado en el piso sirve para colocar los copos de lana que hilarán en el huso.

Cabañuelas, cabañuelitas: antigua forma de predicción del tiempo para proyectar el calendario agrícola.

Cabecera: límite superior de un terreno o lugar donde nace un río.

Cabezal: tira de tela o de cuero que se amarra en la cabeza de una persona o de un caballo.

Cabo: extremo de madera que sostiene el pico, la escardilla, el azadón.

Cabuyas: cordel, sogá, cuerda tejida; en los Andes venezolanos la fibra es del fique obtenido de la cocuiza o maguey (*Furcraea andina*).

Cachar, cacharon: descubrir algo que alguien oculta.

Caciquital: arbustal de caciquito (*Bacharis prunifolia*), muy abundante en el páramo de Gavidia, de porte mediano, follaje oscuro y flores blancas.

Café en pepa: café en granos.

Cajeta de cacho: cajita artesanal fabricada con cacho o cuerno de ganado.

Cajeta de chimó: cajita artesanal de cacho usada para guardar el chimó.

Camaza: recipiente fabricado artesanalmente con la corteza del fruto del totumo (*Crescentia cujete*).

Camellón: hileras de tierra amontonada y separada por surcos, para la siembra.

Cambur: (*Musa paradisíaca*) en otros países le llaman banana, guineo o plátano.

Can: cada uno de los extremos de un puente.

Caña: cuento, chiste, mentira.

Cañuto: tallo hueco.

Capachos: maracas, instrumento de percusión fabricado con taparas o totumos (*Crescentia cujete*); son las semillas del capacho (*Canna edulis*) las que les dan que le dan sonoridad.

Capino: rubio.

Carajo, carajito: un tipo, una persona; un niño.

Carbunco: espíritu de algunas lagunas que toma la forma de un toro con una piedra preciosa y luminosa entre sus cuernos.

Carcaza: caparazón.

Carterita, cartera (de miche): botella de 0,25 litros que contiene aguardiente.

Cascorba: torcida, jorobada, cabizbaja.

Catarrita: gripe de leve intensidad.

Catire, catiritos: rubio, niños rubios.

Cayapa: forma comunitaria de organización del trabajo, emprender entre los vecinos una obra para la comunidad.

Ceja: franja de árboles, arbustos o piedras para proteger los cerros de la erosión agrícola.

Cerrar, cerró la noche: oscurecer, oscureció.

Chamarreta: le dicen a la cobija de lana que usa la mujer.

Chamuscar: quemar algo hasta carbonizarlo.

Charrasca de cacho: instrumento rítmico fabricado con un cuerno de ganado vacuno.

Charrascal: nombre genérico de los arbustales del páramo.

Chicha: bebida fermentada, puede ser de maíz, cuiaba, trigo, cereales o tubérculos.

Chiches: niños o niñas.

Chicoria, achicoria: (*Cichorium intybus*) planta que crece a orilla de los pantanos, la hay blanca,

morada y amarilla, se usa la raíz y la hoja para comer.

Chiflido: silbido fuerte para llamar a alguien.

Chimó: pasta de tabaco y sal de urao o carbonato de sodio; colocado debajo de la lengua sirve para quitar el hambre, el cansancio y el frío.

China: niña, muchacha.

Chivacú: (*Vaccinium floribundum*) arbusto del páramo; da una frutilla color vinotinto.

Chivo: oveja.

Chorro: cascada.

Chucuyúes, chucuyús: pequeña raíz de una planta silvestre que se suele hallar entre las plantas de trigo o donde se siembran papas; de uso alimenticio.

Chulco: enredadera que se da a orillas de las quebradas; es alimenticia y medicinal; de sabor ácido, se come el tallo y la hoja se utiliza para hacer bebedizos contra la gripe.

Chulcuyes: bosquecillo de chulcos.

Chulo, chula: de buen porte.

Cilantrón: (*Coriandrum sativum*) hierba aromática de uso común en la cocina andina.

Cimientico, cimientito: base de piedra sobre la que se funda una casa o una cerca de piedra.

Cincel: planta medicinal del alto páramo.

Cizaña: (*Rumex acetosella*) planta del páramo que se extiende silvestre por los barbechos.

Clamuras: ruegos, clamores.

Clipsa, clipse, clipsoso: fenómeno luminoso del atardecer de los páramos, augura tempestades, temblores y enfermedades.

Coa: herramienta de trabajo agrícola, se usa para hacer huecos.

Cobija, cobijita: rectángulo tejido de lana de oveja con una abertura en el centro para introducir la cabeza; ruana, poncho.

Coco pelao: una persona cuya cabeza no tiene cabello.

Cocuyo: luciérnaga.

Cogollo: fibra vegetal traída del llano para fabricar sombreros, manares y otras artesanías.

Colando el sol: atardecer.

Comadrona: partera, mujer que ayuda a parir a otras mujeres.

Comía: comida.

Concha: cáscara o corteza de una fruta.

Cónchale: interjección de asombro.

Conchabao: niños huérfanos a quienes crían a cambio de sus servicios; sirvientes.

Conjunto aguinaldero: conjuntos musicales que se agrupan para cantar aguinaldos navideños durante el mes de diciembre.

Contra: aquello que se usa para evitar el mal de ojo y toda suerte de hechizo, puede ser un objeto, una oración, un gesto.

Copo: rollo de lana escarmenada que se monta en el burro para sacar el hilo.

Corva: parte de la pierna opuesta a la rodilla.

Cotizas de cuero, cotizas de tres puntos: suela de baqueta con tres cintas de cuero para atar al pie; fue el único calzado utilizado en los páramos andinos hasta mediado del siglo XX.

Cruz de chimó: una cruz que se hace con pasta de chimó en la frente de la persona para que no se la lleven los duendes o el arco.

Cuajada de leche: leche a la que se agrega un trozo del cuajo de la vaca para cortar y espesar; acompaña arepas y papas en la comida andina.

Cuajo: parte del estómago de la vaca que se utiliza para cuajar los lácteos.

Cuatro: instrumento venezolano de cuatro cuerdas, de uso muy extendido.

Cuatrito: un cuatro para uso infantil o una forma cariñosa de llamar el cuatro.

Cuchubas, uchucas: (*Physalis peruviana* L) fruta andina.

Cuiba: (*Oxalis tuberosa*) tubérculo andino en peligro de extinción.

Culebrina: culebrilla, enfermedad del sistema nervioso que se cura con magia.

Cúmulos: nubes pequeñas, redondas y espesas; nubosidad característica que anuncia temblor en el páramo de Gavidia.

Curuba: (*Passiflora* sp.) fruta de una enredadera, el jugo se usaba para tejer cestas y artesanías.

Cruba: curuba.

Curruchete: dulce tradicional hecho de pan, queso, panela y miche que se sirve el Día de San Juan.

Dao: dado, objeto cúbico para juegos de azar.

Dar la cola, doy la cola: trasladar gratuitamente a una persona que viaja en la misma dirección. En México se dice: dar un aventón.

Dar cuero: pegarle a alguien.

Dar razón de, le daba razón: participar algo de palabra, dar noticias, rendir cuentas.

De a locha: barato, cosas baratas; la locha es una antigua moneda de 12 céntimos y medio.

De broma: casi, por un tris.

Decir a, decir a, dijo a: comenzar una acción, “dijo a caminar”, se puso a caminar.

Deligencias, diligencias: asuntos por resolver que ocupan el tiempo de la gente.

Dentró: entró.

Desamalgar, desamalgaban: sacar, vaciar algo.

Descalorizar, descalorizándose: quitarse el calor de encima.

Desertados: desertores.

Desfaratar, desfaratamos: desbaratar, desbaratamos.

Desesperón: gran desespero.

Desocupó: se fue.

Díctamo, díctamo real: (*Drossera cendeensis*)
planta mágica del páramo.

Dijunto: difunto.

Dos varas: dos medidas de casi un metro cada una.

Dotrinas: textos de la biblia.

Dueño: se refiere al “dueño” de un lugar mágico, es el encanto la entidad mágica que gobierna ese lugar.

Echao: echado.

Echar tijera: cortar.

Echar vaina: jugar, bromear, molestar, fastidiar.

Eja: esa.

El Hernández: cerro de Gavidia al que le atribuyen poderes mágicos.

El Joso: El Oso, sector de Las Piñuelas, Gavidia.

El Lion: El León, sector de Gavidia.

Embojotaban: cubrían, empaquetaban.

Embombar: inflar.

Emparamar, emparamarse, emparamazón:
“sufrir de mal de páramo”, hipotermia producida por la falta de oxígeno y las bajas temperaturas.

Encantado: quedar bajo el hechizo de un encanto.

Encanto: espíritu de la naturaleza, entidad mágica.

Encivilo, encivilao: contraer matrimonio ante las autoridades civiles.

Engarruña: engurrñarse, encogerse, engarrutarse del frío o del dolor.

Engrifó: reacción física al miedo, espeluznarse.

Enmantecar: cubrir con manteca.

Era: círculo bordeado de piedra donde se trillan los cereales.

Escarmenar, escarmenaban: cardar la lana; limpiar y desenredar la lana con los dedos para formar los copos con los que se hace el hilo.

Esfaratar, esfarataban: desbaratar, desbarataban.

Eso: es una forma impersonal que usan algunos andinos cuando narran.

Espachar, espachaba: parir, paría.

Espantan: se manifiestan los espantos, asustan.

Espanto: espíritu, fantasma, entidad mágica que asusta.

Espareció: desapareció.

Esque: dizque, presumiblemente.

Estale: estarle.

Estaló: instaló.

Estrenábamos: nos vestíamos con ropa nueva.

Estrenos: ropa nueva.

Fabruesca: favorezca.

Fajaos: azotar con una faja o cinto.

Faro, fara: (*Didelphis pernigra*) marsupial de montaña de la región Andina, también conocido como rabipelado de orejas blancas.

Fien: bien.

Finao: muerto.

Fincón: finca grande.

Finitico: muy fino.

Frailejón: (*Espeletia schultzei*) planta de la familia de las compuestas, que alcanza hasta dos metros de altura, crece en los páramos, tiene hojas anchas, gruesas y aterciopeladas, y flor de un color amarillo de oro. Produce una resina muy apreciada.

Fuerte bautizado: una moneda a la que se le ha dado propiedades mágicas.

Gallitos de monte: (no identificado) pajaritos grises con copetico.

Galupería: al galope.

Gaza: trenzado de hilo que se hace con los dedos de las manos.

Ganao: ganado.

Ganao de ahorro, de horro: ganado que anda silvestre en el páramo; se tiene para vender en caso de emergencia.

Gañán: persona que tiene por oficio guiar los bueyes cuando aran la tierra.

Garrampiña: juego tradicional de Semana Santa.

Garrochas: barra que usa el gañán para guiar a los bueyes.

General Masini: personaje legendario muy ligado a la historia política de Mérida de principios del siglo XX, conocedor de los páramos donde se refugió al desertar de las tropas del general Juan Vicente Gómez.

Gimiaba: gemía.

Gavilán serranero: gavilán de la sierra andina.

Golvió: volvió.

Guaba: (*Psidium guaba L*) planta que se usaba para lavar la ropa

Guacha: uno de los juegos tradicionales de Semana Santa.

Guarapo fuerte: bebida alcohólica a base de caña de azúcar, se obtiene a partir del primer destilado.

Güeco: hueco.

Güellas: huellas.

Güena, güenas: buena, buenas.

Güeyes: bueyes.

Iban dicho: habían dicho.

Hace harto, hace hartico: hace mucho.

Hernández: uno de los primeros pobladores de Gavidia, vivía en el cerro que ahora llaman El

Hernández y al que se le atribuyen poderes mágicos.

Híncate cotín: apuesta de aguinaldo, una de las apuestas que se estila en los juegos de diciembre.

Horchata: bebida fermentada. Guarapo fuerte a base de caña de azúcar.

Huelerosa: olorosa.

Hueliendo: oliendo.

Huesito e páramo: (*Hypericum caracasenum*) planta medicinal de páramo.

Jallaba: hallaba, encontraba.

Jarrada e suero: medida de suero, sea un pocillo, un vaso o una jarra llena de suero.

Jerá: será.

Jilar, jilaba, jilando: hilar, hilaba, hilando.

Jilandera: hilandera.

Jolía: olía.

Jopeando: arriando.

Joso, a: oso, osa.

Joyo: hoyo, hueco.

Jue: fue.

Jugando cabo: juego tradicional del páramo.

Julio, el julio: parte de un telar, pivote donde se enrolla el hilo que va tejiendo la obra.

Jumo: ebrio.

Jusito: diminutivo del huso.

Juso: huso de hilar.

Juñendo: molestando, fastidiando, haciendo daño, bromeando.

Juertas, juertecitas: huertas, huertecitas familiares.

Jurubiar: revolver, mover algo.

Lao: lado.

Lapa: (*Agouti taxanoxis*) roedor andino, de hábitos diurnos y de tamaño mediano.

Lázaro: forma antigua de referirse a la lepra.

Hacer medicina, hizo medicina: hacer tratamiento curativo a un paciente.

Listas: espectro del arcoíris, fenómeno luminoso de connotaciones mágicas para la gente del páramo.

Lizos: parte de un telar donde acomodan los hilos, según el diseño, para producir un tejido.

Locho: (*Mazama bricenii*) venado pequeño de color rojizo también conocido como venado matacán andino o venado de páramo, endémico de la cordillera de Mérida. También se usa el término para nombrar a las personas pelirrojas.

Locha: moneda venezolana de 12 y medio céntimos de bolívar, ya en desuso.

Largos: fenómeno climático, en tiempo de invierno sale una garúa, olas de brisa con viento.

Machota: mujer que cabalga.

Machotear: cabalgar (una mujer).

Maciega, macieguita: pequeña isla de pasto que se forma dentro y alrededor de las lagunas.

Mal de madre: enfermedad de la matriz, prolapso.

Mal de ojo: mirada que trasmite enfermedad, mal transmitido por la mala vibración de una persona.

Mal de páramo: Ataque de hipotermia; ocurre cuando a una persona en el páramo le falta el oxígeno y le baja la temperatura del cuerpo debido a la altitud; se produce un ataque de hipotermia que puede ser letal.

Mamacita: abuela.

Manare, manar: cesta de fibra vegetal para guardar alimentos y lavar el maíz y el trigo.

Manear, maneaban: atar las extremidades de un animal para aquietarlo.

Mano vuelta: forma de organización colectiva del trabajo, “hoy por ti, mañana por mí”.

Manteco: (*Rapanea dependens*) arbusto del páramo, su madera se usa para fabricar herramientas artesanales y agrícolas (husos, azadones, cabos, garrochas).

Marramucia, marramuncia: trampa.

Marusa: bolso tejido en fique o fibra de maguey, se usa para llevar el avío.

Matiao: forma de sembrar en la que se riegan aleatoriamente las semillas.

Máuse: arma de fuego.

Mapire de ojo, mapirones: cesta de carga de fibra vegetal, la trama del tejido es muy abierta dejando aberturas que llaman “ojos” del mapire; se usaba para cargar los niños.

Me amaño: me acostumbro, me adapto.

Médico ramero: médico empírico que trabaja con plantas y “lee los orines o aguas”.

Mediero: la persona que trabaja con el propietario a medias; siembra, cosecha y atiende el cultivo a cambio de la mitad de la cosecha.

Melao: miel de panela derretida usada para endulzar.

Membrillo: (*Cydonia oblonga*) árbol o arbusto que da frutos comestibles.

Mene: pasta de petróleo que se usaba como base de algunas medicinas.

Mentar, mentaban: nombrar.

Mercao: víveres que se compran para la alimentación diaria de la familia.

Mensura: acto de censar, antiguamente la gente le temía pues pensaba que era un operativo para reclutar a los hombres y enviarlos a la guerra.

Métale unos fajaos: péguete, castíguelo.

Micuyes: (*Arracada vaginata*) planta poco común que crece en zonas altas del páramo, se consume en sofritos, sopas y ajiceros.

Miche, cartera de miche, palo de miche:

bebida alcohólica a base de caña y aromatizada con hinojo. Una cartera de miche es un cuarto de litro de miche. Un palo de miche, es un trago de miche.

Miche cachicamero: miche fabricado en alambiques (cachicamos) caseros.

Michiruy (blanco, morado): (*Draba bellardii*) planta arrosada, que crece en zonas altas, se consume en sofritos, sopas y picantes de ají. Tiene un sabor amargo agradable; en grandes cantidades emborracha.

Misa de aguinaldos: misas tradicionales que se celebran a las 5 de la mañana del 15 al 24 de diciembre

Mistela: bebida alcohólica a base de panela, especias y plantas medicinales para las mujeres recién paridas y para ofrecer a los visitantes del niño.

Mitá: mitad.

Mochila: bolso de carga.

Montiar: andar por el monte.

Morada: (*Solanum tuberosum Subsp.andígena*) variedad de papa.

Morocho: mellizo.

Mostaza: (*Brassica nigra*) la mostaza se da silvestre en los Andes venezolanos, su semilla es de uso común en la preparación de medicinas.

Mota: cobijas modernas de fibras acrílicas o algodón.

Muérgano: malo, mala gente.

Mucuchicero: nativo de Mucuchíes.

Música llanera: profusión de ritmos y géneros musicales propio de los llanos venezolanos.

Musiúes: extranjeros.

Na: nada.

Nabo gacho o jecho: (*Brassica rapa*) nabo maduro, la semilla se tuesta para fabricar el saní.

Nabo tierno: (*Brassica rapa*) se usan las hojas en piras o guisos para comer.

Naiden: nadie.

Na jombre, no jombre, no jose: interjección de queja.

Nevazón: nevada muy grande.

Nojotros: nosotros.

Nona, nono: abuela, abuelo.

Ñame: (*Discorea sp.*) tubérculo comestible.

Ñor: señor.

Ojito: arbustico, da unas frutas muy pequeñas morado intenso.

Ojos del mapire: se les dice a los agujeros del tejido de trama amplia del mapire.

Onde: donde.

Oreganón: (*Coleus amboinicus*) menta paramera, se usa como infusión medicinal para quitar el frío y sereno de los niños.

Orillo: orilla.

Orita: ahora mismo, actualmente, ya.

Pa: para.

Pabajo: para abajo.

Pacá: para acá.

Pajita en boca: apuesta de aguinaldo, se juega tradicionalmente en diciembre.

Pal: para el

Palante: para adelante.

Paledonias: dulce tradicional, especie de galleta a base de harina y panela, horneada.

Pallá: para allá

Palo e miche: trago de miche o de cualquier bebida alcohólica.

Panela: miel de caña de azúcar solidificada y moldeada en bloques de madera.

Papelón: lo mismo que la panela, pero la voz se usa fuera de la región andina.

Papa nativa: la papa originaria de los páramos.

Papa negra: (*Solanum tuberosum Subsp. andigena*) una de las familias de la papa nativa.

Papaes: papá y mamá, padres.

Papacito: abuelo.

Paquí: para aquí.

Paque: para que.

Pajuil, pajuiles: paují, ave azul muy oscuro de copete vistoso.

Paradura: fiesta ceremonial en honor al Niño Jesús, de origen católico, es el rito religioso más importante en los Andes venezolanos.

Paramear o paramiar: estar en el páramo, pastoreando, recogiendo plantas medicinales, alimentando el ganado.

Parao sin copete: saco o costal lleno sin rebozar.

Parriba: para arriba.

Pava: gallinita de monte.

Pava: mala suerte.

Pedregalito: pequeño pedregal.

Pelar, pelaba: ir, dirigirse a.

Pelao, pelaítos: niño, niños.

Pendejo: bobo, tonto.

Pena: vergüenza.

Penosa: vergonzosa, tímida.

Perdedoso: un lugar donde es fácil perderse.

Perolas: recipientes de metal para cocinar.

Pescuezudas: nombre de lagunas de Gavidia con forma de largo cuello.

Pie: la parte de abajo de un terreno.

Pinta: antigua forma de medición del tiempo agrícola.

Piñuela, piuela brava: (*Aechmea fasciata*) bromelia de la que se alimenta el oso frontino, característico de los Andes venezolanos.

Pisotiala: pisotearla.

Plancheta: (*Solanum tuberosum Subsp. andigena*) tipo de papa.

Platao, platado: plato lleno de alimento, medida de un plato.

Platero: mucha plata, mucho dinero.

Poquita, una: un poquito.

Porai: por ahí.

Por cotas: por cuotas.

Pringamosa: (*Urtiga L*) variedad de ortiga.

Privado: falta de aire, privado de la respiración.

Prendío: eufórico, alegre por el alcohol.

Pretal: cuerda para sujetar la silla o la enjalma de una bestia de carga.

Puacá: por acá.

Puallá: por allá.

Puallí: por allí.

Pué: pues.

Querida, la querida: amante, la amante.

Quesque: dizque, presumiblemente.

Quiboy: (*Hesperomeles pernettyoides*) árbol del páramo de frutos comestibles.

Ramas parameras: plantas medicinales del páramo.

Rameros: médicos empíricos que curan con hierbas.

Rasca: borrachera, estado de ebriedad.

Rascao: borracho, ebrio.

Rayada: de luz brillante.

Rayando el sol: amaneciendo; expresión usada para nombrar el sol de las primeras horas de la mañana.

Reinosa: (*Solanum tuberosum Subsp.andígena*) variedad de papa.

Remolacha de monte: pasto comestible, no muy común.

Repinta: antigua forma de medición del tiempo agrícola.

Repollo: repollo de páramo.

Resfaló: resbaló.

Retoños: antigua forma de medición del tiempo para proyectar el calendario agrícola.

Rosada: (*Solanum tuberosum Subsp.andígena*) variedad de papa andina.

Rotos: pedazos de tierra labrados para la siembra.

Ruana: abrigo. Ver cobija.

Ruba: (*Ullucus tuberosus*) tubérculo andino en vías de extinción; se usa en el ajicero.

Rucio, rucia: color pardo de las bestias.

Rústico: parco, silvestre, desaliñado, severo.

Sacar los óleos o poner los óleos: bautizar o dar la extremaunción.

Sagú: (*Canna edulis*) tubérculo del que se extrae una harina muy alimenticia para el atol de los niños.

Salpullido, sarpullido: erupción de la piel que se enrojece con pequeñas ronchas.

Sancocho: sopa típica hecha de carne y vegetales.

Sangre de toro: (*Solanum tuberosum Subsp.andígena*) variedad de papa.

Saní: polvo muy exquisito de la culinaria andina; se fabrica con la semilla tostada del nabo; se usa para rociar las papas o las arepas calientes.

Saqués: pozo encantado donde vive el arco.

Sebo de ovejo: grasa extraída de las ovejas, de uso medicinal.

Se desértó: desertó.

Se encantó: quedó hechizado.

Se estaló: se instaló.

Se jervía: se hervía.

Se mandaba: huía, se desaparecía.

Sereno: aire frío de la noche.

Si al caso: si acaso.

Sinigüís: (*Eugenia triquetra*) arbusto del páramo de madera útil.

Soba: masaje de una parte de una parte del cuerpo con fines curativos.

Sobar el mal de ojo: sacar el mal de ojo con técnicas que conocen los médicos populares.

Soberao: troja construida sobre la parte alta de la casa para guardar granos, protegerse del frío, del oso y de otros animales silvestres.

Sol de los venados: fenómeno luminoso, luz anaranjada que se ve algunas tardes de verano sobre el paisaje a la caída del sol.

Sol rayado: sol brillante de las primeras horas del día, considerado mágico y curativo.

Soltar a, soltaron a: ponerse a, se pusieron a; emprender una acción.

Sombrero de cogollo: sombrero de fibra vegetal que usan hombres y mujeres del páramo y del llano para protegerse del sol, los fabrican en tierra caliente.

Taba: estaba.

Taita, taitas: padre, padres (padre y madre).

Talú: talud.

Tambor de pote: instrumento de percusión improvisado con un envase de aluminio.

Tamo, tamo de cebada: tallo de la cebada o de otros cereales usado para fabricar los colchones.

Taparitas, taparón: recipientes de distintos tamaños fabricados con el fruto del totumo (*Crescentia cujete L.*).

Tarabitas: se usan para torcer las cuerdas de cuero de res.

Tiempos de parada: cada primero de enero comienzan las fiestas de parada en el páramo, casa por casa “se para o levanta al Niño Dios”. Las paradas pueden durar hasta abril, aunque tradicionalmente se celebraban hasta el 2 de febrero día de la fiesta de la Candelaria.

- Tierra fría:** zona andina montañosa, tierra de altura en oposición a las tierras bajas o de los llanos; de piso altitudinal muy por encima del nivel del mar.
- Tierra caliente:** zona de las tierras al pie de monte de la codillera; esta distinción era importante por el intercambio complementario de productos agrícolas propios de una altitud y otra.
- Tiesto:** budare de barro; pieza plana de arcilla cocida que se usa para tostar arepas, habas, semillas y otros alimentos.
- Tinopó:** papas que nacen solas en el barbecho; brotan de las semillas que no se recogieron.
- Toavía:** todavía.
- Todítico:** todito.
- Toldo:** espanto que cubre el cielo.
- Toñeco, toñeca:** hijo o hija más pequeño.
- Topias:** las tres piedras del fogón.
- Totuma, totumas, totumo, totumos:** (*Crescentia cujete* L) recipiente hecho del fruto del árbol del totumo.
- Trajiera:** trajera.
- Trastomar, trastomó:** moverse, se movió.
- Trastumbar:** ir lejos, pasar montañas, traspasar un límite.
- Trastumba el sol:** cae el sol, anochecer.
- Triían:** traían.
- Trigo marengo:** (*Triticum sp.*) variedad de trigo.
- Trompicar, trompica:** tropezar, tropieza.
- Tuñeco, tuñeca:** ver toñeco.
- Tutecas, tuquecas:** lagartija.
- Tutumitas:** (*Crescentia cujete* L) pequeños recipientes hechos del fruto del totumo.
- Tuyuyúes:** las tres piedras o topias que sostienen el fogón.
- Ujú, ajá:** interjección, asentir.
- Úpale:** interjección.
- Urdiembre:** urdimbre, estructura de hilos para tejer.
- Vaca barrina:** vaca de color entre amarillo y negro.
- Vacilar, vacilaba:** bromeaba.
- Vaho:** vapor de la cocción de plantas medicinales usado como terapia en la medicina del páramo.
- Veintisiete:** (*Solanum tuberosum Subsp.andígena*) variedad de papa.

Ver las aguas: método popular de diagnóstico, el curandero lee la orina o “aguas” del paciente al trasluz para identificar la enfermedad.

Verraco: persona muy fuerte o muy valiente.

Vieja Fara: encanto que vive en el chorro o cascada que lleva su nombre.

Víia, víian: veía, veían.

Vide: vi.

Vido: vio.

Volciar, voltió: dar vuelta o darse vuelta, dio la vuelta.

Yerba e conejo: (*Anthoxantum odoratum*) planta del páramo, gramínea de verde plateado y olor dulce, muy apreciada en la medicina tradicional por sus cualidades mágicas.

Yerro: hierro. Herramienta.

Zamuro: (*Coragyps atratus*) zopilote, catalufa, ave carroñera de color negro y gran envergadura, cabeza y cuello sin plumas.





Foto: Deborah Gutiérrez.

Henriette Arreaza Adam (Caracas, 1949).

Estudia Sociología en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB). Viaja a Chile donde cursa estudios de Educación por el Arte descubriendo su heredada vocación pedagógica. Realiza sus primeras indagaciones en el folclore y las narrativas míticas volcando su asombro e intuiciones en dramaturgias y montajes para el teatro de títeres, representadas en Caracas y otras regiones del país. Se traslada a Mérida en 1980, dictando talleres de Arte y Ecología, para niños, jóvenes y maestros, en comunidades rurales, mientras recopila mitos de lagunas de narradores orales de los municipios Rangel y Santos Marquina, posteriormente reflejados en un libro sobre la cosmovisión andina del agua: *La laguna del gallo*. Es discípula de Marc de Civrieux, con él profundiza en la esencia espiritual subyacente en las mitologías de las naciones indígenas. Sigue los pasos de Civrieux y sus investigaciones en los años 50 y 70 y convive en comunidades Yeckwana (Alto Orinoco), Kariña (Mesa de Guanipa y Ciudad Bolívar) y Chaima (Caripe del Guácharo, Santa María), explorando y recreando, a través de las artes escénicas, contenidos y formas de sus narrativas míticas y sus ritos. En 1992 funda Siembraviva Ediciones y convierte en libros para niños, jóvenes y docentes el fruto de estas investigaciones. Dicta talleres de Arte y Ecología, Exploración en la Espiritualidad Indígena, Investigación Afectiva del Paisaje, en bibliotecas, universidades e instituciones de carácter cultural. Diseña para el Proyecto Páramo Andino, entre 2007 y 2011, en los páramos de Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela, las estrategias para la implementación de un programa de Educación Ambiental. Con el método de investigación participativa, se recopilaron narrativas y visiones sobre el paisaje de las comunidades parameras que fueron objeto de una profunda reflexión sobre la originaria relación de la mujer y el hombre paramero con su entorno y sus seres. Estas reflexiones fueron expresadas en diferentes lenguajes artísticos lo que dio lugar a exposiciones de arte, elaboración de un cortometraje, folletos educativos, murales y libros, entre otros: *Mixteque, la vida entre las piedras*, galardonado en 2011 con el Premio Nacional de Cultura, mención Memoria Colectiva. En 2018 viaja a Ecuador contratada por el Fondo Nacional del Agua (Fonag) para formar multiplicadores de su metodología para la Educación Ambiental en comunidades parameras aledañas a Quito. En 2021 el Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo edita en forma digital *El páramo en el alma*, síntesis de la investigación participativa realizada en Gavidia entre 2008 y 2011. Actualmente vive en Mérida.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2025
en los talleres de la Imprenta Organización Gráficas Capriles. Caracas, Venezuela.
En su composición se utilizaron caracteres de las familias Oswald
y Stempel Schneidler sobre papel Lumisilk 115 g.

Serpenteando por la estrecha carretera que parte de Mucuchíes, recorreremos las escarpadas laderas donde la cultura del trigo dejó sus huellas de molinos, antiguas eras para la trilla y suelos desgastados, y nos vamos adentrando en la Sierra Nevada de Mérida. El panorama se va haciendo cada vez más verde en la medida en que nos alejamos del bolsón seco que rodea Mucuchíes, y la carretera se empina para subir por un estrecho pasadizo de rocas negras, pulidas e imponentes, salpicadas de hierbas y piñuelas que se aferran como andinistas expertas en las grietas, mientras al fondo se encabrita, entre espumas, saltos y cavernas, la quebrada que viene de Gavidia.

Y de pronto, como si nos adentráramos en un sueño antiguo, la vía escapa del confinamiento del cañón de rocas y se abre ante nosotros la sorpresiva y sobrecogedora panorámica de los amplios valles glaciares de Gavidia.

Lo primero que salta a la vista es el mosaico intrincado que conforma el paisaje: muros de piedra, casas de tapia y teja, parcelas de cultivo, coexistiendo lado a lado con la vegetación paramera, donde reinan el morado intenso del chispador y el amarillo encendido del frailejón de octubre y de su compañero inseparable, el pequeño arbusto conocido como huesito de páramo.

Luis Daniel Llambí

